

«Si te gustan Jack Reacher o Dirk Pitt, tienes que conocer a Levi Yoder. Te cautivará y entretendrá...». — KEVIN J. ANDERSON, autor superventas del New York Times.

NUNCA MÁS

LEVI YODER-3

DEL AUTOR SUPERVENTAS DEL USA TODAY

M.A. ROTHMAN

NUNCA MÁS
UN THRILLER DE LEVI YODER

M.A. ROTHMAN

TRADUCIDO POR
MERCÈ DIAGO ESTEVA

Título original: *Never Again*

Copyright © 2019 Michael A. Rothman

Traducción de Mercè Diago Esteva

Diseño de cubierta de M. S. Corley

Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, los establecimientos comerciales, los lugares y los acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

ÍNDICE

[Capítulo Uno](#)
[Capítulo Dos](#)
[Capítulo Tres](#)
[Capítulo Cuatro](#)
[Capítulo Cinco](#)
[Capítulo Seis](#)
[Capítulo Siete](#)
[Capítulo Ocho](#)
[Capítulo Nueve](#)
[Capítulo Diez](#)
[Capítulo Once](#)
[Capítulo Doce](#)
[Capítulo Trece](#)
[Capítulo Catorce](#)
[Capítulo Quince](#)
[Capítulo Dieciséis](#)
[Capítulo Diecisiete](#)
[Capítulo Dieciocho](#)
[Capítulo Diecinueve](#)
[Capítulo Veinte](#)
[Capítulo Veintiuno](#)
[Nota Del Autor](#)
[Avance – La Ciénaga](#)
[Apéndice](#)
[Notas](#)
[El Autor](#)

El autor desea expresar un agradecimiento especial al:

Doctor John Spears, médico ortopedista especializado en cirugía de columna, unidad 18D, francotirador, Fuerzas Especiales del Ejército, director de Forge Tactical: gracias por la ayuda sobre tácticas y armas. Fue de gran utilidad.

Teniente John Grimpel del departamento de policía de Nueva York: gracias por las respuestas pacientes ante mis interminables preguntas sobre todo lo relacionado con la policía y los procedimientos de la policía de Nueva York.

CAPÍTULO UNO

—Si solo bebes agua de Seltz, ¿cómo se supone que voy a seducirte para que entres en razón?

Levi dio otro sorbo a su bebida y miró a la atractiva mujer asiática de treinta y pico años desde el otro lado de la mesa. Estaban en el Gerard's, su garito favorito en el barrio neoyorquino de Little Italy. Unos cuantos clientes charlaban animadamente en la barra y de la cocina emanaba olor a ajo y *marinara*.

—El hecho de que tú pienses que tienes razón no significa que yo vaya a estar de acuerdo —repuso—. No soy tan angelical como te crees.

Lucy Chen saboreaba lentamente su whisky con soda. Se inclinó hacia delante y sacudió la cabeza.

—Nunca he dicho que seas un ángel —declaró con su leve acento ruso—. Es que te conozco. Estás dispuesto a hacer lo que sea para sacar castañas del fuego, pero eres selectivo con respecto a qué trabajos aceptar. Demasiado selectivo. —Hizo un gesto discreto hacia dos hombres fornidos que daban cuenta de sendos descomunales platos de pasta.

—Eres leal a tu familia, eso lo pillo. Lo admiro. Pero quiero que tú y yo trabajemos juntos en esto. Si cooperamos, podemos hacer mucho bien en este mundo de mierda. Necesito un socio.

Hacía un mes que le daban vueltas al asunto. Lucy quería montar un «negocio» con Levi, pero él tenía otras obligaciones. Además, no estaba seguro de cómo tomársela. El ardor que delataban esos ojos marrón oscuro era... intenso. De hecho, todo en ella era extremo. Viuda del líder de una banda china, era la personificación de la mujer dragón. Y, por un capricho del destino, Levi había acabado involucrado con ella.

Confiaba en ella. Hasta cierto punto, al menos. Al fin y al cabo, sabía más sobre él que la mayoría. Poca gente de fuera de los contactos que tenía en el mundo de la mafia sabía que pertenecía a la familia Bianchi.

Denny, el propietario del bar, se les acercó y se agachó para quedar a la altura de ellos.

—¿Os apetece algo para comer? Las chicas de la cocina están preparando las recetas de Gino. —Señaló hacia los dos matones que devoraban la comida—. Los platos están riquísimos, hasta yo lo reconozco.

Levi sonrió entristecido al ver lo mucho que el Gerard's se había ampliado en el último año. El que había sido un acogedor bar de barrio en el que solo se servían bebidas se había convertido en un local para mafiosos que incluso tenía carta para cenar. Él lo prefería como local pequeño porque Denny era algo más que el dueño del lugar: el flaco afroamericano nacido y criado en Brooklyn era el principal contacto de Levi en el mundo de la información. Era un manitas, un genio de la electrónica, y estaba al corriente de casi todo.

Lucy sacudió la cabeza.

—Levi y yo tenemos una cita, así que mejor que no estropeemos nuestro apetito.

Levi se esforzó para disimular su enojo.

La campana de la puerta delantera sonó al abrirse y, con una sonrisa, Denny se volvió para saludar al nuevo cliente.

Lucy sonrió mirando a Levi... y él sintió que le leía el pensamiento. Ella se inclinó hacia delante y susurró:

—Sabes perfectamente que toda la gente que está enterada de que estoy viviendo en tu apartamento piensa que somos pareja. Y, si supieran que no es así, podrían empezar a hacer preguntas raras que prefiero no responder.

Levi se recostó en el asiento y asintió. Por supuesto que tenía razón, lo cual le molestaba sobremanera. Llevaba seis semanas viviendo con él, desde que el FBI había aplicado mano dura a una de las principales tríadas de Hong Kong, la misma que había encabezado el difunto marido de Lucy. No sabía a ciencia cierta qué papel había desempeñado ella en la planificación de esa venganza, pero una cosa estaba clara, era una mujer marcada, y él le había ofrecido la protección que estaba en sus manos hasta que la situación se calmara.

Denny regresó con una expresión extraña. Se inclinó y señaló hacia la puerta con el pulgar.

—Levi, esa señora dice que te busca. Pero tengo la sensación de que no sabe quién eres. ¿Quieres que me la quite de encima?

Levi se volvió en la silla. De pie junto a la puerta había una mujer de unos cincuenta años, vestida de negro, que se retorció las manos con aspecto de sentirse muy incómoda. Él le hizo una seña, le llamó la atención y le indicó el asiento libre que había en su mesa.

Denny se encogió de hombros y regresó a la barra.

El desasosiego de la mujer resultó obvio mientras se abría camino entre las mesas y los clientes, intentando no tocar nada. Retiró la silla que le habían ofrecido, se sentó y los miró a los dos antes de hablar.

—Me han dicho que viniera aquí y que el señor Yoder me ayudaría. —Miró a Levi—. ¿Es usted?

Levi le tendió la mano.

—Soy Levi Yoder. ¿Y usted...?

La mujer miró la mano extendida y sacudió la cabeza ligeramente.

—Soy Rivka Cohen.

Lucy le tendió la mano y dijo:

—¿*At hassidi*?

En cuando la mujer asintió y le estrechó la mano a Lucy, Levi comprendió. No hablaba hebreo ni yiddish, y le sorprendió un tanto que Lucy hablara uno de esos idiomas, pero enseguida se percató de que la tal señora Cohen estaba fuera de lugar. Un *jasid* era un seguidor de la rama ultraortodoxa del judaísmo. No era el tipo de personas con las que Levi se relacionara, pero había muchos de ellos en Crown Heights, a veinte minutos de allí. Y eso explicaba por qué no le había dado la mano a él, pero sí a Lucy.

Porque era hombre.

Levi sonrió para ver si la mujer, que estaba hecha un manojo de nervios, se relajaba un poco.

—Lo siento, le ofrecería algo para beber, pero sé que no lo aceptará, así que ¿en qué puedo ayudarla?

A la mujer le brillaban tanto los ojos que daba la impresión de estar a punto de echarse a llorar.

—Mi tío Menachem, tiene una joyería en Franklin Avenue. Me dijo que una vez le compró

algo y le hizo una promesa. ¿Se acuerda?

Levi respiró hondo y recordó un acontecimiento de hacía muchos años: el momento en que buscaba un anillo de compromiso para su ahora difunta esposa.

—¿Menachem Shemtov? —preguntó—. ¿El mismo Menachem de la joyería de Franklin y de Park Place?

La mujer asintió.

—Dios mío, eso fue hace siglos. Su tío le hizo un gran favor a este *goy* con la compra. Me sorprende que me recuerde. Le prometí que un día le devolvería el favor. ¿Qué puedo hacer por usted?

Rivka se retorció las manos con expresión apenada.

—Mi marido murió hace cuatro meses. La policía dice que fue un suicidio, pero yo sé que nunca se habría quitado la vida. —Se armó de valor, aunque le empezaron a rodar lágrimas por las mejillas—. Dicen que tenía una aventura, pero sé que eso también es imposible. Tengo pruebas que lo demuestran. ¿Puede ayudarme a limpiar su nombre? Es muy importante para mí, para nuestros hijos, para nuestra familia. No tengo mucho dinero, pero puedo ayudar a sufragar los gastos, creo.

Levi intentó evitar que lo que pensaba se le reflejara en la cara. No era propio de él. Lo que la mujer había descrito tenía sentido. Un hombre religioso se lía con una al azar o no tan al azar, se siente culpable y se suicida. Esa situación era un claro motivo de decepción.

—¿Qué quiere decir con eso de que tiene pruebas? —preguntó Lucy.

Rivka alternó la mirada entre Lucy y Levi.

Lucy hizo un gesto desdeñoso hacia Levy y se explicó:

—No se preocupe, trabajamos juntos.

Levi estaba a punto de replicar cuando Rivka se dirigió a él y le dijo:

—¿Le importa si hablo con ella a solas? Me resultará mucho más fácil.

Levi abrió la boca y después la cerró.

Lucy le indicó que se fuera a otra mesa.

—Déjanos un poco de espacio a las chicas.

Sintiéndose un tanto molesto, Levi cogió su vaso de agua de Seltz y se sentó a otra mesa. Dio sorbos a la bebida y aguzó su ya de por sí buen oído intentando oír la conversación. Por desgracia, había tanto ruido de fondo en el bar, sobre todo por culpa de un grupo alborotador de una mesa cercana donde se reían y lo pasaban en grande, que no consiguió captar nada.

Tras un minuto de susurros entre las dos mujeres, Lucy tomó las manos de Rivka y le dedicó una mirada compasiva. La mujer judía sacó un sobre y lo deslizó hacia Lucy.

Levi frunció el ceño al ver a Lucy mirar lo que había en el sobre, asentirle a la mujer y guardarse el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta.

«¿En qué demonios nos está metiendo?».

Acto seguido, Rivka se levantó, le dio un beso a Lucy en cada mejilla y salió del Gerard's sin siquiera mirar a Levi.

Apurando su whisky con soda, Lucy se acercó a Levi y le plantó un beso en la mejilla.

—Todo arreglado.

Levi se levantó.

—¿Qué está arreglado? ¿A qué te has comprometido?

Lucy ignoró la pregunta con un gesto frívolo, se despidió de Denny y se encaminó a la puerta.

Levi la siguió.

—Lucy, en serio. ¿A qué te has comprometido con esa mujer?

Ella le abrió la puerta y sonrió.

—Me creo su historia y le he dicho que la ayudaremos.

—¿Que la ayudaremos?

Lucy lo tomó del brazo al salir del local.

—No te preocupes. Lo hablaremos durante la cena.



Dispusieron todo lo necesario para preparar la cena en la cocina de Levi. Él pasó por harina y huevo las rodajas de berenjena y luego las rebozó con pan rallado condimentado. Miró a Lucy mientras ella cortaba rodajas de tomate para la ensalada. Había prometido protegerla, pero los únicos lugares seguros eran su apartamento y el local de Denny. Así que, en lugar de cenar fuera, una vez más, el solucionador amish y la mujer dragón china cocinaban y comían en el apartamento protegido por la mafia.

—Bueno, ¿vas a contarme qué pasa con la tal señora Cohen? ¿Por qué aceptaste su dinero y le dijiste que la ayudaríamos? En esta historia parece que tenemos las de perder.

Lucy lo miró a los ojos mientras disponía los tomates en una fuente y empezaba a cortar mozzarella en lonchas.

—¿Por qué crees que el caso está perdido?

Levi, que iba sumergiendo las rodajas de berenjena empanada en el aceite caliente, sacudió la cabeza.

—Me da igual que fuera religioso, cuando a alguien se le van los ojos, puede dejarse vencer por la tentación como cualquier otra persona. Apuesto a que se lo montó con alguna señora con la que trabajaba, que ni siquiera era judía, y que se sintió embargado por la culpa y se mató. No es nada nuevo. Por eso no entiendo que puedas tragarte otra cosa. Los hombres son así. A mí me lo vas a decir.

—Dime la verdad —instó Lucy. Había dispuesto el queso por encima de los tomates y ahora cortaba una cebolla en rodajas finas—. Apuesto a que tú nunca le has puesto los cuernos a nadie.

Levi repasó en su interior las veces que se había acostado con una mujer que no fuera su esposa. Frunció los labios y miró a Lucy con expresión amarga.

—¿Lo ves? —Se echó a reír—. Nunca has sido infiel, ¿verdad?

Levi pescó las rodajas de berenjena ya doradas y se puso a freír otra tanda.

—No, pero supongo que nunca me han acusado de serle infiel a nadie. Si la policía piensa que tenía una aventura, será por algo.

—Tienes razón, pero no puede ser por el sexo.

—¿Por qué lo dices?

—Rivka y su marido tienen siete hijos y el motivo por el que no tuvieron más es que la diabetes de su esposo hizo que ya no se le levantara. Rivka me ha dicho que incluso probaron con Viagra, pero no funcionó. —Lucy repartió la cebolla por encima del tomate y la mozzarella—. Dice que tiene informes médicos que lo demuestran.

Levi frunció el ceño mientras sacaba los últimos trozos de berenjena del aceite y apagaba el fogón.

—¿Y la policía no lo tuvo en cuenta? ¿Y la persona con la que se supone que tenía un lío? ¿Le tomaron declaración?

Lucy, que esparcía tiritas de albahaca por encima de la ensalada, se encogió de hombros. Sacó una botella de vinagre balsámico añejo.

—Como he dicho, hay muchas incógnitas. Nos ha invitado a cenar a su casa mañana. Ha dicho que nos dará copias de todo lo que tiene, que podremos mirar en el estudio de su esposo y que responderá a todas nuestras preguntas.

Con un ejem, Levi cogió la fuente de berenjenas fritas y un tarro de *marinara* recién hecha y se encaminó al comedor.

—El hecho de que suene sospechoso no significa que podamos ayudar. ¿Es que yo no tengo ni voz ni voto?

Lucy dejó el plato en la mesa y empezó a servir la ensalada *caprese*.

—Por supuesto que sí. Pero acabas de decir que hay muchas incógnitas y probablemente tengan que ver con el encubrimiento de un asesinato. Además, parece que le debes un favor a su familia. Y no eres de los que se retractan de su palabra. Así que, dime, ¿de verdad tengo que preguntarte si estás conmigo en esto?

Levi le sirvió a Lucy dos rodajas de berenjena perfectamente fritas y las aderezó con un poco de salsa *marinara*. Mientras se servía él también, la fulminó con la mirada. Era una de las personas más frustrantes que había conocido en su vida.

—Pues no estaría de más —reconoció.

Lucy se sirvió una copa de zinfandel blanco Mondavi y a él, un vaso de Perrier.

—¿Entonces? ¿Te apuntas? ¿O tengo que ir yo sola?

Entrechocaron los vasos.

—¿Cuándo se supone que vamos para allá? —inquirió él.

Lucy sonrió y, durante unos instantes, Levi olvidó que ella había sido mafiosa y que quería pasar página. Lo que vio fue a una mujer atractiva, inteligente, asertiva y muy peculiar. Él nunca sabía qué le iba a soltar, lo cual resultaba agotador.

—Antes del atardecer, deberíamos llegar allí a eso de las cinco y media.

Levi probó la ensalada. Le faltaba una pizca de sal.

Lucy fue comiendo su ensalada y frunció el ceño.

—Se me ha olvidado echarle sal. —Se apartó de la mesa, fue a buscar el salero a la cocina y sazonó su ensalada y la de él—. Pruébala ahora, estará mejor. Ah, y ponte el traje.

Él sacudió la cabeza e intentó evitar que una sonrisa asomara a su rostro.

—Sí, señora. —Él miró el ajustado vestido blanco con flores que llevaba. Realzaba todas sus curvas y no parecía lo más apropiado para una cena con gente religiosa—. ¿Y tú qué vas a ponerte?

—Por la mañana iremos de compras. Ya sé qué me pondré. Lo he visto en Bergdorf's.



Paulie abrió la puerta de los pasajeros traseros del Lincoln Town Car y Levi y Lucy bajaron.

Levi le dio la mano al enorme mafioso, que casi medía dos metros y tenía cuerpo de culturista. A su lado estaba Tom, otro mafioso, que había ocupado el asiento del copiloto.

—Probablemente pasemos unas horas aquí —dijo Levi—. Podéis ir a cenar o algo así, os llamaré cuando terminemos.

Paulie sonrió y sacudió la cabeza.

—Ni hablar. —Señaló un hueco en el lateral de Lincoln Place—. Aparcaremos ahí y

vigilaremos. Son las órdenes del don.

—De acuerdo, lo entiendo. Os llamaré cuando estemos a punto de acabar. —Levi sabía que contradecirlo era perder el tiempo. Vinnie, el jefe de la familia Bianchi, estaba al corriente de la situación de Lucy y tomaba todas las precauciones posibles.

Levi lanzó una mirada a Lucy y, por primera vez, se fijó en el atuendo que llevaba. Había dicho que era un traje de mikado de Kay Unger, y él se había quedado igual, pero el vestido largo y ajustado tenía un aire asiático. Era oscuro y brillaba gracias a unas lentejuelas de colores que le recordaban al dragón que ella llevaba tatuado. Tenía una abertura lateral que dejaba entrever su complexión atlética.

—Con ese modelito que te has puesto, a alguno de los rabinos le va a dar un síncope —dijo él.

—Si son hombres realmente piadosos, ni me mirarán. Además, hace tiempo que le había echado el ojo al vestido y por fin estaba rebajado. Me alegro de que te guste. —Lucy lo tomó del brazo y le guiñó un ojo—. Vamos, me gustaría ayudar a Rivka a preparar la cena, si me lo permite.

Subieron las escaleras que conducían a la casa adosada bajo la atenta mirada de Paulie y Tom.

Levi llamó al timbre y enseguida se oyeron pasos. La puerta se abrió y un hombre mayor con una poblada barba blanca los saludó con una expresión curiosa.

—Oy vey, señor Yoder, parece que para usted no pasan los años. Está igual que hace veinte. Realmente, Dios lo ha bendecido. ¿Se acuerda...?

Levi sonrió al reconocer al joven oculto en el interior del hombre mayor.

—Menachem, llámeme Levi, por favor. Por supuesto que le recuerdo.

Se abrazaron y se dieron un beso en ambas mejillas. Levi señaló a Lucy.

—Es mi socia, Lucy.

Menachem sonrió a Lucy e inclinó la cabeza haciéndose a un lado para dejarlos pasar.

—Encantado de conocerla.

—¡Lucy! ¡Señor Yoder! —La voz de Rivka resonó en el pasillo. Corría hacia la puerta con expresión sonriente.

—*Gut Shabbes* a los dos. Cuánto me alegro de que hayáis venido, y justo a tiempo.

En cuestión de segundos, Rivka se llevó a Lucy con ella a la cocina y Menachem condujo a Levi al salón, donde casi una docena de hombres se habían reunido antes de cenar.

Menachem carraspeó y se dirigió a ellos.

—Os presento a Levi Yoder. Es el invitado del que os hablé antes.

Los hombres se presentaron y Levi tomó asiento en una de las sillas de madera.

Iban vestidos con el típico atuendo negro judío; los flecos de sus *talit* asomaban por debajo de las americanas de vestir. Todos llevaban una especie de gorrito en la cabeza, que Levi sabía que se llamaba kipá.

Levi se dio un toquecito en la coronilla y preguntó:

—¿Debería ponerme un kipá?

La mayoría de los hombres se asombraron, pero el mayor del grupo soltó una risita y dijo:

—Si no te importa llevar un *yarmulke*, creo que estaría muy bien. —Pescó en su bolsillo un casquete de un palmo con letras bordadas en hebreo y se lo tendió a Levi.

—Por muy *goy* que sea, he vivido en Nueva York el tiempo suficiente como para saber que hay ciertas tradiciones que debo respetar. —Levi se puso el casquete y el ambiente se relajó en cuanto los hombres se pusieron a hablar de su día a día.

De repente, en la sala irrumpió una ristra de niños que parecía interminable, y uno de los mayores los perseguía gritando:

—Lavaos para el *sabbat*, que solo faltan quince minutos.

Menachem colocó su silla junto a la de Levi, le dio una palmada en la espalda y susurró:

—Ya seguiremos hablando después de cenar.



En el comedor principal no cabían todos sentados, por lo que las mesas se extendían más allá del salón y ocupaban la cocina además de la estancia contigua. A Levi lo sentaron al lado de Zalman, el patriarca de la familia Cohen, quien le había dado el kipá y se sentaba a la cabecera de la mesa. Lucy estaba en el otro extremo, que sí quedaba en el comedor, sonriendo con las otras mujeres, muchas de las cuales ayudaban con las casi dos docenas de niños allí reunidos.

Cuando Zalman se puso en pie, todos los presentes guardaron silencio.

—Hoy tenemos invitados que quizá no acaben de entender el significado de este día. Por tanto, es un *mitzvá*, una bendición, para todos nosotros ayudarles al menos a entender por qué hacemos lo que hacemos.

—Esta noche comienza el *sabbat*, el séptimo día de la semana. Las oraciones que vienen a continuación relatan cómo el Todopoderoso descansó al séptimo día y lo santificó. A continuación, bendeciremos el vino y daremos las gracias al Todopoderoso por concedernos este día de descanso.

Zalman levantó una copa rebosante de vino y se centró en las velas del *sabbat*, que parpadeaban en la mesa. Rivka las había encendido un poco antes. Empezó a recitar las oraciones con voz profunda.

*Yom Ha-shi-shi. Va-y'chu-lu Ha-sha-ma-yim v'ha-a-retz,
v'chawl'ts'va-am.*

Va-y'chal e-lo-him ba-yom ha-sh'vi-i, m'lach-to a-sher a-sa

Va-yish-bot ba-yom ha-sh'vi-i, mi-kawl'm'lach-to a-sher asa.

Va-y'va-rech e-lo-him et yom ha-sh'vi-i, va-y'ka-deish o-to

ki vo sha-vat mi-kawl'm'lach-to a-sher ba-ra e-lo-him la-a-sot.

El hombre que estaba sentado al lado de Levi le enseñó un libro de oraciones escrito en inglés y señaló la traducción de lo que Zalman iba diciendo.

El sexto día. Así quedó terminada la creación de los cielos y de la tierra, y de todo lo que hay en ellos. Cuando llegó el séptimo día, Dios ya había terminado su obra de creación, y descansó de toda su labor. Dios bendijo el séptimo día y lo declaró santo, porque ese fue el día en que descansó de toda su obra de creación.

Mientras la oración de Zalman resonaba por la casa, Levi miró a todas las personas sentadas a la mesa. Todos iban repitiendo en silencio las mismas palabras con la cabeza ligeramente gacha.

Luego bendijeron el vino y, por último, el pan. Y entonces llegó el momento de comer.

Miró a Lucy y sus ojos se encontraron. Ella le sonrió y le guiñó un ojo.

Aquella reunión tenía un carácter virtuoso. En cierto modo, le recordaba a su crianza como amish. Aunque había dejado su comunidad a los dieciocho años y nunca había mirado atrás,

tampoco había rechazado por completo la religión como terreno abonado para las creencias. Aquella gente creía en lo que practicaba, igual que su familia, y era algo con lo que podía conectar, aunque no compartiera sus prácticas diarias con ninguno de ellos.

Menachem le tendió un trozo del *brioche* trenzado típico del *sabbat*.

—Me pregunto si te gusta el pescado *gefilte* —dijo.

Levi se encogió de hombros.

—No sé lo que es el *gefilte*, pero sí que me gusta el pescado. Probaré lo que me pongan delante.

Zalman se inclinó hacia él con expresión divertida.

—No pasa nada si no te gusta. A mí tampoco me emociona.

Y así fue como empezó una discusión acerca del pescado *gefilte* que derivó en otras conversaciones que se prolongaron casi dos horas.



Después de cenar, Rivka condujo a Levi, Lucy y Menachem escaleras arriba hasta una puerta cerrada. Sacó una llave de un bolsillo escondido del vestido y abrió la puerta.

—Aquí está el estudio de Mendel. No lo han tocado desde el robo. Pasad, por favor.

Las luces se encendieron de forma automática en cuanto entraron en la sala. Durante la visita, Levi se había enterado de que era algo habitual en los hogares judíos ortodoxos.

Levi siguió a Menachem y a Lucy al interior de un estudio pequeño dominado por un gran escritorio. Resultaba obvio que era un despacho para trabajar. Dos de las paredes estaban revestidas de librerías repletas de libros. Nada extraordinario, solo libros de temas variados, incluida una Enciclopedia Británica de 1969 que llenaba toda una estantería. Muchos de los libros estaban escritos en hebreo.

Levi se dirigió a Rivka.

—¿Puede empezar por el comienzo? ¿A qué se dedicaba su esposo exactamente?

Ella cerró la puerta del despacho.

—Era reportero sobre temas de consumo. Era su pasión. —Sonrió y se la vio mucho más tranquila que en el bar—. Así fue como nos conocimos hace muchos años.

—¿Sobre qué escribía? ¿Y dónde? ¿Trabajaba para cadenas de televisión, periódicos...?

—Sobre todo periódicos, pero a veces lo entrevistaban en la tele. Cuando empezó, tenía una columna en varios periódicos locales. —Se sonrojó y frunció los labios—. Probablemente te parezca una tontería, pero entonces investigaba los restaurantes *kosher* e informaba de todo incumplimiento o comportamiento dudoso para que se supiera. Eso acabó llevándolo a informar sobre la importación y exportación de alimentos, y ahí fue cuando el *Intelligencer* lo contrató.

El *Intelligencer* era un periódico muy conocido con millones de lectores diarios.

—¿Es ahí donde trabajaba últimamente? —preguntó Levi.

—Sí. Y empezó a inquietarse por temas de trabajo, y supongo que de eso es de lo que quiere saber más. Me contó algunas cosas. Durante los últimos dos años, se dio cuenta de que editaban parte de sus artículos para eliminar nombres, o no se publicaban, aunque el editor hubiera dado el visto bueno.

—¿No es eso bastante normal? —preguntó Lucy—. Que yo sepa, hay más artículos que espacio de impresión, ¿no?

Rivka asintió.

—Cierto, pero Mendel llevaba más de veinte años dedicado a esto... Me refiero... a que lo había hecho mucho tiempo. —Exhaló un suspiro—. Y aunque su trabajo consistía en advertir a la gente sobre posibles negligencias, siempre daba a los inspeccionados el beneficio de la duda. Escribir algo que fuera impreciso o que indujera a error habría supuesto su perdición.

»Pero me confió una cosa que aún no estaba preparado para publicar. De hecho, no sabía si llegaría a estarlo. Estaba prácticamente convencido de que la empresa para la que trabajaba intentaba engañar a los lectores a propósito. Manipular el relato, por así decirlo.

Levi frunció el ceño.

—No lo entiendo. ¿No es esa la función de un periódico? Cada día leo cosas raras en la prensa.

—Eso pasa en los artículos editoriales. Mi marido trabajaba en lo que la gente del gremio llama «información seria», centrada en hechos, nada de opiniones. Pero Mendel estaba convencido de que a la dirección del periódico no le interesaba contar la verdad a millones de lectores.

—Ya —dijo Levi—. Entiendo que eso disgustara a su marido. Pero ¿de verdad cree que era motivo para matarlo?

Menachem carraspeó.

—El marido de mi sobrina era un hombre muy honrado. Consideraba que su obligación era llevar la verdad a la gente. Tienes que entender que, para él, lo que el periódico hacía era pecado. Yo también le oí hablar mucho de ello durante el último año. Tenía claro que, aunque el periódico no mentía, el hecho de impedir que ciertas cosas se publicaran suponía manipular el relato de cara al público. Era un pecado por omisión.

Lucy asintió con actitud comprensiva.

—Supongo que sería como decir que un agente de policía ha matado a un adolescente en la calle omitiendo el hecho de que el adolescente en cuestión estaba apuntándole con una pistola.

—Exacto —convino Rivka—. Pero los días de justo antes de su muerte estaba especialmente disgustado. No quería hablar de ello, ni siquiera conmigo. Y entonces... y entonces apareció muerto.

—¿Y cree que lo mataron porque...?

Rivka cogió una carpeta de papel manila del escritorio y se la tendió a Levi.

—Es el informe del forense. Dice que tenía veneno en el cuerpo, aunque califican la forma en que murió de indeterminada. —Tomó aire de forma entrecortada—. Pero más tarde cambiaron esa fórmula por la de suicidio basándose en el testimonio de alguien que seguro que mentía.

Levi recordó lo que Lucy le había contado sobre la aventura extramarital. Por el momento, no iba a insistir en ello. Fue revisando el contenido de la carpeta. También incluía un informe de la policía con varios nombres tachados.

—Antes ha dicho algo de un robo —dijo Levi—. Cuéntenoslo.

Rivka se tapó la cara y empezó a sollozar. Menachem le dio una palmada en el hombro y Lucy se le acercó más y le tendió un pañuelo de papel de un dispensador.

Su tío respondió por ella.

—Se produjo durante el funeral de Mendel. Alguien forzó la cerradura y rebuscó en el despacho, pero no tocó nada más en toda la casa. Quienquiera que fuera tenía que saber que estábamos todos en el funeral.

Levi pensó en el *menorah* de plata tallada y en todos los objetos valiosos que había visto en la planta baja.

—¿Qué había aquí que valiera la pena llevarse ignorando el resto de la casa?

—No lo sabemos. —Rivka se secó la cara y se la vio consternada y avergonzada—. Sacaron todos los libros de las estanterías, vaciaron los cajones y lo único que sé que falta es su libreta de trabajo.

—¿Se llevaron el portátil?

—No, una libreta de espiral. Mendel prefería escribir a mano. Sé que estaba encima del escritorio, donde siempre la dejaba. Pero desapareció.

Levi inspeccionó el despacho. Aquello no pintaba nada bien. ¿Qué podía ser tan importante en las notas de un reportero como para forzar la cerradura del despacho y entrar a robarlas?

Levi se acercó al escritorio de madera de caoba y abrió uno de los cajones. Estaba lleno de archivadores vacíos. La libreta estaba a simple vista encima del escritorio, pero el intruso se había tomado la molestia de rebuscar también en los cajones y las estanterías.

—¿Sabe qué guardaba en estos cajones? —preguntó.

—La verdad es que no —reconoció Rivka—. Cuando limpiamos, pusimos las cosas donde supusimos que iban.

Levi intercambió una mirada con Lucy. Lo más probable era que los dos estuvieran pensando lo mismo. Seguro que la libreta no era lo único que había desaparecido.

En el escritorio había un libro con caligrafía hebrea. Levi fue pasando las páginas indescifrables y se paró al encontrar un pósit amarillo. Había siete nombres escritos en el papel, con una flecha que señalaba un fragmento en hebreo.

Giró el libro hacia Menachem y Rita.

—¿Qué dice en este apartado que señala la flecha?

Menachem se inclinó hacia delante y miró a través de sus gruesas gafas con los ojos entrecerrados.

—Ah, este capítulo de la Biblia es lo que se llaman Proverbios. Aquí dice: «Un testigo falso no quedará sin castigo y aquel que diga mentiras no escapará».

Rivka sonrió.

—Típico de Mendel. Encontraba pasajes que tenían distintas capas de significado para él.

Levi tamborileó en el escritorio con los dedos. No sabía exactamente cómo interpretar todo aquello. Pero lo mínimo que podía hacer era averiguar quién había dado testimonio y enterarse de la verdad del asunto.

Despegó el pósit del libro y se dio cuenta de que tenía más cosas escritas al dorso, en hebreo. Se lo enseñó a Rivka.

—¿Qué pone?

Ella se inclinó hacia delante y empalideció.

—Dice «son los nazis».

CAPÍTULO DOS

Levi se inclinó hacia delante en la parte posterior del Town Car mientras Paulie se alejaba de casa de los Cohen. Dio un toquecito en el respaldo del asiento delantero y dijo:

—Siento que hayamos tardado tanto. ¿Habéis visto algo raro mientras esperabais?

Tom, uno de los segundones de la familia Bianchi, respondió:

—Estaba bastante muerto, salvo por la pasma, que ha pasado un montón de veces.

Levi se volvió hacia aquel hombre menudo como un jinete.

—¿Qué quieres decir con lo de un montón de veces?

—He contado catorce veces en las horas que habéis pasado ahí dentro. Y el poli que iba de copiloto nos ha mirado con mala cara cada vez que pasaba. Pero el conductor, que era un hijo de puta con cara de cabrón, tenía la vista fija en la casa de los Cohen. Era como si estuviera vigilándola.

—Por casualidad no habéis...

—¿Nos tomas por unos mamelucos? —Paulie se sacó un trozo de papel del abrigo y se lo tendió a Levi antes de girar a la derecha en Rogers Avenue—. No parecía normal, así que he anotado la matrícula.

—No se te escapa nada, así me gusta. —Levi miró el número garabateado en el papel y le dio una palmada a Paulie en el hombro—. Oye, sé que es tarde pero, en vez de volver a casa, vayamos a Little Italy. Tengo que hacer una cosa en el Gerard's.

—Buena idea —dijo Tom—. Estoy muerto de hambre.

—Mientras vosotros coméis, Lucy y yo charlaremos con Denny sobre un tema.

—Hecho. —Paulie se fundió con el tráfico de Bedford Avenue.

Levi se recostó en el asiento acolchado y Lucy se le acercó, levantó el brazo izquierdo y se acurrucó contra él para que la rodeara por su cintura de avispa. Ella desempeñaba el papel de novia de mafioso de manera convincente, tocándolo o acurrucándose junto a él en público y, sobre todo, cuando estaban en compañía de los socios de Bianchi. Pero no había ningún tipo de intimidad cuando estaban solos. Bueno, ella le había besado unas cuantas veces en los labios a propósito, pero era más para llamarle la atención que con intenciones sexuales. La mujer tenía sus motivaciones, lo cual intrigaba y frustraba a Levi a partes iguales.

—¿Qué te ha parecido la historia de Rivka? —susurró Lucy, con la cabeza apoyada en el recodo del cuello de Levi.

Levi inspiró el aroma a jazmín del gel con el que se había duchado y le dio un pellizco. Miró hacia la parte delantera del coche y se dirigió a los dos mafiosos.

—Eh, imaginad un reportero que se suicida y, cuando la familia está en el funeral, entran en su casa a la fuerza y rebuscan por su estudio, pero lo único que se llevan son unos archivos. ¿Qué

motivación puede haber?

Tom se movió inquieto en el asiento.

—¿Solo se llevaron unos archivos? ¿Ni joyas ni relojes ni nada por el estilo?

—Solo documentos de trabajo.

Paulie giró a la derecha en Flatbush Avenue y dijo:

—Si era reportero, quizá estuviera escribiendo un artículo sobre alguien que no quería que aquello se supiera.

Tom asintió.

—Tiene su lógica. O eso, o fue su jefe: que la persona para quien trabajara quisiera acabar el artículo que él había empezado.

—Imposible —replicó Paulie—. Un periódico o cadena de televisión no va a cometer un delito para conseguir el trabajo que nadie esté llevando a cabo. Lo más fácil habría sido pedirle a la viuda sus documentos de trabajo. ¿Por qué iba a negárselos?

Levi bajó la mirada hacia Lucy.

—Paulie tiene razón. Deberíamos preguntarle a Rivka qué le dijo el periódico.

Frunciendo los labios, le dedicó un ligero asentimiento.

—Tengo su número. No responderá al teléfono en *sabbat*, pero la llamaré por la noche o mañana.

Levi estaba a punto de añadir algo más cuando Lucy le cogió la mano derecha y le dio un delicado beso. Teniendo en cuenta que ella decía que no le gustaba que la tocaran, últimamente no paraba. Le resultó agradable y tuvo que recordarse que lo hacía de cara a la galería. Aunque el hecho de que lo hiciera cuando «la galería» ni siquiera miraba le hacía plantearse qué se le pasaba por la cabeza a aquella mujer.

—Levi, nos están siguiendo —anunció Paulie.

Levi miró por encima de su hombro y vio más de una docena de coches en el denso tráfico detrás de ellos, pero enseguida se fijó en el coche patrulla de la policía local que había tres vehículos por detrás, en el carril contiguo. La matrícula coincidía con la que Paulie había apuntado.

—Voy a avisar a algunos de los chicos.

Levi marcó un número y se acercó el teléfono al oído.

—Eh, Levi. ¿Qué pasa?

Levi activó el altavoz.

—Lou, nos sigue un coche de policía. Estamos circulando lentamente por Flatbush Avenue en dirección norte. Acabamos de pasar Johnson Street y nos dirigimos hacia el Midtown. ¿Puedes ayudarnos a bloquearlo?

—Descuida. Voy a ver a quién tenemos en esa zona. Paulie te lleva en el Town Car color bronce, ¿verdad?

—Sí, es el que he cogido —confirmó Paulie.

Lou habló con otra persona por otra línea durante unos segundos antes de volver a dirigirse a Levi.

—Estáis de suerte. Justo detrás tenéis a Romano Triple Papada. Va en el Cadillac negro, dice que dos vehículos por detrás de vosotros y justo delante del coche de policía. Él se encarga.

Al girar a la derecha, Levi vio que el Cadillac encendía las luces de emergencia y viraba bruscamente a la derecha justo por delante del coche patrulla, con lo que le obstaculizó el paso.

Paulie pisó el acelerador a fondo y el Town Car superó rápidamente el cruce siguiente y tomó de inmediato por Bridge Street, a la derecha. Con unos cuantos giros más, quedaron fuera del

alcance del coche de policía y se dirigieron al Midtown.

—Lou, ha funcionado de maravilla. Muchas gracias.

—De nada. Ya me dirás si necesitáis algo más.

Levi volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo de la americana.

Lucy se incorporó y miró por el retrovisor trasero.

—¿Van a arrestar a Gino por eso?

—No —repuso Tom con seguridad—. Todos tenemos un interruptor en el vehículo que mata el motor. ¿Qué va a hacer la policía? Al pobre Gino se le ha averiado el coche justo cuando intentaba adelantar. —El hombre le dedicó una mirada pícaro—. Hay que tener mala suerte para que te pase eso.

Lucyladeó la cabeza hacia los dos mafiosos de la parte delantera susurrando al oído de Levi:

—¿Ese coche de policía nos seguía a nosotros o a ellos?

—No lo sé. A ver si Denny puede darnos una respuesta.

—¿Denny? ¿Cómo va a saber él...?

Levi le selló los labios con un dedo.

—Ya lo verás.



Cuando llegaron al Gerard's eran casi las diez de la noche. El local estaba lleno de gente del barrio y había unos cuantos socios de la familia Bianchi.

Levi le hizo una seña a Denny indicándole la trastienda. El dueño del bar asintió y susurró algo al oído de Rosie, una puertorriqueña guapa pero refunfuñona que atendía la barra. Rosie lo miró con mala cara, como era habitual cuando Levi alejaba a Denny de lo que ella consideraba su labor principal. Él le devolvió la mala cara con una sonrisa que esperó que la desarmara. Ella empezó a pasar el trapo por la barra con más ahínco y, muy probablemente, maldiciéndolo para sus adentros.

Mientras Paulie y Tom tomaban asiento en una de las mesas libres, Levi escoltó a Lucy hasta la trastienda. Dejaron los baños atrás y giraron a la izquierda por un pasillo iluminado con luz tenue que conducía a un pequeño despacho. La pared derecha del pasillo estaba embaldosada con un mural chabacano que representaba una escena de playa.

Denny se sumó a ellos en el pasillo y presionó un punto de la pared embaldosada. Se oyó un clic y, con una especie de silbido, se destacó la silueta de una puerta en las baldosas. Denny la empujó y se abrió silenciosamente para dar paso a la trastienda secreta: la verdadera razón de ser del Gerard's.



Levi tendió a Denny la copia del informe redactado por la policía que le había entregado la viuda de Cohen.

—¿Crees que puedes obtener una versión de esto quitando las tachaduras de los nombres?

Denny se sentó al escritorio y echó un vistazo al informe fotocopiado.

—No creo que haya problema. —Dejó el informe a un lado y se conectó al ordenador. Los

dedos del genio de la informática volaron por el teclado ante la mirada incrédula de Levi, como tantas otras veces.

—Bueno, esto no es lo que esperaba —reconoció Lucy recorriendo con la mirada la colección de estanterías rebosantes de equipos de vigilancia electrónicos, osciloscopios, piezas varias de sistemas de seguridad de última generación y todo tipo de artilugios imaginables.

Levi sonrió al ver su expresión confundida. Siguió las curvas de su cuerpo con la mirada cuando ella se sentó en una silla de respaldo duro. Enfundada en ese vestido ajustado, le resultaba difícil no admirar lo que veía.

—¿Qué esperabas exactamente?

Extendió la mano y le dio un ligero toque a Denny en el hombro.

—No te lo tomes a mal pero, cuando Levi me dijo que te gustaban los aparatitos, te imaginé con un soldador fabricando, que sé yo, dispositivos de escucha o fruslerías similares. —Señaló la gran cantidad de equipos y dispositivos—. No me esperaba este despliegue.

Sin levantar la vista del ordenador, Denny señaló a la izquierda y dijo:

—Allí, al lado de la pared, hay un equipo de soldadura. También hago pequeños aparatos. Ah, ya estoy.

Levi acercó una silla al aparecer en la pantalla de Denny una copia sin editar del informe policial.

—¿Quieres que la imprima? —preguntó Denny.

—No. —Levi negó con la cabeza—. Desplázate hacia abajo para que pueda leer los nombres que la policía pretendía ocultar.

Mientras Denny se desplazaba por el informe, lanzó una mirada hacia Lucy.

—Este tío tiene una memoria de elefante. ¿Tú quieres una copia?

Lucy sonrió.

—No, pero gracias por preguntar.

Cuando Denny llegó al final del informe, Levi asintió.

—Mindy Cross es la mujer con la que la policía habló de la supuesta aventura. ¿Disponemos de información sobre ella? ¿Una dirección, para quién trabaja, qué aspecto tiene?

—Un momento. —En cuestión de segundos, Denny accedió a toda la información que el departamento de policía de Nueva York había reunido sobre ella—. Es reportera del *Intelligencer*. Treinta y tres años, licenciada en periodismo por Cornell. Y tiene cuenta en Instagram. —Tras pulsar unas cuantas teclas más, aparecieron una serie de fotos de una rubia con cintura de avispa, pechos prominentes y guapa de cara.

Levi soltó un silbido.

—El tal Cohen no tenía mal gusto.

—Es un pibón —comentó Lucy—. Va vestida de ejecutiva, pero no podría disimular esas curvas aunque llevara un saco de arpillera.

Denny dio un toquecito en la parte inferior de la pantalla.

—Su perfil dice que está soltera y que trabaja como reportera de asuntos domésticos.

—¿Asuntos domésticos? —Levi negó con la cabeza y sonrió con sarcasmo—. Yo diría que eso lo resume todo.

Lucy le dedicó una mirada reprobatoria.

—Recuerda, ese hombre no podía hacer gran cosa con ella, por mucho que quisiera.

—Por cierto... —Levi señaló el monitor—. ¿Puedes sacar lo que haya sobre un tal Mendel Cohen?

Al cabo de unos momentos, Denny accedió a la vida de Cohen.

—Bueno, su solvencia crediticia es superior a ochocientos, o sea que pagaba las facturas a tiempo. Según el saldo de sus cuentas, no es que fueran ricos pero no les iba mal. Y no tenían deudas. Al parecer, tenía una propiedad en Lincoln Place y, por lo que se ve, la hipoteca se saldó hace casi siete años.

Levi asintió.

—Sí, ahí es donde viven su viuda y sus hijos.

Lucy se inclinó hacia delante recorriendo rápidamente el monitor con la mirada.

—¿Tiene alguna orden judicial pendiente o problemas con la justicia?

Denny pulsó unas cuantas teclas más y la pantalla cambió.

—Bueno, ¿qué tenemos por aquí?

Denny hizo clic en la citación y Lucy frunció el ceño al ver una copia escaneada de una multa firmada.

—¿Qué significa que provocó un riesgo de seguridad al cruzar la calzada de manera insegura?

—Eso es lo que se llama cruce imprudente de una vía, querida —explicó Levi—. No sabía que te ponían una multa por eso.

Denny miró a Levi.

—Imagínate ser negro y cruzar la calle por donde no toca a las tres de la mañana. Créeme, te ponen una multa en menos que canta un gallo.

Levi inclinó la silla hacia atrás y frunció el ceño.

—Bueno, tenemos a un tipo que está limpio y no ha tenido nunca problemas con la justicia. No se entiende que la policía quisiera joderle.

—Pues lo hicieron —insistió Lucy—. No tenemos motivos para desconfiar del historial médico...

—Y tampoco de la declaración de la supuesta amante.

Denny hizo caso omiso de la conversación que los otros dos mantenían.

—¿Necesitáis algo más?

Levi chasqueó los dedos.

—La verdad es que sí. Había un coche de la policía local vigilando el lugar donde estábamos. ¿Puedes averiguar quién dio la orden de enviar a la patrulla?

—¿Tenéis la matrícula?

Levi recitó del tirón la cifra de cuatro dígitos y Denny localizó el vehículo de inmediato.

—Me salen dos matrículas con el mismo número. ¿Visteis el numerito de la placa? Corresponde al año del modelo.

Paulie no había anotado el número pequeño, pero Levi cerró los ojos y recordó la escena de Flatbush Avenue. Los polis que los seguían iban unos coches por detrás, pero estaban lo bastante cerca.

—Diecinueve.

Denny asintió.

—Ese vehículo se asignó a la comisaría del distrito 17. Tendré que hacer un par de llamadas para saber quién estaba al mando.

—¿Dónde está el distrito 17? —preguntó Lucy.

Levi se tamborileó en la pierna con los dedos.

—Cubren la zona este de Midtown, Murray Hill, Kipps Bay y la parte donde está la sede de la ONU. En el extremo opuesto de Crown Heights, por si no lo tienes claro.

—¿Eso es normal? —preguntó Lucy—. Es decir, ¿la policía puede patrullar fuera de su

zona?

—No creo. —Levi se volvió de nuevo hacia Denny—. Necesito esos nombres en cuanto los consigas. Ah, y una cosa más. —Recitó del tirón la lista de nombres que había encontrado en la nota del despacho de Mendel y Denny los anotó—. Encontramos esos nombres en las notas de Mendel. ¿Puedes pasarlos por el ordenador y ver qué aparece? Por ejemplo, si tienen algún nexo en común...

—Oído —repuso Denny.

Levi se levantó y sacó el teléfono.

—Enseguida vuelvo. —Mientras marcaba, se dirigió hacia el fondo de la trastienda. Detrás de él oyó a Lucy pedirle algo más a Denny.

Una voz respondió al primer tono.

—¿Diga?

—Frankie, ¿tenemos a alguien amigo en el *Intelligencer*?

—¿El periódico?

—Sí.

—Sí, tenemos a uno. Un tipo llamado Dominic Maroni. Es editor. ¿Por qué? ¿Quieres poner un anuncio o algo así?

Levi sonrió.

—No, nada de eso. Luego te lo cuento. ¿Puedes concertarme un encuentro con él?

—¿Tienes prisa? ¿Esta noche?

—¿Qué tal un almuerzo mañana?

—Confirmaré que esté disponible.

—Gracias, Frankie.

—Oye, ya que te tengo al teléfono... Vinnie y yo queremos hablar contigo sobre la relación que tienes con tu novia. Hay un cambio en su situación y hay que hablarlo.

Levi sintió un escalofrío en la espalda.

—Suenas importante. ¿Hablamos esta noche?

—Ahora subo a comentárselo a Vinnie para asegurarme, pero sí. Creo que cuanto antes, mejor.

En cuanto colgó, Levi se volvió hacia Lucy y notó que se le formaba un nudo en la garganta. A Vinnie, el jefe de la familia Bianchi, le parecía importante hablar de la mujer que se ocultaba en su apartamento. Aquello no podía ser bueno.

Volvió adonde estaban y le puso una mano a Denny en el hombro.

—Tenemos que ir tirando. Llámame en cuanto averigües algo.

—Descuida. —Denny se levantó y entrechocó el puño con el de Levi.

Lucy rodeó a Levi por el brazo.

—Me ha gustado ver esta faceta tuya, Denny. Estoy impresionada. Eres una caja de sorpresas.

Denny sonrió y los condujo hacia la parte delantera del Gerard's.

En cuanto salieron de la trastienda, Paulie miró a Levi señalando hacia la puerta de entrada del local con expresión inquisidora.

Cuando Levi asintió, Paulie enseguida se limpió la boca, se retiró de la mesa y él y Tom sacaron a Levi y a Lucy del Gerard's sin mediar palabra.

Lucy levantó la vista hacia Levi y le dio un ligero pellizco en el brazo.

—¿Todo bien?

A Levi no le gustaba cómo se sentía. El tono de la voz de Frankie lo había puesto de los

nervios. Aceleró el paso camino del coche.

—Todo bien. Cuando lleguemos al edificio, tú sube. Yo iré un rato a la última planta.

Lucy ya sabía que Vinnie vivía en la última planta y tuvo la discreción de no hacer preguntas.

Tom abrió la portezuela de la parte trasera del coche y Levi se deslizó en el interior después de Lucy.

Cuando Paulie ponía el coche en marcha, Lucy le dio un palmadita a Levi en el muslo y lo miró de un modo que cualquiera habría sabido interpretar.

Sabía que había algún problema.

CAPÍTULO TRES

—Han subido el precio de su vida —explicó Frankie mientras Levi y el don se sentaban ante la chimenea del salón de Vinnie. Frankie dio un sorbo a su whisky con soda y continuó—. Tiene más de seis cifras y, por ese precio, mucha gente va a salir de la nada.

—Levi. —La voz de Vinnie, grave, sonó floja, casi como un susurro—. Alguien debe de haberla reconocido por la calle. No habrían subido el precio si no pensaran que había peces en la pecera. —Hizo girar el líquido ámbar en el vaso de cristal y dio un sorbo de amaretto. Se inclinó hacia delante con una expresión curiosa en el rostro—. Ya sabías que tenerla aquí suponía un riesgo, pero ahora es mayor. ¿Qué hay entre vosotros dos? Me refiero a que ella está muy cariñosa contigo delante de los chicos, pero no me lo trago. Hay algo que no cuadra.

Levi sonrió a su amigo, al que hacía tanto tiempo que conocía, y se encogió de hombros.

—Ella me ayudó con un tema y yo la saqué de una situación que se había puesto fea...

—Deja de contarme rollos, Levi. ¿Tienes algo con ella o no? Tengo que saber hasta qué punto estás dispuesto a jugarte el cuello. No te lo tomes a mal, pero si te la estás tirando y no hay nada más, te aconsejo que te alejes de ella. —Vinnie se pasó un dedo de un lado a otro del cuello.

Mientras iba bebiendo de su agua de Seltz, Levi reflexionó sobre qué responder. Aunque Vinnie era su amigo, su mejor amigo probablemente, regentaba un negocio y Levi sabía que Lucy suponía un posible riesgo de seguridad.

—Nuestra relación es complicada —empezó a decir, pero luego vaciló. Aunque sabía mucho de ella, lo que pensaba y sus motivaciones seguían resultándole en gran medida un misterio—. A veces creo saber lo que pasa y estamos muy bien compenetrados, pero otras veces... No sé por dónde va.

—Creo que se ha enamorado —dijo Frankie con una sonrisa—. Y no le culpo, la verdad. Es un pibón, y más teniendo en cuenta que es asiática.

Vinnie se limitó a mirar a Levi y esperó.

Bajo la presión de la mirada del jefe de la mafia, Levi volvió a encogerse de hombros.

—Vinnie, no sé. ¿Tengo intenciones de casarme mañana? No. ¿Ella me gusta? Sí.

Vinnie se recostó en el asiento y miró a Frankie.

—Analiza la situación. A ver qué podemos averiguar de quien ha puesto precio a su vida. —Entonces se volvió hacia Levi y habló con tono serio—: Si no me falla la intuición, y no suele fallarme, alguien la vio por la calle y probablemente la siguió hasta aquí. Si tienen intención de darle una paliza, no quiero que mis hombres se impliquen. Esto es asunto de ella. Si tú quieres protegerla, por ahora tendrá que quedarse quieta. Se acabó el entrar y salir del apartamento. ¿Me has entendido?

—Te he entendido. Castigada sin salir.

Vinnie consultó la hora, se levantó y apuró el amaretto.

—Es más de medianoche, ya os marcharéis cuando queráis. Les prometí a Phyllis y a los niños que mañana por la mañana los llevaría a la playa.

Frankie y Levi se levantaron cuando el don salió de la sala. Frankie pasó el brazo por encima de los hombros de Levi y se encaminaron juntos a las puertas dobles.

—Momo, abre la puta puerta —bramó Frankie.

Las puertas se abrieron y dos gorilas de la mafia hicieron una inclinación de cabeza a su paso.

En los ascensores, Levi pulsó la flecha de bajada y aguardó.

—Te he mandado un correo electrónico hace un rato —dijo Frankie—. Tienes una cita con el tipo del *Intelligencer* mañana al mediodía. ¿Qué interés tienes en ese periódico?

—Estoy haciendo el seguimiento de una cosa que me llamó la atención. Es una buena oportunidad de negocio, ya te contaré.

Frankie sonrió.

—Tienes buen ojo para encontrar cosas interesantes que nos aportan beneficios. Y si hay beneficios, tienes mi bendición, sea lo que sea.

Las puertas del ascensor se abrieron con un *ding*. Levi y Frankie entraron y pulsaron los botones de sus respectivas plantas antes de que las puertas volvieran a cerrarse.

Mientras el ascensor bajaba, Levi recordó lo que Vinnie había dicho acerca de que Lucy no podía salir de casa. No estaba especialmente ansioso por descubrir cómo se lo tomaría ella. Prohibirle algo era como bañar a un gato: el mal genio y los zarpazos estaban asegurados.



Levi se había duchado, se había vestido para la reunión con el editor y se estaba peinando frente al espejo cuando Lucy entró en el dormitorio. Sonriente, le pasó las manos por los hombros, como si quisiera sacudirle unas pelusillas imaginarias.

—¿Preparado para la cita? —preguntó con falsa modestia.

Levi se volvió para mirarla y su expresión satisfecha le recordó a la del gato de Alicia en el país de las maravillas. Era igual de inquietante, dado que Lucy no era propensa a sonreír ni, a decir verdad, a mostrar sus emociones.

—Para empezar —dijo él— no es una cita. He quedado con un tipo que probablemente esté en deuda con la familia y, con un poco de suerte, quizá consiga preguntar a la tal Mindy cómo conoció a Mendel Cohen.

Lucy inclinó la cabeza de Levi hacia arriba para ajustarle la corbata.

—No sabemos cómo se tomará las preguntas acerca de alguien que acaba de morir. Quizá estuviera enamorada de él, o quizá intentara estafarle. O vete a saber, tal vez el tal Cohen fuera su caballero andante. Lo que quiero decir es que no seas tan brusco como de costumbre. La sutileza es un plus. Seguro que no es la primera vez que haces una cosa así. Eres un chico guapo, usa tus encantos.

Levi fruncía el ceño a medida que ella ampliaba su sonrisa.

—Tú estás tramando algo. Recuerda, hasta que no sepamos quién va a por ti, no puedes salir. Si necesitas algo, llama a recepción y te lo traerán, ¿entendido?

Ella se besó el dedo y lo presionó contra los labios de él.

—No te preocupes. Te esperaré aquí quietecita hasta que vuelvas para contarme cómo te ha ido la cita. —Lucy señaló hacia la puerta—. Más vale que te marches. Con el tráfico que hay al mediodía, tardarás un buen rato en llegar. No llegues tarde.

Levi se encaminó a la puerta, se volvió hacia Lucy y, de nuevo, su extraña sonrisa lo inquietó. ¿Qué estaría maquinando?

Estaba a punto de decir algo cuando ella se le adelantó, abrió la puerta y dijo:

—Vete. —Su acento ruso sonó más pronunciado—. Te juro que estaré a gusto mirando la tele y esperando tus noticias.

Levi salió por la puerta a su pesar y bajó a meterse en el coche que le aguardaba abajo.



A pesar de los muchos años que había vivido en la ciudad de Nueva York, nunca había estado en la Trump Tower. Mientras esperaba la llegada del editor del *Intelligencer*, recorrió con la mirada la entrada al Trump Grill y se centró en las tristemente famosas escaleras mecánicas por las que Donald Trump había bajado antes de anunciar su inaudita candidatura a la presidencia del país. La política no tenía un papel relevante en la vida de Levi, pero tampoco le era totalmente ajena.

Un turista asiático entró en la torre, fue directo a la escalera mecánica y empezó a hacer fotos. Sí, esa escalera mecánica era famosa. Y Trump era un personaje que suscitaba admiración y rechazo a partes iguales.

Levi volvió a consultar la hora. No le gustaba esperar.

De repente, un hombre corpulento de pelo negro irrumpió como un torbellino por la entrada principal. La expresión preocupada de su rostro enrojecido hablaba por sí sola.

Era él.

El editor pasó corriendo por el lado de Levi y se dirigió a la recepción.

—Soy Dominic Maroni. Tengo una reserva para dos, en la zona de la esquina. Oh, ¿sabe si alguien...?

—Ah, sí, señor. —La joven de la recepción señaló a Levi—. El señor Yoder está aquí. No quería que lo acompañara a la mesa antes de su llegada.

Dominic, un italiano fortachón, se volvió y se puso pálido al darse cuenta de que Levi se encontraba a menos de dos metros. Juntó las manos.

—*Marone a mi*. Siento el retraso. Los dichosos taxis de esta ciudad...

Levi sonrió y le estrechó la mano del turbado editor.

—SoloSolo han sido cinco minutos. Hay cosas peores.

Dominic asintió con expresión de alivio.

—Si te va bien, nos sentamos a hablar. —Miró a la recepcionista—. ¿La mesa está preparada?

—Sí, señor. Síganme.

Se sentaron en un rincón del acogedor restaurante y enseguida fueron a tomarles nota. Levi apreció la calidez de los toques de madera de la decoración, así como la pulcritud del local. Resultaba acogedor, mucho menos ostentoso de lo que habría cabido esperar de un lugar relacionado con el nombre Trump. Y, aunque el comedor estaba casi lleno, las mesas que los rodeaban estaban vacías, lo cual les proporcionaba intimidad.

—Bueno —dijo Dominic—. El señor Minnelli me dijo que tienes preguntas sobre el *Intelligencer*. Fue un tanto vago acerca de lo que deseas saber, pero llevo veinte años trabajando

allí, por lo que, si no tengo las respuestas que necesitas, probablemente sepa quién puede dártelas.

Levi tamborileó en la mesa, cubierta con un mantel blanco de tela, mientras se planteaba cómo abordar el tema. Permitió que se alargara un silencio incómodo entre los dos, porque sabía que Dominic no lo rompería. Aunque Levi acababa de conocerlo, ya se había dado cuenta del tipo de persona que era. Dominic Maroni era un activo de la mafia y, como tal, era consciente de que el jefe de seguridad de una de las familias de mafiosos más prominentes de la ciudad no le habría llamado a menos que fuera importante para el don. Y si era importante para Don Bianchi, entonces ese hombre haría lo que fuera con tal de ganarse el favor de la familia.

—Dominic, voy a ir al grano. Un reportero que trabajaba para tu periódico ha muerto. Quiero hablar con gente que le conociera y hacerme una idea de en qué estaba metido.

Dominic frunció el ceño.

—¿Puedo preguntar de quién se trata? —Sacó el móvil y lo desbloqueó—. Tenemos más de tres mil empleados, pero puedo consultar nuestro directorio y ver en qué sección trabajaba, quién era su editor directo, prácticamente todo.

—Se llamaba Mendel Cohen.

Dominic abrió unos ojos como platos y bajó el teléfono.

—¿Mendel? No tengo que consultar nada, yo era su editor. Trabajó en un par de secciones a lo largo de los años, así que se movía bastante. ¿Qué quieres saber?

—Empecemos por cómo era.

Dominic se secó la frente con una servilleta de tela y empezó a jugar con las gotas de agua que perlaban el exterior del vaso.

—Oh, era un hombre agradable...

—Escúchame. —Levi apuntó a Dominic con el dedo—. No conozco de nada a ese hombre. Solo quiero hechos. Nada de sandeces, ¿queda claro? No suavices las cosas.

—Ah, bueno, entiendo. Bueno, lo cierto es que era un poco estirado. No es que fuera mala persona, lo que pasa es que se relacionaba con los suyos, ya me entiendes.

—¿Te refieres a que se relacionaba con los demás judíos?

—Bueno, sí. Supongo que es eso. A decir verdad, hacía su trabajo, entregaba los artículos a tiempo y nunca me daba motivos de queja. Era responsable, aunque no fuera un gran conversador, ya me entiendes.

Levi asintió.

—Cuando hablé con su mujer, me dijo que en los últimos tiempos estaba molesto por las modificaciones que sufría su trabajo. Dijo que le quitaban nombres o que incluso no le publicaban los artículos. ¿Algo que decir al respecto?

Dominic estuvo a punto de atragantarse con el agua que estaba bebiendo y le entró un ataque de tos. Al poco, se serenó.

—Yo nunca le recorté nada, esas cosas pasan por encima de mí: editores de proyecto, editores ejecutivos. Mi trabajo consiste en que todo proceda de fuentes fiables y esté bien redactado. Pero tienes razón, él se quejó de lo que dices. Es de lo único que se quejó a lo largo de los años. Se lo tomaba como algo personal.

—¿Sobre qué escribía Mendel?

—Casi siempre sobre temas locales, las leyes de Nueva York y tal. Pero a veces trabajaba en artículos relacionados con Israel o con el conflicto de Palestina. Todos eran buenos artículos y yo les daba el visto bueno porque me parecían interesantes, pero, cuando los de arriba ven según qué contenido político, se ponen un poco nerviosos.

Levi clavó la mirada en Dominic por si veía indicios de engaño. Cejas enarcadas, evitar el contacto visual, una sonrisa nerviosa, una pequeña fluctuación en el patrón del habla. Pero no advirtió nada por el estilo.

—La mujer de Mendel dijo que le parecía que el periódico intentaba adaptar las noticias a un relato que él consideraba que no reflejaba la verdad.

Dominic exhaló un suspiro y asintió de forma casi imperceptible.

—Yo no lo hago, me refiero a intentar adaptarme a un relato preconcebido, pero en este negocio se sobreentiende que las noticias no son siempre lo que la gente cree que son. Llevo el tiempo suficiente en esto como para saberlo y Mendel también. —Se inclinó para acercarse más a Levi y bajó la voz—. Tenemos un público al que servir, y a gerencia lo que le interesa es que se vendan más ejemplares y conseguir más visitas en Internet. Saben que, si publicamos lo que la gente quiere leer, los ingresos aumentarán. Lo mismo pasa con la tele. Los índices de audiencia son oro y gana quien se lleva todas las medallas.

Levi mantuvo una expresión neutra, aunque no le gustaba lo que estaba escuchando.

—¿No crees que la gente quiere saber la verdad?

Dominic abrió unos ojos como platos y su voz destiló cierta indignación.

—Siempre decimos la verdad. Lo que pasa es que no siempre decimos toda la verdad.

Levi cerró los labios con fuerza al recordar lo que Menachem había dicho en el estudio de Mendel: *Tenía claro que, aunque el periódico no mentía, el hecho de impedir que ciertas cosas se publicaran suponía manipular el relato de cara al público. Era un pecado por omisión.*

El camarero llegó con una bandeja y dispuso un plato delante de Levi.

—Señor, para usted tenemos los tacos de aleta de raya a la parrilla y la ensalada de col lombarda aderezada con crema agria de cilantro y lima, todo envuelto en una tortilla de maíz con aguacate, tomate y ensalada de maíz asado.

Colocó otro plato delante de Dominic.

—Y para usted, señor, una ensalada *caprese* con mozzarella de búfala, tomates Campari, brotes de rúcula, vinagre balsámico añejo y aceite de oliva virgen extra, y con el extra de langostinos.

Mientras les rellenaba los vasos de agua, preguntó:

—¿Desean algo más?

Dominic miró a Levi, que negó con la cabeza.

—No, todo fantástico —dijo Dominic—. Gracias.

El camarero se marchó igual de rápido que había venido y Levi hizo una seña a Dominic para que empezaran a comer.

—¿Qué sabes de la muerte de Mendel? —preguntó Levi.

—Prácticamente nada. —Dominic pinchó con el tenedor un trozo de tomate y otro de mozzarella, se los metió en la boca y masticó rápidamente—. He oído decir que se suicidó, pero no tengo ni idea de cómo o por qué. —Dominic adoptó una expresión meditabunda mientras daba toquecitos con el dedo al lateral del vaso—. Bueno, eso no es del todo cierto. Después de su muerte, oí rumores por los pasillos acerca de que tenía una aventura o algo así. Pero no sé si me lo creo. Mendel tenía una foto de su familia en el escritorio, un montón de hijos y una mujer de buen ver. Y no parecía un tipo mujeriego.

—De acuerdo —dijo Levi—, cambiemos un poco de tema. Busco información sobre otra persona que trabaja en el periódico. Mindy Cross. ¿La conoces?

Dominic, que tenía la boca llena de tomate y mozzarella, tragó con fuerza y asintió.

—Oh, ella. Sí, está en nuestra planta. ¿Qué quieres saber?

—¿Cuál es su historia? ¿Cómo es?

—Vaya... ¿Por dónde empiezo?

Levi enarcó las cejas muy ligeramente.

—Bueno, su presencia no pasa desapercibida, porque desprende un olor floral inconfundible. Ya sabes a qué me refiero. Si entras en el ascensor, sabes si ha pasado por allí hace poco. Normalmente son las feas las que quieren llamar la atención con el perfume, pero a esa chica no le hace falta. Está muy buena. Sin embargo, sobre su personalidad, no sabría qué decir. Sé que la mitad de la planta querría un rollo con ella pero, que yo sepa, hasta ahora nadie lo ha conseguido.

Levi dio un bocado al taco de pescado. Estaba delicioso.

—Que esto quede entre nosotros, ¿de acuerdo?

Dominic asintió.

—¿Qué opinas de que la policía diga que Mendel tenía una aventura con ella?

Dominic soltó una carcajada. Paró de reír de golpe al darse cuenta de que Levi no bromeaba.

—Es imposible. Me habría enterado. Habría oído rumores o algo. —Negó con la cabeza—. Me refiero a que, dado que todos los sementales solteros de la planta intentaban ligársela, junto con otros cuantos casados, te garantizo que, si alguno de ellos hubiera visto a esos dos hablando a solas una sola vez, yo me habría enterado. Mendel apenas hablaba con nadie, punto, y estoy convencido que jamás le vi decir nada más que «hola» a una mujer. Incluida la recepcionista. Me refiero a que es muy religioso. Mejor dicho, era. —Volvió a sacudir la cabeza—. ¿Mindy? ¿En serio?

—En serio —zanjó Levi—. ¿Podrías concertarme una cita con ella? Me gustaría hacerle unas preguntas.

—Lo intento. —Dominic cogió el teléfono de la mesa y escribió un mensaje. Al cabo de un momento, asintió—. ¿Qué te parece después del almuerzo?

—Me va bien.

Después de darle unos cuantos toques más al teléfono, lo dejó encima de la mesa.

—Bueno, pues ya está. Estará en su puesto. —Dominic miro a Levi de arriba abajo con expresión aprobatoria—. La verdad es que eres guapo. Si no le gustas tú, ¿quién va a gustarle?



Dominic condujo a Levi por la quinta planta de la sede del *Intelligencer*. La cantidad de minúsculos cubículos era interminable, y la mayoría estaban ocupados por trabajadores que tecleaban, hablaban por teléfono o ambas cosas a la vez.

Antes de llegar al puesto de Mindy, Levi notó el aroma floral en el ambiente. Como era de esperar, Dominic enseguida se paró ante uno de los cubículos y dio un toquecito a la pared del mismo.

—¿Mindy?

La mujer que levantó la vista del monitor era la misma cuyas fotos había visto Levi en el local de Denny. Y era igual de guapa en persona, lo cual tenía mérito. La melena le llegaba por debajo los hombros y era una cascada de cabello rubio miel que relucía incluso bajo la tenue luz de la oficina. La tal Mindy Cros, cuyas cejas y cuyo tono de piel eran acordes al color del pelo, bien podía ser una de las pocas rubias naturales que Levi conocía.

—Hola, chicos —dijo. Pasó la mirada de Dominic a Levi—. ¿Eres Levi?

—Sí —repuso Levi, estrechándole la mano. Le sorprendió la firmeza del apretón de ella.

Dominic dio un paso atrás.

—Os dejo. —Se dirigió a Levi—: Si me necesitas, dile a la recepcionista que me avise. Ella sabrá dónde encontrarme.

Mientras Dominic se alejaba entre un mar de cubículos, Mindy se levantó.

—Dominic me ha enviado un mensaje, pero no me ha quedado claro de qué va esto. Ha dicho que eres investigador, pero no sé qué o a quién investigas.

Levi señaló hacia los ascensores.

—He visto un café abajo. Si tienes un momento, te invito a uno y te lo cuento por el camino.

La reportera inclinó la cabeza y se quedó mirando a Levi un par de segundos antes de asentir.

—De acuerdo. No veo por qué no.

Al poco rato estaban instalados en un acogedor café de la planta baja del edificio del *Intelligencer*. Levi resistió la tentación de preguntarle por la marca de la fragancia que llevaba. Era intensa pero, por algún motivo, no le molestaba. De hecho, le gustaba. Tenía un olfato muy fino, al igual que los demás sentidos, y al caminar detrás de la atractiva mujer se había dado cuenta de que el olor que desprendía no procedía de un solo punto de su cuerpo. Era casi como si dejara una estela de vapor allá por donde pasara. Probablemente fuera el gel de baño que usaba.

Mandy hizo una seña a la camarera, una mujer asiática de cierta edad, pero no logró llamarle la atención. La camarera estaba riendo y charlando en mandarín con una pareja asiática mayor a la que ya había servido.

Levi se volvió hacia la camarera y, en un mandarín fluido, le dijo:

—Disculpe, ¿nos trae la carta o nos dice qué podemos pedir?

La camarera abrió unos ojos como platos al ver a un occidental hablando mandarín. Se acercó enseguida a su mesa y se sacó una libreta de la cintura.

Sin darle tiempo a abrir la boca, Levi habló de nuevo en mandarín.

—¿Tienen té negro?

La camarera sonrió y asintió.

—Tenemos té Dien Hong —respondió entusiasmada, en mandarín—. Es de la provincia de Yunnan, donde yo nací. Es un té muy suave de sabor afrutado. Es excelente.

—Tomaré uno de esos. —Levi se volvió hacia Mindy, que lo observaba con expresión de asombro—. ¿Qué quieres tomar?

—¿Un té y un bollo? —dijo Mindy.

La camarera contestó en inglés con un marcado acento de Nueva York.

—De acuerdo, querida, ¿prefieres algún tipo de té en concreto o te traigo el *orange pekoe* normal?

Mindy se encogió de hombros.

—El normal ya va bien, gracias.

La camarera anotó algo en la libreta y se marchó rápidamente.

Mindy miró a Levi de hito en hito.

—¿Cómo narices has aprendido a hablar chino así? —Se inclinó hacia delante y Levi no pudo evitar fijarse en cómo le sobresalía el pecho por el escote del ajustado vestido.

Levi le devolvió aquella firme mirada azul.

—He ido aprendiendo cosillas a lo largo de los años.

—Y que lo digas. Bueno, ¿y ahora qué cosilla te gustaría aprender? En el ascensor me has dicho que te han contratado para investigar «asuntos personales». ¿Me lo explicas un poco más?

Levi sabía que debía ir con pies de plomo. Pero había captado su atención, lo cual era positivo.

—No puedo dar muchos detalles, pero me gustaría saber tu opinión sobre tus compañeros de trabajo.

La camarera regresó con dos teteras de cerámica y el bollo de Mindy. Los dejó en la mesa junto con un cuenco que contenía una generosa cucharada de jalea de fresa. Sirvió el té lentamente y se esfumó.

—No sé si lo entiendo —dijo Mindy—. ¿Alguien se ha quejado de algún compañero?

Levi negó con la cabeza.

—No sabría decirte. ¿Qué te parece si empiezas hablándome de tu puesto?

—Bueno, yo estoy en la sección de la ciudad, ya sabes, noticias locales. Y, a decir verdad, aparte de las reuniones de trabajo diarias con el editor, no interactúo demasiado con los demás reporteros.

—¿Ah no? —Levi enarcó una ceja y sonrió—. Pensaba que habría un montón de compañeros que querrían colaborar contigo. No me malinterpretes, pero eres una mujer atractiva y no llevas anillo de casada...

—Señor Yoder. —Le dedicó una mirada tan fría que casi lo congela—. Prefiero trabajar sola a tener que quitarme de encima a esos babosos imbéciles que se creen tan machos.

Levi se dio cuenta de que había pasado de «Levi» a «Señor Yoder» en un abrir y cerrar de ojos. No pintaba bien.

—Lo siento. No pretendía ofenderte. Hago mi trabajo.

Ella se sonrojó.

—No, disculpa. —Alargó el brazo por encima de la mesa y puso la mano encima de la de él—. No pretendía ladrarte de ese modo. Y no debería llamar imbécil a nadie. Es que...

Parpadeó rápidamente y le tembló la mandíbula. Apenas fue una fracción de segundo, pero a Levi le bastó para darse cuenta. Había algo que la tenía preocupada.

Levi le apretó ligeramente la punta de los dedos. Se inclinó hacia delante y susurró:

—¿Qué ocurre?

Mindy tragó saliva y sacudió la cabeza.

—Nada. Es una tontería. Es que estoy harta de la política de la oficina. Y siento de veras haberte respondido de malas maneras. No te lo mereces.

—Háblame de la política.

Se dio un toquecito en los ojos con una servilleta y le dedicó una sonrisa sincera.

—Probablemente sepas a qué me refiero. Eres un hombre atractivo. Pareces inteligente y vas bien vestido. Seguro que las mujeres se te echan encima a la primera de cambio.

Levi no acababa de entender cómo era que la conversación ahora giraba en torno a él. Tenía que darle la vuelta.

—Te sorprendería. Pero ¿qué tiene eso que ver con la oficina?

—¿Puedo contarte una cosa y que quede entre nosotros?

Levi se recostó en el asiento y escudriñó la expresión de Mindy. Algunas personas llevaban sus emociones a la vista mientras que otras las guardaban en su interior hasta que eran una carga demasiado pesada y acababan por sacarlas. Por la rigidez de su postura, los labios apretados y la expresión seria, resultaba obvio que Mindy era de las últimas. Intentaba por todos los medios reprimir lo que amenazaba con brotar al exterior.

—Descuida. No saldrá de aquí —dijo—. Quedará entre nosotros.

Mindy lo perforó con la mirada, sin pestañear.

—Soy lesbiana —confesó en voz baja—. Lo sé desde que tenía doce años y no puede decirse que haya salido del armario. Por eso me ha afectado tanto lo que has dicho. Esos tíos no dejan de

acosarme y, como ven que no reacciono, dicen que soy una «zorra gélida». Y luego me ignoran en algunos encargos porque piensan que no me gusta trabajar en equipo. Estoy más que harta. Cuando estoy con esa gente no puedo ser yo misma.

Levi se recostó en la silla mientras digería lo que Mindy acababa de contarle. Había sido muy sincera. Acababa de desvelarle un secreto muy profundo y se lo creía a pies juntillas. Pero si era lesbiana...

—Lamento que la situación te resulte difícil, Mindy. De verdad. No es que quiera meterme donde no me llaman, pero... ¿no te has planteado salir del armario? ¿O crees que la gente del periódico no lo entendería?

—La cuestión no es si lo entienden o no. Me corresponde a mí decidir qué quiero compartir o no sobre mi mujer o mi vida personal. Y, a decir verdad, no me apetece compartir mis asuntos con esos gilipollas.

—Te entiendo perfectamente. Me he dado cuenta de que no tienes fotos en tu escritorio. ¿Es por eso?

—Pues sí. Mi mujer, Karen, es el centro de mi vida, junto con Fuzzy, nuestro perro. Pero no necesito tener fotos encima de la mesa. Mi vida es asunto mío.

Levi sacó la cartera y le enseñó a Mindy la foto de doce niñas. Sus niñas.

—Estas niñas son mi orgullo y mi alegría.

Mindy observó la foto y sonrió con ternura.

—Son preciosas. Pero no pueden ser todas tuyas, ¿no? Me refiero a que se ve que tienen edades muy similares. ¿Tu mujer es asiática?

—Bueno, es complicado. Digamos que son adoptadas.

Lo cierto era que Levi había rescatado a esas niñas de la calle y les había dado una nueva vida. Estaban a cargo de su madre en Pensilvania y él las visitaba con frecuencia.

—Me encantaría ver fotos de Karen, y sobre todo de Fuzzy, si es que tienes alguna.

—¿En serio? —Mindy vaciló, luego sonrió y entonces abrió la cartera. Tras rebuscar un poco, sacó el teléfono, lo desbloqueó, pasó unas cuantas fotos y le enseñó una—. Esta nos la hicimos el fin de semana pasado en casa. Karen y yo, pasando el rato con Fuzzy. Esos momentos son los que más me gustan.

Levi observó la foto: dos mujeres dándose un beso mientras brindaban con champán, y sintió la injusticia de la situación.

—Formáis una pareja preciosa —dijo, sin dejar de dar vueltas en la cabeza a la información contradictoria que acababa de recibir—. Y tienes razón. Que les den a los tíos de la redacción. No les debes nada.

Mientras ella se guardaba el teléfono en el bolso, Levi se planteó cómo reconducir la conversación sin revelar demasiado. Recordó los nombres de los cubículos junto a los que había pasado camino del de ella, y decidió utilizarlos.

—Oye, como no interactúas con mucha gente, ¿qué te parece si te digo algunos nombres, y si no sabes nada, pues da igual? Si tienes algo que decir, me cuentas lo que sepas. Debería ser rápido y fácil. ¿Te parece bien?

Mindy dio un buen trago al té.

—De acuerdo.

—¿Conoces a Josh Hayes?

—Me suena, pero ni siquiera sabría decir cómo es físicamente.

—¿Qué me dices de John Crawford?

Mindy exhaló un suspiro.

—¿Con sinceridad?

Levi asintió.

—Es un gilipollas. Es el editor nacional. Está casado y tiene dos hijos, pero es uno de los que van de sementales por la vida. Se ofreció a enseñarme unos truquillos del oficio cuando empecé a trabajar aquí, siempre y cuando le hiciera un masaje de cuello en su despacho. Me negué, por supuesto, y desde entonces me mira con cara de asco.

Levi notó que la rabia se iba apoderando de él.

—Vale, Crawford es un gilipollas de primera. Entendido. ¿Algo más sobre él?

—No, apenas hablamos desde entonces.

Levi se fijó en todos los movimientos de la mujer antes de preguntar:

—¿Qué me dices de Mendel Cohen?

—Me suena el nombre, pero no tengo ni idea de quién es.

A Levi le latía el corazón con fuerza en el pecho mientras observaba su respuesta. Mantuvo la vista fija en él y su lenguaje corporal no dio muestras de engaño. No se la veía nerviosa, no se encogió de hombros, ni se toqueteó el pelo como habría cabido esperar de alguien que mintiera. Era verdad que no lo conocía.

Soltó unos cuantos nombres más para dar la impresión de que hacía su trabajo y concluyó la entrevista diciendo lo siguiente:

—Bueno, creo que ya está todo. Aprecio la paciencia que has tenido conmigo y siento haberte molestado.

Ella volvió a poner la mano encima de la de él y la apretó.

—Gracias por escucharme. Y por ser abierto de miras. No te imaginas lo raro que es eso.

—¡Eh, Mindy! —El grito procedía del otro lado de la cafetería. Un veinteañero que llevaba una sudadera mugrienta de Cornell y una identificación del *Intelligencer* sujeta con un clip al cinturón se acercó a su mesa y se quedó mirando fijamente las manos juntas.

Levi se dispuso a retirar la suya, pero Mindy se la mantuvo sujeta, ignorando por completo al joven que la había llamado. Se inclinó hacia él y susurró:

—¿Me sigues la corriente?

—Por supuesto.

El chico seguía mirando hacia su mesa, con una taza de café en la mano. Algo de su persona hizo que a Levi le entraran ganas de acercársele y darle un sopapo.

Mindy dio un último sorbo al té, envolvió el bollo en una servilleta de papel y se levantó.

—Gracias por la visita, cariño. —Lo dijo lo bastante alto como para que el colega del *Intelligencer* lo oyera. Acto seguido, se inclinó hacia él, le dio un suave beso en los labios y se marchó hacia los ascensores.

Levi entendió sus intenciones y no le dio ninguna importancia. Tenía la mente puesta en el informe policial, la declaración jurada y el investigador que había entrevistado a Mindy Cross acerca la aventura que había tenido con Mendel.

«No tiene ningún sentido».

El joven del *Intelligencer* se le acercó, retiró la silla de Mindy y se sentó con una sonrisa. Le tendió la mano.

—Hola, soy Greg Puckett. ¿Y tú...?

Levi lo miró con cara de asesino.

—Soy el tipo que va a reunirse con tus muertos si te atreves a dirigirnos la palabra a Mindy o a mí.

CAPÍTULO CUATRO

—Oye, Denny, ¿has averiguado algo sobre... los tipos que nos seguían?

Con el teléfono pegado a la oreja, Levi miró al conductor del Uber, que serpenteaba por entre el tráfico del centro de Nueva York. No era uno de los hombres vinculados a la familia, por lo que debía andarse con cuidado con lo que decía.

—Sí, tío —dijo Denny desde el otro lado de la línea—. Tengo información sobre tus polis. Los que iban en el coche patrulla eran el sargento Félix Mendoza y el agente Doug Jenkins. Mendoza lleva ocho años en el cuerpo de policía de Nueva York. Jenkins es un novato que lleva solo un año en la patrulla. Suele dedicarse a asuntos de tráfico, nada especial... Lo extraño del caso es que, cuando os seguían, esos tipos no estaban de servicio.

»Así que investigué un poco más y encontré una cosa. Hace poco recibieron una transferencia en su cuenta de cinco mil dólares desde un banco de las islas Caimán. Es una cantidad lo bastante pequeña como para no levantar las sospechas de los federales, pero ¡venga ya! ¡Los dos tipos el mismo día y la misma cantidad! De ninguna manera puede tratarse de una casualidad.

—¿Sabes quién envió el pago?

—Sí, lo he rastreado, pero por el momento estoy en un callejón sin salida. Aunque la cuenta está en las islas Caimán, el titular es una empresa fantasma con un apartado de correos en Los Ángeles. Seguiré investigando.

Levi frunció el ceño cuando el Uber llegó a su apartamento.

—De acuerdo, Denny. Con respecto al tipo que entrevistó al pibón del informe, ¿puedes mirar si hay algo raro ahí? Necesito contrastar ciertos datos acerca de ella, pero empiezo a dudar de todo lo que pone en el informe. Iré esta noche a ver qué hay.

—Oído. A ver qué encuentro.

Levi colgó, se inclinó hacia delante y dejó un billete de veinte dólares de propina en el asiento delantero.

—Gracias, Mohammad. Volveré a solicitar tus servicios. Ha sido un viaje agradable.

Levi salió del coche e inspiró el aire del Upper East Side al encaminarse a su majestuoso edificio. Unas columnas de mármol flanqueaban la entrada y las palabras «The Helmsley Arms» estaban estampadas con pan de oro por encima de las puertas de cristal opaco de tres metros de altura.

En cuanto entró, uno de los ascensores se abrió al fondo del immaculado vestíbulo y de él salió Tony Montelaro. Era un tipo grandote, de unos ciento veinticinco kilos por lo menos y diez centímetros más alto que Levi, que medía metro ochenta. Y al igual que todos los iniciados de la familia Bianchi, el mafioso iba bien vestido.

—Hola, Levi. Solo quería decirte que tu amiga se ha hecho traer unas cuantas cosas al apartamento.

—¿Ah sí? ¿Qué?

—Un par de cajas grandes de Saks Fifth Avenue.

A Levi le entró un sudor frío.

—Has comprobado el contenido antes de que las llevaran arriba, ¿verdad?

—¿Acaso me tomas por imbécil? Claro, hemos escaneado el envío antes de subirlas. Era una especie de maleta.

Levi pulsó el botón para llamar al ascensor.

—¿Maleta? ¿Seguro que es eso?

—Sí, eso es. El señor Minnelli dejó muy claro que no dejásemos subir nada sin pasarlo por el escáner que tu amigo Denny nos proporcionó. Funciona de maravilla.

Las puertas del ascensor se abrieron y Levi entró.

—Gracias, Tony. Te agradezco que estés al tanto.

Mientras el ascensor subía a la cuarta planta, Levi pensó en lo que Denny le había contado sobre el soborno a aquellos polis. Se preguntó qué tenían que hacer a cambio. ¿Vigilar el hogar de los Cohen? ¿O acaso les pagaban para seguir a Lucy? Fuera como fuera, la situación se estaba complicando más de lo esperado.



Levi pasó el dedo por el escáner biométrico y el dispositivo de cierre emitió un zumbido. Entró en el apartamento... y se quedó inmóvil.

Los restos de una bacanal de compras estaban desperdigados por el salón, incluidas media docena de bolsas de tela con monograma, varias etiquetas de precios desorbitados de artículos de Louis Vuitton y unas cuantas cajas de envíos de Saks. Lucy estaba tumbada en la *chaise longue* de cuero enfundada en una bata de seda, hablando por teléfono en cantonés.

—O sea que esto va a acabar en cuanto llegues —decía.

Asintió distraídamente hacia Levi a modo de bienvenida antes de volver a sumergirse de lleno en la conversación.

Levi tenía facilidad para los idiomas y había aprendido varios a lo largo de los años, incluido el dialecto más habitual del chino. Lucy era consciente de ello. Lo que no sabía era que, recientemente y gracias a unas audioclases de la biblioteca pública de Nueva York, había añadido el cantonés a su repertorio. El cantonés era la lengua de Hong Kong, donde Lucy había pasado buena parte de su vida adulta. Por tanto, Levi logró entender lo esencial de la parte de la conversación que pudo oír. No acababa de comprender todos los detalles, pero lo que estaba claro era que Lucy tramaba algo.

Levi se sentó en el sillón de cuero frente a ella y esperó a que colgara.

Lucy desvió la mirada hacia él y sonrió.

—Ting, Charlie te caerá muy bien. —Acto seguido, Lucy dijo algo que Levi no entendió, pero terminó la frase diciendo—: y es muy guapo.

Cuando colgó, Levi preguntó:

—¿De qué iba todo eso?

Lucy hizo caso omiso de la pregunta. Reajustó el cuerpo para sentarse y preguntó:

—¿Qué tal tu cita?

La expresión divertida de su rostro le indicó que ya sabía de qué iba.

—Ha ido bien. Incluso me he llevado un beso.

—¿En serio? —Lucy arqueó una ceja y sonrió—. Estoy segura de que a su mujer, que resulta que es fiscal de distrito, no le hará ninguna gracia si se entera.

—Bueno, ¿cómo coño lo sabes?

Lucy se levantó de la *chaise longue*, se le acercó y se sentó en su regazo.

—¿Qué haces? —inquirió Levi.

Lucy se inclinó hacia él y le rodeó el cuello con el brazo izquierdo.

—¿Te has llevado una decepción al enterarte de que está casada con una mujer?

Levi no picó el anzuelo. Tenían el rostro a escasos centímetros de distancia y uno respiraba el aliento del otro.

—¿Por qué iba a ...? Da igual. Lo sabías antes de que saliera. Esta mañana estabas rara. ¿Cómo te has enterado?

Lucy cambió ligeramente de postura.

—Anoche, cuando estábamos en el local de Denny y tú hablabas por teléfono con Frankie, le pregunté si la tal Mindy Cross tenía alguna otra cuenta en las redes sociales. Él investigó un poco usando una app de reconocimiento facial y encontró una página de Facebook con un apellido distinto. Es evidente que Mindy Cross también es Mindy Weber. Casada con Karen Weber, la fiscal del distrito.

Levi intentó obviar que la tenía sentada en el regazo. Desvió la mirada hacia lo que había por el suelo.

—¿Qué es lo que te han traído?

Ella se inclinó hacia él, le dio un mordisquito en el lóbulo de la oreja, se lo lamió y susurró:

—Tienes que centrarte más en las chicas heteros.

Levi se quedó petrificado al oír esas palabras e intentó controlar la reacción de su cuerpo ante lo que Lucy le estaba haciendo.

—¿Es una proposición?

Lucy se rio y se recostó en el asiento.

—Por supuesto que no.

Levi sintió el impulso de echarla de su regazo de un empujón y dijo en voz más alta de lo que era su intención.

—Oye, estoy harto de que juegues conmigo. En público, vale, porque haces tu papel y lo haces muy bien. Pero a mí me saca de quicio que lo hagas cuando estamos solos. Este tipo de situaciones... ¿cómo pretendes que reaccione? Ya sé que tienes aversión al contacto físico, así que, dime, ¿qué quieres? Si quieres pasar a más conmigo, hablemos. Pero esto... ni siquiera sé cómo calificarlo... no está bien.

Lucy le ahuecó la mano bajo la mandíbula y, durante una fracción de segundo, a Levi le pareció ver un rastro de emoción en su rostro.

—Lo siento, no pretendía coquetear contigo.

A Levi se le daba bastante bien entrever lo que la gente pensaba, pero esa mujer era un misterio absoluto para él, y eso lo enloquecía. Ni siquiera en ese momento, estando a pocos centímetros, era capaz de interpretar qué escondía su apariencia plácida.

—No pretendo que tengamos una relación de pareja, si es lo que te preocupa —declaró Lucy—. Resultaría muy extraño—. Lucy recorrió la mandíbula de Levi con el dedo y le dedicó una sonrisa rara, casi tímida—. Es que de vez en cuando me gusta tocarte y ver cómo reaccionas. No tengo segundas intenciones. Si te molesta, dejaré de hacerlo.

Levi exhaló un largo suspiro y sacudió la cabeza.

—Supongo que no me molesta. Lo único que quiero es tener claro qué hay. —Ladeó la cabeza hacia el móvil que ella había dejado en la mesa de centro—. ¿Con quién hablabas?

Lucy bajó de su regazo, lo puso de pie, le dio un beso rápido en los labios y lo giró hacia el dormitorio.

—Ve a darte una ducha fría. Sé que la necesitas. —Le dio un empujoncito hacia el dormitorio.

Levi quería insistir en lo de la conversación telefónica, pero ella ya se había dado la vuelta y se había puesto a recoger las cosas del suelo. Cuando alargó el brazo por encima de la mesa de centro para coger una de las cajas vacías, la bata de seda se le subió por detrás de los muslos.

Levi entró en su dormitorio rápidamente. Ya había tenido suficiente.

Mientras se desnudaba para ducharse, oyó a Lucy hablar con alguien, esta vez en inglés:

—Cerremos el trato.

Levi se acercó a la puerta de la habitación, que estaba ligeramente entornada.

—Aceptaré el precio con una condición...

La voz de Lucy se cortó cuando oyó cerrarse la puerta de su habitación.

Él también cerró su puerta y se preguntó en voz alta:

—¿Qué demonios está maquinando?



De la cocina del Gerard's emanaba olor a ajo y albahaca fresca. El local se preparaba para servir la cena. Era una noche tranquila, y aún era un poco pronto para los vecinos que solían frecuentar el bar, pero había unos cuantos clientes asiduos en la barra y Rosie, que la atendía, charlaba con ellos como de costumbre.

Levi se tomaba lentamente su agua de Seltz en la mesa situada al fondo de su garito preferido mientras esperaba a Denny, que se mostraba muy esquivo, lo cual significaba que su investigación acerca del informe policial sobre Cohen no estaba dando los frutos esperados.

La campanilla de la puerta principal tintineó cuando entraron dos personas. La primera era un hombre alto y apuesto de unos cuarenta años, vestido con unos pantalones color caqui y una americana *sport* marrón. La otra era una mujer de veintimuchos o treinta y pocos que llevaba un traje pantalón negro con una americana entallada de escote muy pronunciado. Tenía la piel más oscura que Levi hubiera visto en su vida, incluyendo a los habitantes de las zonas tribales de África y Australia.

—Enseguida les atiendo —dijo Rosie desde la barra.

Los dos recién llegados escudriñaron la sala y Levi notó que posaban su mirada en él antes de acercársele.

Cuando levantó la vista de su bebida, la mujer dio un codazo a su compañero.

—Me debes cinco pavos.

El hombre se encogió de hombros y miró a Levi. Con un acento británico muy pijo, dijo:

—Señor Yoder, un amigo común nos ha enviado a hablar con usted. —Señaló las dos sillas vacías junto a la mesa de Levi—. ¿Le importa?

Levi asintió ligeramente. Estaba convencido de que era la primera vez que veía a aquellas dos personas, aun de pasada. Su mente era capaz de reconocer patrones de una manera que ni siquiera él entendía.

—¿Cómo han sabido dónde encontrarme?

El hombre tomó asiento frente a Levi.

—Gracias al conocido que tenemos en común.

—¿Y quién es esa persona tan misteriosa?

La mujer sonrió y a Levi le sorprendió el marcado contraste entre su piel oscura y la blancura perlada de su dentadura. Era casi como tener al lado a un personaje de tebeo.

—Creo que se hace llamar Doug Mason —explicó ella.

—Ah, él. —En cierto modo, a Levi no le extrañó volver a oír ese nombre. Doug Mason había sido en parte, no, totalmente, culpable de que conociera a Lucy. También era el culpable de su situación actual—. Pensaba que mis tratos con él habían terminado.

—Así es —respondió el inglés. Hablaba con un tono cálido que sin duda pretendía resultar tranquilizador pero que, en cambio, a Levi le daba muy mala espina—. Pero tenemos cierta información para usted y su... amiga.

—¿A qué amiga se refiere? —A Levi se le erizó el vello de la nuca.

La mujer propinó un codazo a su compañero en las costillas.

—Es encantador. La protege, aunque a ella no le haga falta. Al menos no de nosotros.

Levi entrecerró los ojos.

—Estoy en desventaja. Saben mi nombre, pero yo no sé el suyo.

—Puede llamarme Winston. —El hombre se sentó un poco más erguido, le estrechó la mano a Levi y desvió la mirada hacia el lado—: Y ella es...

—Puedes llamarme Annie o cualquier otro nombre. —La mujer se humedeció los labios—. Y en cualquier momento.

Winston la miró con expresión ceñuda.

—Deja de coquetear. Tenemos cosas más importantes que hacer.

—¿Estás celoso? —preguntó Annie con falsa modestia.

En ese momento, Denny se les acercó. Resultó obvia su sorpresa al ver a los recién llegados.

Winston se levantó.

—Señor Brown, supongo. —Le tendió la mano.

Denny se la estrechó.

—¿Nos conocemos?

—Todavía no —respondió Winston—. Pero nuestros superiores nos han informado sobre usted y este lugar. —Miró en derredor. El restaurante se iba llenando—. Quizá sea preferible continuar esta conversación en la trastienda.

Denny miró a Levi con una expresión rayana en el pánico. Era imposible que aquel par supieran lo que Denny hacía en la trastienda del bar... ¿no?

Levi carraspeó y se levantó. En un tono que no daba margen para negativas, dijo:

—Lo siento, pero no va a poder ser. No es el lugar ni el momento.

Unas sillas arañaron el suelo cuando dos mafiosos corpulentos de la familia Bianchi se levantaron sin acabar de comer. Ambos eran expertos en reventar cabezas. Miraron a Levi en espera de la señal para actuar.

Winston se fijó en ellos y sonrió. Sacó el teléfono del bolsillo, marcó y se lo acercó al oído.

—Sí, estamos aquí. Él está aquí, pero ella no. —Miró a Levi—. ¿Te importa si el director Mason te llama directamente?

Levi le puso una mano a Denny en el hombro y asintió hacia su amigo para tranquilizarlo. Acto seguido, hizo el mismo movimiento hacia el inglés.

—Adelante.

Al cabo de unos segundos sonó el teléfono de Levi. Se lo acercó al oído sin pronunciar una palabra.

—Levi, sé lo que estás pensando: que habíamos terminado, y así es. Sé que Lucy vive contigo pero, desgraciadamente, también rondan por ahí algunos de los miembros de la tríada a la que perteneció. Por eso he enviado un equipo con información con la que nosotros no podemos hacer nada, por motivos que te quedarán claros, pero que alguien en tu situación quizá pueda utilizar. Además, mi jefe de tecnología quiere hablar tanto contigo como con el señor Brown y doy por supuesto que querrás que esa conversación se mantenga en un entorno seguro.

—Oye, Denny no forma parte de nuestro...

—Resulta que sí. Lleva mucho tiempo trabajando para nosotros. Lo que pasa es que él no lo sabía. ¿Puedes pasármelo?

Levi le pasó el teléfono a su amigo con el corazón en un puño.

—Es para ti.

Desconcertado, Denny cogió el teléfono.

—¿Diga?

Transcurrieron unos segundos y, aunque Denny era negro, Levi habría jurado que empalidecía.

—Bueno, Marty, de eso podemos hablar más adelante... ¡No me digas! —Denny miró a los dos desconocidos—. ¿Seguro que son de confianza?... Vale. Te llamaré dentro de un rato. —Colgó, le devolvió el teléfono a Levi y entonces se dirigió a Rosie—: Rosie, estaré en la trastienda un rato.

La mujer miró a Levi con cara de odio, como siempre hacía cuando se le llevaba a Denny y la dejaba sola atendiendo el negocio. Levi quería decirle que esa vez no era culpa suya, pero se limitó a indicar a los dos mafiosos que aguardaban que la situación estaba controlada.

—Bueno —dijo Denny—, seguidme.

Levi cerraba la comitiva formada por Denny y los dos recién llegados, que lo seguían, y se preguntó qué información relacionada con Lucy tendrían Winston y Annie. ¿Acaso tenía que ver con el precio que habían puesto a su cabeza? ¿Y por qué el grupo de Mason no podía actuar al respecto?

Levi seguía sin saber siquiera de qué grupo se trataba. Había conocido a Doug Mason en el cuartel general de la CIA en Langley, pero quedaba claro que el hombre trabajaba para una organización tan hermética que ni siquiera tenía nombre o, por lo menos, un nombre que Mason estuviera dispuesto a divulgar. Una organización que sabía y hacía cosas que a Levi le habrían parecido imposibles.

Lo único que Levi sabía era que la situación estaba a punto de dar un giro inesperado, y eso lo ponía especialmente nervioso.

CAPÍTULO CINCO

—Señora Chen, acabamos de aterrizar en San Francisco. Pasaremos por la aduana dentro de una media hora y llegaremos a Nueva York mañana por la mañana.

—Bien. No has facturado equipaje, ¿verdad?

—No, tal como usted pidió. Lo hemos dejado todo. Empezamos de cero, ¿no?

—Exacto. He dispuesto que un coche la espere en LaGuardia. La llevará a nuestro nuevo hogar. Hasta mañana.

Lucy colgó y recorrió la estancia con la mirada. Tenía toda su ropa bien empaquetada y estaba preparada para empezar la fase dos de su liberación de la mafia china que había formado parte de prácticamente toda su vida.

Pasó la mirada por la puerta de su habitación y luego la dirigió al salón. No estaba segura de cuándo volvería Levi, pero cuando llegara la conversación sería tensa. Le había ocultado mucha información y esa noche iba a salir todo a la luz.



Levi, Winston y Annie se sentaron en unas sillas plegables metálicas dispuestas alrededor del escritorio de Denny en la trastienda del Gerard's; Denny se quedó de pie para activar el altavoz del teléfono.

Una voz nasal se oyó por la línea.

—¿Estáis todos ahí?

—Estamos todos, Marty —respondió Denny.

—De acuerdo, voy a activar yo también el altavoz. Estaremos solo mi jefe y yo.

Levi oyó el ruido de fondo típico de la mayoría de los altavoces.

—Bueno, ahora que estamos todos...

—Permíteme que te interrumpa —espetó Levi—. Estoy harto de tanta intriga. Todos sabemos que estás a punto de atribuirme algún marrón e intentar que me sienta culpable para que te ayude. Pues va a ser que no, a menos que me digas qué parte del gobierno está tirando de la cadena esta vez. No es la CIA. Así que ¿quién es?

Mason se rio por lo bajo.

—Levi, siempre me ha gustado lo directo que eres. Pero la respuesta a esa pregunta es un tanto compleja.

—Soy todo oídos.

—De acuerdo. Intentaré ser lo más exhaustivo y directo posible. ¿Por qué no empezamos presentándonos? El caballero británico que está contigo es Winston Bennett. Es uno de nuestros agentes de campo, especializado en espionaje, y habla nueve idiomas. Es muy bueno y, probablemente, lo más parecido a James Bond que tenemos.

—La encantadora dama que lo acompaña es Anastasia Brown...

Annie carraspeó ruidosamente.

—Lo siento, prefiere que la llamen Annie. Es lo que se denomina una persona para operaciones húmedas. Tiene... talentos especiales que vienen muy bien para ese tipo de trabajos.

Levi conocía el término «operaciones húmedas». La KGB había usado uno similar «*mokroye delo*», que se traducía como «asuntos húmedos» y significaba que en la operación habría derramamiento de sangre. O sea, normalmente un asesinato.

Levi miró a Annie con otros ojos.

—¿En serio?

Ella le devolvió la sonrisa de un modo que solo cabía describir como seductor.

Levi había conocido a muchas mujeres dispuestas a matar. Y, si bien Annie parecía bastante inofensiva, esa expresión... Sí, sin duda era perfectamente capaz de atraer a una presa y despacharla llegado el momento.

—Estoy en la sala de reuniones con Marty Brice. Es nuestro jefe de tecnología y suele actuar como una especie de intendente en nuestras operaciones de campo. Y, Levi, tú ya me conoces pero, por deferencia hacia el señor Brown me presentaré también. Soy Doug Mason, el director de un grupo de operaciones especiales dentro de la Panda. Me dedico a alistar y trabajar con miembros selectos de unidades que luchan contra el crimen organizado.

—¿La Panda? —preguntó Levi—. ¿Va en serio? ¿De verdad que la organización se llama así?

—Sí, va en serio. Y os doy un gran voto de confianza al mencionaros siquiera el nombre. Esta organización es totalmente clandestina. Estamos fuera de la CI, pero estamos metidos en ella hasta el cuello.

Denny miró a Levi con expresión interrogante y él le respondió articulando sin sonido las palabras «comunidad de inteligencia».

—Levi, tengo la esperanza de contrataros a ti y al señor Brown para un tema oficial. Antes de que rechaces la oferta, permíteme que te diga que el trabajo tiene unas cuantas ventajas.

—¿Ventajas? —preguntó Levi.

Miró a los dos recién llegados. Los dos lo estaban mirando a él. La expresión del inglés era inescrutable, pero Annie lo repasaba de arriba abajo como si fuera un trozo de carne, lo cual lo incomodó.

Aquella mujer resultaba inquietante.

—Sí, pero ya llegaremos a eso más adelante. En primer lugar, vayamos al quid de la cuestión que nos ha reunido aquí. Yo velo por los míos y, aunque Lucy se ha distanciado de mí, sigo sintiéndome responsable de ella. Seguro que lo entiendes. También estoy seguro de que por tus contactos en la mafia eres consciente del precio que le han puesto a su cabeza. Me habría gustado borrar ese precio eliminando la amenaza común tanto para la seguridad nacional como para la señorita Chen, pero... ha surgido un imprevisto. La Panda no puede cruzar ciertas líneas rojas, ni siquiera por los nuestros. Una de esas líneas es el fratricidio.

—¿Fratricidio? —preguntó Levi—. ¿Me estás diciendo que uno de los tuyos es responsable de la amenaza que recae sobre Lucy?

A través del altavoz se oyó la risita de Mason.

—No. Lo entenderás mejor enseguida. Annie, ¿serías tan amable de pasarle las fotos al señor Yoder? Creo que a él y a su gente les resultarán de provecho.

Annie sacó un sobre de uno de los bolsillos de su americana y se lo tendió a Levi.

—No es mi mejor trabajo —reconoció—, pero servirá.

Levi abrió el sobre y deslizó casi una docena de fotos por encima del escritorio de Denny. En ellas aparecía Annie en lo que la mayoría de las personas considerarían posturas comprometedoras. En la mitad de ellas se la veía con un veinteañero y en la otra mitad, con un hombre algo mayor, de treinta y tantos. Levi no reconoció a ninguno de ellos.

Levantó la vista hacia Annie.

—¿Qué demonios quieres que haga con esto?

Denny fue mirando las fotos y asintiendo.

—Ey, son los policías que te seguían. —Dio un toquecito a la foto del más joven—. Este es Jenkins, el novato. —Y otro toquecito a la del mayor—: Y aquí está el sargento Mendoza.

—Levi, ya te he dicho que velo por los míos. He estado observando, igual que tú. Por eso envié a Annie y a Winston a recabar información para nosotros.

Entonces Levi cayó en la cuenta. Miró a Denny, que seguía observando las fotos con una sonrisa.

—Oye, tío, deja de devorar las imágenes de la chica guapa en paños menores.

Denny levantó la vista, avergonzado.

—¿Qué? Solo estaba... mirando. —Nervioso, desvió la mirada hacia Annie, que apartó la vista de Levi después de haberle dedicado su mirada seductora.

—Denny, ¿estos policías están casados?

Denny asintió.

—Sí. Mendoza lleva quince años casado. Tiene tres hijos. Jenkins solo hace un año o dos que se casó pero tiene un bebé.

—Perfecto. —Levi asintió con expresión aprobatoria y dirigió la mirada a Annie—. ¿Hiciste esas fotos para sobornar a esos policías porque te enteraste de que seguían a Lucy?

Annie sonrió y apoyó el mentón en la palma de su mano.

—¿De verdad te parezco guapa?

Winston carraspeó y entregó a Levi un fajo de papeles doblados.

—También disponemos de este registro de movimientos bancarios, que indica que un miembro de un sindicato del crimen organizado chino les ingresó cinco mil dólares a cada uno.

En los documentos aparecían los números de cuenta, los nombres y el importe transferido. Se los enseñó a Denny, que asintió.

—Eso concuerda con lo que encontré —afirmó Denny. Se acercó más al teléfono.

—Marty, ¿fuiste tú quien descubrió la empresa fantasma de LA?

—Sí. —Marty Brice tenía una voz ligeramente nasal—. Tuve cierta ventaja porque estoy conectado al centro de datos de Utah. Pude rastrear no solo el origen de la empresa fantasma, sino también la imagen del hombre que abrió la cuenta. A base de comparar patrones, descubrí que su rostro coincide con el de un exsocio conocido del difunto marido de la señorita Chen.

Mientras oía la conversación que mantenían Denny y Brice, Levi se dio cuenta de una cosa.

—Un momento. ¿Denny? ¿Vosotros dos os conocéis?

Denny evitó su mirada durante unos instantes, lo cual era una señal clara de engaño o vergüenza, y Levi casi vio a Denny tirar por la borda su intención de no mirarlo a la cara.

—Sí, Marty y yo nos conocemos desde hace tiempo. Fuimos compañeros de clase en el MIT y nunca hemos perdido el contacto. Pero lo único que sabía era que trabajaba para el gobierno y

que podía acceder a cosas a las que yo no tenía acceso directo.

—Y ahora me gustaría que empezáramos a trabajar como un equipo —declaró Mason.

—Mason, ya sabes que mi lealtad está en otro sitio —repuso Levi con firmeza—. No estoy dispuesto a perder la confianza de los míos ni por ti ni por nadie.

—No te estoy pidiendo nada de eso. Levi, la gente con la que trato en la Panda son personas muy parecidas a ti y al señor Brown. Ya hemos hablado antes de esto: vosotros aportáis algo que no se enseña. La idea es que nos ayudemos para beneficiarnos mutuamente y, al igual que en cualquier otra amistad, no nos impondríamos si tuvieras que incumplir tus votos actuales.

—Veamos cuál es la situación actual. Tenemos a dos policías que están ayudando, quizá sin saberlo, a lo que queda de una de las tríadas chinas. La única opción que tiene la Panda es desenmascararlos y, claro, eso los sacará de la calle y los dejará sin trabajo, pero no nos acercará a sus contactos. Sin embargo, pienso que tú y los contactos de tu familia podríais tener otras opciones... incluyendo la forma de aprovecharse de esos policías corruptos. ¿Me equivoco?

Levi rio entre dientes al imaginarse hablando con Frankie acerca de los dos polis a los que podían apretar las tuercas. Como tenían las fotos y la prueba del soborno, Mendoza y Jenkins estaban en un verdadero aprieto, y la familia Bianchi disponía de todo tipo de recursos para aprovecharse de gente en situaciones delicadas como la de aquellos dos agentes.

—Ya sé a dónde quieres ir a parar. Y agradezco las pruebas y la información, pero...

—Levi, hagámoslo sencillo. Lo único que te pido es que mantengas el secreto cuando los miembros de nuestra organización se comuniquen contigo. Nosotros haremos lo mismo.

—Eso no me supone ningún problema. Pero, si sois una organización ultrasecreta, ¿cómo voy a saber quién pertenece a ella y quién no?

—Bueno, ese es el problema, ¿no? La última vez que nos vimos te dije que no llevamos identificación. Pero no es del todo cierto. Winston, creo que ha llegado el momento. Adelante, enséñasela.

Winston sacó dos cajitas negras lacadas del bolsillo interior de su americana informal. Les tendió una a Levi y la otra a Denny.

Levi le dio la vuelta a la caja en la mano. No sabía de qué material estaba hecha. Madera, tal vez, pero le parecía pesada para lo pequeña que era.

—¿Qué es? —preguntó.

—Marty, cuéntale lo de las monedas. Creo que eso ayudará a que lo entienda.

Marty carraspeó.

—Lo que Winston acaba de entregarte no es una simple cajita negra. Cada una de esas cajas tiene un revestimiento de laca que en realidad es un microcalentador fabricado sobre un sustrato de silicio. La resistencia eléctrica de cada elemento calorífico mide diferencias de temperatura entre lo que está en contacto y lo que no de la yema del dedo.

Levi se volvió hacia Denny.

—¿Me lo traduces?

Denny sonrió.

—Lo que quiere decir es que esas cajas son lectores de huellas dactilares, y mucho más precisos que la mayoría.

—Exacto. De todos modos, las que tenéis en la mano aún no están programadas, tampoco el contenido. Me gustaría pedirles tanto a Denny como al señor Yoder que coloquen sus cajas en una superficie plana, las presionen con el pulgar y lo mantengan ahí diez segundos.

Ambos colocaron sus misteriosos recipientes encima del escritorio de Denny y presionaron la superficie lacada con el pulgar.

—Quizá notéis una voluta de humo, es lo normal. El circuito está encastrado en la caja para que tome los datos de la huella dactilar junto con información galvánica y unos cuantos elementos propios de los datos biométricos. Con esa información, programarán la moneda del interior de acuerdo con las características de vuestro cuerpo.

Levi vio salir humo de la caja cuando una línea quemaba el perímetro. Contó atrás hasta diez y dijo:

—Bueno, han pasado diez segundos. ¿Ahora qué?

—¿Se ha desprecintado la caja?

—Si te refieres a si ha ardido la laca que había alrededor, sí.

—Entendido —dijo Denny—, la mía también parece desprecintada.

—Vale. Levantad el pulgar y abrid las cajas.

Levi sostuvo la caja con una mano y fue moviendo la tapa lentamente para abrirla. En el interior, encima de una capa de terciopelo, había una moneda de plata estampada con una pirámide con un ojo rodeada de unas palabras en latín. Levi cogió la moneda y le dio la vuelta. En el reverso, la imagen de un lobo le devolvió la mirada.

Soltó una risita al advertir el halo que rodeaba al lobo.

—Bueno, ahora lo pillo. Mason, ¿de aquí sale lo del ángel con piel de lobo?

—¿Cómo dices? —preguntó Mason.

—En otras ocasiones me has dicho que era un ángel con piel de lobo. Bueno, no importa. Da igual.

[IMAGEN ORIGINAL PÁG. 81]

—Voy a explicártelo un poco —dijo Mason—. Por un lado, tenemos lo que se denomina «el Ojo de la Providencia». La historia de nuestra organización se remonta cientos de años. De hecho, hasta la fundación de nuestra gran república. Cuando se creó la Panda, ese fue el logo que los fundadores consideraron que representaba a quienes eran y lo que eran. *Novus Ordo Seclorum* significa «Nuevo orden de los siglos», y *Annuet Coeptis* significa «La Providencia es partidaria de nuestro cometido».

—Probablemente reconozcas el logo de la pirámide. Después de que lo adoptara la Panda, ese mismo logo ha sido utilizado por el Gran Sello de nuestros queridos Estados Unidos de América. Si prestas atención, lo verás por todas partes en D. C. Incluso aparece en los billetes de un dólar.

—En el reverso está lo que te identifica ante el resto de la organización. La imagen tiene distintas variaciones, que simbolizan la función que tienes en la Panda. Levi, te conozco mejor de lo que crees y esa apariencia depredadora que tienes seguro que oculta a una persona que siempre intenta hacer lo correcto. Señor Brown, he leído el informe de Marty sobre usted y encaja con la misma descripción.

Levi lanzó la moneda al aire y la cogió al vuelo.

—¿Qué función tiene?

—Tal como he dicho, funcionan como una especie de documento de identidad. No tienen validez legal porque solo te identifican como propietario de una moneda curiosa. Si alguien se te acercara y te dijera que forma parte de la Panda, tendrías todo el derecho del mundo a pedirle una prueba. La moneda es esa prueba.

Levi le dio la vuelta a la moneda y la observó con el ceño fruncido.

—Este tipo de monedas son bastante fáciles de falsificar.

—No tanto, señor Yoder. Cuando dos miembros de la Panda sujetan una moneda identificativa, resulta obvio enseguida si son miembros o no. Adelante, pruébelo.

Annie se sacó una moneda del bolsillo y se la tendió a Levi. Él alargó la mano y la cogió por un lado. Durante unos instantes no notó nada, pero, al cabo de uno o dos segundos, la moneda se fue calentando y el ojo de la pirámide empezó a resplandecer.

—¡Joder! ¡Qué pasada!

—Imagino que estás viendo cómo brilla el Ojo de la Providencia. Eso no pasaría si fuese falso. Y tampoco brillaría si una persona fuera miembro y la otra no. Hacen falta dos para realizar la conexión.

Winston consultó la hora.

—Es tarde y Annie y yo tenemos que coger un vuelo muy temprano.

—Winston, como de costumbre, informa a Marty de vuestra llegada. Él os enviará la ubicación del almacén de suministros. Levi, sé que hay mucho por asimilar de golpe. ¿Tú o el señor Brown tenéis alguna pregunta?

Levi miró a Denny, quien sacudió la cabeza.

—Creo que por ahora está todo claro. Haré buen uso de tus datos.

—De eso no me cabe la menor duda.

La llamada terminó, Winston y Annie se marcharon y, en unos instantes, Levi estaba de vuelta a su mesa del Gerard's, tomándose un agua de Seltz fría y escuchando la cacofonía de ruidos que lo rodeaban. Iba pasándose la moneda de un nudillo a otro cuando, de repente, le vino a la cabeza el motivo por el que estaba allí.

Hizo una seña hacia Denny, que acabó de servirle la bebida a un cliente antes de acercársele secándose las manos con un trapo. Tomó asiento.

—¿Qué pasa?

—Con todo lo que ha pasado, casi se me olvida el porqué de mi visita.

—¿Qué hay de la transcripción de la entrevista con Mindy Cross? Me gustaría ver los detalles de la entrevista real, en la que se supone que confiesa la aventura, no solo el resumen.

Denny hizo una mueca.

—Mira, tío, intenté acceder a ella, pero el archivo ha desaparecido.

—¿No se supone que tienen que guardarse las copias de todas las declaraciones que se toman, con las firmas y tal?

—Sí, pero no encuentro una mierda. Joder, hasta el informe policial que te imprimí ha desaparecido. Lo he buscado esta noche y ni rastro de él. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Menos mal que guardé una copia. Lo único que sé es que la entrevistó un tal agente Carter y que es del distrito setenta y siete.

Levi se recostó en el asiento.

—Curioso, muy curioso. ¿De qué me suena eso?

»De *Alicia en el país de las maravillas* —Levi frunció los labios mientras pensaba en qué hacer a continuación—. Con el caso en el que estoy trabajando, parece que he caído en la madriguera del conejo. Veo cosas que no tienen mucho sentido. —Hizo una pausa—. ¿Has hecho algún avance con los siete nombres que te di de la oficina del difunto?

—Aún no. Estoy en ello.

Levi asintió.

—Infórmame en cuanto sepas algo.

Entrechocaron los puños y Denny volvió a la barra para ayudar a Rosie y a su hermana Carmen.

Levi sabía que tenía que hablar cuanto antes con Frankie acerca de los dos policías corruptos y que, en cuanto lo hiciera, aquellos agentes iban a recibir una visitita que quizá cambiara la

dinámica de la situación. Cuando se terminó el agua de Seltz, se levantó. Le dio una palmadita en el hombro a uno de los socios de la familia Bianchi camino de la puerta.

Era muy tarde para hablar con Frankie, pero no tanto para hablar con Lucy. Era de justicia hacerle saber lo que había descubierto. Además, tenía que reconocer que sentía curiosidad por saber cómo reaccionaría cuando se enterara de lo que Mason no había olvidado acerca de ella.

Además, se había mostrado muy escurridiza últimamente y a él no le gustaba dejarla sola. No podía tolerar que pusiera en peligro su seguridad o la de la familia cometiendo una locura. Sabía que tramaba algo, pero no tenía ni idea de qué.

CAPÍTULO SEIS

—Imagino que no esperabas que me quedara aquí quietecita como una damisela en apuros, esperando a que me protejas de los peligros del exterior, ¿no? —espetó Lucy frunciendo el ceño acabando de preparar su última maleta.

Levi se apoyó en el marco de la puerta de la habitación de invitados, un tanto desconcertado.

—No, por supuesto que no. Pero pensé que estábamos en la misma onda. Quiero ayudarte pero, si no me cuentas lo que te pasa por la cabeza, no puedo...

—¿Protegerme? —Se volvió de la maleta Louis Vuitton que tenía encima de la cama, puso los brazos en jarras y lo miró con expresión furibunda.

—No, maldita sea. Ayudarte. No puedo ayudarte. —La frustración de Levi se le notaba en la voz. Lucy lo sacaba de quicio—. Me refiero a que ya te entiendo y reconozco que acepté que te alojaras aquí porque me preocupaba lo que pudiera pasarte con todo el caos que había alrededor. Sabíamos que tanto los federales como la banda iban a ir a por ti. E incluso después de que nos enteráramos de que Mason había solucionado el lío del FBI y que ya no te buscaban, seguíamos teniendo a la banda detrás. Y así sigue siendo. Pero este lugar es seguro... Por tanto, no entiendo por qué te quieres marchar.

Lucy dio un paso hacia él y suavizó un tanto su expresión contrariada.

—Levi, el problema tengo que solucionarlo yo, no tú.

—Los amigos hacen cosas porque quieren, no porque estén obligados. Te ayudo porque quiero. Joder, teniendo en cuenta cómo me tratas, ocultándome esto, y seguro que muchas otras cosas... bueno, quizá me equivoco. Yo pensaba que éramos un equipo. Que trabajábamos juntos. Pero...

Lucy sonrió y le presionó un dedo contra los labios.

—¿Acabas de soltarme la frasecita de «los amigos lo hacen porque quieren»?

—¿Cómo?

—Aunque haya nacido en una granja de Guangzhou, he visto las películas de *Rocky*. Hablas como él.

—No sé de qué me hablas.

Lucy sonrió abiertamente y tiró con suavidad de la corbata de él para encaminarlo hacia el salón.

—Tenía pensado dormir unas cuantas horas antes de mañana, pero supongo que tengo que informarte acerca de las damas que llegan a la ciudad. —Lo acercó a uno de los sillones de cuero y lo obligó a sentarse.

—¿Damas?

—Tengo tres amigas que acaban de aterrizar en Estados Unidos. Todas viudas de mafiosos,

más o menos como yo. —Se sentó frente a él en el otro sillón—. También he comprado una propiedad en la ciudad. De hecho, un piso entero en un rascacielos que ni siquiera se puede ocupar todavía. Ahí es donde nos instalaremos las cuatro. Una especie de cuartel general.

—¿Y qué me dices de la recompensa que pesa sobre ti? Y ya te he dicho que hay unos cuantos polis implicados. No sabemos si los hemos identificado a todos.

—No te preocupes tanto por mí. —Lucy dobló una pierna debajo de ella y adoptó una postura medio reclinada—. Levi, ¿te he contado alguna vez cuál era mi papel en vida de mi marido?

—Me dijiste que lo asesorabas y... no sé... ¿que estabas al tanto de todo?

Lucy asintió.

—Cierto, pero quizá olvidé decirte que desde el comienzo me entrenaron para que fuera su guardaespaldas personal. Soy perfectamente capaz de cuidarme solita, igual que las tres mujeres que me acompañarán. Las cuatro tenemos el mismo objetivo.

A Levi no le sorprendió lo más mínimo que fuera guardaespaldas. Había visto lo en forma que estaba. Se movía como un felino, como una luchadora, y siempre se había mostrado intrépida delante de él.

—¿Y cuál es el objetivo que compartís? —preguntó.

—Eliminar a los últimos miembros de la organización de mi marido de la faz de la Tierra.

Levi se inclinó hacia delante en el sillón y miró fijamente a la orgullosa mujer que tenía en frente. Era tenaz y estaba segura de sí misma. Demasiado segura, para su gusto.

—Te seré sincero —reconoció—. Me preocupa que te metas en esto sin planificarlo lo suficiente. ¿Por qué convertirte en un objetivo tan pronto? Déjame unos días para ver si consigo más información sobre esos polis. Puedo hablar con el don y quizá conseguirte uno de los apartamentos vacíos que hay aquí para ti y las demás mujeres, o algo parecido.

—Eres encantador, pero no. —Su tono no dejaba margen para objeciones. Estaba decidida—. Quiero acabar con esto y tengo unas cuantas ideas acerca de dónde ir para llegar a los tipos que me buscan. Si realmente quieres ayudarme, ¿conoces a alguien aquí con quien pueda hablar para conseguir ciertas cosas?

—¿Qué tipo de cosas?

—Pistolas, explosivos, cosas que quizá necesite para tratar con un par de objetivos humanos. Necesito un tratante de armas fiable que esté bien conectado, que no haga demasiadas preguntas y que acepte dinero en efectivo. La gente a la que solía recurrir cayó en una redada del FBI.

Levi se recostó en el asiento.

—Mañana por la mañana puedo presentarte a una persona. Pero antes tengo que pasar por una panadería.



Cuando Levi llamó a la puerta del apartamento de Frankie, oyó un gruñido amortiguado, seguido de:

—Carlita, ¿dónde coño está la lata del café?

Entonces la puerta se abrió y apareció Frankie, todavía en pijama y despeinado. Le hizo una seña a Levi para que entrara.

Levi siguió a Frankie hasta la cocina y se sentó a la mesa mientras Carlita, su mujer, le gritaba desde algún punto del apartamento.

—¡Ya no usamos el café de siempre! ¡Ahora tenemos las nuevas cápsulas de Keurig!

—¿Qué mierda comunista es esa? —vociferó Frankie escudriñando el interior de los armarios de la cocina situados encima de la cafetera—. ¡Lo único que quiero es un café y tú no sé qué monsergas me estás contando!

Levi observó divertido el drama doméstico.

Carlita entró en la cocina enfundada en un grueso albornoz. Vio a Levi y carraspeó.

—Ya te veo, Levi. Estás a punto de partirte de la risa delante del idiota de mi marido. Seguro que tú sí que sabes lo que es una Keurig y cómo usarla.

Levi sonrió y se encogió de hombros. Claro que lo sabía, pero no pensaba inmiscuirse entre ellos a la hora del café matutino.

—Buenos días, Carlita.

—Buenos días tengas. Más vale que los niños aún estén dormidos cuando vaya a verlos o... me cabrearé. —Apartó a Frankie, abrió el armario situado bajo la Keurig, sacó una cápsula, la introdujo en la máquina, bajó la palanca y pulsó el botón de inicio. Un café humeante salió de la máquina en cuestión de segundos.

Frankie asintió en señal de aprobación.

—Qué rapidez. Gracias, cariño. —Se inclinó hacia delante y le dio un beso rápido en los labios.

Carlita resopló sin disimulos y se marchó con paso airado.

—¿Quieres un café, Levi? —ofreció Frankie.

—No, gracias.

Frankie echó un poco de leche y azúcar en la taza, removió y se sentó a la mesa de la cocina.

—Bueno, ¿qué es ese tema importante del que querías hablar y que no podía esperar a una hora más civilizada?

Levi se inclinó hacia delante y habló con tono amortiguado.

—Tengo novedades sobre el tema de Lucy.

—¿Ah sí? —Frankie corrió la silla hacia él—. ¿Como qué?

Levi sacó las fotos y otras pruebas que había recibido del personal de la Panda y las deslizó por encima de la mesa.

—Al parecer, tenemos a un par de polis pagados por unos gánsteres asiáticos para que la vigilen.

Frankie esbozó una sonrisa mientras observaba los impresos que detallaban las transacciones bancarias sospechosas.

—Esto es bueno. —Levantó la vista hacia Levi—. Supongo que quieres apretarles las tuercas.

—Por supuesto, Lucy piensa que puede acabar con los gánsteres ella sola —dio un toquecito al documento que tenía más cerca—, pero, dado que aquí tenemos pruebas fehacientes, quiero asegurarme de que esos cabrones de la Tríada reciben su merecido.

Frankie asintió.

—Me gusta. Haré que algunos de nuestros hombres descubran dónde viven esos dos *momos* y concertaremos una cita con nuestros nuevos amigos. Seguro que podemos llegar a un acuerdo beneficioso para todos. —Tomó una de las fotos—. Esto está muy bien. Si estos tipos están casados, no te imaginas la ventaja que supone tener algo así. Basta con advertirles que fotos como estas pueden llegar a sus suegros, o quizá al abogado especializado en divorcios de las esposas. Sí, está muy bien. Dame un par de días para pensar en la logística y te diré cómo lo hacemos.

—Fantástico. —Levi entrechocó el puño con el jefe de seguridad de la familia Bianchi—. Te lo agradezco. Cuanto antes obtenga pistas sobre los tipos de la Tríada, mejor. Ah, e imagino que deberías saber... Lucy está decidida a no seguir acobardada por precio que han puesto a su cabeza y se marcha.

—¡Mierda! Lo siento, tío...

—No, no pasa nada. —Levi hizo un gesto de desdén—. Siempre ha sido terca y creo que sabe lo que tiene entre manos. Tengo que reconocerle el mérito de tener agallas para plantarles cara por su cuenta y riesgo.

Frankie soltó un bufido.

—Ya, pero, conociéndote, no vas a permitir que la dama vaya por libre. Vas a estar pendiente de ella en todo momento.

Levi se encogió de hombros.

—No voy a contradecirte. —Se levantó y le dio una palmada en el hombro—. Bueno, tengo que volver antes de que se ponga como loca. A saber lo que es capaz de hacer. Además, le dije que la pondría en contacto con varias personas que conozco.

—¿Vas a ver a Rosen?

—Sí, ¿cómo lo has sabido?

Frankie soltó una risita.

—Imaginé que tu amiguita no iba a liquidar a esos mafiosos con sus propias manos. Y si la señora Rosen no lo tiene, es que no existe. —Acompañó a Levi a la puerta y le dio una palmada en la mejilla—. Te llamaré.

—Gracias de nuevo, Frankie.

Al salir del apartamento, Levi se preguntó qué tendría Lucy en mente como para necesitar tratar con una de las traficantes de armas del mercado negro más destacadas de la costa Este.



Levi abrió la puerta de la tienda de deportes Rosen's, situada en la periferia de Little Italy, y con un gesto indicó a Lucy que lo precediera. Un adolescente con acné escaneaba las compras de una mujer en el mostrador, mientras otras personas ojeaban los estantes de equipamiento deportivo de verano recién llegado.

Lucy se mostraba dubitativa.

—¿Seguro que es aquí?

—Segurísimo —confirmó Levi.

El cajero levantó la vista y reconoció a Levi.

—Mi abuela está en la trastienda —dijo—. La avisaré.

—Gracias, Moishe.

—Soy Ira —lo corrigió el cajero por enésima vez.

Levi y Lucy se dirigieron al fondo de la tienda esquivando expositores de pelotas de fútbol, equipamiento para jugar al hockey sobre hierba y todo tipo de calzado y ropa. Al llegar a la trastienda, se abrió una puerta y los recibió una mujer corpulenta con el pelo blanco recogido en un moño.

—¡Bubbaleh! —dijo al ver a Levi—. Hoy no te esperaba. —Lo envolvió en uno de sus fuertes abrazos con olor a rosa, y luego lo observó a un brazo de distancia y sacudió la cabeza—. Mira que eres guapo, pero necesitas un poco más de chicha, que estás en los huesos.

Levi le devolvió la sonrisa, pero, antes de que tuviera tiempo de responder, Lucy habló:

—Pero tienes que reconocer que tiene unos buenos *tuches*.

La propietaria de la tienda le dio media vuelta a Levi, le miró el trasero, asintió con gesto aprobatorio y le guiñó un ojo a Lucy.

Levi hizo un gesto hacia Lucy.

—Te presento a Lucy, una amiga de confianza. Necesita tus servicios especiales, Esther. —Le tendió una bolsa de Nonna's Bakery—. Y te traigo un paquete de las galletas especiales de Nonna a modo de disculpa por no haberte avisado con antelación.

—No seas tonto. Eres *mishpokhe*, como de la familia, aunque la verdad es que me das menos quebraderos de cabeza que ellos. —Esther atisbó el interior de la bolsa, olisqueó a conciencia y emitió un gemido—. Huelo a mantequilla, mazapán y azúcar... los ingredientes claves para la felicidad, y a mí me encantan todos ellos. Pero me van fatal para la salud... mira que eres malvado.

Sonrió hacia Levi y le señaló la puerta trasera.

—Adelante, ya conoces el camino. Lucy y yo te seguiremos. —Se inclinó hacia Lucy y le dijo en un aparte—: Así podemos mirarle las *tuches*.



Esther y Lucy se sentaron en unos sillones de cuero, la una frente a la otra, y Levi se colocó a un lado, observando divertido cómo la matrona de una discreta tienda de artículos deportivos demostraba haberse convertido en una de las mayores traficantes de armas y armamento de la costa Este.

La mujer se inclinó hacia Lucy.

—¿Seguro que quieres una pistola de aire comprimido? No creo que sea la mejor opción. Estoy convencida de que acabarás quejándote por lo insatisfecha que te deja. A ver, empecemos por el comienzo. ¿Para qué necesitas esto realmente? —Señaló a Levi con el pulgar—. He visto de todo, sobre todo con este *meshugana* y las cosas que se le ocurren.

—¡Oye! —protestó Levi de buen humor—. No estoy loco, lo único que pasa es que a veces tengo necesidades especiales.

—Desde luego que son especiales. —Esther soltó un bufido e ignoró su comentario—. De todos modos, a mí es difícil sorprenderme. Quiero a la clientela satisfecha y no considero que una pistola de aire comprimido con pretensiones vaya a satisfacer a nadie.

Lucy miró hacia Levi, que asintió para tranquilizarla.

—Es la mejor —dijo—. Dile qué pretendes y ella te dará ideas. Esther nunca me ha aconsejado mal.

—De acuerdo. —Lucy se inclinó hacia delante y bajó la voz hasta dejarla en poco más que un susurro—. Necesito algo que se pueda ocultar, letal a más de treinta metros y que no llame la atención de los transeúntes.

—De acuerdo. ¿Y por eso piensas en una de aire comprimido? ¿Para evitar el ruido?

—Pues sí y, si está oscuro, también para evitar el destello de la boca.

Esther negó con la cabeza.

—Bueno, lo que puedo decirte de algunos exmiembros de las Fuerzas Especiales del Ejército cuyo trabajo consistía en eliminar objetivos en entornos urbanos es que probaron varios kits de armas de aire comprimido, e incluso las que lanzan balas de .45 son bastante patéticas. Son

imprecisas y no tan letales como cabría esperar. Además, el doble o triple disparo suele ser imposible con esas cosas, o por lo menos muy impredecible, porque las válvulas de gas pueden enfriarse en exceso y a veces incluso quedarse bloqueadas. Y lo último que necesitas es un atasco, ¿no?

Lucy asintió, preocupada.

—Además, todos queréis aseguraos de que tenéis suficiente aire comprimido para duplicar los disparos que creéis que necesitáis, o más. Eso significa que hay que disponer de un depósito de tamaño considerable, preparado para veinte mil pascales o más. Es aparatoso y pesado. Y con respecto al transporte del equipo...

—Vale, vale, ya me has convencido. —Lucy sacudió la cabeza y exhaló un suspiro—. Era una estupidez, ahora lo entiendo...

—No, *bubbaleh*, no era una estupidez. —Esther alargó el brazo y le dio una palmada en la rodilla.

Levi vio la mueca de Lucy, pero la muchacha se esforzó por no saltarle a Esther a la yugular, como hacía a veces cuando alguien la tocaba. Era una de las particularidades de Lucy. Por algún motivo, no soportaba que la tocaran, aunque no tenía ningún problema en ser ella quien iniciaba el contacto, tal como había demostrado con él una y otra vez. Levi no sabía a qué se debía. En un principio pensó que quizá tuviera un trauma del pasado, pero le había dicho que ya de niña detestaba que la tocaran.

Esther se recostó en el asiento y chasqueó la lengua.

—La estupidez habría sido no acudir a alguien como yo, que puede ayudarte a tomar una buena decisión para tus necesidades específicas.

Lucy asintió.

—Entonces, ¿qué sugieres, Esther? Necesito ser letal en las distancias cortas, que no brille la boca del arma y que sea lo bastante silenciosa. Ah, y quizá sean tres o cuatro objetivos.

Levi se irguió más en el asiento.

—¿Lo dices en serio? ¿A la vez?

—Sí —respondió Lucy sin ni siquiera mirarlo.

A Levi no le gustaba la idea.

—De acuerdo. ¿Hasta qué punto tiene que ser discreta? ¿Irás con ropa de calle normal o puedes llevar un cortavientos o similar?

—Podré ocultar casi cualquier cosa excepto un rifle largo —repuso Lucy con seguridad.

—Hace calor —apuntó Levi—, una chaqueta...

—Déjame a mí, Levi —espetó Lucy, exasperada. Le lanzó una mirada furibunda.

Levi se recostó en el asiento e intentó mantenerse al margen. Lucy no solo era irascible, sino que también sabía guardar las apariencias como la mejor. Que la hubiera cuestionado delante de Esther la había puesto de los nervios.

Esther se dio un toquecito en el mentón y escudriñó los estantes de la trastienda. Levi sabía que la mayoría de las cajas contenían material deportivo pero, por supuesto, Esther sabía qué cajas ocultaban lo que buscaba. Se levantó, caminó entre las estanterías y regresó con una caja que tenía el logo de un estilizado dragón rojo en el lateral.

Levi reconoció el símbolo y asintió para mostrar su acuerdo.

La comerciante abrió la caja, dispuso dos fundas de plástico encima de la mesa y abrió los pasadores.

—Yo te recomiendo que lleves dos pistolas. Lo que buscas es fiabilidad y la Ruger Marck IV es una opción excelente. Se puede llevar oculta y, como ves, puedo acoplarle un silenciador.

—¿Qué dispara? —preguntó Lucy.

—Balas del calibre 22. Y tiene un cargador de diez balas. —Lucy estaba a punto de decir algo más cuando Esther levantó un dedo—. Ya sé qué vas a decir. Poder de bloqueo. Sí, en términos balísticos, un calibre 22 no tiene comparación con un .357, una 9 mm, una pistola Colt automática de .45 ni ninguna otra arma con balas mayores, pero, independientemente del silenciador que utilices, si disparas en una calle, alguien se dará cuenta.

Cogió un cilindro largo de metal y lo enroscó en el extremo del cañón de la pistola.

—Yo solía recomendar unos tubos de 5.56, que son, sin lugar a duda, la combinación más silenciosa para este tipo de arma, pero recientemente el fabricante sacó un silenciador específico y tengo que reconocer que es de calidad. El casquillo posterior está hecho de aluminio 7075-T5 con revestimiento de titanio y el casquillo anterior y los deflectores están hechos de acero inoxidable 1704 con tratamiento térmico. Y funciona. ¿Quieres que te lo enseñe?

Levi observó con interés cómo Esther cargaba la Ruger. Nunca la había visto manipular una de sus armas.

La fornida mujer volvió a ponerse de pie y apuntó al fondo de la trastienda, que estaba a unos quince metros de distancia. Encima de una mesa había un torso de gel de color beige apoyado en la pared. Esther introdujo el cargador hasta el fondo, soltó la corredera, apuntó y disparó tres veces seguidas.

Lucy desplegó una amplia sonrisa mientras miraba de Esther a la diana y viceversa.

Fue entonces cuando Levi cayó en la cuenta de que ninguno de ellos llevaba protección auditiva y, sin embargo, lo único que había oído era el sonido de la acción cíclica de la pistola. En una calle cualquiera, con tráfico y los demás ruidos habituales, nadie oiría siquiera eso.

Esther pulsó un botón y el cargador le cayó en la mano. La matrona corrió la corredera, sacó la bala de la recámara y la cogió con mano diestra. Volvió a dejar las piezas encima de la mesa y le hizo una seña a Lucy para que la siguiera a ver qué le había hecho a la diana. Levi también fue.

Esther examinó el muñeco, colocó el dedo en el orificio de una herida y asintió.

—¿Lo ves?

En el torso de gel, que no era completamente opaco, había una réplica de esqueleto humano.

Lucy también introdujo el dedo en uno de los orificios de entrada.

—Le ha roto una costilla. Impresionante.

Con unos alicates de punta fina, Esther extrajo una bala que había penetrado tanto que casi había salido por el otro lado del muñeco.

—No hay nada mejor para un asesino silencioso. —Miró a Lucy—. ¿Sabes disparar con ambas manos?

—Creo que sí. Es más que probable, estaré cerca.

—Bien. —Esther dio una palmada en el hombro del torso tambaleante—. Hace falta un poco de práctica, pero deberías poder cargarte a unas cuantas personas, sobre todo a quemarropa y si no se lo esperan. —Adoptó un tono de advertencia—. Pero no nos engañemos: si llevan chaleco antibalas u otro tipo de protección, el lugar donde apuntes será la clave. —Señaló varios puntos del muñeco—. El objetivo es neutralizarlos de inmediato. Eso significa que tienes que disparar a la base del cráneo, ya sea por delante o por detrás. Un disparo a los ojos también va bien, pero es más difícil de acertar. Si no llevan chaleco, los disparos letales pueden dirigirse al pecho, aunque a la bala de calibre .22 le costará atravesar el esternón —dio un toquecito en el centro del pecho del muñeco—, por lo que tendrás que colocarte en un ángulo oblicuo para alcanzar el corazón.

Lucy miró la cabeza del muñeco y sonrió.

—Creo que funcionará —dijo.

Cuando Levi vio lo que había llamado la atención de Lucy, se echó a reír.

—Joder, Esther. No sabía que eras tan buena disparando.

Uno de los disparos de Esther había atravesado una costilla, otro había cruzado el corazón inexistente del muñeco casi en línea recta sin tocar ningún hueso y el tercero le había entrado por el globo ocular izquierdo. Le habría provocado una ceguera instantánea y pulverizado esquirlas de hueso por el cerebro.

La matrona miró a Levi con el ceño fruncido.

—¿Te piensas que siempre he sido comerciante? —Guiñó un ojo—. He hecho muchas cosas en la vida. Algunas se aprenden cuando eres joven y ya no se olvidan.

Lucy puso la mano en el brazo de Esther.

—Necesito cuatro pares de estas, con silenciadores, y unas cuantas cajas de munición para cada una.

—Ocho pistolas y silenciadores en total. —Esther lanzó una mirada a los estantes y asintió—. Creo que tengo dos más de cada, pero haré una llamada y probablemente consiga el resto hoy mismo a última hora. Pero si puedes esperar, quizá te lo consiga todo junto por un precio mejor.

El teléfono de Levi sonó al recibir un mensaje. Sacó el móvil y miró la pantalla. Era Denny.

Por fin tengo información sobre los siete nombres. He tenido que hacer unas cuantas locuras para localizarlos y no cabe la menor duda de que hay alguien que no quería que se investigara sobre ellos. Me resulta preocupante. Ven y te enseñaré lo que tengo.

Levi notó un escalofrío en la espalda. Denny nunca se inquietaba por nada. ¿Con qué demonios se habría tropezado el pobre Cohen que fuera capaz de preocupar siquiera un poco al genio de la informática?

—Querría tenerlo lo antes posible —dijo Lucy. Sacó un sobre grueso del bolso y se lo tendió a Esther—. Necesitaré unas cuantas cosas más. El mejor rifle de francotirador que tengas y...

—Señoras, ¿os importa que me ausente un rato? Tengo que hacer un recado. En media hora estoy aquí. —Las mujeres tenían para rato y, dado que estaba en el barrio, lo más apropiado era que intentara avanzar en sus otros asuntos.

Absortas en sus transacciones, las dos mujeres le dijeron adiós con la mano sin mirarlo siquiera.

Salió de la tienda y marcó el número de Denny. El propietario del bar respondió casi de inmediato.

—Hola, Levi, imagino que has recibido mi mensaje.

—Y tanto. ¿Estás en el bar?

—Sí. Estaba a punto de marcharme a casa.

—Sé que es tarde para ti, pero estoy a unas manzanas de ahí. ¿Te importa si me paso?

—No, vente. Pero tengo que decirte una cosa: sabían lo que se hacía cuando intentaron borrar los nombres que me diste. Es espeluznante ver lo completo que fue el borrado. ¿En qué demonios te has metido esta vez?

Levi se encogió de hombros y aceleró el paso.

—No lo sé, Denny. Es lo que intento averiguar.

CAPÍTULO SIETE

Levi estaba sentado en la trastienda del Gerard's mientras Denny visualizaba los resultados en el ordenador.

—Cuando me pasaste los siete nombres y me pediste que viera qué relación podían tener entre sí —explicó Denny—, no tenía ni idea de lo mucho que me iba a costar. En circunstancias normales, me basta con una búsqueda en el ordenador. Lo primero que hice fue intentar crear un perfil para cada uno de ellos; limité la búsqueda a un radio de treinta y cinco kilómetros de aquí y luego fui ampliando su alcance. Por suerte, algunos nombres no son demasiado habituales. A ver, ¿cuánta gente se apellida Redbone? Hay treinta en todo el país. La mayoría de ellos en Luisiana.

»De todos modos, el problema es que no encontraba nada que tuviera sentido. Unos cuantos niños, algún nonagenario, un autor de novelas policiacas de poca monta. En teoría, esa gente no tenía nada en común, lo miraras como lo miraras. Y entonces le pregunté a Marty...

—¿El tipo de la Panda? —Levi mantuvo un tono neutro, aunque no le gustaba demasiado recurrir a ese grupo misterioso.

Denny asintió.

—Sí. Le pedí que me ayudara con el análisis para ver si obtenía algo distinto. Esos tipos tienen acceso a grandes bases de datos de la Agencia de Seguridad Nacional que ofrecen una imagen de prácticamente todo el tráfico de datos mundial. Que yo sepa, disponen de un archivo completo de todo lo que se ha colgado en la red desde cualquier sitio.

Levi se movió nervioso en el asiento, intentando reprimir la desazón que le provocaba la Panda.

—¿Encontró algo?

—Pues encontró varias cosas. Hace una década, un tal Cyrus Redbone trabajó para el *Intelligencer*. Vivía en la ciudad, pero no existe ningún registro electrónico que dé cuenta de su existencia. —Denny fue bajando por los datos que aparecían en pantalla—. De hecho, la mayoría de los nombres que me diste son de gente que trabajó para medios de comunicación de un modo u otro. La única excepción era un miembro de un grupo de presión de D. C. Redbone y otro tipo trabajaron para el *Intelligencer*, dos de los nombres eran periodistas de investigación para las cadenas principales y los otros dos eran blogueros de noticias muy famosos que un día... se esfumaron.

—¿Qué quieres decir con lo de que se esfumaron?

Denny miró a Levi a la cara.

—Me refiero a que desaparecieron. De hecho, me da un poco de yuyu. Los siete nombres que me diste son de personas que están o muertas o desaparecidas.

A Levi se le erizó el vello de la nuca.

—¿Muertas cómo?

—Ninguna de ellas por causa natural, si es a lo que te refieres. Parece que los tipos de la lista tenían la mala costumbre de suicidarse o sufrir accidentes de coche. Y luego los eliminaban de los registros oficiales. Te digo que es lo mismo que pasó con el informe policial de Mendel Cohen... desapareció de repente. Alguien intenta ocultar algo con todas sus fuerzas. —Denny negó con la cabeza—. Me has pasado una lista de fantasmas, Levi. A ojos de la gente, es como si esas personas nunca hubieran existido.

Levi exhaló un suspiro y se recostó en el asiento.

—Se supone que este caso iba de un tipo que tenía una amante y acabó suicidándose porque se sintió culpable. —Los pensamientos se agolpaban en su mente. Todo aquello pintaba muy mal.

—No sé qué decirte, Levi. Nunca he visto nada igual. Quienquiera que hiciera la limpieza, sabía a la perfección lo que se hacía.

Levi se pasaba los dedos por el cabello mientras reproducía los hechos en su mente. ¿Qué habría descubierto Mendel Cohen que le hubiera hecho correr la misma suerte que los siete nombres? ¿Y quién estaba detrás de todo aquello?

—Odio tener más preguntas que respuestas —reconoció, desviando la mirada hacia Denny—. Bueno, supongo que ahora tienes un perfil de todos esos tipos, ¿no? ¿Algo que destacar?

Denny se giró hacia el ordenador.

—Marty me dio una copia de todos los datos que tenía, y los he pasado por mi buscador de patrones. —Tecleaba a toda velocidad y en la pantalla apareció nueva información—. Seguí unas cuantas pistas. Dado que tu hombre era un judío practicante, miré primero qué religión profesaba esa gente. Encontré un poco de todo. Tres judíos, dos musulmanes y dos cristianos. Luego hice comprobaciones cruzadas acerca de su trabajo. Tal como he dicho, aparte del tipo de D. C., todos estaban relacionados de un modo u otro con medios de comunicación, pero quería ver cuáles eran sus intereses particulares. Por suerte, Marty pudo pasarme todos los artículos que habían escrito. Y todos tenían un denominador común: un interés por Israel, sobre todo por el conflicto palestino-israelí. Incluso el miembro del grupo de presión estaba dedicado a influir en los congresistas y senadores en contra del movimiento BDS.

—Joder, odio la política —Levi frunció el ceño—. ¿Qué es el movimiento BDS?

—Tuve que consultarlo. Es un movimiento antiisraelí secundado por un grupo marginal del Congreso y que está ganando cierto peso en la prensa. Su objetivo es boicotear, desposeer y sancionar a Israel. Evidentemente, esa gente cree que Israel es el hombre del saco y que los judíos están...

—En el origen de todo lo que no funciona en el mundo —terminó Levi con desagrado.

Denny asintió.

—Menuda sarta de tonterías. Eso se dice de las minorías desde el comienzo de los tiempos. —Sacudió la cabeza—. ¿Tienen algo más en común? ¿Y los sitios en los que trabajaron? ¿Existe alguna relación entre los reporteros y quienquiera que financiara el grupo de presión?

—No, lo miré. El *Intelligencer* existe desde la década de 1950 y es de propiedad privada. Las dos redes tenían distintas empresas matrices y el miembro del grupo de presión obtenía sus fondos de donativos públicos. Ninguna conexión entre las organizaciones. Te enviaré un resumen por correo electrónico.

Levi se puso de pie y sacó el teléfono.

Denny levantó la vista de la pantalla.

—Oye, antes de que hagas esa llamada, el señor Wu ha dejado unas cuantas de tus americanas y, por el momento, he conseguido modificar una de ellas. Si tienes tiempo, me gustaría que te la probaras. Asegúrate de que funciona como esperabas.

Levi consultó la hora.

—De acuerdo, tengo unos minutos.

—Bien. Ya te he pasado la info por correo electrónico. Voy a buscar el traje—. Se levantó y desapareció detrás de los estantes.

Levi marcó un número rápidamente. El teléfono sonó dos veces antes de que alguien respondiera.

—¿Diga?

—Dominic, soy Levi Yoder.

—Oh, sí, señor. —El editor del periódico sonó nervioso—. Quiero decir, sí, señor Yoder. ¿En qué puedo ayudarle?

—En primer lugar, llámame Levi, no señor Yoder. Me gustaría que nos volviéramos a reunir. Tengo unas preguntas que hacerte acerca del negocio del periódico y sobre unos excompañeros del trabajo. ¿Cuándo te va bien quedar?

—Ahora mismo estoy en Newark, pero puedo estar en la ciudad en un par de horas.

—No te preocupes. ¿Qué me dices de mañana por la mañana a las nueve? Podemos quedar en el café de la planta baja del edificio del *Intelligencer*.

—¿Seguro que quieres quedar ahí? Me refiero a que...

—No hace falta que te desplaces. Allí estaré.

—Oh, no hay problema... —Dominic vaciló unos segundos antes de decir—: De acuerdo, nos vemos allí a las nueve.

—Hasta mañana.

Cuando Levi colgó, Denny acercaba un maniquí sobre ruedas que llevaba unas de sus americanas. Le tendió lo que parecía un cinturón grueso, engomado.

—Bueno, Levi, aquí tienes la batería externa. Es un diseño nuevo, debería resultar bastante cómodo. Cíñetela bien alrededor del pecho y junta los dos extremos. Así se completará el bucle, lo cual creará un campo magnético para que funcionen los circuitos resonantes.

Levi se quitó la americana, la colocó con cuidado en el respaldo de la silla y se ciñó la cinta alrededor del pecho.

Denny inclinó la cabeza mirando cómo Levi se ajustaba la batería externa.

—Por lo que parece, el chaleco que llevas bajo la camisa no tiene placas, pero, por si llevas alguno que las tenga, he hecho que la cinta de la batería externa sea ajustable para que quepan.

—No, no llevo placas. Abultan demasiado. Además, solo sirven si te alcanzan en la placa. Con la suerte que tengo, me dispararían en medio. —Levi ciñó la cinta y se torció a izquierda y derecha para asegurarse de que no se movía—. Esther me hizo una malla personalizada que funciona igual de bien que un chaleco antibalas tipo cuatro, además el tejido del traje...

—Lo sé, por eso la dichosa americana que llevas pesa tanto. Tu querido señor Wu se puso muy pesado diciendo que no tocara el forro por nada del mundo. A ver si lo adivino, ¿es algún tipo de material dilatante? ¿El nuevo chaleco antibalas con líquido con el que el ejército ha estado experimentando?

Levi asintió.

—De hecho, creo que el señor Wu le añadió alguna capa de esas al traje, y Esther le suministró el material. Me dijo que era no sé qué nanopartícula de sílice que se endurece en el momento del impacto. De hecho, me salvó el pellejo hace un tiempo. —Señaló la americana que

envolvía al maniquí—. ¿Me la pongo?

—Antes vamos a repasar brevemente lo que tenemos aquí.

Levi volvió a consultar la hora.

—Abrevia. Ahora no tengo tiempo para una clase de física.

—Vale —dijo Denny resoplando ligeramente. Señaló la americana—. Te quejaste de que la gorra que te hice a veces desentonaba un poco en la calle, sobre todo si llevabas traje. Por tanto, trabajé con el señor Wu para incrustar los emisores de infrarrojos a lo largo de las finas rayas del traje. —Pasó la mano por el material—. Aquí, palpa los bultitos con los emisores. Pero nadie que mire el traje imaginaría siquiera lo que contiene.

Levi observó el traje desde una distancia prudencial durante diez largos segundos, pero no vio ningún indicio de los dispositivos emisores de luz infrarroja. Pasó los dedos por el material, e incluso entonces apenas notó los bultitos a lo largo de las rayas diplomáticas color gris oscuro.

Sonrió.

—Denny, eres un genio. Es fantástico.

—Bueno, pónstela.

Levi le quitó el traje al maniquí y se lo puso. Estaba acostumbrado al peso de los trajes a prueba de balas y arma blanca, por lo que aquel no le pareció exagerado. Estaba a punto de preguntar cómo conectar la fuente de energía a los emisores de luz cuando notó un toquecito procedente de la banda que llevaba en el pecho.

—¿Lo notas? —preguntó Denny.

Levi se centró en el toquecito. Se dio cuenta de que quedaba restringido a un punto bajo la batería externa.

—Sí. ¿Qué es eso?

Denny rodeó a Levi caminando sin dejar de clavarle la vista. Los toquecitos se desplazaron con él, siguiéndole mientras formaba un círculo completo.

Levi se quedó boquiabierto. La tecnología de base no era nueva para Denny, el genio de la electrónica había creado una gorra que lanzaba destellos de luz infrarroja, algo que los humanos no veían, y detectaba los reflejos de luz que recibía, de forma que, si alguien miraba a Levi por detrás, el transceptor notaba el reflejo de los ojos del observador y lo advertía de su presencia. Pero este traje... era mucho más complejo. Y mucho más elegante, además.

—¿Cómo es que ya funciona? —preguntó—. Ni siquiera lo hemos conectado a la batería externa.

Denny sonrió.

—Uy, eso es tecnología anticuada. Estos emisores funcionan con un circuito resonante que va acoplado a una cosa que he empotrado en la fuente de energía. Se llama «enganche inductivo resonante». Hoy en día hacen lo mismo para cargar teléfonos de forma inalámbrica y cosas así. Ah, y también he mejorado un poco otras prestaciones. Tendremos que probarlo más, pero debería poder manejar más de una dirección posible a la vez.

—Así pues, si dos personas me están mirando, ¿recibiré toquecitos de ambas al mismo tiempo?

Denny asintió.

—Si estás preparado, el traje y la batería externa están listos para usarse. ¿Por qué no lo pruebas y me cuentas qué tal va? Estoy trabajando en una segunda fuente de energía, pero la que llevas debería funcionar durante doce horas. Y puedes usar el mismo cargador para esto que el que te di para lo demás.

Levi señaló la americana que había llevado puesta.

—¿Esa puede actualizarse con esto?

—No veo por qué no, pero de eso tendría que encargarse el señor Wu. Hablaré con él.

Levi volvió a consultar la hora e hizo una mueca.

—Tengo que marcharme. —Lucy había insinuado que había quedado con alguien cuando acabara con Esther, y no quería perderla de vista. Aquella mujer tramaba algo y él quería saber qué.



Aunque Levi no vio a Lucy al entrar en la tienda de material deportivo, oyó su ligero acento ruso por encima del bullicio de los compradores. Se encaminó en aquella dirección y la vio cerca de un expositor de raquetas de tenis. Ella sonrió y aceleró el paso hacia él.

—¿Has conseguido lo que necesitabas? —preguntó Levi.

Lucy lo rodeó con un brazo y lo encaminó hacia la calle.

—Por supuesto. —Un todoterreno de color oscuro paró delante de la tienda y Lucy le hizo una señal—. El Uber ha llegado a tiempo. ¿Preparado para conocer a las chicas?

—Supongo, si no te importa que te acompañe.

«Las chicas». Quienesquiera que fueran aquellas misteriosas viudas de mafiosos, Lucy las había llevado al país por algún motivo.

El conductor bajó del coche sin apagar el motor y abrió la puerta trasera. Lucy y Levi subieron a la parte posterior del lujoso Escalade y al cabo de unos minutos se plantaron en la FDR, en dirección al East Side.

Lucy rodeó a Levi con el brazo y apoyó la cabeza en él.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó en mandarín.

Levi miró al conductor, un hombre pelirrojo de unos treinta años. Lo más probable es que no hablara chino pero, de todos modos, Levi sopesó sus palabras con cuidado antes de responder en mandarín.

—Denny tenía información para mí.

—¿Qué información?

—Bueno, los siete nombres del libro de oraciones. Había cosas raras. —Bajó la mano y señaló al conductor—. Hablaremos de eso más tarde.

—Eres cuidadoso, me gusta. —Lucy sonrió y le acarició el muslo—. ¿Sabes qué? Como has tardado tanto, he tenido ocasión de hablar un rato con Esther. Es una persona increíble. ¿Sabes que estuvo a punto de entrar en el equipo olímpico de tiro en 1984?

—¿En serio? —Levi soltó una risita. Le costaba imaginar a la matrona como francotiradora de competición—. Ahora entiendo los disparos que le dio al muñeco. Maldita sea.

—Sí, me ha enseñado unos trucos para disparar. Y creo que tiene experiencia real en disparos a quemarropa.

—¿Crees que fue asesina a sueldo? —Levi parpadeó intentando imaginar a Esther en plan asesino.

—No estoy segura, pero me aconsejó acerca de la ropa que llevar y las salpicaduras de sangre. Me imagino que eso no se lo enseñaron en el colegio.

—Probablemente no. —Al mirar por el parabrisas vio que habían salido en la calle 61 Este—. Estamos muy cerca de casa.

Lucy asintió.

—Mi casa está en Lenox Hill.

—¿Es en el edificio nuevo que están construyendo en la Tercera Avenida?

Ella sonrió y le dio una palmada en la pierna.

—Ya verás.

Al poco de pasar por Bloomingdale's, el coche aminoró la marcha delante de un bloque de viviendas en construcción.

El conductor se volvió.

—¿Aquí es donde quieren que los deje?

—Va perfecto —respondió Lucy—. Gracias. —Mientras Lucy y Levi salían del vehículo, ella dejó propina a través de la app.

Antes de que Levi tuviera tiempo de preguntar por qué estaban en un lugar que todavía no era habitable, un hombre corpulento con un casco amarillo se les acercó e hizo una extraña inclinación de cabeza.

—Señorita Chen, soy el capataz de la obra. Puedo acompañarla hasta su apartamento para que no haya problemas. Está todo preparado y sus invitadas ya están instaladas.

Lucy asintió y ella y Levi siguieron al hombretón por un vestíbulo que, cuando estuviera acabado, sería espectacular. Ya estaba revestido de mármol y el metal que se veía brillaba con un tono dorado que recordaba al estilo ostentoso de la Trump Tower. Fueron esquivando palés de baldosas de mármol, grandes cubos de pintura y unos rollos de tamaño industrial de cable azul hasta que llegaron a un ascensor dorado. El capataz introdujo una llave y luego pulsó el botón correspondiente a la planta decimoctava.

—¿Cómo has conseguido el permiso de ocupación antes de que el gobierno municipal emita la cédula de habitabilidad? —preguntó Levi en mandarín.

Lucy alzó la vista hacia él con expresión divertida.

—¿La verdad?

Levi frunció el ceño.

Lucy sonrió y le selló los labios con el dedo índice.

—Llegué a un acuerdo con el constructor. Oficialmente no lo ocupo todavía. Consto como contratista y estoy haciendo el control de calidad.

El ascensor emitió un ding y las puertas se abrieron. El capataz salió primero y señaló el suelo irregular.

—Síganme pero, por favor, tengan cuidado, el suelo no está acabado. Las baldosas puestas aún no están cementadas del todo.

La mitad del suelo estaba recubierto con unas baldosas de mármol rosadas que producían un efecto ondulante. Había pilas grandes de baldosas de colores variados a la espera de su colocación, y el suelo estaba marcado por colores de manera que acabaría teniendo un efecto serpenteante a lo largo del pasillo.

Se detuvieron ante una puerta alta, donde el capataz tendió a Lucy una tarjeta magnética y le dedicó otra inclinación de cabeza.

—Si necesitan que los acompañen a la calle, marque el asterisco del teléfono. Me llamarán a mí o a quien esté de servicio en esos momentos. —Se quitó el casco, se secó las gotas de sudor de la frente y volvió a ponérselo—. ¿Necesitan algo más?

Lucy negó con la cabeza.

—Gracias.

Antes de que el capataz tuviera tiempo de marcharse, Levi le dio discretamente un billete de veinte dólares. El hombre observó el dinero sorprendido, y Levi le guiñó el ojo y le dio una

palmada en el hombro. Al final, el capataz sonrió y asintió con aceptación.

Lucy deslizó la tarjeta magnética por el lector y se encendió un LED. Cuando giró el pomo, dijo:

—¿Vienes?

—Sí —dijo Levi—. Me encantará ver tu nueva casa.

CAPÍTULO OCHO

Levi se quedó boquiabierto al entrar en el vestíbulo. Había mármol por todas partes, las paredes estaban recubiertas de tapices de seda y un inconfundible olor a nuevo inundaba el ambiente. Pero, antes de que tuviera tiempo de articular palabra, tres mujeres aparecieron desde otra habitación con unas sonrisas radiantes. Lucy y ellas se abrazaron y empezaron a charlar en cantonés.

Pasó casi un minuto hasta que Lucy le hizo una seña a Levi para que se acercara. Cambió al mandarín y dijo:

—Este es el hombre del que os hablaba.

Las tres mujeres aparentaban entre treinta y cuarenta años, y todas tenían un atractivo especial.

—Hola, chicas —saludó en mandarín.

Las tres soltaron un grito ahogado e intercambiaron una mirada. Una de ellas preguntó en mandarín:

—¿Hablas chino?

—Sí. —Levi sonrió al ver su reacción de sorpresa y tendió la mano a la que había hablado. Era más alta que las demás, y tenía un cuerpo más musculoso y grueso que el de la mayoría de las mujeres asiáticas que había visto. Llevaba el cabello largo recogido en una cola de caballo trenzada—. Me llamo Levi. ¿Y tú...?

—Me llamo Feng Min. —Le estrechó la mano y se sonrojó de forma exagerada.

—Yo soy Liu Ruxia —dijo otra. Parecía más segura que la primera cuando avanzó para darle la mano a Levi—. Pero, por favor, llámame Ruth.

—Y yo soy Ye Ting —dijo la tercera, que también le estrechó la mano con firmeza.

—Vamos a enseñarle el nuevo cuartel general a nuestro invitado —propuso Lucy.

—¿Cuartel general? —preguntó Levi.

Lucy lo rodeó con el brazo y lo condujo hacia delante.

—Por supuesto. Ya te dije que vamos a empezar un negocio nuevo. Será algo especial.

Ella ignoró la mirada que él le dedicó y lo condujo a un gran salón con un sofá en forma de U que fácilmente tenía capacidad para diez personas. Un olor a piel fina inundaba el ambiente. La decoración era muy parecida a la del antiguo apartamento de Lucy: una combinación especial de estilo asiático y europeo. No era exactamente minimalista, pero sí práctico, cómodo y estiloso.

Tardaron cinco minutos en recorrer todos los salones, la cocina de *gourmet*, los cinco dormitorios, una sala equipada como gimnasio con un espacio amplio para hacer yoga y, por último, un balcón con vistas a Central Park.

—Es precioso —declaró Levi—. ¿Toda la planta es para vosotras?

—Gracias y sí. Toda la planta, los seiscientos metros cuadrados.

Cuando regresaron al salón principal, las cuatro mujeres se sentaron en el sofá y empezaron a hablar rápidamente en cantonés. Levi apenas captaba el sesenta por ciento de lo que decían, pero sabía que Lucy informaba a las demás acerca de los miembros de la mafia que habían escapado a la redada del FBI.

Levi sacó el teléfono, le hizo una seña a Lucy y dijo moviendo los labios:

—Enseguida vuelvo.

Lucy asintió y él se dirigió al vestíbulo. Marcó un número que ya estaba en la memoria del móvil.

—Rosenberg y Rosenberg. Melanie al habla. ¿En qué puedo servirle?

—Hola, Melanie, soy Levi Yoder.

—¡Hombre!, hola, Levi. ¿Cuándo va a llegar el día en que aceptes mi oferta de cena y cine?

Levi se echó a reír. Melanie era la hermana de Saul Rosenberg, seis veces divorciada y unos veinte años mayor que él. Llevaba coqueteando con Levi desde que él tenía veinte años.

—Melanie, ya sabes que si aceptara no podría controlarme, y debo tener a Saul en mente. No le gustaría que me liara con su hermana.

Se oyó un fuerte suspiro desde el otro lado de la línea.

—Soy irresistible, una maldición, diría yo. Supongo que quieres hablar con Saul, ¿no?

—Sí, por favor.

—Justo ahora ha acabado con otro cliente. Un momento.

El teléfono permaneció en silencio unos segundos, hasta que se oyó la voz nasal de Saul Rosenberg.

—¡Levi! ¿En qué puedo servirte?

—Necesito la ayuda de un abogado de renombre. ¿Qué iba a ser si no?

Saul soltó su típica risita de hiena.

—Bueno, acabo de mirar y no veo a ningún abogado de renombre en el despacho, así que tendrás que conformarte conmigo. ¿Qué ocurre?

Levi miró a las mujeres, que seguían hablando en voz baja sin prestarle atención. En un momento dado, una levantó la mirada hacia él pero se giró enseguida.

—Un amigo me consiguió un informe policial censurado que suprimía un par de nombres claves, como el nombre del agente encargado de la investigación. Pero resulta que he tenido acceso a una copia sin censurar de dicho informe y quiero seguirle la pista al agente. De manera que necesito...

—¿Te refieres a un informe de la policía de Nueva York?

—Sí.

—No quiero saber cómo conseguiste el informe sin censurar. El único motivo por el que un nombre se censura en un informe policial es que sea un agente encubierto.

—Eso es lo que imaginé. Y por eso tengo que pensar en una excusa legítima para ir a la comisaría y hablar con el agente. Confiaba en que se te ocurriera algo.

—Ah, claro, a mí me toca el trabajo sucio. —La línea quedó en silencio durante unos segundos antes de que Saul volviera a hablar—: ¿Por qué no probamos lo siguiente? Puedo emitir una citación para que se te entregue el informe policial. Si el tipo que buscas es un agente encubierto, entonces no servirá de nada, pero al menos tendrán que darte lo que tengan y alguien tendrá que hablarte del caso si eres una parte implicada en el informe.

—Pues esa es la cuestión. Yo no aparezco mencionado en el informe. Se trata de una amiga. Y me pidió el favor.

—Desgraciadamente, para emitir una citación necesito ser el abogado oficial de una parte interesada, así que tendremos que empezar por ahí. Puedo enviarte la documentación por vía electrónica. Si tu amiga la firma, puedo presentarla el mismo día.

—Puede ser una buena opción. Creo que lo tendré todo listo bastante rápido.

—De hecho... tú tienes una licencia de investigador privado en activo, ¿verdad?

—Cierto, la que me ayudaste a conseguir, ¿recuerdas?

—Sí, vale. Usaremos eso como anzuelo. De todos modos, necesito la documentación firmada donde conste que soy el abogado oficial y que te he contratado a ti como agente, dado que tienes la licencia de investigador privado. Así puedes investigar legamente la mayoría de los temas sin que la policía te atosigue. ¿Te parece bien?

—Sí. —Levi asintió.

—Un momento. —La línea quedó en silencio durante un minuto largo antes de que el abogado de la familia Bianchi reapareciera—. Tengo un cliente que acaba de hacer una cosa... bueno, digamos que tengo que dedicarme a él. Envíame los documentos firmados lo antes posible y haré que un mensajero los entregue para emitir la citación enseguida.

—Perfecto. Probablemente venga a tu despacho esta misma tarde.

—De acuerdo. Hasta entonces.

—Gracias, Saul, me has salvado la vida.

Cuando Levi colgó, pilló a dos de las mujeres mirándolo. Se dispuso a volver al salón principal y ellas enseguida desviaron la mirada.

Min habló en cantonés.

—Es muy guapo, ¿no os parece?

Las otras soltaron una risita nerviosa.

—¿Charlie se queda con nosotras? —preguntó Ruth a Lucy en mandarín.

—¿Charlie? —se extrañó Levi.

Lucy se tapó la boca para reírse. Se explicó en inglés.

—Te llaman Charlie porque *Los ángeles de Charlie* fue una serie muy famosa en Hong Kong y creen que eres tan guapo y misterioso como Charlie.

Estaba claro que las otras mujeres no hablaban inglés, porque ninguna reaccionó al comentario; se quedaron mirando a Lucy y Levi con curiosidad.

Levi frunció el ceño.

—Un momento, he visto la versión cinematográfica de la serie y yo diría que nunca se llega a ver a Charlie...

Lucy se irguió en el asiento y abrió los ojos en señal de sorpresa.

—¿Hay una película? —preguntó en mandarín.

Levi pasó al mandarín sin problemas.

—Bueno, están los ángeles de Charlie con Farrah Fawcett...

—Sí, eso es lo que veíamos en Hong Kong.

—Es la vieja —dijo Levi. Intentó disimular la sonrisa mientras las cuatro lo miraban con cara de sorpresa—. Y en la versión para el cine, que creo que tiene el mismo argumento que la serie, uno de los ángeles se parece mucho a ti.

—¿En serio? —Daba la impresión de que a Lucy iban a salirse los ojos de las órbitas.

Levi asintió.

—Sois clavadas. —Señaló hacia la pantalla de plasma montada por encima de la chimenea—. Seguro que la encuentras si buscas en el catálogo a demanda. Pero yo tengo que marcharme. Voy a seguir una de las pistas del caso Cohen.

Lucy se levantó del sofá, le puso la mano en la parte superior del brazo y le dio un ligero apretón.

—Confío en que formes parte de esto. —Volvió a hablarle en inglés.

—¿Qué es «esto»? —Levi miró a las demás mujeres, que seguían teniendo la vista fija en él. Aunque no entendían la conversación, él bajó la voz de todos modos—. Ya te dije que te ayudaría como pudiera con el tema del precio que te han puesto. No me gusta que las mujeres sean objeto de...

—Qué americano eres. —Lucy le tocó la mejilla y sacudió la cabeza—. A veces se me olvida. No necesitamos ayuda para eso. Y tampoco me refiero al caso Cohen. Quiero que participes en mi nuevo negocio.

Levi se quedó mirando los oscuros ojos de Lucy. Durante unos instantes, le pareció ver vulnerabilidad en ellos. Tenía la clara impresión de que su oferta iba más allá de lo que parecía.

—Una de las habitaciones libres puede ser tuya si quieres —añadió ella—. Así sería más fácil hacer planes.

—Lucy... ¿qué me estás pidiendo realmente? No estarás pensando que voy a dejar a la familia, ¿verdad? Porque quiero que te quede claro que eso no va a suceder.

Lucy echó un vistazo a las chicas, que seguían mirándolos fijamente.

—Sé que no lo harás, pero eso no significa que no puedas trabajar con nosotras.

—Ni siquiera sé de qué va ese «nosotras». ¿Qué tenéis planeado? —Echó un vistazo al reloj—. Oye, ya hablaremos más tarde, tengo que marcharme. ¿Seguro que aquí estás a salvo?

Lucy sonrió.

—Esther va a enviarme un pequeño arsenal en el plazo de dos horas. No nos pasará nada.

Levi se sacó la SIG Sauer P229 de la parte posterior de la cinturilla y se la tendió.

—Quédate esto, por si acaso. Es una nueve milímetros con una bala en la recámara y quince en el cargador, y tiene un gatillo muy ligero.

Lucy se quedó boquiabierta. Miró primero la pistola y luego a él.

—Pero no puedes...

Levi dio una palmada a la otra arma que siempre llevaba en la cartuchera del hombro.

—Tengo refuerzos.

—Entendido. —Lucy cogió el arma y lo acompañó a la puerta—. Siento haber sido tan... tan... no sé cómo decirlo—. Respiró hondo y dio la impresión de ser más alta—. Siento haberte entretenido.

—No pasa nada. Te llamaré mañana.

Levi se obligó a darse la vuelta.

Mientras esperaba la llegada del ascensor, no pudo evitar preocuparse por aquellas mujeres. Lucy había dicho que Esther le haría llegar un «pequeño arsenal». Sonaba a mucho más que unas cuantas pistolas y un rifle. ¿Qué iban a hacer? ¿Y lo harían esa noche?

Las puertas del ascensor se abrieron y a Levi le asaltó un pensamiento espeluznante.

«¿Y si era la última vez que veía a Lucy con vida?».



—Esquina de Utica Avenue con Bergen Street —dijo Levi al subir al taxi.

—¿Utica con Bergen? —El taxista era un hombre mayor con un marcado acento neoyorkino. Se dispuso a introducir la dirección en el navegador, pero se quedó pensativo—. Ah, ya sé dónde

es. La comisaría de policía del distrito setenta y siete, allí arriba, cerca de Crown Heights.

—Eso mismo.

Tras dejar a Lucy y sus amigas a merced de los daños que fueran a causar irremediablemente, Levi dedicó buena parte del resto del día a conseguir la firma de Rivka Cohen para la documentación de Saul y luego a pelearse con el tráfico de la hora punta para regresar al despacho del abogado. Ahora, con la citación en la mano, volvía al barrio de Rivka para ver si conseguía alguna pista sobre el caso Cohen.

El teléfono le avisó de la llegada de un mensaje de Doug Mason.

«Levi, tu nombre está levantando cierto revuelo en un par de redes. Has llamado la atención de alguien y quería que lo supieras. Estamos intentando rastrear las búsquedas, pero, por ahora, no ha habido suerte. Ándate con cuidado».

Tras cavilar unos segundos, Levi pulsó un número de marcación rápida y se acercó el teléfono al oído.

—Hola, Levi, ¿qué tal?

Bajó la voz.

—Hazme un favor. Quizá se lée parda en el distrito policial setenta y siete cuando me plante ante el agente Carter por el caso Cohen. Eso pasará dentro de unos veinte minutos. ¿Podrías controlar las comunicaciones que salgan de la comisaría mientras estoy allí y justo después?

—Joder, tío. ¡Cómo quieres que haga tal cosa con tan poca antelación! Puedo preguntarle a Marty a ver si hay alguna opción, pero no te aseguro nada.

—No pasa nada. Tampoco espero que suceda gran cosa, pero imagino que, si es posible, no iría mal que haya más ojos vigilando.

—Haré lo posible.

—Gracias, colega. Luego hablamos. —Levi colgó y se acomodó en el asiento. Cerró los ojos mientras el tráfico de última hora de la tarde iba en aumento.

No tenía ni idea de cuál sería la reacción del agente a la citación. Todo aquello tendría consecuencias negativas para Levi. Pero tenía que intentarlo.



—Señor Yoder, ¿en qué puedo ayudarlo?

A Levi le sorprendió ver lo joven que era el agente Carter. Se le veía apenas con la edad suficiente para pedir una bebida alcohólica, y mucho menos para llevar la investigación de un caso de homicidio.

Sacó dos copias de la citación de un sobre de papel manila.

—Agente Carter, traigo una citación para que me entregue un informe. Aquí tiene el original y la copia. —Le dio el duplicado al agente y devolvió el original al sobre.

Carter cogió la copia y la observó.

—Aquí dice que el señor Saul Rosenberg, solicita una copia de un informe policial en nombre de la señora Rivka Cohen. No lo entiendo. La señora Cohen ya recibió una copia del informe policial.

Levi sonrió.

—Ah, ¿entonces sabe de qué caso hablo?

De repente, el agente ensombreció la expresión.

—Perdone, pero eso no es exactamente asunto suyo.

Levi le tendió una copia de su licencia de investigador privado junto con una carta autenticada ante notario.

—De hecho, la señora Cohen me ha contratado para analizar unas cuantas irregularidades con respecto al informe policial que solicita y su abogado, el señor Rosenberg, me ha pedido que sea yo quien lo recoja aquí.

Los ojos del agente recorrieron el documento a toda velocidad. Al cabo de unos instantes, se encogió de hombros.

—Espere aquí un momento, a ver qué puedo hacer.

La comisaría estaba inusualmente tranquila. Levi tamborileó en el mostrador con los dedos mientras esperaba, mirando a intervalos regulares el gran reloj digital que colgaba de la pared.

A los diez minutos largos, el agente volvió con expresión pesadosa.

—Señor Yoder, me temo que ahora no voy a poder darle lo que pide. En circunstancias normales, le habría impreso una copia oficial, pero hay un problema técnico en el sistema informático. He llamado a la central donde se guardan los registros físicos y he pedido que hagan copias y las envíen al despacho del señor Rosenberg. Con un poco de suerte las recibirá en un par de días.

Levi fingió estar decepcionado, aunque se esperaba todo aquello. Al fin y al cabo, Denny tampoco había podido conseguir los informes.

—¿Le importa si le hago unas preguntas sobre el testimonio de la testigo que aparece en la copia del informe policial de la señora Cohen?

El teniente sacudió la cabeza.

—Para nada, aunque, a decir verdad, trabajo en un montón de casos y quizá tenga borrosos algunos detalles.

Levi sacó la copia editada del informe policial y señaló la acusación de infidelidad.

—Aquí dice que el marido de la señora Cohen tenía una amante cuyo nombre está tachado. Me gustaría investigar más a la testigo y hacerle algunas preguntas si es posible.

El agente sonrió y volvió a negar con la cabeza.

—Francamente, me sorprende que alguien quiera saber más sobre esto. Pensaba que este caso estaba más que cerrado: un hombre que tiene una amante y se siente tan mal que se suicida. ¿Por qué me viene con esto ahora?

Levi enarcó una ceja y se inclinó ligeramente hacia delante.

—¿Me oculta el nombre de la testigo por algún motivo?

—No, de ninguna manera. No recuerdo el nombre —respondió el agente con aire engreído.

—Entonces, ¿por qué se eliminó su nombre en el informe que recibió la señora Cohen?

—Intentaba hacer lo correcto, señor Yoder. —El teniente exhaló un suspiro.

—Francamente, creo que te estás yendo por las ramas. Es muy sencillo. La testigo se enteró de que estaba investigando la muerte del señor Cohen y me paró por la calle. Estaba muy afectada por el suicidio del señor Cohen, y me lo contó todo.

—Pero al final pidió que su nombre no apareciera en el informe. No quería problemas con la familia del señor Cohen, lo cual es comprensible. Creo que se sentía culpable. Por supuesto, no podía otorgarle el anonimato absoluto y, si el señor Rosenberg quiere ir a los tribunales, probablemente saldrá vencedor. Excluí expresamente el nombre de la testigo de la copia de la señora Cohen e, insisto, no recuerdo su nombre.

Levi frunció el ceño.

—Entendido. Gracias por su tiempo. —Se volvió y se marchó por las puertas delanteras. Tal como había dispuesto, el taxi volvía de haber dado la vuelta a la manzana, probablemente unas cuantas veces.

Cuando subió a la parte posterior del coche, le tendió al taxista la otra mitad de un billete de cien dólares.

—Park Avenue, Upper East Side.

—De acuerdo, señor.

Levi marcó el número de Lucy. Sonó cinco veces antes de que saltara el contestador. Levi no dejó mensaje.

Exhaló un fuerte suspiro y decidió no pensar en qué estaría haciendo. Era más que capaz de cuidarse solita sin su intervención.

Se puso a pensar en las palabras del detective: «Estaba muy afectada por el suicidio del señor Cohen».

Reprodujo la conversación que había mantenido con Mindy Cross. Cuando mencionó a Mendel Cohen y le dijo que no lo conocía, la mirada no le había flaqueado y no había dado muestras de estar mintiendo. Él la había observado con mucha atención.

La incerteza se fue apoderando de Levi mientras llamaba a Denny.

—Hola, tío, ¿qué tal?

—¿Te acuerdas de la tal Mindy Cross del informe?

—¿La rubia guapa? ¿Qué me dices de ella?

—¿Puedes conseguirme la dirección de su casa? Quiero comprobar una cosa.

—Un momento. —Levi oyó a Denny decirle a alguien que se encargara de la barra y enseguida se puso de nuevo al habla—: La tengo aquí. ¿Quieres que te la envíe en un mensaje?

—Si puedes, sí. Creo que ha llegado el momento de visitarla y verificar su historia. —Levi empezaba a tener sus dudas.

—De acuerdo, tío. Está en camino.

Levi oyó el sonido del mensaje al llegar.

—Gracias.

Colgó y, al darse cuenta de que iba a ser un día muy largo, gruñó.

—Cambio de planes —dijo al taxista—. Tendrías que dejarme en Queens.

El taxista asintió.

—De acuerdo, será mi último servicio de este turno. ¿En qué dirección de Queens?

—Es una dirección de Bayside: Bell Avenue con la calle 46. ¿Tienes idea de cuánto tardaremos en llegar?

El taxista giró de repente en Eastern Parkway.

—Con este tráfico, tardaré una media hora.

—Me va bien.

Levi cerró los ojos y se relajó intentando recordar si había estado alguna vez en aquella zona. Creía que no. Llegarían justo cuando la gente empezara a salir del trabajo.

Cuando Mindy llegara a casa, se lo encontraría esperándola.

CAPÍTULO NUEVE

En aquel barrio, Levi se sentía fuera de lugar con su vestimenta habitual: un traje de raya diplomática gris marengo y mocasines italianos. No era el atuendo que habría elegido para vigilar, pero así había ido la cosa.

El barrio era variopinto, una mezcla de gente de todo tipo. Juan, un muchacho originario de Puerto Rico, hacía de trilero y parecía muy diestro con las cartas, que hacía voltear encima de la caja de cartón grande que le servía de mesa de juego. Había enseñado la cara de las cartas, les había dado la vuelta y luego las había mezclado rápidamente. Uno de sus compinches fingía jugar, aunque en realidad intentaba atraer a los ingenuos equivocándose a propósito de carta cuando el joven acababa de moverlas sobre la mesa. Por supuesto, tarde o temprano un pringado hacía una apuesta y entonces el trilero se movía mucho más rápido y era casi imposible de seguir. Juntos hacían un buen trabajo para sacarse unos cuantos dólares.

Intentó engatusar a Levi, pero él conocía la vida de la calle desde antes de que Juan naciera, y consiguió girarle las tornas. Acto seguido, le ofreció un trato: si seguía con el juego en la misma esquina de la calle, le pagaría cincuenta pavos. Imaginó que sería una oferta difícil de desdeñar para un chaval de dieciséis años, y no se equivocó. Levi quería estar rodeado de gente. Porque desde esa esquina se veía la barbería, un centro de estética y, lo más importante, los bloques de apartamentos de dos plantas sin ascensor que había encima de los comercios. Ya había llamado al apartamento de Mindy pero no había nadie.

Así que esperó.

Hasta las ocho de la tarde no entró un coche en las plazas de aparcamiento reservadas a los inquilinos de los apartamentos. Para entonces los trileros ya se habían marchado y Levi estaba en la penumbra bajo una farola rota.

Una mujer bajó de un Subaru último modelo, pero no era la rubia curvilínea a la que había entrevistado. El Subaru emitió un pitido al abrirse la puerta que conducía a las escaleras, y al cabo de un minuto se encendió una luz en el apartamento de Mindy Cross. De modo que vivía con ella.

Levi no tenía ni idea del horario de un reportero. A lo mejor trabajaban por turnos. Gruñó al darse cuenta de que quizá la mujer llegara a casa pasada la medianoche.

De todos modos, siguió esperando.

A la una de la mañana, se cansó.

Salió de la penumbra y se acercó al edificio. La luz del apartamento seguía encendida. Pulsó el timbre correspondiente al apartamento 2B.

Le respondió una voz por el interfono.

—¿Mindy?

—No, soy Levi Yoder. Soy detective privado y siento mucho presentarme a estas horas. Estoy investigando un caso en el que la señorita Cross aparece como testigo. ¿Sabe dónde puedo encontrarla?

Se oyeron unos sollozos por el altavoz, seguidos de unos segundos de silencio.

—No, ha estado fuera todo el día. No tengo ni idea de dónde está.

Levi sintió un escalofrío.

—¿Podemos hablar un momento en algún sitio? Me gustaría hacerle unas preguntas.

Transcurrieron unos segundos antes de que un zumbido anunciara la apertura de la puerta.

—Suba, pero tenga en cuenta que tengo una pistola y la usaré si me da motivos para ello.

Levi subió las escaleras de dos en dos. El rostro demacrado de una mujer que había estado llorando lo recibió en la puerta del apartamento de Mindy.

—Mindy siempre me llama cuando sale del trabajo. Es lo que hizo anteayer y, que yo sepa, no ha pasado por casa. —Le temblaban los hombros y se abrazó a sí misma; las lágrimas le rodaban por la cara—. Sé que le ha pasado algo.

Levi la reconoció a pesar del rostro enrojecido, el maquillaje corrido y los ojos hinchados. Era la mujer de la foto que Mindy le había enseñado.

—Eres Karen, ¿no? ¿La esposa de Mindy?

Ella se secó las lágrimas con la base de las manos.

—¿Cómo lo sabes?

Levi estaba más convencido que nunca. Mindy Cross, la reportera del *Intelligencer* que había dicho que ni siquiera conocía a Mendel Cohen, no era quien mentía.



En la sala de seguridad del edificio del *Intelligencer* se disparó una alerta y un agente miró las imágenes de la cámara.

—Antonio, el software de reconocimiento facial acaba de etiquetar a un recién llegado.

Un hombre trajeado, elegante, había cruzado los torniquetes de la entrada y se dirigía a la cafetería de la planta baja. El ordenador había superpuesto el nombre de Levi Yoder sobre su imagen.

Antonio acercó la silla con ruedas hacia el grupo de monitores para echar un vistazo.

—¡Mierda, Carl! Me acuerdo de ese tío. Estuvo aquí hace un par de días hablando con la tía buena esa del quinto piso. —Amplió la imagen y activó el sonido.

Yoder estaba entonces con uno de los empleados de la empresa, un hombre macizo. El ordenador superpuso el nombre de Dominic Maroni.

—Oye —dijo Maroni—, he cogido una mesa para que hablemos.

Cuando los dos se sentaron, Carl dio un toquecito en la pantalla.

—Ya sé quién es. Es un editor de la quinta.

—Dominic, ¿cuándo viste a Mindy Cross por última vez?

—No lo sé. He pasado por su cubículo camino de los ascensores y estaba vacío. —Maroni frunció el ceño—. Ahora que lo pienso, ya sabes que lleva un perfume muy característico. Hace tiempo que no lo huelo. Creo que quizá la última vez que la vi fue cuando os presenté.

Levi se volvió de repente y miró por encima de su hombro, directamente a la cámara.

Antonio acercó la cabeza al monitor.

—¿Qué coño está mirando Yoder?

La mirada de Levi era decidida y resultaba obvio que estaba molesto.

—No sé —respondió Carl—, pero te aseguro que parece que nos esté mirando a la cara. Levi se levantó.

—Vayamos a otro sitio. Tenemos que hablar en privado.

Antonio dio un codazo a Carl.

—Llama al señor M. Dio órdenes específicas acerca de ese hombre.



Levi gruñó cuando sonó el teléfono de la mesita de noche. Eran poco más de las doce del mediodía y se había acostado hacía apenas una hora. Sin abrir los ojos, lo cogió y respondió:

—¿Qué?

—Hola, lo siento, Levi. Sé que te acostaste tarde, pero hay aquí una mujer asiática y no entiendo nada de lo que dice. Pero creo que ha venido a verte.

—Tony, yo no... —Levi suspiró y se quitó la ropa de cama de encima—. ¿Puedes pasármela?

—Claro. Aquí la tienes.

Oyó una voz femenina al otro lado de la línea.

—¿Charlie? Soy Min. ¿Podemos hablar?

La mente de Levi tardó unos instantes en procesar el mandarín. Estaba exhausto.

—Supongo que sí. Pásale el teléfono a Tony. Él te indicará cómo llegar a mi apartamento.

—No, eso no sería apropiado. ¿Puedes bajar y así damos un paseo mientras hablamos?

Levi volvió a gruñir.

—¿En serio?

—Sí, creo que deberías saber una cosa sobre Lucy.

Levi respiró hondo e intentó prepararse mentalmente para levantarse.

—Bajo en diez minutos. Tengo que vestirme.

—Te espero aquí.

Levi oyó unos ruidos antes de que volviera a sonar la voz ronca de Tony.

—¿Le digo que suba?

—No, esperará en el vestíbulo. Basta con que... no sé... la tengas entretenida.

—¿Cómo demonios quieres que la entretenga? Si no habla inglés...

—Ya te las apañarás. —Levi colgó, gruñó e intentó quitarse las telarañas de la mente. Su único consuelo era imaginar al mafioso fortachón intentando entretener a aquella asiática sin tener forma de comunicarse con ella.

Se puso una camiseta limpia y cogió el chaleco, preguntándose qué sería lo que Min tenía que decirle acerca de Lucy que fuera tan importante.



Levi sacudió la cabeza y sonrió al salir del ascensor y ver la escena, surrealista. Tony había cogido una mesa plegable de la sala de seguridad y había dispuesto dos sillas. Min y él estaban jugando al ajedrez y, por lo que se veía, ella le estaba dando una buena paliza.

Min le devolvió la sonrisa a Levi.

—Es malísimo. Podría haberle ganado dos partidas.

Tony miró a Min y luego a Levi.

—¿Qué ha dicho?

—Dice que eres bastante bueno.

Tony hinchó un poco el pecho.

Min se levantó y le estrechó la mano al mafioso.

—Gracias —dijo en inglés con un acento muy marcado.

—De nada.

Levi señaló hacia la puerta principal.

—¿Has dicho que querías ir a dar un paseo?

Min asintió y salieron a la calle. Había un todoterreno negro parado delante del edificio con un hombre asiático al volante que clavó la mirada en Min.

—¿Es tuyo? —preguntó Levi.

—Sí. Está esperando a que acabe.

Levi se encogió de hombros.

—Bueno, vamos a dar una vuelta a la manzana.

Ella lo tomó de la mano y caminaron a lo largo de Park Avenue.

Levi miró con curiosidad las manos de ambos entrelazadas.

—Pensaba que en Asia no era habitual que los hombres y las mujeres se cogieran de la mano a no ser que fueran pareja. ¿Me equivoco?

Min se echó a reír y le dio un golpecito con la cadera.

—Entre amigas es muy normal. Te trato como a una de las chicas.

—Ah, gracias.

Levi notó ligeros toquecitos del cinturón que llevaba en el pecho procedentes de la izquierda. Miró hacia allá y vio a un niño mirando en su dirección mientras su madre hablaba con otro adulto.

El nuevo juguete de Denny funcionaba bien pero, por supuesto, no sabía distinguir entre una amenaza real y un niño.

Cuando Levi y Min doblaron la esquina, ella empezó a hablar:

—Hace casi quince años que conozco a Lucy. Es una persona muy discreta y ella nunca te diría algo que creo que debes saber.

—Si ella no me lo diría, ¿por qué me lo dices tú?

Min se encogió de hombros.

—Buena pregunta. Lucy me salvó la vida. Lo mismo puede decirse de Ting y Ruth, estamos en la misma situación. Cuando mataron al marido de Lucy, junto con los nuestros, pasaron muchas desgracias. Sin embargo, Lucy se aseguró de que capeáramos el temporal. Se dice algo así en tu lengua, ¿no?

—Sí.

—Bueno, soy su amiga. No, más que eso, es como una hermana para mí. Y creo que sería bueno para ella que lo supieras.

—¿Que supiera qué?

Min le cogió la mano con más fuerza y apretó los labios. Caminaron en silencio casi un minuto antes de que dijera:

—Ahora que estoy aquí contigo... tengo mis dudas. Se enfadaría conmigo y no es lo que quiero.

Levi guardó silencio para darle tiempo. Pronto doblaron otra esquina y tuvieron que esquivar a un par de viandantes que caminaban en la dirección opuesta. Al final, Levi habló:

—Si no te sientes cómoda diciéndomelo, no pasa nada. Si es tan importante que lo sepa, supongo que ella me lo acabará diciendo.

Min levantó la vista y sacudió la cabeza.

—No la conoces, ¿verdad? Eres buena persona, se nota. Demasiado bueno.

—¿Pero a vosotras qué os pasa? Lucy me dijo lo mismo. Creo que no entendéis lo «malo» que puedo llegar a ser.

Min volvió a darle un toquecito con la cadera.

—No me refiero a tu trabajo. Hablo de tu interior. Te preocupas por los demás, se nota. Y sientes algo por Lucy, ¿verdad?

—No sé —repuso Levi, sincerándose. Miró a Min a los ojos al pasar por la entrada a su apartamento, con lo que hubieron completado una vuelta a la manzana.

—Cuando te mira, me recuerda a cómo miraba a su difunto esposo.

Toc, toc, toc.

Levi se volvió en dirección a los toquecitos que sentía y vio a Tony mirarlo desde la entrada del edificio.

Volvió a centrarse en Min.

—No sé si entiendo por dónde vas.

—Lo entiendes perfectamente. De hecho, entiendes todo lo que estoy diciendo.

—Sí, claro, pero... —Levi se paró en la acera y se dio cuenta de que lo acababa de pillar. Min había dicho las últimas dos frases en cantonés, y él había respondido sin vacilaciones.

Toc.

Levi miró hacia delante pero no vio nada ni a nadie. En cualquier caso, era una señal débil y, con el invento de Denny, tampoco eran de extrañar los falsos positivos.

Min sonrió con picardía.

—Te observé en el apartamento. Noté que seguías nuestra conversación. Entiendes lo que decimos. Tú y Lucy sois iguales. Desconfiados pero leales. Duros pero buenos. Ella nunca te lo diría, pero creo que está prendada de ti.

Toc.

El toque procedía de más adelante, pero Levi seguía sin ver nada.

—Vale, pero...

Toc, toc.

Sin pensárselo dos veces, Levi colocó a Min detrás de él con brusquedad justo antes del impacto de la primera bala. Fue como un mazo que le golpeó en el pecho y le hizo perder el equilibrio. No llegó a caer porque tenía a Min justo detrás.

Y entonces le alcanzó el segundo disparo, en el lateral del pecho.

Lo único que emitió fue un gruñido. Notó el sabor de la sangre en el fondo de la garganta.

Min gritó y se lo colgó al hombro.

El mundo se volvió borroso mientras alguien ponía en marcha un motor, unos neumáticos chirriaban y la gente gritaba.

Antes de saber qué estaba pasando, Min lo metió en la parte posterior del todoterreno negro.

Levi tosió sangre.

Min le gritó al conductor en cantonés. Levi tenía la mente confusa y no entendió qué decía. Algo sobre un hospital.

Le falló la vista y notó una gran pesadez en el pecho. Respiraba con dificultad.

La vida no le pasó por delante de los ojos. Pero sí las personas que le importaban en la vida. Solo tenía pensamientos para su madre y las niñas a las que cuidaba.

Sus niñas.

Morir no sería tan grave. Pero lamentaba no tener ocasión de despedirse de ellas.

El mundo se fue apagando. Notó una mano en el rostro y oyó el sonido de unas palabras dichas con suavidad. No les encontró ningún sentido.

Y el mundo ennegreció.

CAPÍTULO DIEZ

—Este hombre debe de tener un ángel de la guarda. ¿Qué ha dicho el auxiliar que le han sacado del chaleco? ¿Una bala Lapua del calibre 338?

Levi oía que hablaban, pero ni siquiera era capaz de abrir los ojos para mirar a su alrededor. Era como estar flotando en el espacio, una mente sin cuerpo.

—Sí, nunca he visto nada igual. Una de esas basta para abatir a un rinoceronte, y este tío lleva dos en el pecho y solo se le ha roto una costilla y sufre una dislocación posterior de la articulación esternoclavicular.

—Doctor Campbell. —Entonces habló una mujer—. Nuestro paciente mueve los dedos de los pies. Está consciente.

—Mierda, le he puesto anestesia suficiente como para noquear a un caballo. —Levi oía aquella voz justo al lado de su rostro—. Es como si metabolizara la anestesia a un ritmo increíble. No soy partidario de ponerle nada más ahora mismo, la presión arterial es de 80/40. John, ¿qué pasa con la reducción esternoclavicular? ¿Cuánto falta?

—Créeme, estoy intentado sacar a este hombre del quirófano lo antes posible. También empiezo a ver espasmos musculares aleatorios. ¿Seguro que no puedes darle nada?

—Segurísimo. Demasiado arriesgado. —La voz que tenía junto a la cabeza adoptó un tono tranquilizador—. Levi, relájate. Ya casi hemos terminado. Eres un tipo muy duro, es lo único que puedo decir. Has llegado hasta aquí con un pulmón colapsado y una costilla rota, y la parte de la clavícula que está unida al esternón dislocada. Y, con todo eso y con anestesia, sigues luchando. Te pondrás bien. Estoy aquí controlando tus constantes vitales. El doctor Spears ya casi ha acabado, y volveremos a ponerte en pie para que esquives balas y saltes entre edificios en un abrir y cerrar de ojos. Ahora, relájate...

Aunque Levi no notaba su cuerpo, se propuso estar tranquilo.

—Sigue con lo que estás haciendo, ya voy cerrando —dijo la voz con satisfacción.

Poco a poco, Levi tomó consciencia del pitido de una máquina. Seguía el ritmo de sus latidos. En cuanto tuvo ese pensamiento, cayó en la cuenta de que notaba cómo le latía el corazón. Era el primer signo de que su cuerpo volvía a la vida.

Cuando los sonidos del mundo que le rodeaban aumentaron de volumen y se volvieron más nítidos, su cuerpo recuperó sentimientos y sensaciones, como la de los pinchazos. Le resultó incómodo notar el frío del quirófano en la piel. Al cabo de un momento, alguien le tapó las piernas con unas mantas.

Al cabo de un rato —no tenía ni idea de cuánto— Levi consiguió por fin abrir los ojos. Un hombre con una bata azul y mascarilla quirúrgica estaba de pie junto a él.

—Señor Yoder, ¿está despierto?

Levi se esforzó por enfocar la vista en el hombre y asintió ligeramente. Intentó decir algo, pero el hombre sacudió la cabeza y le indicó que se callara.

Estiró el brazo hacia Levi y dijo:

—Si puede, coja esta moneda por el otro extremo.

Aunque veía borroso, Levi distinguió una moneda grande entre el pulgar y el índice del hombre. El diseño le resultaba familiar, pero no acababa de identificarlo. Los fármacos que le habían administrado le nublaban la mente. Sin pensar más en ello, levantó la mano y cogió la moneda.

De repente, se dio cuenta de que la moneda brillaba. Antes no, ¿verdad? Estaba totalmente confundido.

Y entonces, cuando el hombre retiró la moneda, cayó en la cuenta. Aquel hombre pertenecía a la Panda.

—Señor Yoder, no tiene de qué preocuparse. Está en un lugar seguro y le protegemos.

Levi cerró los ojos durante lo que le pareció apenas un segundo, pero, cuando volvió a abrirlos, el hombre había desaparecido.



Yacía en una cama de hospital, con el hombro izquierdo y el pecho vendados de tal modo que no podía mover el brazo, lo cual probablemente fuera positivo. La neblina que le amortiguaba los sentidos se iba despejando lentamente, sabía que su organismo se resistía a los fármacos que lo habían dormido.

No siempre había sido así pero, desde que luchó contra el cáncer y salió victorioso, era como si su cuerpo... lo procesara todo más rápidamente. Por eso ya no podía beber alcohol. Le bastaba con un trago para sentirse mareado, le subía a la cabeza y se ponía rojo, pero, en cuestión de segundos, los efectos desaparecían y solo le quedaba el dolor de cabeza.

A medida que recuperaba los sentidos, notó que el dolor del pecho iba en aumento. Se le perló la frente de sudor. Cerró los ojos y respiró lenta y profundamente. Había practicado la meditación como método para expandir los sentidos, pero también le ayudaba a aislar el dolor. No lo eliminaba, pero ayudaba. Mientras iba internándose en sí mismo, imaginó su cuerpo intentando recuperarse.

Le habían disparado. Era la primera vez. Electrocutado, sí. Envenenado, sí. Atacado por un murciélago, muchas veces.

«Recibir un disparo es una putada».

Oyó unos pasos en el pasillo y volvió a abrir los ojos. Ahora veía mucho más claro que antes.

Dieron un toque rápido a la puerta y la puerta se abrió. Un hombre calvo entró en la habitación sonriendo. Llevaba el nombre «Dr. John Spears» estarcido en la bata blanca.

—Oh, qué bien, está despierto. Tiene mucho mejor aspecto ahora que cuando lo conocí. ¿Cómo se encuentra, señor Yoder?

—Como si me hubiera atropellado un camión. —Levi hizo una mueca cuando se movió en la cama.

—Quieto, campeón. Intente no reventar los puntos que le di. —El médico colocó la mano con suavidad en la sábana que cubría a Levi—. Voy a ver cómo tiene el vendaje.

Mientras lo examinaba, Levi le preguntó:

—¿Puede explicarme a qué me enfrento? Me refiero a que recuerdo que me dispararon y

recuerdo el sabor a sangre. ¿Qué daños he sufrido?

—Muchos menos de los que habrían sido de no haber llevado el chaleco antibalas. —Señaló con una mano justo a la izquierda del centro del pecho de Levi, y con la otra, un punto en el costado izquierdo de Levi—. Recibió dos disparos casi en perpendicular entre sí. Creo que uno de ellos lo alcanzó, usted se giró y le pegaron el otro tiro. Tuvo que ser a una distancia considerable, para que haya sobrevivido. Pero, aun así, usted es un milagro de hombre. He visto a un montón de personas víctimas de un disparo de francotirador, y muy pocas viven para contarlos. De hecho, no conozco a nadie más que haya sobrevivido a dos disparos con balas del 338, con chaleco antibalas o sin él.

Levi observó al médico: su expresión, su conducta, su actitud, su forma de hablar.

—Parece un experto en el tema. A ver si lo adivino, no es doctor y ya está, ¿verdad? ¿Ex SEAL? ¿Fuerzas Especiales del Ejército?

El médico se echó a reír.

—Eso último. Soy un 18D, francotirador, y sí he jugado más de una vez con ese tipo de bala.

Un 18D era un médico sargento de las Fuerzas Especiales del Ejército. Expertos en traumatismos y situaciones de emergencia.

—Ah —dijo Levi—. Eso lo explica todo. Me alegro de saber que un 18D se ocupa de mí. Debo de haber sido pan comido comparado con lo que habrá visto en su vida.

El médico sonrió, una sonrisa genuina que se reflejó en sus ojos. Levi notó su buen temperamento e inmediatamente le cayó bien.

—Oh, sin duda —reconoció el doctor—. De hecho, lo único que tiene es una costilla rota, más una dislocación de la parte que conecta la clavícula con el pecho. —Se señaló un punto en el lado izquierdo del pecho—. Ahora no se ve, pero le he puesto un tubo en el pecho que sigue ahí colgado. Es para tratar el pulmón colapsado.

—¿Pulmón colapsado?

—No es grave. El tubo ha ayudado a sacar el aire que se había acumulado entre el pulmón y la pared torácica. Pero ahora sus niveles de oxígeno han recuperado la normalidad, así que creo que ese será el menor de sus problemas. Antes de que se marche le diré a la enfermera que le retire el tubo.

Levi recordó al misterioso hombre de bata azul que le había asegurado que lo tenían vigilado. Le resultaba inquietante.

—¿Cuándo podré salir de aquí?

El doctor garabateó algo en la pizarra blanca que colgaba de la pared.

—Quizá no sea consciente de ello, pero le suministramos gran cantidad de medicación para mantenerlo con vida, y queremos que su organismo vaya eliminando todas esas sustancias. Tendrá que pasar aquí la noche para asegurarnos de que el dolor esté bien controlado.

Levi era muy consciente de sus sensaciones corporales y, a pesar de que ya solo había suero en el gotero, notaba la presencia de los analgésicos en su organismo.

—De acuerdo, doctor. ¿Tiene idea de cuánto tardaré en poder...?

—Nada de ejercicio con el hombro durante al menos dos semanas. Y luego, solo estiramientos y movimientos suaves. Hasta dentro de seis semanas no podrá utilizarlo como sea habitual en usted. —Consultó la hora en el reloj de pared—. ¿Alguna pregunta más?

Levi negó con la cabeza.

—No. Y gracias por coserme. No lo olvidaré.

El hombre le dio una palmada en la rodilla.

—Un consejo: la próxima vez, mátelos usted antes.



Una hora después de que el médico se hubiera marchado, Levi sentía un dolor intenso en las heridas. Los fármacos habían dejado de hacerle efecto, y ahora notaba plenamente las consecuencias de lo que le habían hecho.

Tenía la piel enrojecida y, a pesar de que la temperatura de la habitación se mantenía fresca, se secó el sudor de la frente y apretó los dientes.

Una mujer asomó la cabeza por la puerta y sonrió.

—Oh, qué bien. Está despierto.

Entró, se sentó en un taburete con ruedas y lo acercó al lado de la cama. Llevaba un portafolios y se lo dejó en la falda.

—Señor Yoder, me llamo Karen, la enfermera de ingresos y altas. El doctor Spears quiere que pase aquí la noche, así que se quedará aquí hasta que mañana veamos cómo está. Yo no estaba de guardia cuando entró en Urgencias, pero parece que quien le trajo no hablaba inglés y desapareció antes de que consiguiéramos un traductor. Averiguamos la información de su seguro por la tarjeta que llevaba en la cartera pero, como puede imaginar, tenemos más papeles que rellenar. —Sonrió un tanto azorada—. ¿Podría decirme quién le trajo?

—No me acuerdo. Creo que estaba inconsciente. —Lo cierto era que Levi recordaba exactamente quién le había llevado allí, pero no pensaba decirle nada de Min a la enfermera.

La enfermera garabateó algo.

—¿Y tiene familia o amigos a los que quiera que llame?

—No hace falta, enfermera —dijo una cavernosa voz conocida desde el umbral.

Levi levantó la mirada y sonrió al ver entrar a Vincenzo Bianchi y Frankie Minnelli. Sacaron a la enfermera de la habitación con firmeza, pero de forma discreta.

—Me alegro de verte, Vinnie. —Levi le estrechó la mano al don de la familia Bianchi.

Los dos metros de Paulie aparecieron en la puerta.

—Don Bianchi, una señora viene hacia aquí. Creo que querrá entrar. ¿Quiere que...?

—Déjame un par de minutos a solas con Levi.

—Entendido. —Paulie se volvió para ponerse de cara al pasillo e impedir el paso a quien quisiera entrar.

Vinnie observó los tubos y cables conectados al cuerpo de Levi.

—Tío, cuando Tony me dijo que te habían disparado, pensé que se había acabado. Que la habías palmado. —Colocó con cuidado la mano en el hombro bueno de Levi, se acercó más y susurró—: Hemos investigado quién te disparó. Había un apartamento vacío a una manzana de distancia desde el que se disfruta de una vista perfecta del lugar donde estabas. Creemos que el mierda que te disparó no era tirador profesional porque fue muy descuidado. Paulie encontró un casquillo entre los matorrales que hay justo debajo de la ventana del apartamento. Un profesional no lo habría dejado allí.

Levi cambió de postura en la cama e hizo una mueca.

—Oye, Paulie.

Paulie giró la cabeza para mirar por encima del hombro.

—¿Sí, Levi?

—Dime por favor que sigues teniendo ese casquillo y que no lo tocaste con los dedos.

—¿Me has tomado por un *stunad*? Por supuesto que lo tengo, y lo recogí con el extremo de un lápiz; luego uno de los chicos me trajo una bolsa de plástico para que lo guardara. Frankie ha

obtenido las huellas dactilares de una persona.

—Ahora no te preocupes por eso —dijo Vinnie—. Te sacaremos de aquí en cuanto sea posible. Estoy haciendo gestiones para conseguirte una enfermera y el equipamiento médico que necesites.

—Frene un poco, señor Bianchi —dijo una voz desde el pasillo. Lucy estaba al otro lado de Paulie, intentando atisbar en la habitación, pero él no paraba de moverse para impedirle que viera algo.

—¡Aparta, albóndiga gigante! No voy a hacerte daño.

A Levi se le escapó la risa, pero hizo una mueca al notar el dolor que aquello le provocaba.

—¡Maldita sea!, no... no me hagas reír.

Vinnie señaló hacia la puerta con el pulgar.

—Esa chica tuya tiene agallas. —Se inclinó hacia delante y le dio una palmada en la mejilla—. Ya me informarás de lo que decides. Dejo a dos tipos aquí por si acaso. No quiero correr riesgos, ya me entiendes.

Levi le estrechó la mano.

—Gracias, tío. Te lo agradezco.

—No hay de qué. Eres como un hermano para mí. Y te prometo una cosa: quienquiera que sea el cabrón que te disparó, sus antepasados van a enterarse cuando lo pillemos. Habrá venganza. —Vinnie se volvió hacia la puerta—. De acuerdo, Paulie, deja que esa mujer tan guapa vea a su chico.

Paulie se hizo a un lado y Lucy fue directa al lado de Levi. Estaba emocionada.

En cuanto Vinnie y Paulie se marcharon y cerraron la puerta tras de sí, Lucy dio rienda suelta a sus emociones. Le temblaba el mentón, le cogió la mano, se la besó y se la acercó al pecho. Le costaba hablar.

—Min me dijo que, si no la hubieras apartado, estaría muerta.

Levi había reproducido el tiroteo en su cabeza y entendido que era cierto. Pero ¿quién y por qué querría matar a Min?

Como si le leyera la mente, Lucy siguió hablando:

—Estoy convencida de que quienquiera que lo hiciera iba a por mí. Esos cabrones iban a por mí. —Le rodaban lágrimas por las mejillas—. Y tú te pusiste en peligro.

—Ha sido para bien. —Levi le dedicó una sonrisa maliciosa—. Creo que sabías que iba a ayudarte con el problema, aunque no quisieras. Pero ahora que el don se ha metido en esto, pues... quien esté detrás acabará hecho papilla.

Sin soltarle la mano, Lucy desplazó el taburete con ruedas con el pie y se sentó en él. Apoyó la cabeza en el hombro sano de Levi y susurró:

—No quiero que te hagan daño.

Levi le dio un beso en la cabeza.

—Pues empieza a hacerme caso. Voy a ayudarte. Antes era algo personal, pero ahora quiero venganza.

—Pero estás herido. No puedes...

—Me recuperaré y entonces lo haremos.

Lucy levantó la cabeza para mirarlo y sus rostros se encontraron a escasos centímetros.

—Esperaré, pero con la condición de que vengas a casa a conmigo y dejes que te cuide. Estoy en deuda contigo.

—No, fue a Min...

—Levi, cállate. —Lucy se inclinó y le dio un beso en los labios.

Mientras respiraban el uno el aliento del otro, a Levi le pareció que ella se había quitado un velo que hasta entonces le había impedido que conocer sus sentimientos. Había una conexión nueva. Algo había cambiado.

Ella despegó los labios y Levi vio que tenía los ojos empañados de lágrimas.

—¿Vas a dejar que te cuide por una vez en tu vida?

Levi recostó la cabeza en la almohada embargado por el agotamiento. Cerró los ojos y le apretó la mano.

—Con la condición de que respondas a las preguntas de esa enfermera tan agradable. Odio el papeleo.

Lucy se echó a reír y luego soltó una palabrota en cantonés.

—¡Igual que mi esposo!

A Levi le costaba articular palabras, pero consiguió hablar.

—¿Es una proposición? —preguntó en cantonés.

Ella ahogó un grito.

—¿Sabes cantonés?

Levi soltó un ligero ronquido como única respuesta.

CAPÍTULO ONCE

Aunque el bloque de apartamentos de Lucy no estaba acabado, ahora había guardas de seguridad armados pidiendo la documentación a todo aquel que quisiera acercarse al ascensor. Y cuando se abrió en la octava planta, a Levi lo recibieron inmediatamente otros dos guardas armados. Inclinaron la cabeza mientras Lucy, sujetándolo por el brazo derecho, lo acompañaba pasillo abajo, seguido por dos hombres iniciados de la familia Bianchi.

Al entrar en el apartamento, tres asiáticas sonrientes le dieron la bienvenida. Todas llevaban *cheongsams*, un vestido tradicional rojo ajustado. El apartamento olía a comida casera, lo cual le otorgaba un aire hogareño que antes no tenía.

Lucy se puso a dar órdenes en cantonés.

—Iré a prepararle la cama. Min y Ting, ayudad con el arroz. Ruth, necesito...

Mientras Lucy seguía dando órdenes, Levi se volvió hacia Tony y Gino, los dos mafiosos. Le dio a Tony una palmada en el hombro.

—Gracias por venir.

El primer encuentro con Tony no había sido amistoso. Casi se había visto obligado a romperle la muñeca al hombretón. Pero después de ese altercado se habían hecho amigos. Levi confiaba en él.

Tony meneó la cabeza.

—Levi, te juro por mi madre, que en paz descanse, que cuando vi que te abatían, pensé que te habían matado. Me cuesta creer que apenas un día después estés caminando como si nada. —Asintió hacia las tres elegantes mujeres dedicadas a lo que les había encomendado Lucy, y guiñó un ojo—. Aunque me parece que ya sé por qué has escogido este sitio en lugar del nuestro. Menudo paisaje tienes aquí.

A Lucy pareció divertirle el comentario, pero enarcó una ceja en dirección a Levi como diciéndole que ni se le ocurriera decir nada sobre el «paisaje».

—Aquí estaré bien un tiempo —respondió Levi—. Ve y dile a Frankie dónde estoy y que, si me necesita de verdad, que me llame. Sobre todo, me interesa enterarme de lo que se descubra sobre el cabrón que me disparó.

Tony asintió.

—Informaré al señor Minnelli. ¿Necesitas algo más?

—No, todo bien.

Tony y Gino se marcharon y Lucy cerró la puerta detrás de ellos antes de volverse hacia Levi.

—No quiero que me lleses la contraria —dijo—. Por lo menos durante cierto tiempo. Hagamos las cosas a mi manera.

—¿Qué cosas?

Lucy lo rodeó con un brazo, lo condujo al comedor e hizo que se sentara.

—Siéntate y quédate quieto. Voy a prepararte la habitación y comprobaré lo que has traído del hospital. Probablemente tengamos que deshacernos de algunas prendas.

—No tires la americana del traje ni el chaleco.

—Pero si están hechos polvo...

—Créeme, Esther me matará si no tiene ocasión de echar un vistazo a cómo ha quedado la ropa.

Lucy se echó a reír.

—De acuerdo, no tiraré nada. Ahora quédate aquí sentado, enseguida vuelvo. Vamos a alimentarte y luego te acuestas. Necesitas tiempo para curarte.

Levi estuvo a punto de quejarse de que lo tratara como a un niño, pero se limitó a asentir.

—Aquí me quedo.

Lucy sonrió, gesto al que Levi no estaba acostumbrado en ella.

Al quedarse solo, sacó el teléfono. Primero llamó a Lola Minnelli, la tía de Frankie. Era lo más parecido a una matriarca que tenía la familia, y estaba al mando de todos los empleados de la familia. Iba a necesitar que le proporcionara mudas para dos días, por lo menos.

Cambió de pantalla y pulsó una tecla de marcación rápida. El teléfono sonó dos veces antes de que se oyera la voz de Denny.

—¡Mierda, Levi!, ¿en qué hospital estás? Vendré a...

—Ya no estoy en el hospital.

—¡Pero si me he enterado de que recibiste dos disparos! ¡Dos!

—Créeme, lo sé perfectamente. Estoy bien. El traje y el chaleco evitaron males mayores. Necesito que me hagas un favor.

—Lo que quieras.

—Necesito una investigación a fondo sobre el agente del informe policial que ya no existe. John Carter.

—Cuenta con ello. ¿Buscas algo en concreto?

—No sabría decirte. Pero él es quien tomó declaración a Mindy Cross y ahora estoy seguro de que mintió, porque Mindy ha desaparecido. Su esposa ha dado parte de su desaparición y está muerta de preocupación. Todo parece muy oportuno, ya me entiendes.

—Maldita sea, esto tiene toda la pinta de ser una conspiración. Me estoy poniendo un poco paranoico con este caso. Y apuesto a que Mindy también va a desaparecer de repente de todos los registros electrónicos. Oye, supongo que no te importa que recurra a la ayuda de esos tipos de la Panda, ¿no? Ya sé que recelas de ellos, pero no tengo acceso a las instantáneas históricas de las bases de datos de Internet que ellos tienen.

De pronto, de entre los pliegues difuminados de su memoria, Levi recuperó una escena del hospital. Una escena en la que aparecía una moneda reluciente. Y recordó lo que el desconocido de la bata azul le había dicho.

«Está en un lugar seguro y le protegemos».

Min entró en el comedor y le dejó un cuenco de humeantes gachas de arroz blanco en la bandeja giratoria de la mesa de travertino.

—Por supuesto, Denny. Haz lo que haga falta. No sé a ciencia cierta qué pensar de esa gente pero, por ahora, no me han jodido.

—De acuerdo, investigaré sobre Carter y veré adónde llego. Y, mientras tanto, chafardearé a ver si sale algo acerca de Mindy Cross. ¿Puedo hacer algo más? Me refiero a que supongo que

ahora no estarás al cien por cien...

Ting apareció con una bandeja de caballas enteras a la plancha y Ruth la siguió con una fuente de sandía y melón troceados, junto con un surtido de cucharas, cuencos y palillos.

A Levi se le hizo la boca agua.

—No, no estoy al cien por cien, pero me estoy recuperando. Si puedes, dile a Esther Rosen...

—No hace falta —dijo Lucy al entrar—. Acabo de llamarla. Vendrá mañana a echar un vistazo a los daños.

—Da igual, Denny, solucionado el tema de Esther. Así que no, no necesito nada más. Envíame la info en cuanto sepas algo.

—Oído. Cuídate.

En cuanto colgó, Levi contempló el despliegue de encima de la mesa.

—Chicas, voy a acabar malcriado —dijo en mandarín. Miró a Min, Ruth y Ting, que habían tomado asiento al otro lado de la mesa—. Todo esto huele de maravilla y tiene una pinta fantástica.

Las tres sonrieron y dijeron al unísono: «No es para tanto». La típica respuesta china a cualquier cumplido.

Levi alargó el brazo para coger un cuenco, pero Lucy se colocó detrás de él y le dio un toquecito en la mano.

—Solo tienes un brazo operativo. Déjame a mí.

Levi se recostó en el asiento, disimulando lo que le divertía la escena. Hacía mucho tiempo que nadie cuidaba de él y no estaba acostumbrado.

Lucy giró la bandeja hasta alcanzar a las gachas, llenó el cuenco con un cucharón y lo colocó delante de Levi.

—Empieza con esto. Le sentará bien a tu estómago.

—El estómago lo tengo bien.

Levi cogió una cuchara. Notó cuatro miradas sobre él mientras probaba el arroz *congee*. Menuda presión.

Tenía la consistencia de la avena cocida y un poco aguada, pero le pasaba muy bien e identificó un ligero aroma a jengibre y salsa de soja que potenciaba el sabor. Era sencillo pero muy rico.

Tomó varias cucharadas más antes de mirar a su público.

—¿Nadie más va a comer?

Lucy sirvió un poco de arroz blanco al vapor en otro cuenco, añadió unos trozos de caballa a la plancha y lo coronó con unas verduras que parecían hechas al vapor o encurtidas. Hasta que no colocó el cuenco al lado del de *congee* de Levi las demás no empezaron a servirse.

Ruth sostuvo un trozo de caballa con los palillos y se dirigió a Levi.

—Tienes que comer mucho de esto. Contiene unos aceites especiales que te ayudarán a tener los huesos fuertes.

Ting sorbió un poco de *congee* y asintió para mostrar su acuerdo.

—Además, el *congee* tiene mucha proteína. Te ayudará a recuperarte.

Min alargó los brazos por encima de la mesa, palillos en mano, y colocó más zanahoria y col en el cuenco de Levi.

—Y tienes que comer más encurtidos para tener los músculos sanos.

Lucy se tapó la boca para ahogar la risa.

—Pobrecillo —dijo en inglés—. La cara que pones es un poema. Tener encima a cuatro gallinas cluecas chinas debe de resultar estresante. Lo siento. Aprenderás que todos los chinos

somos son un médico en ciernes y que para nosotros la alimentación siempre está en la lista de remedios.

Levi se encogió de hombros y luego hizo una mueca de dolor al intentar mover la zona inmovilizada. Comer no suponía un problema para él. De hecho, tenía un hambre canina y la comida, aunque no fuera exactamente su preferida, estaba recién hecha, era sabrosa y se agradecía. Era cierto que no estaba acostumbrado a tener encima a cuatro mamás gallinas. Pero tenía que reconocer que había formas peores de recuperarse.



Levi se obligó a comer hasta que no le entraba ni un bocado más, pero pasó casi una hora hasta que sus cuidadoras llegaron a la conclusión de que ya estaba lleno.

Mientras Ting, Ruth y Min quitaban la mesa, Lucy ayudó a Levi a levantarse para salir del comedor.

—Tenemos un pijama y ropa básica. Te ayudaré a darte un baño antes de acostarte.

Levi se detuvo.

—Puedo bañarme solo perfectamente.

Lucy le dedicó una mirada severa.

—He oído lo que los médicos han dicho sobre el tubo de drenaje. No deberías bañarte en dos semanas, hasta que tengas la piel curada. Y no puede decirse que vayas a poder lavarte solo con una esponja.

Levi notó que se sonrojaba por primera vez en mucho tiempo. Lucy tenía razón.

Ella le tiró del brazo y lo condujo a una suite con baño. Sacudió la cabeza.

—La verdad es que no me imaginaba que alguien como tú fuera tímido.

Levi notó lo divertida que a Lucy le parecía la situación.

—Disfrutas haciéndome sentir incómodo, ¿verdad?

Ella empezó a desabotonarle la camisa.

—Ni te imaginas. Ahora estate quieto y deja de resistirte.



Levi yacía cómodamente en la cama, con el pelo todavía húmedo después de que Lucy se lo lavara, tarea que se había tomado muy en serio. De hecho, lo había lavado a conciencia y no había parado hasta estar satisfecha con el resultado. Tras unos instantes en que se había sentido incómodo, Levi se hizo a la idea de que era una enfermera.

Después, como estaba un poco acalorado, optó por quedarse en calzoncillos y taparse con una sábana fina, pero incluso eso le parecía demasiado.

No creía tener fiebre. Había tenido otras veces, quizá hacía ya tiempo, no desde el episodio de cáncer, pero sabía cómo era y ahora se sentía distinto. No tenía la sensación febril en los ojos que recordaba. Y no estaba atontado; de hecho, se notaba la mente muy clara.

Sin embargo, se sentía inquieto desde la operación. Como si algo en su interior no estuviera bien del todo. Tal vez esa angustia se manifestaba en su cuerpo en forma de calor.

Apartó la sábana, dejó que el frescor del aire acondicionado flotara a su alrededor y cerró los

ojos para ver si se relajaba. Inició un tipo de meditación que había aprendido de un gurú de la India. Cuanto más se internaba en sí mismo, más consciente era de lo que lo rodeaba.

Oyó con más fuerza el sonido de los latidos de su corazón. Oyó el aleteo de una hoja de papel mientras el aire circulaba por la estancia.

Y luego, cerca, oyó el sonido de unos pasos suaves.

Respiró profundamente y percibió el olor a jazmín al abrirse la puerta.

Era Lucy.

Notó su presencia, de pie en el umbral, observándolo, incluso con los ojos cerrados.

Sin abrirlos, le dijo:

—Gracias.

Lucy entró en la habitación y se acercó a la cama. Levi notó que el colchón cedía ligeramente cuando se tumbó a su lado.

Abrió los ojos. Lucy llevaba un pantaloncito corto de seda y una parte de arriba del pijama holgada.

Ella le selló los labios con un dedo y dijo:

—Shhh. —Acomodó el rostro en el recodo del cuello de él y le rodeó la pierna derecha con la suya—. Tengo que despertarte dentro de dos horas para el antibiótico.

—Ya he puesto la alarma.

—Bien. —Le pasó la mano suavemente por el vientre—. Duerme un poco.

Inhaló profundamente. Seguía sintiendo un dolor considerable en el pecho, pero no tanto como antes. Envuelto en la fragancia de Lucy, se centró de nuevo en su respiración.

Y mientras estaba allí tumbado, contando los segundos, se preguntó por qué de repente Lucy se mostraba tan distinta con él. Menos tigresa y provocadora y más... más algo.

Antes de llegar a los cuarenta y cinco segundos, ya estaba dormido como un tronco.

CAPÍTULO DOCE

—Bueno, Denny. ¿Qué tienes?

—El agente al que me dijiste que investigara. Queda claro que acepta sobornos. El mes pasado recibió cuatro pagos de siete mil quinientos dólares desde una cuenta de Argentina.

—Es una cantidad curiosa. —Levi se incorporó en la cama e hizo una mueca mientras estiraba los músculos de la caja torácica.

—Bueno, no es tan raro si intentas evitar declarar ingresos. Las transferencias de menos de diez mil dólares no se controlan. Lo curioso es que no se sabe exactamente quién es el titular de la cuenta de donde sale el dinero. Hay muchos movimientos turbios en el sistema bancario de ese país, sobre todo si estás en política y consigues favores de los reguladores bancarios. En cualquier caso, ese tipo tiene unos cuantos esqueletos financieros en el armario que conseguí encontrar, aparte de las transferencias sospechosas. Al parecer, nuestro hombre no es lo que se dice honesto con Hacienda con respecto a muchos de los últimos pagos. A ti y a los tuyos os podría interesar.

Levi asintió.

—Está bien. Mándame todo lo que tengas y veré qué tipo de ventaja nos ofrece.

—Descuida.



—Sé que es una putada, Levi, pero las huellas dactilares no nos han llevado a ninguna parte. Incluso le dimos copias a Denny para que obrara su magia, pero tampoco sirvió.

Levi apretó los dientes en señal de frustración mientras asimilaba las palabras de Frankie.

Lucy entró en el dormitorio con un vaso de agua en una mano y la dosis de antibiótico en la otra. Se quedó parada un momento con expresión preocupada.

—Frankie, agradezco el esfuerzo. Y con respecto al coche, no necesito conductor. Puedo apañármelas solo. Ya casi estoy recuperado al cien por cien.

—Levi, ya sé que eres un campeón y tal, pero Vinnie me mataría si te pasara algo y se enterara de que me he marchado sin dejarte protección.

Casi le entró la risa al ver la frente arrugada de Lucy. Lo miraba con cara de asesina.

—De acuerdo. ¿Quién va a venir y cuándo?

—Paulie llegará de un momento a otro.

—Vale, Frankie. Gracias de nuevo.

—Claro. Y saluda a las damas de mi parte.

—Descuida.

Levi colgó y, antes de que tuviera tiempo de abrir la boca, Lucy espetó:

—¿A dónde coño te crees que vas? No hace ni una semana que te operaron.

Levi se abotonó la camisa por encima del nuevo chaleco que Esther le acababa de entregar por la mañana.

—No tengo tiempo de hablar. Paulie llegará en cualquier momento.

Lucy lo fulminó con la mirada.

—No vas a ir a ningún sitio sin mí.

Levi se encogió de hombros y cogió el antibiótico y el agua. Se lo tomó y la repasó con mirada apreciativa. Llevaba una bata de seda, probablemente sin nada debajo.

—De acuerdo. Si quieres venir, ven. Salgo en cinco minutos.

—¿Cinco minutos? —Lucy abrió unos ojos como platos—. No te vayas sin mí. —Salió corriendo de la habitación.

Levi rio cuando fue a ponerse los mocasines. El dolor del lado izquierdo del pecho seguía ahí, pero ya no era tan fuerte como para impedirle moverse. Se los calzó y se encaminaba a la puerta principal cuando le sonó el teléfono.

—Hola, Paulie. ¿Estás abajo?

—Llego en un minuto.

Lucy apareció corriendo en el vestíbulo. Min iba tras ella con un cinturón, gritándole en cantonés.

—Te has olvidado esto.

—No me has dicho adónde vamos —se quejó Lucy mientras pasaba el cinturón por las presillas de la falda de tubo.

Levi vio que se había vestido un poco más fina de lo apropiado para el lugar al que iba. Pero se limitó a abrir la puerta y sonreír.

—Sorpresa.



Lucy le dio una palmada a Levi en el muslo.

—¿Por qué no me has dicho que íbamos a visitar a tu madre y las niñas? No me habría vestido así.

Levi se echó a reír, pero Paulie la miró por el retrovisor y dijo:

—Espero que no te moleste, pero creo que a ninguna madre le importaría verte así vestida.

—Bah. —Hizo un gesto de desdén hacia el gigantón mafioso—. Los hombres no entendéis de esto. No debería llevar una falda tan corta para ver a su madre.

Levi le colocó suavemente una mano en la pierna. La falda le llegaba justo por encima de la rodilla, lo cual, para él, resultaba totalmente aceptable para cualquier ocasión, formal o informal. Se inclinó y le susurró en mandarín:

—Mi madre no tiene ni idea de modas. No sabría distinguir qué resulta apropiado y qué no para una chica de ciudad. Y ya te he dicho antes que vas bien.

Lucy hizo una mueca de desdén.

—«Bien», odio esa palabra.

Levi sonrió.

El todoterreno dio unos cuantos botes por el irregular camino de tierra que conducía a la casa. La excepcionalidad de ver un coche circulando por aquella finca rural de Pensilvania llamó la atención de algunas niñas, que empezaron a correr hacia él. Para cuando Paulie estacionó, había una muchedumbre reunida y más pequeñas en camino.

Levi abrió la puerta y fue recibido con gritos de «¡Papá Levi! ¡Papá Levi!». En cuestión de segundos quedó rodeado de chiquillas de entre seis y once años, todas vestidas con sencillos vestidos oscuros y cofias blancas. Se daban empujones intentando abrazar a Levi.

Haciendo caso omiso del dolor que sentía en el hombro y el pecho, Levi les devolvió el abrazo a todas. Los músculos de las mejillas se le cansaron de tanto sonreír.

Por supuesto, ninguna de aquellas niñas era hija biológica suya, pero a él no le importaba lo más mínimo. No habría podido quererlas más si lo hubieran sido. De hecho, esas niñas eran un alivio para su alma afligida, lo más íntegro y puro de su vida.

Las había rescatado de las calles de la ciudad. Todas ellas habían nacido en el extranjero y habían sido víctimas de la trata de blancas. Muchas habían sido vendidas por sus padres en distintos países del Sudeste Asiático. A otras incluso las habían enviado a redes de prostitución infantil.

Ya no les volvería a pasar.

Le había herido en el alma ver las condiciones en que las habían tenido. Pero ahora, viendo sus rostros felices y sonrientes, esperó que a la larga su turbulento pasado se convirtiera en un recuerdo lejano al margen de su vida actual.

Ya había realizado los trámites para asegurar su bienestar a largo plazo. Había dejado pagados sus gastos de universidad y abierto fondos fiduciarios para que recibieran una modesta asignación mensual en cuanto cumplieran veintidós años. Ya no volverían a depender de nadie, sin importar lo que pudiera ser de él.

—¿Señorita Lucy? —Mei, una niña de nueve años, corrió hasta Lucy y le dio un fuerte abrazo. Empezó a hablar en alemán de Pensilvania y Alicia, la mayor del grupo, tradujo al cantonés para Lucy.

Lucy se arrodilló para ponerse cara a cara con Mei. Le habló en cantonés.

—¿Qué tal estás?

Mei miró extrañada a Lucy y negó con la cabeza. Se la veía incómoda.

—Mei ha perdido las palabras —dijo Alicia—. No recuerda casi nada del pasado.

—Pero, Mei, ¿te acuerdas de mí? —preguntó Lucy en inglés.

Mei sonrió y asintió. En un inglés sorprendentemente bueno, repuso:

—Viniste a visitarnos un día y fuiste muy buena. Me acuerdo.

Abrazando a una pequeña con cada brazo, Levi se sintió culpable por no visitarlas más a menudo. Había oído hablar de niños que bloqueaban los recuerdos dolorosos sobre abusos, y daba la impresión de que eso era exactamente lo que Mei había hecho.

—¡Levi!

Levi se volvió en dirección a la voz. Su madre, vestida de modo similar a las niñas, se secó las manos en el delantal al salir al porche de su casa natal. Ella tendió los brazos y Levi se le acercó corriendo con una sonrisa en los labios.

Le sujetó el rostro entre las manos y le dio un pellizco en las mejillas.

—¡Cuánto me alegro de verte! ¿Te quedarás un tiempo?

Levi oyó los pasos dificultosos de muchos pies y, al girar la cabeza, vio a Lucy arrastrada por Mei y una manada de niñas, todas sonrientes y emocionadas.

Hizo una seña hacia Lucy.

—Mamá, te presento a Lucy. Creo que...

—Oh, sí, te recuerdo. Viniste hace varios meses, pero sin mi hijo. —La madre le estrechó la mano a Lucy, y luego se volvió hacia Levi y le preguntó en alemán de Pensilvania—: ¿Es una amiga «especial»?

Levi se echó a reír y luego le susurró en voz alta a Lucy:

—Quiere saber si salimos juntos.

—¡Oh! —Lucy se sonrojó.

Levi tuvo que esforzarse por disimular su sorpresa. ¿Lucy sonrojada?

Al parecer, esa reacción fue respuesta suficiente para su madre, que desplegó una amplia sonrisa y juntó las manos encantada.

—Qué bien. Os quedáis a cenar los dos, ¿verdad?

—Mamá, no sé por qué pregunto, pero ¿hay comida para uno más? Hay alguien más en el coche.

—Por supuesto que la hay —contestó ella, indignada.

Levi hizo una seña hacia el coche para indicarle a Paulie que se sumara a ellos. El mafioso grandullón salió y se les acercó trotando. Varias niñas ahogaron un grito al verlo.

—Es un gigante —dijo una de ellas.

Levi se echó a reír.

—Chicas, saludad al señor Romano.

—Hola, señor Romano —dijeron al unísono.

La madre dio una palmada para llamar la atención de las pequeñas y empezó a bramar órdenes como un sargento de instrucción, pero en alemán de Pensilvania. Las niñas se distribuyeron para acabar sus tareas o ayudar con la cena.

Entonces, la madre de Levi levantó la vista hasta el mafioso gigantón.

—Bienvenido a nuestra casa. Ve a lavarte. La cena estará lista en quince minutos.

—Sí, señora.

Levi guio a Paulie y a Lucy por la casa de los Yoder, esquivando niñas y sintiendo un calor interno que era la prueba fehaciente de lo feliz que se sentía. Necesitaba aquello, la familia. Su hogar. Aunque vivía en otro sitio, una pequeña parte de él siempre permanecería allí.



Dos semanas después de recibir los disparos, Levi ya no se sentía como un paciente. Ya no llevaba el brazo en cabestrillo y había recuperado la flexibilidad casi al cien por cien, por lo que estaba preparado para rebatir el argumento que Lucy fuera a darle para impedirle salir.

Lo que no se esperaba es que le lanzara un *gi* de kárate y le dijera:

—El médico dijo seis semanas y ni siquiera ha pasado la mitad de ese tiempo. No vas a ningún sitio solo hasta que no me demuestres que estás curado.

Levi cogió el *gi*, divertido.

—¿Qué? ¿Vas a enfrentarte a mí?

Lucy le dedicó una mirada severa que a él ya le resultaba demasiado familiar.

—Si es necesario, sí.

Levi se quitó la camisa y los vaqueros y se dispuso a enfundarse el kimono. En el tiempo que llevaba viviendo con Lucy, había perdido toda noción de timidez o modestia. Ella se lo había visto todo. Era casi como si estuvieran casados, aunque nunca habían tenido relaciones íntimas

de verdad. Tenían una intimidad extraña... algo difícil de definir.

Cuando estuvo vestido, siguió a Lucy a la sala de ejercicios, que tenía el suelo cubierto de esterillas de gimnasio. Eran mucho más blandas que los tatamis en los que había entrenado en Japón.

De repente cayó en la cuenta de que Lucy y él nunca habían hecho ejercicio juntos, y que ella no tenía ni idea de cuál era su capacidad física. Tenía que asumir que ella estaba en una excelente forma, dado que había sido la guardaespaldas de su marido.

Lucy iba descalza y llevaba unos pantalones blancos holgados y una camisola rosa con el logo de Hello Kitty. No era exactamente ropa de deporte, pero le permitía moverse con libertad. Se quedó de pie, como cualquier persona normal parada en medio de la calle, y dijo:

—Demuéstrame que estás bien para salir.

Levi se sentía incómodo haciendo estiramientos ante ella, que tenía la vista clavada en sus pies, lo cual era inteligente puesto que los pies solían advertir del siguiente movimiento de un contrincante.

Comprobó los reflejos de ella lanzándole un golpe rápido dirigido a la cara.

Ella lo esquivó con el torso, sin siquiera emplear las manos. Pero cambió ligeramente la postura.

Levi también la observaba mientras le propinaba una patada rápida en el vientre para ver si la bloqueaba.

Con un movimiento de barrido con el brazo, hizo presión hacia un lado y se lanzó al ataque. Patada, patada, golpe, puño hacia atrás, todo en rápida sucesión.

Levi lo bloqueó todo, lo cual hizo que a ella se le escapara una sonrisa.

Lucy gritó al agacharse, intentando hacerle un barrido de piernas.

Levi saltó para zafarse de ella y, antes de que ella pudiera recolocarse, fue a la carga, chocó con ella y se agachó cuando ella intentó darle un codazo en el hombro, que esquivó por los pelos.

El corazón le latía con fuerza y notó la subida de adrenalina. Estaba listo para pelear.

Y entonces se dio cuenta de que Lucy hacía una mueca y se sujetaba el pecho donde Levi la había golpeado.

Estaba dolorida.

Se olvidó de todo y echó a correr hacia ella.

—¿Estás...?

Ella le barrió las piernas y se abalanzó sobre él como un tigre. Puñetazo, bloqueo, puñetazo, bloqueo y, al tercer puñetazo, él le atrapó el brazo bajo el suyo y la rodeó con el otro como si en un abrazo de oso.

Mientras rodaban por el suelo del gimnasio, Lucy se echó a reír. Era obvio que Levi la tenía en una situación comprometedor. Ella no podía atacarlo, pero él no podía hacer gran cosa sin cambiar de agarre. Entonces ella apoyó la frente en la de él, se inclinó para estar más cerca y le dio un beso sudoroso.

—Eres mucho más rápido de lo que me pensaba —reconoció ella.

Se separaron, se tumbaron boca arriba y se pusieron a mirar el techo, de tres metros y medio de altura.

—¿Convencida de que estoy recuperado? —preguntó él.

Ella le cogió la mano y le dio un apretón.

—No estás del todo bien, pero supongo que lo suficiente.

—Bueno, gracias.

—Ha sido un cumplido.

Levi sonrió.

—Entonces, ¿qué vas a hacer hoy?

—Los tres vamos a ir a acechar a nuestra presa. —Antes de que Levi pudiera hacer algún comentario, Lucy le tapó la boca con la mano—. No tengo intención de hacer nada más que observar, al menos mientras estés conmigo. Te lo prometí. ¿Y tú qué plan tienes?

—Oh, nada extraordinario. ¿Recuerdas el informe policial que recibieron los Cohen?

—Sí.

Levi se acercó una rodilla al pecho y luego la otra para estirar los isquiotibiales.

—Resulta que el agente que tomó declaración a los testigos era un corrupto y falsificó los testimonios. Varios chicos han descubierto otros datos interesantes sobre él, así que voy a formar un pequeño equipo y ver qué podemos averiguar de quién está tras el misterio del asesinato de Cohen.

Lucy le dio un beso en la mano.

—Ten cuidado.

—Tú también.

Levi estiró los brazos por encima de la cabeza y apenas notó un poco de tirantez alrededor del pecho. Sin duda aún no estaba al cien por cien pero, tal como había dicho Lucy, sí lo suficientemente recuperado.

Había llegado el momento de que Levi y algunos de los chicos de Bianchi sacaran provecho al escondite secreto de cuya existencia se acababan de enterar.



En la calle 54 Oeste, en Hell's Kitchen, Levi hizo una marca con un trozo de tiza en un edificio de ladrillo visto contiguo a un solar vacío. Cruzó la calle tranquilamente y se encontró con Tony y Gino en el interior de una tienda de lunas para coche. El dueño de la tienda no era un mafioso, pero era amigo de Gino y estaba más que dispuesto a colaborar en una operación sin hacer preguntas.

—Ahora, esperamos —dijo Gino con un fuerte acento neoyorkino. Estaba sentado en un taburete, mirando por la ventana. Acababan de dar las diez de la mañana y la calle, tranquila y eminentemente peatonal, estaba poco concurrida.

Gino era uno de los segundones de la familia Bianchi: un tipo bajito, musculoso, con el pelo rapado y una cicatriz que le recorría la mandíbula. Levi no había trabajado antes con él, pero estaba al tanto de su reputación. Era experto en cerraduras, sistemas de seguridad y recogida de información. Esas habilidades le habían valido el honor de convertirse en miembro de *La Cosa Nostra*, la mafia. Un miembro de confianza del equipo de los Bianchi.

—Gino, vuelve a decirme lo que el agente te contó sobre la furgoneta —dijo Levi.

Gino no apartó la mirada de la ventana.

—Es un escondite secreto. Cuando quiere dejar un mensaje, lo deja detrás de la barrera que bloquea el solar vacío y marca el edificio con tiza blanca.

—Parece sacado de una novela de espías —dijo Tony.

—¿Cómo se aseguran de que nadie más coja lo que se deja detrás de la barrera? —preguntó Levi.

Gino rio disimuladamente.

—Aunque cueste de creer, coge una rata muerta, la destripa, le mete el mensaje dentro y

luego la cose. Nadie va a coger una rata sarnosa, aunque vieran que la deja un policía.

Levi asintió y le dio la razón.

—Qué listo.

—No me gustan los que se pasan de listos —se quejó Tony—. Causan problemas.

Tony era el matón de la operación del día. Gracias a su cuerpo de levantador de pesas y una vena impaciente, resultaba peligroso, pero era leal. Y, dado que Levi no estaba del todo en forma, le parecía bien que fuera él quien asumiera la posición más expuesta.

Era casi mediodía cuando Gino habló en un susurro.

—Eh, hay alguien ahí.

Levi se levantó de la silla y se acercó. Un hombre alto con una camisa deshilachada y roída y pantalones descoloridos atisbó por encima de la barrera hacia el solar. A continuación, recorrió la calle con la mirada como si buscara a alguien.

—¿Seguro que no nos ve? —preguntó Tony.

—No. —Gino negó con la cabeza—. La otra cara del cristal es de espejo. Pero ¿ese es el hombre? Parece un vagabundo.

—No es ningún vagabundo —dijo Levi—. Mira las botas de montaña que lleva. Probablemente cuesten diez veces más que los harapos que viste. Este tío se hace pasar por vagabundo, pero te apuesto cien pavos a que no lo es.

—Ni hablar —dijo Gino—, menuda mierda de apuesta.

El hombre miró por última vez hacia donde estaban antes de saltar al solar. Al cabo de diez segundos reapareció, con expresión enfadada en el rostro demacrado, y se marchó a paso ligero en dirección oeste.

Levi les dio sendas palmadas en el hombro.

—Pinganillos y marchando.

Los tres se introdujeron algo parecido a unos audífonos en el canal auditivo.

—Probando, probando, un, dos, tres —dijo Levi.

—Te recibo —susurró Tony, pero Levi lo oyó a todo volumen.

—Yo también —confirmó Gino.

Los dispositivos funcionaban a la perfección. Eran otro de los aparatos especiales encargados a Denny.

Salieron a la calle y Gino saltó la barrera para entrar en el solar.

—Me voy hacia la calle 55 para acercarme desde un ángulo distinto. Decidme hacia dónde va ese tío y ya os alcanzaré.

Levi se estaba preguntando cómo demonios iba Gino a atravesar los edificios de detrás del solar, pero entonces lo vio trepar por una escalera de incendios y esfumarse por el tejado.

Tony y él se dirigieron hacia lados opuestos de la calle para seguir a su objetivo. Levi abrió un plano, haciéndose pasar por turista.

Más arriba, su presa dobló una calle.

—Gino, ha girado a la derecha en la Décima Avenida.

—Oído. Subo corriendo por la 55.

Levi cruzó la calle y alcanzó a Tony, que acababa de girar en la Décima.

Se oyó la voz de Gino.

—Ya lo veo. Va por la 55 en dirección oeste. Lo tengo controlado. Un momento... acaba de entrar en el aparcamiento de GMC.

Levi chasqueó los dedos y señaló hacia donde Tony había aparcado, en la esquina entre la Décima Avenida y la calle 56 Oeste.

—Tony, ve a buscar el coche y ven aquí.

Tony asintió y corrió en dirección norte, mientras Levi esquivaba el tráfico para cruzar la Décima Avenida.

Volvió a oírse la voz de Gino.

—Oye, tío. Puedo arreglar esa abolladura por muy poco dinero. No, no... eh, que te estoy hablando. ¡Cabrón!

Levi corrió hacia la izquierda en la calle 55.

—Gino, ¿qué ocurre?

—Un momento, estoy anotando la matrícula. Va en un Camry beis antiguo. Y me he acercado lo suficiente para engancharle un rastreador en el techo.

Los neumáticos del vehículo de Tony rechinaron con fuerza cuando giró bruscamente en la intersección y paró delante del aparcamiento. Levi y Gino subieron al coche de un salto.

El segundón señaló hacia el oeste.

—Se dirige a la orilla del río.

Mientras Tony aceleraba, Levi activó la app de seguimiento en su móvil. Una señal luminosa indicó la ubicación de su presa.

—El pez ha mordido el anzuelo —dijo—, ahora falta sacarlo del agua.

CAPÍTULO TRECE

Cuando Dominic llegó a la sala de juntas del *Intelligencer* donde habían convocado a toda la redacción, el personal de seguridad comprobaba las credenciales y repetía:

—Apagad los móviles.

Dominic tomó asiento enseguida a la mesa de la sala de reuniones. No había sillas para todos y no quería acabar quedándose de pie.

Efectivamente, la sala estaba abarrotada cuando, a las nueve y cinco, entró Raul Vicente, el director ejecutivo del *Intelligencer*. A Dominic le parecía que el tío era un gilipollas de campeonato. Por suerte, las únicas veces en que había tenido que tratar con él directamente había sido cuando recurría una decisión editorial tomada por el jefe de redacción sobre uno de los artículos de su sección. Aunque no sabía por qué se molestaba con los recursos, pues aquel siempre aprobaba la decisión del jefe de redacción, por descabellada que fuera.

Vicente se situó en la parte delantera de la sala y empezó a caminar de un lado a otro.

—Me parece que sabéis por qué he convocado a la redacción al completo. El motivo son los errores garrafales del número del pasado miércoles. ¡Me voy de vacaciones una semana y la cagáis de tal manera que nos ha costado casi cien mil suscriptores! Si sois tan estúpidos como para no haber hecho el cálculo todavía, eso supone más de quince millones de dólares en cuotas de suscripción, y eso sin contar lo que perderemos en publicidad. Es como tirar vuestros salarios a la basura. Si vuelve a suceder algo así, no tendré reparos en sustituiros a todos y cada uno de vosotros por un puto mono domesticado que sepa obedecer órdenes. Espero que os haya quedado claro.

Dominic sintió que le estaban entrando los calores. Todos los presentes sabían exactamente qué artículo había molestado tanto a los suscriptores. Él mismo se había quedado de piedra al ver que el periódico había impreso algo favorable a Israel. Aunque el *Intelligencer* siempre se había jactado de ser imparcial y objetivo con las noticias, eso no era cierto. Siempre se inclinaban por el relato preferido de sus lectores. Incluso podían dar un sesgo a las noticias más serias para maximizar beneficios.

—La verdad, no sé cómo habéis sido capaces de cagarla de este modo —continuó Vicente—. El ejército israelí ha matado a siete niños palestinos inocentes... ¿y nos ponemos de parte de los israelíes? ¿Os habéis vuelto locos?

Una de las periodistas de la sala levantó la mano.

—¿Señor?

—¿Qué quieres, Cheryl? —espetó Vicente.

—Señor Vicente, el gobierno israelí publicó un vídeo en que un grupo de niños atacaban a dos soldados israelíes en un puesto de control. Los soldados actuaron en defensa propia, y

también había otros vídeos de...

—¡Nunca presentamos a Israel como la víctima, nunca! —La voz de Vicente resonó en la sala. Estaba rojo de ira—. Y queda claro que no vamos a decir eso en la primera página, aunque esos chicos fueran una horda de energúmenos gritones liderados por el fantasma de Yasser Arafat. Nuestros lectores no quieren oír eso y lo sabéis perfectamente. ¿Qué mosca os ha picado?

Con la mano que tenía en el bolsillo, Dominic pulsó un botón de su vieja grabadora y empezó a grabar. Aquello era demasiado. Llevaba años en el *Intelligencer* y había visto cómo el periódico, poco a poco, se desviaba cada vez más del relato imparcial. Pero ahora aquel hombre había perdido la chaveta, y había llegado el momento de sacarlo a la luz pública. Dominic había entrado en el mundo del periodismo para informar a la gente, no para servirles en bandeja lo que querían leer.

—A ver si os queda claro: nuestros lectores no quieren oír hablar de una matanza justificada de niños en la franja de Gaza. Adaptamos las noticias a nuestros lectores...

—¿Insinúa que mentimos? —preguntó uno de los editores más jóvenes con tono preocupado.

—No, subnormal. Nunca mentimos. Pero el énfasis que ponemos en las noticias debe ajustarse a lo que nuestros lectores quieren oír. Así es como siguen renovando las suscripciones. No vamos a publicar líneas de texto diciendo que el gobierno israelí es el bueno de la película, nunca. Nosotros vendemos un producto.

El editor ejecutivo dejó de andar y miró con expresión furibunda a los asistentes durante diez segundos antes de continuar.

—Permitidme que os recuerde también nuestra política con respecto a la transparencia. ¿Tenéis algún problema con nuestras decisiones editoriales? ¿Tenéis algún problema con cómo se trata vuestro texto? Esa mierda la dejáis entre estas paredes. Ni se os ocurra ir a Twitter, o cualquier otra red social, a dar vuestra versión. Vuestro tiempo es tiempo de la empresa. Si no lo entendéis, os podéis largar ya mismo. ¿Os ha quedado claro?

Dominic movió la cabeza como todos los demás, pero desconectó del discurso mientras aquel loco divagaba acerca de la gran responsabilidad que todos tenían para amoldar las noticias a la gente. Para gestionar la verdad. Para ser el portavoz oficial de lo que sucedía realmente.

Todo ello sin mentir, claro está.

Dominic no era tan iluso. Los lectores eran borregos que solo leían titulares. Como mucho los primeros párrafos. Y ahí acababa la cosa. Muy poca gente iba más allá, por pereza. Dependía de personas como él que el público fuera enterándose de la verdad en pequeñas dosis.

Recorrió la sala con la mirada y vio a todos los editores escuchando con atención al jefe vomitar su propaganda, y empezó a plantearse si seguía siendo posible contar la verdad.

La reunión prosiguió pero, para Dominic, aquello no era más que un cúmulo de sinsentidos. Notó un vacío en el estómago y se puso a pensar en Mendel Cohen. ¿Cuántos de sus artículos se habían sacrificado por culpa de las sandeces de las que hablaba ese tipo?

A lo mejor daba igual. Mendel estaba muerto y...

De repente, le vino a la cabeza el mafioso con el que se había reunido un par de veces. Aquel hombre lo había dejado impresionado. Por supuesto, cada vez que quedaba con un miembro de la mafia le entraban escalofríos, pero él era distinto. Daba la impresión de que el tal Levi veía lo que había detrás de todas esas sandeces y bravatas y que pensaba como él.

Recordó sus palabras: «¿Qué opinas de que la policía diga que Mendel tenía una aventura con ella?»

Mindy Cross. Cielos, qué guapa era. Y ahora su mesa estaba vacía y nadie sabía adónde había ido ni por qué. ¿Había dejado el trabajo? Nadie de su planta parecía saberlo.

Se preguntó si los dos sucesos guardarían algún tipo de relación. La muerte de Mendel y la desaparición de Mindy. Levi le había preguntado por ella la última vez que habían quedado, pero eso había sido antes de que desapareciera de su puesto. Probablemente debería decírselo. No tenía nada de malo quedar bien con uno de los hombres de Don Bianchi.

La diatriba y la reunión terminaron al cabo de diez minutos y todos salieron de la sala. Pero, cuando Dominic estaba a punto de marcharse, un guarda de seguridad lo detuvo.

—Señor Maroni, ¿me deja ver su móvil, por favor?

Dominic se volvió hacia el guarda, que parecía sacado directamente de una película de matones.

—¿Mi teléfono?

El hombre tendió la mano.

—Sí, su teléfono, por favor.

Dominic sacó el teléfono del bolsillo de la americana y se lo tendió. El guarda lo encendió y lo observó durante unos instantes antes de devolvérselo.

—Disculpe, es una comprobación rutinaria.

Dominic frunció el ceño mientras el guarda se dirigía a la oficina de seguridad.

¿A qué venía eso? ¿Una comprobación rutinaria? No habían hecho la «comprobación rutinaria» de ningún otro teléfono.

Inquieto, Dominic bajó a la planta baja por las escaleras mecánicas, salió a la calle y marcó un número. La voz grabada de Levi sonó al cuarto ring:

—Deje su mensaje.

—Señor Yoder, creo que tenemos que hablar. Al parecer, la señorita Cross se ha marchado o la han despedido, nadie sabe qué exactamente, pero su cubículo está vacío. Y también tengo una grabación que soy un tanto reacio a compartir, pero creo que debería estar al corriente de ella. Quizá guarde relación con el asunto por el que preguntaba.

Dominic acababa de doblar la esquina con la intención de dar un paseo y despejarse cuando una cosa dura le golpeó en la nuca. Le flaquearon las rodillas y cayó en la acera.

Sintió tantas náuseas que apenas se dio cuenta de las manos que rebuscaban en sus bolsillos. Y todo oscureció.



Lucy consultó el reloj del salpicadero del Town Car de color oscuro estacionado. Faltaban quince minutos para que empezara la misa.

—¿Estás seguro de que Xiang va a venir por aquí? —preguntó en cantonés.

—Sí. —El chófer, que había sido uno de sus confidentes pagados del vecindario durante años, asintió con vehemencia mientras miraba a través del parabrisas hacia la Avenida 41, una concurrida calle de uso mixto—. Va cada día a misa con sus dos sobrinos. Siempre a la misma hora, salvo los domingos. Los domingos van antes, porque se celebra en mandarín. A veces traen a otra gente.

Min, que estaba al lado de Lucy, frunció el ceño.

—¿Cuántos?

—A veces son solo ellos tres. Otras veces una o dos personas más del *tong* local.

En sentido literal, un *tong* era un lugar de reunión, pero, en ese caso, con respecto a una banda criminal, también podía ser una especie de sociedad secreta. Una hermandad a la que se

accedía bajo juramento que no difería gran cosa de la mafia italiana. Con toda probabilidad, Xiang era de los que admiraban el estilo mafioso.

Lucy observó la calle. A un lado estaba la iglesia católica de Saint Michael, en la esquina de la calle 41 con Union, y en la otra había bloques de pisos y pequeños negocios. No era el mejor sitio para un tiroteo. Demasiadas ventanas.

Y demasiadas oportunidades para ser visto.

Unas cuantas personas se acercaban a pie desde los apartamentos, vestidas con lo que en aquel barrio pasaba por indumentarias adecuadas para ir a misa, avanzando lentamente en dirección a la iglesia. Eran familias de pocos miembros, asiáticas, hispanas y otras. La mezcla que había esperado encontrar en esa parte de Flushing, una zona de Queens.

—¿Cuándo suele llegar? —preguntó.

—Le gusta llegar justo cuando está empezando. Llega el último y se va el primero.

Aquello parecía típico de Xiang. Siempre tenía cuidado. Nadie sabía dónde vivía. Pero tenía una particularidad que arruinaba su tan cauto comportamiento: hacía años que era un católico devoto.

Ruth, que estaba sentada delante, se volvió y frunció el ceño.

—¿Cómo es posible que alguien tan religioso sea tan cabrón?

—Ni idea. —Lucy se encogió de hombros—. Estoy segura de que no basta con confesarte para que te lo perdonen todo.

Lucy desvió su atención al restaurante chino que había al otro lado de la calle. Recordó haber comido allí cuando abrió. Pero los propietarios se habían mudado y ahora la fachada estaba llena de firmas de grafiteros y grafitis de los miembros de las bandas locales. Sin duda, las firmas significaban algo para los jóvenes de las bandas, pero seguramente los verdaderos gánsteres del vecindario no las entendieran.

Los gánsteres como Xiang.

Había sido la mano derecha de su marido en China antes de que se casaran, y antes de que trasladaran sus operaciones a Hong Kong. Pero cuando su esposo se dio cuenta de lo mucho que Lucy podía ayudar en el negocio, Xiang perdió su influencia y, por tanto, se «retiró» de la parte china del negocio.

Desde entonces, Lucy siempre había hecho todo lo posible por seguirle el rastro a aquel viejo. Recordaba la mirada que le había lanzado en su boda. Detrás de aquella sonrisa y del sobre rojo con un cheque cuantioso, advirtió el odio que bullía en su interior. Aquello había sido hacía más de veinte años, pero ahí estaba él ahora, en América, buscando venganza.

No había tardado en descubrir quién había puesto precio a su vida. El viejo era un animal de costumbres. La misma cuenta bancaria de la que salió el regalo de bodas había servido recientemente para transferir cien mil dólares a una cuenta de depósito en garantía para financiar el precio que habían puesto a su cabeza.

No cabía la menor duda al respecto. Xiang quería verla muerta.

Lo cual significaba que, en última instancia, también era el culpable de que dispararan a Levi. Ni que fuera por ese motivo, pensaba acabar con aquel hombre y con cualquiera que le fuera leal.

—Pero primero hay que cortarle la cabeza a la serpiente —murmuró para sí.

Ruth susurró, tensa:

—¿Es ese?

Lucy siguió su mirada. Más arriba, al otro lado de la calle, tres hombres avanzaban en dirección este por la 41. El alto que iba delante llevaba unas modernas gafas oscuras, un

sombrero de fieltro y un traje de cuadros verdes que le iba holgado, con una vulgar corbata violeta. Aparentaba entre setenta y ochenta años.

Pero era él.

Caminaba con determinación y Lucy sintió un escalofrío en la columna al reconocer sus andares.

Sin quererlo, recordó otros detalles. La cicatriz del mentón. La marca de nacimiento de su vientre. La imagen de él encima de ella. Recuerdos que tenía en un compartimento de su mente cerrado a cal y canto y que ahora afloraban.

Las manos le temblaban de rabia.

En ese momento había mucha gente en la calle. Niños, feligreses, viandantes inocentes. Pero Xiang estaba ahí mismo, prácticamente delante de ella, provocándola... otra vez.

—No, Lucy, no. —Min agarró a Lucy por la muñeca—. Ahora no.

Lucy se miró la mano como si fuera independiente de ella. Sujetaba con firmeza una de las pistolas que Esther le había conseguido. Se obligó a soltarla y a dejarla en el asiento, a su lado.

Min la cogió rápidamente con expresión preocupada.

—Estoy bien —dijo Lucy. Intentó sonreír para tranquilizarla—. De verdad, estoy bien. No hay duda de que es él.

El conductor la miró por el retrovisor trasero.

—¿Hemos acabado aquí?

Lucy exhaló un suspiro tembloroso y asintió.

—Volvamos al apartamento. Tenemos que tejer un plan.

Mientras el coche se alejaba, los recuerdos regresaron.

Esos recuerdos... ese secreto... un secreto que había ocultado a todo el mundo. Incluida ella misma. Pero ahora lo recordó todo. Recordó sorber la bebida. Recordó sentirse aturdida. Y recordó al socio de confianza de su futuro esposo sacándola de la fiesta. Pero, sobre todo, recordó ese rostro, la cara de Xiang, mientras la forzaba. Violándola. Profanándola. Lucy apretó los puños... y sonrió. Xiang iba a morir del modo más horrendo posible.



Levi suspiró con expresión frustrada cuando Tony y Gino salieron del Cadillac.

Gino señaló hacia el viejo Camry estacionado al otro lado de la calle arbolada.

—Bueno, esa app tuya dice que paró en Morris Avenue, en Elizabeth, Nueva Jersey, y no cabe la menor duda de que ahí está el coche.

—Pero no hay nadie —gruñó Tony.

Levi se sintió expuesto y estaba a punto de ordenarles que se dispersaran cuando Gino resopló y dijo:

—Vaya, fíjate lo que acaba de pasar.

Levi siguió su mirada. Un tipo de unos treinta y tantos salió por un portal situado entre una tienda de móviles y un colmado latino. Vestía unos pantalones de chándal y una camisa totalmente desabotonada que dejaba al descubierto su vientre y su pecho peludo. Estaba fumándose un cigarrillo y los miraba directamente.

—¿Conoces a ese tipo? —preguntó Levi.

—Oh, sí. —Gino entornó los ojos—. Crecimos en el mismo barrio. Es Johnny Guarino. Es un desgraciado, pero su primo era un tipo con contactos.

—¿Contactos con quién?

—La familia DeCavalcante, creo. Johnny siempre hablaba de su primo Ralphie.

—Ah, ese mierda —dijo Tony—. Ralphie, el capullo que se convirtió en testigo protegido y básicamente ayudó a hacer caer a un puñado de iniciados y tipos conectados. Debería darle una paliza para que aprendiera.

Johnny tiró el cigarrillo y miró hacia ellos, pisó el pavimento y estuvo a punto de ser atropellado.

Levi le puso una mano en el hombro a Tony y sacudió la cabeza a modo de advertencia. Tony tenía fama de ser impulsivo, lo cual no era de extrañar en su gremio, y lo último que quería eran problemas.

—¡Eh, Gino! —gritó Johnny acercándose—. ¿Qué haces en este barrio de mala muerte? Me alegro de verte, tío. Hacía siglos.

Gino le estrechó la mano al aspirante a socio.

—Da igual el motivo por el que esté aquí. No tiene nada que ver contigo.

Johnny apenas miró a Tony y a Levi antes de bajar la mirada y centrarse exclusivamente en Gino. Era evidente que en esos momentos no venía a cuento que preguntara quiénes eran.

Había un código entre los miembros de la mafia, un código que incluso los aspirantes a socio comprendían, según el cual un mierda como ese tío ni siquiera se merecía que lo presentaran a alguien de La Cosa Nostra.

Johnny empezó a abotonarse la camisa.

—¿Puedo ayudar en algo? Hace casi diez años que estoy aquí, así que conozco a prácticamente todos los vecinos.

Gino señaló hacia el otro lado de la calle con el mentón.

—Ese Camry color dorado. ¿De quién es?

Johnny se volvió y señaló el coche.

—¿Cuál? ¿Ese?

Gino obligó a Johnny a bajar el brazo de un golpe.

—¿Acaso te he dicho que señales algo, gilipollas? Te he hecho una pregunta.

Johnny se puso pálido.

—Cla-claro, Gino, e-es, eh... —Hizo una mueca esforzándose por encontrar una respuesta. De repente, se le iluminó la mirada—. Lonny. Así se llama. Tiene un apellido alemán o judío, como Manschitz o Manischewitz o algo así. No habla mucho. Es reservado.

—¿Dónde vive? —preguntó Levi.

Johnny estaba a punto de señalar hacia el otro lado de la calle, pero se esforzó por mantener el brazo pegado al cuerpo.

—En mi bloque, ahí mismo, en Morris Avenue, encima del colmado. Apartamento tres, a dos puertas del mío.

Gino le dio una palmadita en la mejilla.

—Eso es todo lo que necesitamos saber. Ahora lárgate de aquí y no digas a nadie que nos has visto.

—Oh, por supuesto que no lo diré. —El tono de Johnny era muy patético y nasal—. Y siento mucho haber señalado, es que...

—Cállate, Johnny. Hablas demasiado. —Gino barrió sus palabras con un gesto de la mano—. Lárgate de aquí y olvídate de que nos has visto.

Johnny abrió la boca, la cerró y se marchó corriendo hacia su apartamento.

—Menuda comadreja —dijo Tony entre dientes.

Gino asintió.

—Ya de niño era gilipollas. Hay cosas que nunca cambian.

A Levi le sonó el teléfono. Dominic. Levi dejó que saltara el contestador. Ya le devolvería la llamada.

Entonces Lonny, su objetivo, salió del bloque de apartamentos y se cruzó con Johnny, que iba hacia el otro lado.

—Chicos, no os mováis —ordenó Levi—. No giréis la cabeza. Nuestra presa acaba de salir de casa.

Tony frotó los zapatos contra la acera, con cuidado de no levantar la vista.

—¿Deberíamos prepararnos para ir tras él?

—No, tengo una idea.

Levi esperó a que Lonny entrara en su Camry y se marchara, con el rastreador del tamaño de una moneda en el techo. A continuación, se volvió hacia Tony.

—Bueno, se ha marchado. Tony, tú quédate en el coche y vigila. Gino, tú haz lo tuyo y vayamos a inspeccionar el apartamento, a ver quién es ese tal Lonny. Poneos los pinganillos.

Mientras Tony regresaba al Cadillac, Gino y Levi cruzaron la calle y entraron en el bloque de apartamentos. Olía a leche agria.

Johnny estaba en el pasillo, delante de la puerta del apartamento 1. Se dispuso a abrir la boca para decir algo, pero la cerró cuando Gino chasqueó los dedos. Abrió unos ojos como platos al ver la pistola que empuñaba y desapareció en el interior de su apartamento.

—Tony, ¿me oyes? —susurró Levi.

—Sí, alto y claro. Nada por aquí.

—Ya me dirás si la cosa cambia.

—Descuida.

Gino sacó un juego de ganzúas del bolsillo interno del traje y empezó a forzar la cerradura de la puerta del apartamento 3. En cuestión de segundos, Levi oyó el clic que indicaba que la cerradura de seguridad cedía y luego el sonido del metal al deslizarse. Gino retorció la ganzúa en la cerradura al tiempo que la giraba ligeramente. El pomo de la puerta giró y el pequeño mañoso abrió la puerta de un empujón con una sonrisa.

—Los apartamentos de mierda como este suelen tener cerraduras de mierda también.

Levi le dio una palmada en el hombro.

Ambos se pusieron guantes de látex al entrar y Gino encendió las luces.

La vivienda era pequeña. Prácticamente una sola estancia, de apenas cuarenta metros cuadrados. El dormitorio no era más que un armario con pretensiones. En una mesa plegable había un cuenco con una mezcla de flores secas con olor a canela para contrarrestar el olor a moho. Pero no lo conseguía.

A Levi enseguida le llamó la atención una gorra de estilo militar de tela verde descolorida con visera y banda negras. En el centro de la banda negra había una calavera plateada y dos tibias cruzadas y, justo encima, un águila alemana con las alas extendidas, encaramada a una esvástica.

Levi reconoció la imagen. Era una gorra de las SS nazis.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

Gino también se fijó en la gorra, junto con otras prendas propias de los nazis.

—¿Esta mierda es de verdad? —exclamó—. ¿En qué coño estuvo metido este tío?

Levi apretó los dientes.

—A mí me parece de verdad. Tal vez el tipo sea coleccionista. O quizá su abuelo fuera nazi y quiera recordar los viejos buenos tiempos. En cualquier caso, ha llegado el momento de

averiguar quién es este tío.

CAPÍTULO CATORCE

Levi observó a Denny escaneando las dos docenas de huellas dactilares que había recogido en el apartamento de Nueva Jersey. Las introdujo en el ordenador y las pasó por la IAFIS, la base de datos centralizada de huellas dactilares del FBI.

—No me puedo creer que te hayas encontrado con un nazi de verdad —se maravilló Denny—. Siempre se habla de neonazis y supremacistas blancos en las noticias, pero creo que nunca he visto a ninguno. ¿Qué más tenía?

Levi ojeó algunas de las fotos que había hecho con el móvil.

—Sobre todo un montón de parafernalia nazi *vintage*. Un ejemplar del *Mein Kampf*, como era de esperar. Carteles recién impresos de Hitler y de otros nazis que no reconocí. La cuestión es cómo se costeó todo eso. Debe de tener relaciones con alguien con pasta porque, a juzgar por cómo vive, dudo que tenga algo más que sueños sobre el pasado «glorioso» de Alemania.

Levi había dejado micrófonos ocultos en la habitación, y pinchada la línea de teléfono de aquel individuo. Con un poco de suerte, le serviría para saber quién era el contacto.

—He encontrado una coincidencia —anunció Denny, dando un toquecito a la pantalla—. Una de esas huellas pertenece a un tal Lonny Manheim.

Levi asintió.

—Correcto. El vecino dijo que se llamaba Lonny. ¿Qué dice de él el sistema?

Denny accedió a una pantalla de texto.

—Tiene treinta y cinco años, nacido en Coeur d'Alene, Idaho, y es un ardiente seguidor del pastor Jerald O'Brien. Parece que fue arrestado por defraudar con unos cheques, pero lleva casi una década sin dejar rastro. De todos modos, el FBI lo tiene en un expediente judicial. Y tiene vínculos con... Naciones Arias, lo cual no es de extrañar. Seguiré investigando y miraré sus finanzas, a ver si ha recibido alguna transferencia. Pero tardaré un poco.

Levi se recostó en el asiento y levantó la vista al techo.

—O sea, que tenemos a un judío ortodoxo muerto y que estaba cabreado con su jefe. Una señora con la que le acusaron sin fundamento de tener una aventura que acaba de desaparecer. Unos cuantos policías corruptos que creemos que vigilaban a quienes visitaban a la familia del judío. Y ahora un simpatizante de los nazis mezclado de algún modo con todo eso.

—¡Mierda! —Denny dio un respingo.

Levi se inclinó hacia delante.

—¿Otra coincidencia?

—Sí, pero no de la base de datos del FBI. El casquillo que el señor Minnelli me envió, el de quien te disparó. He pedido un análisis del latente del latón y coincide con las huellas dactilares del apartamento de ese nazi.

Levi notó que se acaloraba.

—Nuestro nazi conoce al tirador. ¿Cómo demonios están conectados?
con el corazón atronándole en los oídos, sacó el teléfono y marcó un número.

—Hola, Levi.

—Frankie, tengo una pista sobre quien me disparó. ¿Puedes organizar un equipo de recogida? Quiero hacer el interrogatorio.

La línea quedó en silencio durante unos instantes.

—Dame la identidad y me encargaré del resto. ¿Cuándo quieres hacerlo?

—Esta noche. Te enviaré la dirección. Es el mismo tipo al que hoy hemos seguido Gino, Tony y yo.

—De acuerdo. Hablaré con ellos y volveré a llamarte para darte una ubicación.

—Perfecto. Hasta luego.

Levi colgó. La ira que sentía le provocó un cosquilleo en las yemas de los dedos. Tenía ganas de darle un puñetazo a algo.

Denny lo miró con expresión inquisidora. Levi se levantó y le puso la mano en el hombro.

—Haz todo lo que esté en tu mano por averiguar los contactos de ese nazi. Cualquier persona con la que haya hablado o de quien haya recibido un cheque. Utiliza todos tus recursos. Quiero a ese cabrón.



Levi regresó a su apartamento y se puso a caminar de un lado a otro. El caso tenía muchos cabos sueltos. Había empezado con un judío devoto que se había suicidado por tener un romance y debería haber acabado también ahí. Pero la situación se complicaba cada vez más con cada hilo del que tiraba.

Denny había llamado y confirmado que el agente Carter, el que supuestamente había tomado declaración a Mindy Cross sobre el romance, había aceptado sobornos, pero no desde la misma cuenta desde la que habían pagado a los otros dos policías. Y ese tipo llevaba años aceptando sobornos, desde la academia.

Encontrar policías corruptos solía ser positivo para la mafia. Los tipos como Frankie sabían aprovecharse de ellos para ganar influencia. Pero ¿tres en el plazo de un mes? Aquello se estaba saliendo de madre.

De repente recordó que Dominic le había llamado hacía un rato. Accedió al buzón de voz y, como era de esperar, le había dejado un mensaje.

—Señor Yoder, tenemos que hablar. Al parecer, la señorita Cross, o bien ha dejado el trabajo o la han despedido. Nadie lo sabe a ciencia cierta, pero han vaciado su cubículo. Y también tengo una grabación que soy reacio a compartir, pero creo que usted debería estar al corriente de su existencia. Quizá guarde relación con el asunto por el que estuvo preguntando.

Pulsó un botón para devolver la llamada. Sonó tres veces antes de que saltara el contestador. Levi prefirió no dejar un mensaje.

Justo cuando colgó, le entró una llamada.

—¿Diga?

—Hola, Levi. —Era Lucy.

—Hola. ¿Qué tal ha ido la mañana? ¿Has encontrado a tu presa?

—Y tanto. —Sonó seria y fría—. Tardamos un poco, pero lo encontramos.

—¿Lo habéis...?

—No. Te prometí que te dejaría estar presente cuando pusiera fin a su...

—Cuidado, Lucy. —Levi siempre iba con cuidado con lo que decía, aunque tuvieran unos móviles especiales preparados por Denny, provistos de un sistema que ocultaba la ubicación y mezclaba datos, al estilo de los que usaban en el ejército. Sabía que no existía la tecnología infalible—. ¿Sabes cuándo será?

—Este fin de semana. —Levi notó un tono de voz extraño—. ¿Cuándo vuelves? Y lo hablamos.

—¿Estás bien? Pareces disgustada.

—Estoy bien. Es que... estaba pensando que ese tío es el culpable de que te dispararan.

Levi negó con la cabeza. Ahora sabía que el tirador era una especie de colaborador nazi, lo cual hacía prácticamente imposible cualquier relación con aquel hombre. Los miembros de las bandas de la Tríada eran muchas cosas, pero no simpatizantes del nazismo, hasta ahí no llegaban.

—No estés tan segura de eso —repuso Levi.

—Estoy segura de muchas cosas con respecto a ese hombre —espetó Lucy, enfadada. Levi la oyó respirar profundamente y exhalar poco a poco y, cuando volvió a hablar, sonó más suave y controlada—. ¿Cuándo vas a venir?

Levi miró por la ventana. Ya estaba anocheciendo.

—No lo sé seguro. Tengo cosas que hacer y será una noche larga. Te llamaré mañana.

—Te marchaste antes de que se me ocurriera darte una llave magnética. —Habló de forma más pausada, casi como avergonzada—. Me gustaría que consideraras esto como tu casa. Me gustaría que...

El móvil de Levi vibró y miró la pantalla. Era una llamada de Paulie.

—Lucy, hablamos mañana. Me entra la llamada que estaba esperando. —Pasó a la otra línea—. Paulie, cuéntame.

—Los chicos van a llevar a la presa a la carnicería. Te recojo en cinco minutos.



La gigantesca silueta de Paulie estaba frente a una puerta antigua y herrumbrosa de un edificio en ruinas de Jersey City. Levi pasó el peso de una pierna a la otra, esperando impaciente a que su compañero acabara de forzar la cerradura. Al oírse un clic metálico, el gigantón soltó un gruñido victorioso, accionó la maneta y, para sorpresa de Levi, al abrirse, la puerta no hizo ruido alguno, como si hubiera sido nueva, aunque la habían diseñado al estilo de una reliquia de un siglo atrás.

Entraron en una sala cavernosa que despedía un olor a moho rancio. Sobre toda la extensión del suelo de hormigón había docenas de generadores de más de cuatro metros de altura que, obviamente, eran de otra época. Al fondo se levantaba una pila grande de vigas de acero... no, vías de tren, y junto a ellas una pila tipo Jenga de listones de madera que casi llegaban hasta el techo, de cerca de diez metros de alto.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Levi.

Paulie lo condujo por entre el laberinto de generadores.

—Sirvió para proporcionar energía al metro entre Jersey y Manhattan. Hace siglos que está cerrado.

Se dirigió a la pared del fondo, abrió una puerta e hizo pasar a Levi a un pasillo trasero en el que hacía un calor sofocante, a pesar de las temperaturas suaves del exterior. Daba la impresión

de que no circulaba el aire. Al cerrar la puerta tras él, Levi se preparó para una noche brutal.

Cuando Paulie abrió la siguiente puerta, el olor a desechos humanos, y el sonido de unos sollozos, asaltaron el olfato y el oído de Levi. Levi entró y contempló la escena.

Lonny Manheim estaba atado a una silla de metal con cintas de cuero. Lo habían esposado y las esposas estaban tensadas con una cuerda atada a un aro metálico de la pared del fondo. De no haber estado atado tan sólidamente a la silla, habría parecido dispuesto a lanzarse a una piscina. La silla estaba remachada a dos gruesas barras de metal en el suelo, más segmentos de la vía férrea de la otra sala. Levi se preguntó cómo habrían acabado ahí; probablemente pesaran cientos de kilos cada una.

En las esquinas del fondo de la sala había dos mafiosos con los que Levi había trabajado en el pasado, mirando la espalda del nazi con expresión socarrona. Carlo, alto y delgado, y Angelo, un tipo más bajo y fornido con unas cejas muy pobladas, eran los «limpiadores» de la familia. Ellos se deshacerían del cadáver y de todas las pruebas. Probablemente tuvieran cubos de sustancias químicas cerca para llevar a cabo la misión.

Paulie le dio una palmada a Levi en el hombro.

—Te acuerdas de Laurel y Hardy, ¿verdad?

Levi asintió. Cuando le presentaron a los limpiadores, había empezado en broma a llamarlos Laurel y Hardy, y el apodo se les había quedado. Ante un cautivo, nadie iba a emplear nombres reales. Probablemente aquel acabara muerto, pero podía ocurrir un imprevisto.

—Pensaba que ibais a esperarme para empezar —dijo Levi.

Laurel se encogió de hombros.

—Te juro que no lo hemos tocado. Ese tío se ha cagado encima en cuanto lo hemos atado a la silla.

Lonny intentó mirar detrás de él, pero las ataduras no se lo permitieron. De modo que levantó la vista hacia Levi con la mandíbula temblorosa. Habló con una voz sorprendentemente grave.

—No he hecho nada, os lo juro. Esto debe de ser un error. No tengo quejas de nadie. De verdad.

Levi acercó una silla de metal plegable y cruzó las piernas para colocarse en una posición relajada.

—¿Quién eres?

Lonny parpadeó como si la pregunta lo sorprendiera.

—Eh, soy Lonny Manheim.

Levi hizo un movimiento circular con la mano.

—Dime más. ¿De dónde eres? ¿Qué estás haciendo aquí?

—Bueno... nací en Idaho, pero me trasladé aquí hace unos seis años. Ahora mismo no estoy haciendo gran cosa aparte de cobrar el seguro de desempleo. Antes de eso estaba embolsando ultramarinos y reponiendo estanterías en el Pac-and-Save.

Levi se inclinó hacia delante, intentando ignorar el hedor de los excrementos que habían manchado los pantalones del cautivo.

—Háblame de esa colección que tienes en tu apartamento.

—¿Colección? —Lonny se mostró confundido unos segundos y luego hizo una mueca—. Ah, eso. Mi abuelo fue miembro de las SS durante la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de esas cosas son suyas. Nadie del resto de la familia quería tener nada que ver con eso, pero yo pensé que no había para tanto. Supongo que no es ejemplar, pero son las cosas de mi abuelo. No podía tirarlas sin más.

Levi se recostó en el asiento y lo observó. Se le veía demacrado y aparentaba diez años más

de los treinta y cinco que tenía. Estaba esquelético, descuidado y, literalmente, cagado de miedo.

—No todo lo que había era de tu abuelo —apuntó Levi. Habló con una especie de gruñido amenazador—. Voy a hacerte una advertencia. Dime la verdad y podrás marcharte. Si me dices una sola mentira, desearás no haber nacido.

—Te lo juro. —Lonny tenía los ojos desorbitados de terror y hablaba con un gimoteo patético—. Te diré todo lo que quieras.

En los pantalones de Lonny apareció una nueva mancha y la orina empezó a formar un charco a sus pies.

—Tienes razón —continuó—. Algunas de esas cosas, los pósteres, unas cartas y cosas así las conseguí de amigos cuando vivía en Idaho. Eran coleccionistas e intercambié unas cuantas cosas que no significaban mucho para mí por algo que pudiera colgar.

Levi soltó un gruñido.

—O sea que eres fan de Hitler.

—Bueno... —El rostro de Lonny reflejaba una mezcla de pánico y confusión—. Es decir, en cierto modo. Hizo cosas increíbles. Fue un gran general y realmente quería a su país y a sus gentes. Eso no es malo, ¿no? Es lo que nos enseñan en el colegio ¿no?

Levi respiró hondo, intentando bloquear el hedor, y lentamente espiró. No podía permitirse el lujo de enfadarse antes de conseguir lo que necesitaba. Aquel tipo no era físicamente fuerte. Probablemente le diera un ataque al corazón antes de llegar a la etapa «coercitiva» de la entrevista.

Levi tamborileó con los dedos en su rodilla.

—Más de seis millones de judíos, muertos. Más de diecinueve millones de civiles y de prisioneros de guerra, muertos. Más de veintiocho millones más de soldados y civiles por toda Europa, muertos. Ese es el hombre que admiras.

Lonny cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—Lo sé. Fue terrible. Pero eran tiempos de guerra. Y siempre me dijeron que esas cifras no eran ciertas. Que esas cifras eran...

—Son ciertas. —Levi apretó los puños y siguió respirando lentamente—. He estado en Auschwitz. Bergen-Belsen. Dachau. He visto los huesos. Los zapatos. Las fotos. He hablado con supervivientes de esos campos. Personas mayores que pasaron por un calvario por el que nadie debería pasar. Te han mentido. Pero ese no es el motivo por el que estamos aquí.

Lonny miró a Levi con ojos muy abiertos, con desesperación.

—¿Qué quieres?

—Estuviste en Hell's Kitchen. ¿Por qué?

—Es por una hermandad.

—¿Una hermandad?

—Las Naciones Arias tienen amigos en muchos sitios. A veces esos amigos necesitan contactar con otras personas y que no se sepa, no sé si me explico.

—¿Y cómo piden ayuda?

—Bueno, es sencillo, la verdad. Si hay una marca de tiza en la pared de un lugar determinado, busco una rata muerta y la recojo. En el interior viene información.

—¿Y qué haces con esa información cuando la consigues?

—Llamo a un número y dejo un mensaje de voz. No sé quién lo escucha, pero recibo algo de dinero por asegurarme de que la cadena no se corte. Tampoco es que vuelvan a ponerse en contacto conmigo.

—¿Y qué tipo de información recoges?

—Cosas sin sentido. A veces no es más que un nombre. Otras, un número largo.

Levi frunció el ceño. Aquel tipo no era más que una pieza del engranaje que servía para poner en contacto los recursos locales. ¿Pero con quién? La última vez que había leído algo sobre los supremacistas blancos en Estados Unidos le habían parecido más una broma que una amenaza real.

—¿Has recibido alguna visita recientemente en tu casa? —preguntó.

—Sí —repuso Lonny sin vacilaciones—. No sé cómo se llama, pero un hermano...

—¿Un hermano de las Naciones Arias?

—Sí. Me llamaron y me dijeron que iba a venir alguien y que necesitaría un lugar donde pasar la noche. Al día siguiente alguien llamó a la puerta y entró. Apenas habló. No dijo prácticamente nada. Pidió agua, leche y huevos. Tenía acento.

—¿Qué tipo de acento?

—Bueno, hablaba inglés muy bien, por lo poco que oí, pero sonaba a acento español, diría yo. Desde luego, no era como el de los latinos que oigo por Jersey o Nueva York. En mi calle hay un montón de puertorriqueños. Además, tenía un tono de piel normal, así que no sé.

Levi se recostó en el asiento y miró fijamente a Lonny. Aquel tío era un mierda. Y probablemente fuera el tipo más cobarde que había entrevistado en su vida. Pero no le parecía que mintiera.

—¿Cuándo estuvo en tu casa?

Lonny movió la cabeza a uno y otro lado, como si estuviera haciendo cálculos.

—Mierda. No lo sé seguro. ¿Diez días? No, tuvo que ser hace dos semanas por lo menos, porque compro leche una vez por semana y se la bebió toda justo cuando acababa de traerla. Me dejó sin nada. Y eso fue hace unas dos semanas. Quizá uno o dos días más.

Levi se levantó de la silla y frunció el ceño. El momento coincidía con cuando le dispararon.

—¿Quién te llamó para decirte que tendrías esa visita?

Lonny sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea. Cuando los hermanos necesitan contactar con alguien, ponen en marcha una cadena telefónica. Podría ser cualquiera de entre cientos de tipos. No reconocí la voz.

—¿Sabes algo más del que te visitó? ¿Qué aspecto tenía? ¿Edad? Quiero saber todo lo que recuerdas.

—Tendría mi edad, unos treinta y tantos. Alto, un poco más que tú. De complexión normal. Y parecía tener pasta, llevaba ropa buena y tal. Cuando se marchó, dejó la ropa y los zapatos que llevaba. No tengo ni idea de por qué, imaginé que volvería a buscarlos, pero no.

—¿Color de ojos? ¿De pelo? ¿Cicatrices? ¿Tatuajes?

—Tenía el pelo castaño oscuro. No recuerdo de qué color eran sus ojos, pero bastante claros. ¿Azules? ¿Color avellana? Quizá verdes. —Lonny se encogió de hombros—. Soy hombre, no me dedico a mirar a los ojos de otros tíos, ya me entiendes.

Levi miró a Laurel y Hardy, plantados como estatuas, esperando el momento de la limpieza y la retirada. Notó la presencia de Paulie detrás de él, pero no miró atrás, sino que dio un paso adelante y le dio un cachete al nazi en las manos esposadas.

—Extiende las manos.

—Yo no...

—Extiende las manos —gritó Levi.

Lonny abrió los dedos en abanico, gimoteando.

Levi le pellizcó los dos dedos corazones y se los retorció con saña. Notó cómo los huesos se rompían.

Lonny aulló de dolor y se sacudió en la silla, tirando de las esposas. Sus dedos medios estaban en un ángulo de cuarenta y cinco grados respecto de los otros.

Levi se acercó a los dos limpiadores.

—¿Tenéis algún palo de polo y cinta de embalar?

Angelo, o Hardy, ya que era el bajo y robusto, tuvo que hablar bien alto para que se le oyese por encima de los quejidos de Lonny.

—No tengo palos de polo. ¿Qué te parecen unos palos de madera para remover pintura?

—También servirán.



Al cabo de unos minutos, Levi se recostó en el asiento y observó su trabajo. Había ido tallando los palos de hasta darles el tamaño de una férula y los había sujetado a los dedos de Lonny con ayuda de cinta de embalar para inmovilizarlos.

—Lonny —dijo—, has sido sincero conmigo, así que vamos a hacer un trato.

Lonny jadeaba. Quedaba claro que no estaba acostumbrado al dolor.

—Lo que sea —dijo, ahogando un grito.

—Has tomado muchas malas decisiones en esta vida. No voy a ser yo quien te ayude a tomarlas mejores. Eso es asunto tuyo. Pero mientras estás en ello, no nos hace falta gente como tú en esta ciudad. ¿Me entiendes?

—¿Qué tipo de...? —empezó a decir Lonny—. Ah, ¿te refieres a lo de la hermandad?

Levi asintió.

—Mis amigos te devolverán a tu apartamento. Harás una maleta y te darán un billete de autobús a Idaho.

—Pero...

—¡Cállate! —bramó Levi—. No me provoques. Ya he visto que no llevas tatuajes arios ni gilipollecas así. Menos mal. Tal vez rehagas tu vida. Pero no es asunto mío. Te he roto los dedos para que recuerdes esta conversación. Y cuando pienses en tus amigos de la hermandad, recuerda que la mayoría de la población los menosprecia, a ellos y a ti. Por la cuenta que te trae, cambia de vida y cambia tu forma de ver el mundo. Pero, hagas lo que hagas, se te han acabado los privilegios en esta ciudad. ¿Queda claro?

Lonny asintió vigorosamente.

—S-sí, señor.

Levi se volvió hacia Laurel y Hardy.

—Dadle un manguerazo a este tío y llevadlo a su casa. Que coja lo que le quepa en una bolsa. Acto seguido, llevadlo a la terminal de autobuses de la Port Authority, compradle un billete a Idaho, me da igual la población, y aseguraos de que se larga.

Los dos asintieron.

Levi le indicó a Paulie con una seña que estaba preparado antes de volverse hacia Lonny por última vez.

—Si volvemos a verte por esta ciudad, te juro por Dios que te mataré con mis propias manos. ¿Me has oído?

Lonny tragó saliva y otro chorro de fluido amarillo goteó de la silla.

—Sí, señor.

CAPÍTULO QUINCE

Levi iba sorbiendo agua de Seltz, dejándose inundar por la cacofonía de la clientela del bar. Era tarde, pero hora punta en el Gerard's. Denny estaba tras la barra, Rosie tomaba la comanda a dos comensales y Carmen despejaba las mesas que habían quedado libres.

Levi se recostó en el asiento con la vista perdida en el espacio. No había imaginado que acabaría el interrogatorio tan rápido. Normalmente, esas cosas llevaban tiempo, sobre todo con el tipo de gente que estaba acostumbrado a tratar. Había que desmontar a la persona, convencerla de la futilidad de la situación y, de ese modo, al final de lo que solía convertirse en una maratón de sangre y dolor, cuando la resistencia del entrevistado se resquebrajaba, surgía la verdad.

La puerta se abrió y Levi vio entrar en el local a dos personas vestidas con tonos oscuros. Menachem Shemtov y Rivka Cohen. Inmediatamente se echó con la silla hacia delante para apoyar todas las patas en el suelo y, cuando se acercaron a su mesa, se levantó.

El viejo joyero le estrechó la mano.

—Va bien saber que eres fácil de encontrar.

Levi le dedicó una sonrisa torcida.

—Es que os presentáis en buen momento. He llegado hace diez minutos.

Antes de hablar, el hombre de pelo cano levantó la vista, supuestamente hacia Dios.

—Como de costumbre, nos protege a todos. ¿Te importa si tomo asiento?

—Por favor, adelante.

Le dedicó un asentimiento a Rivka, que ella le devolvió educadamente, y todos se sentaron.

—Me sorprende veros aquí —reconoció Levi—. ¿Necesitáis algo?

Entre la poblada barba blanca de Menachem se distinguía su expresión preocupada.

—Me enteré de que estuviste en el hospital y quería asegurarme de que estás bien. Si me lo permites, me gustaría rezar por tu salud.

Levi sonrió al pensar en alguien rezando por él sinceramente.

—Estoy mucho mejor. Y tendría que ser imbécil para no agradecer una oración a mi salud. Gracias.

Menachem alargó los brazos por encima de la mesa y puso las manos, arrugadas y con artritis incipiente, encima de las de Levi. Incluyó la cabeza y dijo:

—*Ha-makom yi-rachem ah-lecha be-toch cal cholei ysrael.*

Rivka repitió la fórmula y explicó:

—Viene a decir «Que el Todopoderoso tenga clemencia de ti, entre todos los enfermos de Israel».

—Gracias —respondió Levi—. Es todo un detalle por vuestra parte que penséis en mí. Pero... supongo que hay otros motivos por los que querríais verme, ¿no?

Rivka sacó una caja del bolso y la deslizó por encima de la mesa.

—Cuando estaba limpiando el estudio de Mendel, descubrí un compartimento oculto detrás de una de las estanterías. Encontré esto en su interior.

Levi levantó la tapa de la caja. Contenía varios microcasetes.

—He escuchado unos cuantos —explicó Rivka—. Sobre todo, son voces de gente en el trabajo, creo. Dicen cosas terribles. Pensé que podían resultarte útiles.

—*Bubaleh*. —Menachem se pasó los dedos por la barba mientras observaba a su sobrina—. Mendel no lo habría escondido si no fuera importante.

Levi sacudió la caja y contó ocho cintas.

—¿Qué es eso tan terrible que se dice en las cintas?

Rivka frunció el ceño.

—No puedo repetir según qué cosas. Pero oí muchas frases insultantes acerca de las personas negras. Y muchas cosas horribles sobre Israel. —Negó con la cabeza—. No sé por qué Mendel guardaba esas grabaciones.

Las cintas no llevaban título y parecían intrascendentes, pero a Levi le picó la curiosidad.

—Gracias. Creo que pueden ser útiles. Además... —vaciló, midiendo mucho sus palabras—. Puedo decirte sin temor a equivocarme que Mendel nunca hizo esas cosas que aparecían en el informe policial. He hablado con la mujer.

—La mujer con la que se supone que... —Rivka dejó la frase inacabada y bajó la mirada.

—Ni siquiera lo conocía. Y también entrevisté a la esposa de la mujer.

Rivka abrió unos ojos como platos y se quedó boquiabierta.

—Un momento. —Menachem frunció el ceño—. ¿Has dicho «la esposa»?

Rivka le tocó el brazo a su tío.

—Es lesbiana —explicó. Miró a Levi—. ¿Verdad?

Levi asintió.

—Sí.

—*Oy gevalt*, esa cosa. —El anciano estaba desconcertado—. ¿En serio?

A Rivka se le empañaron los ojos y volvió a dar una palmada en el brazo de su tío.

—Cosas que pasan. Ojalá la oficina de la Seguridad Social se enterara de eso.

Menachem posó una mano encima de la de Rivka.

—*Rivka-le*, ya te lo he dicho, la familia saldrá adelante.

—Un momento —dijo Levi—. ¿A qué viene lo de la Seguridad Social?

Rivka se secó los ojos.

—No debería haber dicho nada. Esperaba que... bueno, es que aún tenemos hijos menores, deberíamos recibir una prestación de la Seguridad Social para ellos, para nosotros. Mendel pagó muchos impuestos para eso durante muchos años. Pero como dicen que se suicidó, no nos dan la prestación.

—Eso no es asunto del señor Yoder —dijo Menachem. Se volvió hacia Levi—. La familia saldrá adelante. Pero sería recomendable que el informe policial se actualizara con la declaración de esa mujer. Es lo que pasará, ¿verdad?

—Bueno... es complicado. —Era difícil tomar declaración a un testigo cuando el testigo en cuestión había desaparecido—. Lo intentaré pero, en cualquier caso, quiero que sepas que Mendel nunca tuvo una aventura. Por lo menos no con Mindy.

Rivka apretó los labios.

—Si se descarta el sentimiento de culpabilidad por un acto como ese, entonces no tenía motivos para quitarse la vida. Pero según el informe murió envenenado. No es posible. Me

refiero a que para envenenarse tendría que haber comido algo que no fuera *kosher*. Mendel nunca comía fuera de casa. Jamás. Si realmente murió envenenado, eso quiere decir que alguien lo mató.

Levi asintió. Estaba lo bastante familiarizado con las costumbres judías ortodoxas como para saber que nunca comerían algo sin saber si era *kosher* o no.

—Me temo que parece probable. Todavía lo estoy investigando.

Menachem se levantó y le estrechó la mano.

—No queremos entretenerte. Gracias por todo lo que has hecho y estás haciendo. Te estaré agradecido de por vida.

—Lo mismo digo —declaró Rivka cuando se levantó. Tenía un aspecto sombrío, vestida de negro riguroso, hasta el abrigo, pero durante unos segundos Levi atisbó a la bella joven oculta tras el luto de aquella mujer de mediana edad.

Cuando aquellas dos personas tan fuera de lugar salieron del bar, Denny acudió al lado de Levi.

—Oye, Levi, tengo noticias de parte de Marty.

Levi sacudió la cabeza, absorto en sus pensamientos.

—Tenemos que solucionar esto, Denny. Son buena gente. No se merecen ese peso sobre sus cabezas.

Denny asintió.

—Tienes toda la razón, pero lo primero es lo primero. Creo que Marty ha identificado a quien te disparó.



En la pantalla de Denny había una sesión abierta de Teams. El genio de la informática había explicado que Teams era una plataforma para hacer videoconferencias que permitía intercambiar imágenes. En ese momento, la pantalla estaba en blanco, salvo por una cara en la parte inferior marcada con las iniciales «M. B.»: Marty Brice.

Levi no lo conocía en persona, pero era tal como se lo había imaginado. Treinta y tantos años, cabello ralo, rostro un tanto rechoncho y sonrisa triste. Sin embargo, hablaba con una emoción propia de la juventud.

—Señor Yoder...

Levi intervino.

—La verdad es que, para ser una persona a quien Denny toma por alguien especialmente brillante, eres un poco lento. El señor Yoder es mi padre, y está muerto. Insisto, llámame Levi.

—Disculpa. —Marty rio nervioso—. Es que se me dan mal los nombres. No lo hago aposta. Sea como sea, cuando Denny me envió la huella dactilar, no conseguimos nada en las búsquedas de bases de datos normales. Sin embargo, en cuanto me dijo que el tipo quizá tuviera acento, caí en la cuenta.

Denny se dio una palmada en la frente.

—Qué idiota soy. No pensé en lo del acento. Los escáneres de pasaportes del aeropuerto. Si el tío es extranjero, cuando pasó por la aduana le tomaron las huellas. Esos escáneres tienen que estar conectados a alguna base de datos.

—Ahí es exactamente adonde fui. El departamento de Aduanas y Protección de Fronteras de Estados Unidos cuenta con una base de datos propia para los escáneres biométricos de quien

entra y quien sale en el país. Así que investigué y encontré una coincidencia con la huella del casquillo de la bala. Aquí tenéis el escáner facial del hombre al que pertenece, tomado cuando dejó el país, poco después del tiroteo, para regresar a Argentina.

En pantalla apareció la imagen de un hombre de unos treinta y cinco años. Tenía las facciones cinceladas de alguien digno de aparecer en la contraportada de una revista de otros tiempos, fumando un cigarrillo y con sombrero de vaquero. Tenía los ojos azul claro y, según lo que resultaba visible, llevaba un traje de buena confección y una corbata perfectamente anudada.

—¿Cómo se llama? —preguntó Levi.

—Herman Gerhard.

—No suena muy español —dijo Levi mientras memorizaba el rostro.

—No, de hecho, es nieto de Wolfgang Gerhard, científico y exoficial de las SS que escapó por una de las rutas de ratas establecidas justo después de la Segunda Guerra Mundial.

—¿Rutas de ratas? —preguntó Denny—. ¿Qué es eso?

—Leí lo de esas rutas. —A Levi le repugnaba la idea con solo pensarla—. Eran vías de escape para exagentes nazis. Las llamaron «rutas de ratas» porque aquellos fascistas huían de Europa como un puñado de ratas escabulléndose de la justicia. Mucha bazofia humana consiguió escapar, y muchos de ellos acabaron instalándose en Sudamérica.

—Exacto —confirmó Marty—. Fue una época convulsa. Reinaba el caos. La Unión Soviética acogió a todos los científicos alemanes que pudo, igual que los americanos. Cada bando intentaba restar recursos al otro, y no es difícil imaginar lo difícil que debió de ser para los aliados controlar quién estaba dónde y, en la medida de lo posible, evitar que los malos se dieran a la fuga. En cualquier caso, el tal Wolfgang Gerhard era científico además de fiel compinche del infame Josef Mengele.

Levi, enfadado, tomó aire y contuvo el aliento. Con toda probabilidad, Mengele era lo peor de lo peor que había escapado. Fue un médico conocido como *Todesengel*, el ángel de la muerte. Llevó a cabo atroces experimentos con humanos en Auschwitz, y decidía quién iba a las cámaras de gas y quién a los campos de trabajo.

—Justo antes de morir por causas naturales en Brasil —continuó Marty—, Mengele decidió que lo enterraran con el nombre «Wolfgang Gerhard». Probablemente fuera para evitar que lo localizaran una vez muerto, pero quizá también fuera un sórdido homenaje a un antiguo amigo que vivía a unos tres mil kilómetros de allí.

»Pero volvamos a Gerhard. Se hizo amigo del presidente Perón, de Argentina, consiguió amasar una gran fortuna y formó el Gerhard Group, una empresa privada que tiene escrituradas propiedades en todo el mundo, incluyendo cerca de cinco mil kilómetros cuadrados de pastos en la pampa argentina. Gerhard murió en 2000 y desde entonces su hijo, Juan, es el presidente del Gerhard Group. Nuestro hombre, Herman, es hijo de Juan.

»Sin embargo, Herman es prácticamente desconocido para el gran público. He visto que ha viajado a Europa, sobre todo por Alemania y los países escandinavos, y de vez en cuando va a Nueva York y a Los Ángeles. Siempre viaja en primera clase. Nunca más de unos pocos días cada vez. Pero, aparte de eso, es como un fantasma.

Levi se recostó en la silla.

—¿Tenemos alguna dirección suya?

—Un momento, señor... Levi, quiero decir. No creo que sea sensato ir a verlo aún. ¿Recuerdas que he dicho que su padre es rico? No me refiero a un poco. Forbes no reconoce las propiedades de la familia Gerhard porque son privadas y en buena medida no se han hecho públicas, pero tengo imágenes vía satélite del complejo familiar y es mayor y está más protegido

que la mayoría de las bases del ejército. Intentemos recabar más información antes de actuar. Tiene que haber algún vínculo entre vosotros dos. ¿Por qué iba a querer dispararte?

Levi se pasó la mano por el cabello con cierta brusquedad.

—Vete tú a saber. He estado trabajando para la viuda de un reportero de un periódico importante. Fue envenenado, pero lo consideraron suicidio basándose en el testimonio de una testigo que, tal como descubrí con posterioridad, se había falsificado en el informe policial. El agente que supuestamente entrevistó a la testigo es corrupto, así que mis hombres hablaron con él y le sacamos información sustancial.

Apartó la vista del monitor mientras hablaba. Le ponía malo ver la cara de Gerhard.

—Yo me estaba recuperando de los disparos, por lo que no la conseguí de primera mano. — Levi visualizó el informe manuscrito de Paulie—. Denny descubrió que recibía sobornos.

Levi se volvió hacia Denny con expresión asombrada.

—¡Mierda! Esos pagos procedían de una cuenta bancaria de Argentina.

—Sí —dijo Marty—. Eso ya lo sabíamos. Estamos intentando vincular esa cuenta con los Gerhard. Aún no lo hemos conseguido.

A Levi se le aceleró el corazón y notó un cosquilleo en las yemas de los dedos. Necesitaba pasar un rato con el saco de boxeo o, mejor todavía, con el tal Herman Gerhard.

—También nos enteramos de que el agente utilizaba un escondrijo para comunicarse con algunos contactos. Él no sabía quiénes eran, y tampoco sentía curiosidad por saberlo. Le pagaban, y eso era lo único que le importaba.

—¿Y qué era lo que comunicaba? —preguntó Denny.

—Ahí está lo raro. —Levi tamborileó con los dedos en el escritorio—. Dijo que de vez en cuando recibía una llamada al móvil. Siempre era una voz digitalizada que, básicamente, le daba instrucciones. Normalmente buscaban información sobre un caso. Él lo anotaba y, desde el escondrijo, transmitía los datos. Está claro que no tenía otra manera de ponerse en contacto con esa gente.

»En el caso de la muerte del reportero de mi investigación, al tal agente Carter se le ordenó que fingir una entrevista con una mujer e incluirla en el informe oficial. Pero reconoció ante mis hombres que ni siquiera había llegado a conocerla.

—Un momento. —Levi oía a Marty teclear—. ¿Cómo sabía ese agente que la comunicación era legítima? ¿No es posible que cualquier tarado con un distorsionador de voz le llamara y le dijera cualquier cosa?

—Utilizaban una palabra en clave —explicó Levi. Las notas de Paulie eran muy exhaustivas. No solo habían tenido que amenazar con secuestrar a la hija del agente, sino que habían tenido que enviar a alguien a recogerla para que Carter acabara por venirse abajo—. Lo que descubrimos fue que la primera palabra después de «hola» siempre sería «everef», lo cual no significa nada en ningún idioma, que yo sepa.

El silencio al otro lado de la línea duró cinco buenos segundos antes de que Denny se acercara más y dijera:

—Marty, ¿sigues ahí?

—Sí. Es que estoy esperando... ¡ajá! He pasado los fonemas por nuestros ordenadores. No es una palabra, es el acrónimo de *Ein Volk, ein Reich, ein Führer*, lo cual significa literalmente «Un pueblo, una nación, un líder». —Habló con una especie de gruñido poco habitual en él—. Era, y supongo que sigue siendo, el lema del partido nazi.

Levi frunció el ceño.

—Todo esto apesta. Y mi único vínculo con todo esto es lo de la muerte del reportero.

—Un momento —dijo Denny—. Estuviste en el edificio del *Intelligencer* unas cuantas veces hablando con gente, ¿verdad?

Levi notó un escalofrío en la espalda.

—Cierto. Entrevisté a una mujer que trabajaba allí, una mujer muy guapa que ha desaparecido. También hablé varias veces con otro contacto que tengo en el edificio.

Su instinto le decía que hablara lo menos posible de Dominic. Cualquier socio de la familia se consideraba «asuntos familiares» y no estaba dispuesto a hablar de asuntos familiares con alguien ajeno a ella. Por consiguiente, mantuvo al hombre, y cualquier otro detalle que pudiera identificarlo, en el anonimato.

—La última vez que hablé con él fue en el edificio, y constantemente tuve la sensación de ser observado. Cuando vi una cámara de seguridad apuntándome directamente, salí del edificio con él... y ahora que lo pienso, lo he llamado unas cuantas veces y no he recibido respuesta.

—¿Qué coño está pasando ahí? —dijo Denny, con los ojos desorbitados—. Es como si el edificio estuviera en el Triángulo de las Bermudas. Un muerto, una desaparecida y ¿ahora también otro desaparecido?

—Investigaré al respecto —dijo Marty—. Tal vez todo esté relacionado.

Levi alargó el brazo para coger la caja de casetes que los Cohen le habían dejado y se volvió hacia Denny:

—¿Tienes algún aparato para reproducir microcasetes?

—Por supuesto... ah, ¿quieres que lo busque ahora?

Levi asintió.

Denny se levantó del asiento y desapareció entre las hileras de estanterías.

Levi se inclinó hacia el ordenador.

—La esposa del reportero muerto dijo que encontró un puñado de cintas escondidas en un compartimento secreto del despacho de su marido. Dijo que tienen material «horrible», pero ten en cuenta que es judía ultraortodoxa y muy devota. No tengo ni idea de que...

—Perdona que te interrumpa, Levi. ¿Denny sigue por ahí?

Marty habló tan alto que Denny asomó la cabeza por entre las hileras de estanterías.

—Sí, ¿qué pasa?

—Denny, ¿tienes un digitalizador de casetes Graff de 8 o 16x?

—No, pero hice un digitalizador de 32x por encargo de... bueno, digamos que alguien necesitaba urgentemente una copia de unas cintas de audio. Un momento, creo que lo tengo por aquí en algún sitio.

Al cabo de un momento, Denny regresó con algo parecido a una funda de portátil. La colocó encima del escritorio, la abrió y se vio otra funda, esta de plástico transparente, con un puñado de placas base y cables en el interior. Tenía ranuras tanto para casetes como para microcasetes.

Desenrolló un cable.

—Marty, ¿quieres que yo vaya mezclando y bobinando, y tú procesas las señales desde ahí?

—Sí, vale. Aquí tengo la potencia de la CPU. Usa el buzón de voz normal y yo te abriré el puerto veintitrés.

Denny enchufó un extremo del cable en el lector de casetes y conectó el otro al ordenador. Tras pulsar unas cuantas teclas apareció una nueva pantalla.

—Vale, ya tengo conexión SSH contigo.

Se volvió hacia Levi.

—¿Hay algún casete en concreto por el que debería empezar?

Levi se encogió de hombros.

—No tengo ni idea de qué hay en ellos, así que no. Por cierto, no sé qué estáis haciendo. Acabáis de decir unas cuantas palabras que no significan nada para la gente normal.

—Te lo explicaré —dijo Marty—. Da la impresión de que podría haber algo interesante en esas cintas y, dado que el tiempo apremia, Denny y yo vamos a convertirlas a un formato digital, y voy a ganar tiempo con Tempora para...

—¿Tempora? —interrumpió Levi—. ¿Qué es eso?

Marty soltó una risita.

—Bueno, en sentido estricto, se supone que es un sistema informático secreto que los británicos usan para procesar y analizar el tráfico de Internet. Por lo menos hasta que el capullo de Snowden lo hizo público. Sea como sea, le robaré un poco de tiempo a Tempora para que analice y marque palabras clave del audio que Denny bobine para mí.

Levi frunció el ceño al pensar en lo que eso significaba realmente.

—¿Los ordenadores también entienden el habla?

—No todos —dijo Denny con una sonrisa. Introdujo un casete en la máquina y empezó a girar la cinta en el rollo con rapidez—, pero algunos sí.

Durante los dos minutos siguientes, Denny procesó todos los casetes, sacando uno e introduciendo otro sin parar. La máquina zumbó y transmitió el contenido rápidamente cada una de las veces.

—Ya están todas —dijo por fin—. ¿Qué tal va Tempora, Marty?

—Fascinante... —dijo Marty.

Levi seguía esperando. Cuando no oía nada, se ponía impaciente.

—¿Podemos conseguir algo más que una palabra clave?

—Un momento, que comparto.

En la pantalla del ordenador de Denny aparecieron varias barras que se desplazaban de izquierda a derecha en el monitor, y varias palabras claves destellaron en pantalla durante un segundo antes de desaparecer. Palabras como «nazi», «bomba», «demócrata», «*Intelligencer*», «republicano», «Führer», «judío», «Israel», «terrorismo», e incluso «alienígenas». A continuación, «*Intelligencer*» apareció varias veces seguidas, seguida de «negros» y, con un pitido, la pantalla empezó a desplegar párrafos de texto.

—Bueno, Tempora ha aislado los segmentos de habla que contienen el porcentaje más elevado de palabras claves que le he introducido. A ver qué tenemos.

Por el teléfono sonó una voz masculina mientras el ordenador resaltaba el texto como lo haría un teleprompter.

«Raúl, no podemos permitir este tipo de disconformidades de los redactores jefes. —El hombre tenía un ligero acento español, un tanto confuso—. Tienes que ponerlos en cintura y asegurarte de que entiendan que lo que hacemos es por el bien del negocio. Y lo aceptarán por el *Intelligencer*, que, al fin y al cabo, es quien les paga. Es una larga batalla en la guerra contra los *Untermenschen*. Para las fuerzas policiales, debemos enfatizar los enfrentamientos que tienen contra vuestras minorías. Los negros y los morenos tienen que aparecer como víctimas.

»—¿Víctimas? —Esa voz tenía acento americano—. Pero...

»—Escúchame. Dejando claro que esos africanos son víctimas de la brutalidad policial, conseguimos lo que queremos. Que esos salvajes hagan de víctimas. Que se regodeen en el victimismo. Eso ayudará a nuestro relato contra las autoridades. Enfatizando esos choques policiales con las minorías, podemos socavar el apoyo de la sociedad a la policía. Que el público se vuelva contra ellos. Y podemos conseguir que negros y morenos dependan de quienes no velan por sus intereses. Escribimos artículos sobre cómo esas pobres víctimas tienen derecho a la

sociedad del bienestar. El derecho al aborto resulta de suma importancia, ya que, en algunas ciudades de Estados Unidos, entre las mujeres negras hay más abortos que nacimientos. Eso es excelente. Queremos que vaya a más. ¡Y ellos también! ¡Están en su «derecho»!».

Ambas personas rieron y Levi se tragó la bilis que le subió por la garganta.

«—Nosotros damos forma al relato. Debilitamos a nuestros verdaderos enemigos.

»—¿Como Israel? —preguntó el americano.

»—Ellos son el enemigo. Hay tantos *Untermenschen* que escaparon del plan final y que han infestado esa parte del mundo... Obviamente, no podemos mostrarlos con benevolencia. Eso no es lo que quieren nuestros lectores».

El hombre volvió a reír y Levi y Denny intercambiaron una expresión de asco.

«—Pero hay un buen número de judíos entre nuestros lectores...

»Raúl, da igual. Sé sutil. No publiques nada que sea claramente favorable a esos sionistas. Si tienes problemas con el personal, cámbialo. Trasládalo. Ya me dirás si alguien te causa problemas. Recuerda, es por el bien de los lectores, del *Intelligencer* y de sus puestos de trabajo. Durante los últimos cincuenta años, el público ha ido acercándose a nuestro modo de pensar y seguirá haciéndolo. Confía en mí. Mi abuelo urdió este plan antes incluso de dejar la madre patria. El Reich renacerá. Es cuestión de tiempo.

»Y, Raúl, tú eres una pieza importante en todo eso. Muchos medios toman nuestro periódico como una autoridad, lo cual significa que tienes en tus manos las riendas que controlan el pensamiento de millones de lectores. No subestimes el poder que tenemos a nuestra disposición.

»Y ten paciencia. La madre patria cayó porque fuimos excesivamente entusiastas. Nuestro plan está decidido, pero necesita tiempo para florecer. Aún no ha llegado el momento.

»Recuerda: si tienes algún problema, el equipo de seguridad que he seleccionado personalmente debería ser capaz de encargarse. Si hay algo más complejo, ponte en contacto conmigo y hablaremos».

Al rechinar de unas sillas al desplazarse por el suelo le siguió la abertura y cierre de una puerta, y luego se hizo el silencio.

Levi carraspeó.

—Esos dos no habrían dicho todo eso de saber que los estaban grabando. Seguro que había un micrófono oculto en la sala.

Denny sonrió.

—Al parecer, ese reportero judío tuyo tenía madera de espía. Hay que tenerlos bien puestos.

—Sobre todo teniendo en cuenta a quién estaba espionando —apuntó Marty—. Supongo que el tal Raúl es Raúl Vicente, el jefe del *Intelligencer*.

—¿Y quién era el otro tipo? —se preguntó Levi en voz alta—. Menudo encanto. Aun sin acento alemán, sonaba más nazi que Hitler. Ah, por cierto, ¿qué es *Untermenschen*? Dijo que estaban en guerra contra ellos.

—*Untermenschen* son lo que los nazis consideraban gente inferior —explicó Marty—. Ya sabes, judíos, negros, homosexuales, y otras personas que, para ellos, eran infrahumanas. Esto es mucho más grave de lo que pensaba. Voy a tener que implicar a Mason, y pediré ayuda extra. Destinaré a un equipo en el *Intelligencer* y buscaré información sobre Herman Gerhard. Tenemos que encontrar el contacto entre esta gente. Da la impresión de que es un tema de seguridad nacional. Levi, ¿eres consciente del pastel que has descubierto?

Levi sacudió la cabeza.

—No tenía ni idea. Piensa que todo esto empezó con una viuda y su supuesto marido infiel. De todos modos, insisto en una cosa —bajó la voz hasta que quedó reducida a un hondo gruñido

—. Cuando surja la posibilidad de ir contra el tal Gerhard, quiero participar. Y llegado el momento quiero pasar un rato con él a solas.

—Yo no puedo prometerte tal cosa.

—Entonces hablaré con Mason. No voy a aceptar un no por respuesta.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Unos cuantos socios de la mafia hacían ejercicio en el sótano del Helmsley Arms. El gimnasio estaba equipado con máquinas ultramodernas, desde bicicletas estáticas a cintas de correr pasando por estaciones de levantamiento de pesas, y flanqueado por espejos de suelo a techo montados en las paredes. La mayoría de los presentes iban rotando por las estaciones de levantamiento de pesas, pero Levi estaba en el centro del espacio, en guardia contra una saca de boxeo de más de cincuenta kilos que colgaba del techo con una cadena. El sudor le perlaba el rostro. Estaba dando una serie de patadas rápidas y los fuertes golpes de las espinillas contra la lona resonaban por todo el recinto.

Jimmy Gambino, «el Camión», se levantó del press de banca y dibujó círculos con los brazos, después de levantar casi doscientos kilos. Se acercó a Levi. No medía ni metro setenta y cinco, pero era cien kilos de puro músculo.

—Oye, si quieres darle con ganas, yo te aguanto el saco —se ofreció.

Levi asintió.

Jimmy sujetó el saco y se preparó.

Levi lanzó una serie de patadas, golpes y puñetazos al saco, que ahora estaba inmóvil. El dolor del pecho había desaparecido casi por completo y sus golpes ganaron en ritmo e intensidad, lo cual obligaba a Jimmy a empujar hacia delante para soportar las arremetidas.

Tras casi dos minutos de ataque continuado, Levi acabó con una patada con giro de espalda que hizo retroceder a Jimmy dos pasos y dejó a Levi jadeando.

—Bonito —dijo una mujer desde el fondo del gimnasio, cerca de los ascensores.

Con los músculos doloridos, Levi cogió una toalla, se secó la cara y sonrió mientras Lucy se acercaba a él.

Jimmy entrechocó los puños con Levi.

—Eres una verdadera bestia, amigo.

Tony también había bajado en el ascensor pero, en vez de acercársele, se dirigió a él a gritos desde el otro extremo.

—He llamado al apartamento, pero no respondías, así que he pensado que estarías aquí abajo. Tengo que volver a recepción, pero he imaginado que no había problema con que ella viniera a verte, ¿me equivoco?

Levi asintió y Tony desapareció escaleras arriba.

—¿Cómo puedes hacer eso? —preguntó Lucy.

—¿A qué te refieres? —Levi movió los brazos adelante y atrás, notando que el calor del esfuerzo le liberaba la tensión—. Hace años que lo hago.

—No, me refiero a moverte tan bien después de apenas un par de semanas. Los médicos...

—Los médicos no lo saben todo —dijo Levi con un gesto de desdén.

La expresión amarga de Lucy se suavizó un poco cuando una sonrisa asomó a su rostro.

—Eres incorregible. —Se inclinó hacia él, le dio un beso en los labios y susurró en mandarín —. Quería informarte de que va a ser mañana, a primera hora. —Le tendió una llave magnética de plástico—. Es para ti. Tengo prisa, aún tengo un montón de cosas que hacer. ¿Vas a venir esta noche?

Levi asintió.

—Te acompaño a la salida.

Cuando se encaminaban a los ascensores, uno de los mafiosos con cuello de toro preguntó:

—Levi, ¿estás recuperado para retomar las clases?

—Por supuesto. Vuelvo enseguida y podemos repasar las técnicas de desarme.

—Perfecto. —El mafioso llamó a uno de los hombres que estaban cerca del armario de material—. Eh, saca los cuchillos de caucho.

—¿Les enseñas artes marciales? —preguntó Lucy cuando llegaron al ascensor.

—No, solo unas técnicas básicas para ayudarles en su día a día.

Lucy lo rodeó con un brazo.

—A lo mejor podemos enseñarnos cosas el uno al otro.

Levi enarcó una ceja.

—Sería interesante.

Ella lo miró de reojo y sacudió la cabeza.

—No sé muy bien cómo interpretar eso.

Las puertas del ascensor se abrieron, y entraron.

—Bueno, supongo que tendremos que esperar y ver lo interesante que es. —Por la entrada de cristal del vestíbulo reconoció un vehículo esperando delante del edificio—. ¿Es tuyo?

—Sí. —Lucy le dio un beso rápido en los labios—. ¿Esta noche?

Levi asintió y la observó mientras salía y se acomodaba en el asiento trasero del todoterreno que la esperaba.

Sentía una enorme curiosidad por lo que Lucy habría preparado para el asesinato del día siguiente.



Tras la sesión de entrenamiento con los otros mafiosos, Levi se dirigió al apartamento de Lucy. Al salir del ascensor, un corpulento guarda asiático que habría podido pasar perfectamente por luchador de sumo le dio la bienvenida. Era gigantesco, casi tan alto como Paulie, y probablemente pesara cerca de doscientos kilos.

Asintió hacia Levi educadamente y, con un inglés un tanto vacilante, dijo:

—La señora está en casa, señor Yoder.

—Gracias. ¿Cómo te llamas?

El guarda pareció confundido unos instantes, pero luego respondió con cierta renuencia:

—Zhang Wei.

Levi respondió en mandarín.

—Encantado, Zhang Wei. Por favor, llámame Levi.

—No, señor Yoder. Pero gracias por el ofrecimiento.

Levi no sabía cómo tomarse a aquel guarda de seguridad tan soso. Soltó una risita y volvió a

hablar en inglés.

—Muy bien, sonrisitas. Que tengas un buen día.

Levi deslizó por el lector la tarjeta magnética que Lucy le había dado para abrir la puerta del apartamento, y la cerradura se abrió. Entró y se encontró con algo que no había previsto.

Aquello no era la planificación de un complejo plan de asesinato. No había planos de calles con flechas y movimientos bien coreografiados. Ningún surtido de armas en proceso de limpieza y preparación; por el contrario, se encontró con cuatro mujeres acomodadas en el sofá viendo una película en la tele.

Los ángeles de Charlie, cómo no.

Levi se quitó los zapatos y tomó asiento al lado de Lucy. Ella se apoyó en él para seguir viendo la película.

Al rato, Levi cayó en la cuenta de que Ting, Ruth y Min parecían entender la película, aunque era en inglés sin subtítulos. Se inclinó hacia Lucy y le susurró:

—Es en inglés. ¿Cómo la siguen?

Ella le dio una palmadita en la rodilla.

—Todas entienden el inglés.

Levi se quedó mudo al darse cuenta de que había errado en sus suposiciones. Sacudió la cabeza y sonrió. Aquellas chicas no iban a darle tregua.

El personaje interpretado por Lucy Liu apareció en pantalla, y Lucy le dio un codazo.

—¿Me parezco a ella?

Levi movió la cabeza a izquierda y derecha.

—Un poco. Sois casi igual de intensas.

—A ella la veo más guapa.

Levi miró a Lucy y negó con la cabeza.

—No estoy de acuerdo.

Ella le pasó el brazo por los hombros y apoyó la cabeza en su pecho.

—Buena respuesta.

Levi se recostó e intentó relajarse. Aunque, dado que Lucy y las señoras preparaban una operación sobre la que no sabía nada, relajarse era prácticamente imposible.

Cuando la película por fin acabó, al cabo de cuarenta y cinco minutos, todas aplaudieron educadamente y empezaron a comentarla en cantonés.

Levi esperó pacientemente a que la conversación se apagara antes de hablar.

—¿Podríais informarme de los planes para mañana?

Lucy se levantó del sofá y le tendió la mano.

—Ven, te lo enseñaremos. Si quieres, incluso puedes participar.

Él la miró con expresión inquisidora mientras lo levantaba del sofá. Hasta entonces le había dejado claro que no iba a permitirle ayudarla a arreglar sus asuntos. Se había producido un cambio.

Entraron todos en el salón y Levi vio de inmediato que aquello no iba a zanjarse con un simple disparo en la nuca. Dispuestas en la mesa de travertino había ocho pistolas, un cartucho cargado al lado de cada una de ellas y cuatro pilas de prendas dobladas que guardaban un parecido asombroso con hábitos de monja. Pero lo que lo dejó pasmado fueron unas latas rojas con letras negras. Parecían propias del ejército y todas tenían una anilla para tirar.

¿Para qué demonios querrían esas granadas?



Hacía rato que había amanecido cuando Levi salió de su dormitorio en el apartamento de Lucy. Iba vestido y armado con una pistola del calibre 45 en la cartuchera del hombro y la SIG Sauer P229 de nueve milímetros oculta en otra cartuchera en la zona lumbar. También llevaba un par de puñales hechos a medida de los que no se desprendía nunca.

Sonrió al entrar en la cocina y encontrarse a Lucy allí vestida con hábito de monja, aunque sin toca ni cofia.

—¿Es inoportuno que piense que estás muy sexy vestida así? —preguntó.

Lucy sonrió con un deleite juvenil poco habitual en ella y pasó las manos por el tejido negro.

—Aquí cabe de todo. Por eso lo escogí.

—Supongo que no quedará tan fuera de lugar en el exterior de una iglesia católica. —Levi cogió un cartón de leche de la nevera y se sirvió un vaso—. ¿No tomas ni té ni café, esta mañana?

Lucy sacudió la cabeza.

—No tomo cafeína antes de luchar, sobre todo si llevo pistola. No quiero que me tiemble la mano.

Tomándose la leche, Levi miró hacia la mesa del comedor. Las granadas y las pistolas habían desaparecido.

Lucy se fijó en la dirección de su mirada. Sonrió y se dio una palmada en el hábito hinchado.

—Las llevo encima.

—Ya, supongo que no tienes que preocuparte porque se note nada ahí debajo. . ¿Piensas decirme para qué necesitas una granada incendiaria?

—No. Da las gracias de que te deje ser nuestro chófer. Tienes que entender que soy tan capaz como tú de hacer lo que hay que hacer.

Levi se terminó la leche y dejó el vaso en el fregadero.

—¿Acaso he dudado alguna vez de tu...?

—Da igual. —Lucy lo cogió por el mentón y le dio un beso rápido—. Eres un buen hombre, pero sé que albergas ciertas dudas que no expresas. Tú solo tienes que sacarnos de allí cuando llegue el momento.

Levi estiró la espalda y oyó unos chasquidos reconfortantes.

—Soy el conductor de la fuga.

—Exacto.



Buena parte de la calle 41 estaba cortada por barreras de obras pero, cuando Levi se acercó, dos hombres asiáticos que iban en una furgoneta de trabajo las quitaron justo delante de un restaurante chino.

—No te preocupes, trabajan para mí —dijo Lucy.

Los obreros señalaron un lugar para aparcar, se subieron a la furgoneta y se marcharon.

Levi aparcó allí y las tres mujeres que iban en el asiento trasero del todoterreno Cadillac Escalade bajaron, dejando a la vista la funda de plástico transparente que cubría todos los

asientos excepto el del conductor. Levi observó a Ruth, Min y Ting, todas con hábito, corriendo hacia el contenedor que habían colocado en la calle delante del restaurante. Una de ellas desbloqueó una caja de control pegada al contenedor y la tapa se abrió gracias a un sistema hidráulico.

—¿Para qué es el contenedor? —preguntó—. ¿Pensáis meter ahí los cadáveres?

Lucy, que iba en el asiento del pasajero, al lado de él, sonrió.

—Ya verás. Faltan unos diez minutos para que empiece la misa en St. Michael's. —Se inclinó hacia él, le dio un beso, bajó del coche y corrió para alcanzar a las demás, que iban calle arriba en dirección a la iglesia.



Transcurrieron diez minutos y Levi no tenía nada que hacer aparte de observar a la gente que se dirigía a la iglesia. Probablemente casi todos serían chinos, dado que Lucy le había dicho que la misa de primera hora de la mañana se oficiaba en mandarín.

Pero entonces empezó la acción. Mientras un grupo de cinco hombres se dirigía a la iglesia, vio a las cuatro monjas, con la cabeza gacha, dejar atrás la iglesia y encaminarse hacia ellos. Había llegado el momento de que pasara lo que tuviera que pasar.

El anciano que encabezaba el grupo llevaba gafas de sol oscuras, aunque era temprano y estaba nublado, un sombrero de fieltro marrón y un traje que parecía caro, aunque a él se le veía desaliñado. Iba a buen paso. Debía de ser él.

Sin pensarlo, Levi sacó la Glock de la cartuchera del hombro. Pero se quedó quieto y se reprendió a sí mismo.

«¡Levi, no te corresponde actuar!». Dejó la pistola sobre su regazo y sujetó con fuerza el volante mientras los dos grupos se acercaban el uno al otro.

El corazón le latía con fuerza mientras observaba la escena.



Lucy contó hasta cinco. Xiang iba en cabeza. Miró a sus compañeras, asintieron y se encaminaron en dirección este por la calle 41. Sin que le hiciera falta comprobarlo, sabía que todas tenían las pistolas listas. Se habían preparado para hasta ocho contrincantes, pero, como eran cinco, Lucy podría hacer lo que tenía planeado.

Las cuatro «monjas» caminaron a paso decidido, todas ellas con la vista clavada en el suelo. Las manos de Lucy quedaban ocultas por el hábito oscuro.

Con el frío fuego de la venganza ardiéndole en las venas, Lucy llevaba la pistola en una mano y un trozo de cinta americana en la otra.

Con apenas una ojeada, captó el movimiento de los hombres que se acercaban por la acera. El clic de los pasos de Xiang le resonaba en los oídos. Estaban a unos quince metros de distancia.

Diez...

Cinco...

Lucy tenía el corazón desbocado, pero seguía manteniendo el paso, ni más lento ni más rápido.

Cuatro...

Dos...

Lucy contuvo la respiración cuando los dos grupos se cruzaron en la acera.

Y, justo cuando pasaron al lado del último hombre de Xiang, las cuatro mujeres se dieron la vuelta.

Lucy tuvo la impresión de que todo se movía a cámara lenta.

Ruth, Ting y Min seleccionaron a sus objetivos.

Ting fue la primera: su arma silenciada dio un culatazo sin emitir apenas sonido.

Y luego fue Ruth quien apretó el gatillo, seguida de Min.

Lucy siguió adelante mientras las mujeres terminaban de encargarse de sus objetivos. Los hombres cayeron como marionetas con los hilos cortados.

El mafioso que seguía a Xiang de cerca se volvió.

Sin pestañear, Lucy le disparó dos veces a bocajarro, lo que salpicó de sangre a Xiang.

Xiang se palpó la nuca y Lucy corrió hacia delante, esquivando al hombre al que acababa de disparar y que se convulsionaba en el suelo.

Apuntó a la parte inferior del cuerpo de Xiang y disparó tres veces. Cuando las rodillas le fallaron, corrió hacia él.

Le tapó la boca con la cinta americana. Seguía consciente a pesar de que los disparos le habían dañado la columna.

Lucy oyó a las otras forcejear con los cuerpos, pero ella estaba centrada en Xiang, Le escupió en la cara.

—Recuerdo lo que me hiciste. —Sonrió al ver que Xiang abría unos ojos como platos.

La reconoció bajo el hábito de monja y las salpicaduras de sangre que tenía en la cara. Sabía quién era.

Bien.

Lucy dejó la pistola a un lado, lo cogió del brazo y dijo:

—No te he matado de un tiro para que pudieras disfrutar de esto.

Con ayuda de las demás, Lucy levantó a Xiang y lo arrojó al contenedor.

Las otras cruzaron la calle corriendo mientras Lucy quitaba la anilla de la granada incendiaria y la lanzaba al contenedor.

Inmediatamente, accionó la caja de control y la tapa empezó a cerrarse. El humo y el calor se acumulaban en el interior.

—Arde en el infierno —gruñó Lucy corriendo hacia el todoterreno.



Levi observó la escena desde su posición privilegiada reteniendo la respiración. Cuando los últimos hombres pasaron junto a las monjas, ellas se convirtieron en un torbellino negro que arrasó a los gánsteres.

Actuando en equipo, arrojaron los cuerpos al contenedor e inmediatamente regresaron al todoterreno.

Lucy fue la última en abandonar la escena. Sacó la lata roja de debajo del hábito, tiró de la anilla, la lanzó al contenedor y accionó la caja de control de un manotazo. La tapa empezó a bajar sobre una luz intensa que resplandecía desde el interior.

Ruth abrió con brusquedad la puerta trasera del vehículo y se lanzó al asiento, seguida de las

demás. Lucy subió delante y gritó:

—¡Vámonos!

Por los bordes del contenedor goteaba metal fundido, y Levi habría jurado que sentía el calor creciente incluso desde diez metros de distancia. Cuando giró el volante y pisó el acelerador a fondo, preguntó:

—¿Qué coño había en ese contenedor?

—Mil kilos de termita —respondió Lucy como si tal cosa.

—¿Mil... kilos? Cómo demonios... no, a ver si lo adivino. Esther.

Lucy sonrió mientras se limpiaba las salpicaduras de sangre de la cara con unas toallitas.

—Ya te dije que las mujeres somos buenas en los negocios, a menudo mucho mejores que los hombres.

Al mirar por el retrovisor trasero no veía más que un amasijo de luz y el contenedor reducirse a nada por una reacción química que no había agua capaz de apagar. Se rio y sacudió la cabeza.

—Nunca lo puse en duda.



Ante un hotelucho de la calle 39, las mujeres, que ya se habían puesto ropa normal, salieron en tropel del coche y sacaron una talega del maletero. Levi bajó la ventanilla y Lucy se inclinó para decirle:

—No te preocupes. Nos recogerá una camioneta después de ducharnos.

—¿Estás segura de lo del coche?

—Sí. —Le lanzó un beso por la ventanilla abierta—. Tómalo como un regalo.

Levi sonrió mientras al verlas ir entrando en el Hyatt. Sin duda Lucy había planificado todos los pasos de la operación.

Mientras se alejaba del hotel, sacó el teléfono y marcó un número.

—¿Sí?

—Es un Cadillac Escalade del 2019. Limpieza completa y desguace. Haz que Laurel y Hardy hagan la limpieza y deja marchar a los demás.

—Hecho, jefe. Los limpiadores ya están aquí y el equipo de las piezas se está preparando. Una hora después de tu llegada, no quedará nada.

—Bien. Llego en media hora.

Colgó y lidió con el tráfico matutino. Casi había llegado a su destino cuando sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Levi. —Era la voz cavernosa de Doug Mason—. Tengo varias noticias para ti. ¿Puedes hablar?

Sintió un escalofrío al oír aquella voz.

—Adelante. Estoy parado en un semáforo en rojo.

—Quería llamarte directamente para decirte esto. Basándonos en parte del trabajo que Marty y su equipo han hecho a partir de la información que recopilaste, estamos preparando una operación a escala internacional. Quiero asegurarme de que estás en condiciones de...

—Estoy totalmente recuperado, si es lo que preguntas. ¿Hay que ir a Argentina?

—Posiblemente. Aún no hemos ultimado los detalles. Antes de que lleguemos a eso, necesito ayuda para conseguir cierta información. Hemos confirmado que ha habido comunicación entre nuestros amigos de Argentina y la oficina de seguridad del edificio del *Intelligencer*. Marty y su

equipo consiguieron recuperar grabaciones de esas llamadas, y los patrones de voz coincidieron con alguien que conocemos. Es un exagente de las Fuerzas Especiales. Te enviaré sus antecedentes y las últimas fotos que tenemos. Creemos que puede ayudar a confirmar ciertas cosas. Te enviaré una lista de lo que necesitamos. Doy por supuesto que podrás ayudarnos a conseguir esa información, ¿no?

Levi sonrió al girar a la derecha en Amsterdam Avenue.

—Ya se me ocurrirá algo.

—Ándate con cuidado. Sé que eres más que capaz de cuidarte, pero ese tipo no es moco de pavo. Opondrá resistencia.

—Entendido.

—Otra cosa. Tengo una mala noticia sobre Mindy Cross.

A Levi se le cayó el alma a los pies.

—¿Está muerta?

—Eso me temo. La policía de tráfico estatal de Nueva York encontró su cuerpo desnudo hace unas cuatro horas, a las afueras de Utica. A juzgar por el informe policial inicial, parece que la torturaron y le rompieron casi todos los huesos del cuerpo. La han identificado por las huellas dactilares.

Levi agarró el volante con fuerza al entrar en un taller mecánico.

—Gracias por informarme. Mándame lo que tengas y me pondré manos a la obra.

—Ya te lo he enviado. Buena suerte.

La persiana metálica bajaba cuando Levi salió del Escalade y Angelo se le acercó.

—Hola, Levi. —Examinó el interior del todoterreno negro, y luego dio un toquecito al techo con la mano enguantada—. Este coche es una maravilla. ¿Estás seguro de que quieres que no quede ni rastro?

—Segurísimo.

Angelo empezó a bramar órdenes a su equipo. Un tipo acercó una gigantesca caja de herramientas sobre ruedas y otro encendió una antorcha de acetileno.

Levi se hizo a un lado con su teléfono para mirar la información que Mason le había enviado. Quedaba claro que el tipo con el que tenía que hablar iba a causar problemas. El sargento Jerry Mixon había pertenecido al Décimo Grupo de las Fuerzas Especiales salido de Fort Carson. Había servido tres veces en Irak y formado parte de los programas de Entrenamiento de Intercambio Combinado Conjunto en el desierto de Néguev, en Israel.

Además, había una imagen escaneada con notas manuscritas de un tal capitán Lassiter.

Durante una maniobra sobre el terreno en el desierto, el sargento Mixon iba al volante de un Humvee cuando se desvió y arremetió contra un escuadrón de las Fuerzas de Defensa de Israel, con lo que mató a un soldado israelí e hirió a otros dos.

Declaró que se había desviado porque creía haber visto un dispositivo electrónico inteligente colocado en el camino como parte del ejercicio. También declaró no haber visto al escuadrón que había embestido.

Según fuentes oficiales, no había obstáculos en el camino como parte de las maniobras. Además, los sargentos Ramírez y Baxter, que iban en los vehículos de seguimiento, declararon no haber visto nada que justificara la acción del sargento Mixon.

Al parecer, aquel incidente había supuesto el fin de la carrera de Mixon. Lo licenciaron amparándose en el capítulo diez, lo cual le permitió evitar un consejo de guerra y, por

consiguiente, empezar su vida de civil sin una condena federal. Por supuesto, se le denegaron todas las prestaciones para militares retirados. Durante los últimos cinco años había trabajado como jefe de seguridad del *Intelligencer*.

Levi pulsó un número de marcación rápida y, al cabo de tres rings, Frankie respondió:

—Ey, ¿qué tal?

—Tengo que recoger a una persona, pero necesito un poco de ayuda.

—¿Cuánta ayuda?

—Estaba pensando en una visita del médico, un equipo de recogida y uno más.

—¿Uno más? Debe de ser un tipo grande.

Levi se llevó una sorpresa al volver la vista hacia el todoterreno y ver que ya casi había quedado reducido al armazón.

—Sí, se va a resistir. Será justo delante del edificio del *Intelligencer*.

—De acuerdo, amigo. Lo organizaré. Haré que uno de los capos te haga una llamada cuando estén preparados.

—Gracias.

Levi colgó y se acercó a los restos del todoterreno.

—¿Alguno de vosotros puede dejarme en Lenox Hill?

El que estaba elevando el motor con un cabrestante dijo:

—Yo voy hacia allí en un rato. Puedo llevarte.

—Gracias.

Levi volvió a centrarse en el móvil y accedió a una foto del exsargento Mixon. Tenía un rostro duro que le recordó a algunos de los matones con los que se había topado en Rusia. El cuello musculoso, el pecho ancho y la expresión amenazadora bastaban para asustar a casi cualquiera.

Levi sonrió al contemplar la imagen del soldado de élite.

—Cuanto más grandullones, más dura es la caída.

CAPÍTULO DIECISIETE

Cuando Levi entró por la puerta del apartamento palaciego de Lucy, lo recibió el grito entusiasmado de ¡*Ganbei!* es decir, «¡Salud!». Siguió los sonidos de las copas al brindar y de las risas hasta el comedor. Lucy estaba de pie, copa de champán en mano.

—Por nuestro ángel con piel de lobo —dijo.

Min llenó otra copa y se la tendió a Levi.

Lucy dio un paso hacia él con una sonrisa maliciosa en el rostro.

—Solo he venido para... —empezó a decir, pero Lucy lo cogió por la nuca y le plantó un beso en los labios. Las otras rieron nerviosas y los jalearon.

Levi se apartó y sonrió.

—Tengo que marcharme. He venido a comprobar que todo está en orden.

—Todo va viento en popa —afirmó Lucy. Hizo un mohín—. Pero quería celebrarlo contigo, por favor. —Le recorrió el pecho con un dedo y lo enganchó en el cinturón, para acercárselo.

A Levi el corazón le palpitaba con furia en el pecho. Lucy estaba totalmente distinta. ¿Acaso estaba borracha?

—Tengo que ver a una gente relacionada con el caso Cohen. De lo contrario...

Lucy le pasó las manos por las solapas de la americana, como si quisiera quitar la pelusilla.

—¿Lo dejamos para otro día?

—Sí, cuando acabe con esto. —Se dio la vuelta intentando ignorar el efecto que Lucy surtía en él. Necesitaba tener la cabeza clara y centrada en la misión que tenía entre manos y que implicaba a un exsoldado de las Fuerzas Especiales al que había que dejar fuera de juego.



Levi pagó veinte pavos al dueño de un puesto de perritos calientes para que le dejara estar detrás de él mientras servía a la clientela. El hombre aceptó gustoso aquel dinero caído del cielo. Desde allí, Levi disfrutaba de una vista ideal de la gente que entraba y salía de la sede del *Intelligencer*.

La espera no fue corta. Transcurrieron casi seis horas, y ya había oscurecido cuando Levi vio al pedazo de bruto que estaba buscando.

En cuanto salió del edificio, Levi cruzó rápidamente por el paso de cebra y llegó a la otra acera en el preciso instante en que Jerry Mixon se acercaba a la esquina.

El jefe de seguridad del *Intelligencer* se quedó paralizado al ver a Levi.

—Señor Yoder, me sorprende verlo... tan bien.

Levi notó un hormigueo gélido en la nuca. Aquel hombre acababa de reconocer a todos los efectos que sabía que Levi había sido tiroteado.

Levi sonrió.

—¿Te sorprende que las balas no cumplieran su cometido, Jerry? Ahora tengo yo unas preguntas cuya respuesta creo que sabes.

—No vas a sonsacarme nada. —Mixon hizo ademán de seguir dirigiéndose hacia la esquina de la calle pero, antes de que diera dos pasos, Levi le se interpuso.

Mixon resopló, se puso las manos en la cintura y sacudió la cabeza.

—No tienes ni idea de a quién te enfrentas. Apártate de mi camino. —Ensanchó el pecho y dejó que la americana se le abriera lo justo para que se viera la culata del arma que llevaba en la pistolera del hombro.

—A ver si puedes —gruñó Levi a modo de respuesta. La adrenalina le inundó la sangre y notó acrecentarse su ira.

—Pequeño, no me obligues a hacerte daño. Hace falta alguien mucho más robusto que tú para...

Tal como habían planeado, Paulie se había colocado detrás de Mixon. El grandullón golpeó en la nuca al exsoldado con una porra revestida de caucho.

Sin embargo, a pesar de la fuerza del golpe, Mixon no cayó. Se le quedó la mirada desenfocada unos instantes... Tiempo suficiente para que Paulie le tapara la cara con un trapo impregnado de sevoflurano, un potente anestésico.

Una furgoneta blanca se detuvo junto a ellos con un chirrido de neumáticos y, en cuestión de segundos, Paulie, Levi y el exsoldado desaparecieron.



En una sala insonorizada de un edificio abandonado, Levi retrocedió unos pasos y observó al hombrecillo indio con gafas llamado Mohan hacer su trabajo con Jerry Mixon. Mohan tenía licencia, había sido anestesiólogo de profesión antes de jubilarse, pero el padre de Vinnie le había hecho algún tipo de favor y ahora era totalmente leal a la familia Bianchi. De hecho, que Levi recordara, ese mismo médico era quien acudía siempre en casos de situaciones especiales como esa.

—Estará totalmente consciente, ¿verdad? —preguntó Levi.

—Oh, desde luego —dijo el médico con total seguridad y un fuerte acento indio. Le cortó la camisa a Mixon y dejó al descubierto un torso bien musculado y el tatuaje de una esvástica en el pectoral derecho—. Es uno de esos, ¿no?

—Por supuesto.

Mohan colocó varias tiras eléctricas en el pecho de Mixon, una en cada brazo y otra en cada costado. Ya había intubado al grandullón y, básicamente, la máquina respiraba por él.

Por último, sacó una jeringa, limpió el puerto de inyección de la vía con un hisopo empapado de alcohol e introdujo la jeringuilla. Sonrió hacia Levi.

—Es Quelicin, la buena. Tardará un minuto en quedarse totalmente inmóvil. Acoplaré una bomba de infusión a la vía para que reciba cuatro miligramos por minuto a lo largo del procedimiento. Ya me dirás cuándo quieres que recupere la movilidad y actuaré en consecuencia.

Levi llamó a Doug Mason.

—¿Tienes instalada la aplicación del escáner cerebral?

—Denny me la puso en el teléfono. Funciona pero, que yo sepa... Un momento. —Levi se volvió hacia el médico, que estaba adhiriendo cables al cuero cabelludo de Mixon con una especie de adhesivo—. ¿Cuándo podrá verse la cabeza?

—En cualquier momento. —Mohan conectó una última tira y pulsó un botón de una máquina—. Así debería bastar. El electroencefalograma está en marcha.

Levi bajó la mirada hacia el móvil. En la pantalla aparecieron unas líneas onduladas que se desplazaban de izquierda a derecha.

—Doug, ¿lo recibes?

—Sí. A ver si este tipo se merece las molestias que nos hemos tomado.

Levi activó el altavoz del teléfono y lo dejó encima de la mesa.

—Despertémoslo, doctor.

Todos sabían que interrogar a Mixon era inútil; moriría antes de contarles nada. Y un detector de mentiras estándar no mejoraría el resultado, probablemente le hubieran enseñado a engañar a ese tipo de aparatos. Pero controlando directamente las ondas cerebrales, Levi sería capaz de burlar aquella formación. Tenía en sus manos una metodología totalmente innovadora que funcionaba mejor de lo que cualquiera estaba dispuesto a reconocer.

El médico le dio una cápsula a Levi, que la partió en las narices del exsoldado. Un olor a amoníaco inundó el aire.

El médico tenía la vista clavada en el encefalograma.

—Está consciente.

Mixon no había movido ni un párpado.

Levi se le acercó más.

—Debe de ser horroroso saber que yo estoy aquí fuera y tú estás clavado en un cuerpo inmóvil. Pero, tal como he dicho antes, tenemos unas cuantas preguntas que hacerte.

Levi levantó un dedo, que era la señal acordada para cuando iba a decir algo veraz. Al igual que con una prueba estándar con el detector de mentiras, debían hacer unas preguntas de control para calibrar las respuestas.

—Sargento Jerry Mixon, he sabido que evitó un expediente disciplinario por mala conducta dejando el ejército por iniciativa propia.

El médico comprobó la pantalla antes de anotar algo en un bloc.

Levi levantó dos dedos. Ahora tocaba una mentira.

—Sargento Jerry Mixon, en la actualidad tiene cincuenta y dos años.

El médico tomó más notas.

Continuaron con las preguntas de control durante unos minutos más. Al final, Mason dijo:

—Nuestro hombre dice que tiene claros los patrones cerebrales de este tío. Avancemos.

Levi cogió el teléfono, pasó a la aplicación de reproducción y reprodujo el clip número uno.

La madre patria cayó porque fuimos excesivamente entusiastas. Nuestro plan está decidido, pero necesita tiempo para florecer. Aún no ha llegado el momento.

—Sargento Jerry Mixon. Conoce esa voz.

El exsoldado permanecía inmóvil, pero el médico comprobó la pantalla y asintió, indicando así que Mixon consideraba que la frase de Levi era cierta.

Levi frunció el ceño.

—La voz del teléfono es de Herman Gerhard.

El médico volvió a asentir.

—Conoces el nombre de Mendel Cohen.

El médico asintió.

—Envenenaste a Mendel Cohen de algún modo.

Sí.

—Te ordenaron que lo hicieras.

Sí.

—Herman Gerhard dio esa orden.

No.

Levi repasó mentalmente la escena de la trastienda de Denny cuando oyó por vez primera el nombre del asesino.

—La orden fue de Juan Gerhard.

Sí.

—De acuerdo, ya basta —dijo Mason.

Levi desactivó el altavoz del teléfono.

—¿No necesitas más?

—No, tenemos otras fuentes que corroboran lo mismo. Lo que has visto en el periódico está ocurriendo en otra media docena de sitios. Esta gente supone un riesgo para la seguridad nacional al más alto nivel. Ya he tabulado una lista de nombres, incluidos jueces y cargos electos, a los que han metido en el ajo. Nuestros amigos del sur son culpables de más que lo que os podéis imaginar. Tengo suficiente material como para justificar un equipo de extracción. Prometimos darte la oportunidad si se presentaba, aquí la tienes. ¿Aceptas?

—Y tanto. Por supuesto que sí. Dime cuándo.

—Haré unas llamadas, pero estate atento al teléfono. Será muy pronto. Con respecto a nuestro amigo sedado, puedo enviar a alguien a liquidarlo o puedo dejarlo en tus manos. Tú decides.

—Yo me encargo de esto —afirmó Levi.

Colgó, desactivó las transmisiones de la aplicación de ondas cerebrales y regresó al lado de Mixon.

—Sargento Jerry Mixon. Sabes quién es Mindy Cross.

El médico volvió a indicar que sí.

Levi notaba un hormigueo en los dedos a causa de la rabia creciente.

—La mataste.

El médico frunció el ceño al asentir.

Levi respiró hondo.

—Sargento Jerry Mixon. Herman Gerhard fue quien lo ordenó.

El médico negó con la cabeza.

Levi apretó los dientes.

—Juan Gerhard lo ordenó.

—Sí.

Levi cerró los ojos unos instantes antes de dirigirse al médico:

—Ya puedes irte.

El médico señaló todos los cables y el resto del equipo.

—¿Y todo esto?

Levi le dedicó una sonrisa lo más tranquilizadora posible.

—Ya me encargaré de que lo recojan. Muchas gracias por todo.

Levi acompañó al hombre fuera de la sala y lo observó mientras recorría el solitario pasillo y doblaba la esquina en dirección a la salida. Cuando estuvo convencido de que se había ido, envió un mensaje rápido, cogió un poco de esparadrapo y volvió junto al exsoldado paralizado.

Rasgó dos trozos de esparadrapo y los pegó a los párpados de Mixon de modo que sus ojos quedaran abiertos. Las pupilas se le contrajeron al notar la luz. Definitivamente, estaba ahí.

—Quiero asegurarme de que me veas —dijo Levi.

La puerta se abrió para dar paso a Laurel y Hardy.

Levi asintió hacia ellos antes de dedicarse de nuevo a Mixon.

—Jerry, esa chica a la que dejaste en la cuneta como si fuera una bolsa de basura era buena persona. No merecía ese trato. Por eso quiero que en los últimos momentos de tu vida recibas cierto... conocimiento. He investigado un poco sobre ti y sé que tu esposa murió al dar a luz a unos mellizos: Harry y Harriet. —A Levi le retumbaba el corazón en el pecho—. Y cuando vayas al infierno, Jerry, quiero que recuerdes lo siguiente: me aseguraré de que tus hijos reciban el mismo trato que le diste a Mindy.

Levi retrocedió dos pasos, desenfundó la Glock del calibre 45 de la cartuchera del hombro y disparó al exsoldado dos veces en la cabeza. Los sesos y la sangre salpicaron la cama y los aparatos eléctricos.

—Bonito —dijo Laurel. Se dispuso a enfundarse un mono de plástico blanco.

—¿De verdad vas a cargarte a los hijos de este tío? —preguntó Hardy.

Levi sonrió y meneó la cabeza.

—Por supuesto que no. Solo quería que ese fuera el último pensamiento de ese cabrón al morir.

—Joder. Qué duro. —Hardy empezó a desconectar el equipo.

—Lo que le hizo a Mindy sí que fue duro. Es lo mínimo que puedo hacer por ella.

Cuando salía por la puerta, le vibró el teléfono. Era un mensaje de Mason.

«Acabo de enviarte una dirección. Preséntate ahí en dos horas. No hagas maleta, la Panda se encargará de toda la logística. Lleva tu documento de identidad».

CAPÍTULO DIECIOCHO

—Mira, lo siento pero no puedo hablar de eso ahora —dijo Levi—. Voy en un Uber camino de una reunión. —Se sintió culpable al pensar que seguramente no podría volver por la noche.

—A ver si lo adivino —dijo Lucy—. Es para la Panda.

—Sí.

—Levi, voy a serte sincera. Me desvinculé de Mason por algo. Siempre quieren más de lo estás dispuesto a dar. Para ellos yo era exactamente lo mismo que tú ahora: un ángel con piel de lobo. Eres uno de los chicos malos que tienen a su disposición. Pero llegará el día en que no bastará con eso. Y me preocupa.

—No te entiendo. Cuando nos conocimos pensé que estabas a gusto con ellos.

—Lo estaba. Lo estoy. Pero acabarán pidiéndote lo que me pidieron a mí. Querían que fuera leal a la Panda por encima de todo. Y en aquel momento yo intentaba sacar adelante el negocio de mi marido, ¿sabes? Reconstruir su legado. Ahora que lo he destruido por completo, ya no tengo esa excusa para negarles nada. Bueno, aparte de una cosa.

—¿A qué te refieres?

Levi solo oía la respiración de Lucy.

—¿Lucy?

—Me cuesta decirlo por teléfono. Quería hacerlo bien...

—¿Hacer qué?

—Levi, no puedo imaginarme la vida sin ti. No tengo ni idea de si sientes lo mismo, y no lo digo para que me respondas nada. De hecho, no...

Levi notó que se acaloraba. Le costaba creer que estuviera escuchando a la misma estoica mujer dragón que había conocido hacía unos meses.

—Lo que quiero decir es que te conozco. Estás dedicado a tu familia. A las dos, tanto a la de verdad como a la que perteneces por juramento. Nunca los dejarás, y esa es una de las cosas que me encantan de ti. Pero también es uno de los motivos por los que no puedo tener nada que ver con la Panda. No puedo ofrecerles los contactos que antes les ofrecía. Querrán que me meta hasta el fondo o que me mantenga al margen. Y meterme hasta el fondo implica dejar de llevar las riendas de mi vida. Tendría que ocultarte cosas y darles una prioridad mayor. No quiero pasar por eso, quiero ser dueña de mi vida. A ti querrán presionarte para que les des más, pero se conformarán con lo que estés dispuesto a darles. ¿Entiendes por dónde voy?

—Sí. —Levi sintió un extraño remordimiento—. Escucha, tenemos que hablar de nosotros. Pero no ahora. Tengo que marcharme. Probablemente me ausente de la ciudad uno o dos días. Te llamaré en cuanto pueda, ¿vale?

—Ten cuidado, por favor.

—Descuida.

Cuando Levi colgó, el Uber se detuvo en la esquina de Lenox Avenue con la calle 127 Oeste de Harlem. Levi le dio las gracias al conductor y bajó del vehículo. Mientras se encaminaba a su destino, tuvo que esforzarse por apartar de su mente la conversación mantenida con Lucy.

Necesitaba centrarse.

No tenía la impresión de que en el barrio hubiera una vida nocturna destacable, pero justo más adelante se oía música tecno procedente del otro lado de una puerta rodeada de luces de neón violeta de donde dos gorilas intentaban apartar a un par de adolescentes.

Al comprobar la dirección, Levi se dio cuenta de que aquel club nocturno era su destino.

Se acercó a los gorilas. Eran gigantescos, probablemente pesaran unos ciento treinta quilos cada uno, y tenían una complexión típica de levantadores de pesas, fuertes como un toro. A Levi le pareció que podrían haber sido gemelos de Albert el Gordo, pero con muchas más horas de gimnasio encima.

—Me han citado aquí —dijo Levi.

—Necesito ver su documentación, señor Yoder —dijo uno de los guardas.

Levi vaciló. «¿Cómo coño sabe quién soy?».

Pero no dijo nada. Sacó la cartera y le enseñó el carné de conducir a aquella bestia.

El mastodonte sacudió la cabeza.

—Esta documentación no, señor.

Levi tardó unos segundos en recordar quién lo había enviado allí. Rescató la moneda del bolsillo y se la enseñó.

El gorila la cogió por el otro lado y, cuando el ojo de la moneda se iluminó, él y su colega se hicieron a un lado invitando a Levi a entrar.

Al abrir la puerta, Levi pensó que le esperaba una agresión auditiva en toda regla. Sin embargo, a pesar de que desde fuera parecía que de allí saliera sonido de música tecno, en el interior del edificio reinaba un silencio absoluto. Cuando cerró la puerta tras él, oyó el sonido amortiguado de la música... procedente del exterior.

O, mejor dicho, de la puerta en sí.

Todo era un montaje.

Se encontró en un vestíbulo panelado en madera que desprendía olor a cera y tabaco de pipa. Al fondo había una recepción ocupada por un hombre alto, delgado y de cabello canoso.

—Señor Yoder, he recibido órdenes de esperarle esta noche. —El hombre hablaba con un acento británico tan pijo que a Levi le recordó al mayordomo de *Downton Abbey*—. Identifíquese, por favor.

Entonces Levi sí supo qué hacer. Sostuvo la moneda en alto y, cuando el recepcionista la sujetó por el otro lado, el ojo empezó a brillar.

—Muy bien, señor. Me alegro mucho de conocerlo. Soy el señor Watkins, el propietario de este local.

Levi miró en derredor.

—Perdone, señor Watkins, pero ¿qué es este local?

—Supongo que es una pregunta sencilla con una respuesta complicada. Digamos que este establecimiento satisface las necesidades de quienes lo necesitan. Y creo que usted está aquí por ese motivo.

—A decir verdad, no tengo muy claro a qué he venido.

Watkins señaló un pasillo a la izquierda de Levi.

—Entonces vamos a ver si lo averiguamos. Sígame, por favor.

El pasillo estaba iluminado con candeleros con bombillas que parpadeaban como si fueran llamas. Al final había una puerta ligeramente entreabierta.

—Señor, estos son los dominios de nuestro intendente. Con su llegada, esta ala se ha abierto para usted. —Con un gesto ostentoso, Watkins señaló hacia la puerta—. Adelante.

Al empujar la puerta, a Levi le sorprendió lo despacio que se abría. Tenía quince centímetros de grosor y debía de pesar más de cien kilos. Sin embargo, no emitió ningún ruido.

Cuando cruzó el umbral, las luces se encendieron y vio un vestidor parecido al que Lucy le había enseñado en Seattle. En aquel lugar, él había recogido varias pistolas y dinero en efectivo. Pero esta sala era cien veces más grande. No podía evitar preguntarse qué demonios contendría.

Presa de la curiosidad, dio un toquecito a algunas de las casillas. No sonaron a hueco. Ni tampoco adivinó la forma de abrirlas.

El señor Watkins señaló hacia un poste situado en el centro de la sala. A la altura de la ojos había un visor, como el que llevaría el periscopio de un submarino.

—Señor Yoder, si es tan amable, mire por el escáner biométrico.

Levi se acercó y situó los ojos ante el visor. Una luz verde parpadeó, y siguieron una serie de clics. Y luego nada.

Levi retrocedió y miró a su alrededor. Varias de las casillas se habían abierto.

—Señor —indicó el señor Watkins, haciendo un gesto—, empecemos por este lado de la sala, ¿le parece?

A Levi le corroía la curiosidad cuando miró en el interior de la primera casilla abierta. Contenía un conjunto de ropa militar.

—Está claro que la empresa lo envía a una misión —declaró Watkins—. Lo más adecuado sería que se pusiera esta ropa.

Levi se volvió para mirarlo. Con el cabello casi blanco y el contorno de los ojos arrugado, aparentaba estar cerca de los setenta, pero tenía una voz potente y una postura perfectamente erguida, y transmitía una energía juvenil. Todo ello le otorgaba una cualidad intemporal.

—¿Cuánto tiempo lleva dedicado a esto? —preguntó Levi.

—¿Esto, señor? ¿A qué se refiere?

—Me refiero a guiar a la gente por lo que sea que esté haciendo yo ahora.

—Ah, ¿se refiere a preparar a gente para una misión?

—¿Es de lo que se trata?

—Por supuesto. Y con respecto al tiempo que llevo dedicado a esto... —Watkins apretó los labios y tarareó un poco—. Supongo que debo de estar ya en la cuarta década. Sí, unos cuarenta años.

Levi abrió unos ojos como platos.

—Supongo que estoy en buenas manos.

—Sin duda, caballero.

—Puede llamarme Levi.

—Es todo un detalle por su parte, caballero, pero creo que, después de cuarenta años, es más probable que entre en combustión de forma espontánea que que me desvíe del protocolo correcto.

Levi soltó una carcajada y sacó la ropa de militar.

—¿Me cambio ya?

—Creo que sería lo más oportuno. —Watkins hizo una seña hacia la mesa situada al lado del escáner biométrico—. Puede dejar sus pertenencias en la mesa. Las guardaré hasta su regreso.

Levi se enfundó las prendas. La camisa tenía cosida una cinta que llevaba impreso el nombre

de «Yoder», y en el brazo había una insignia con el lobo y el halo.

—No va en broma lo del ángel con piel de lobo, ¿no? —dijo.

—No, señor. ¿Continuamos? —Watkins señaló hacia la casilla siguiente.

Levi fue pasando por cada una de las casillas y enseguida estuvo equipado como soldado, desde las botas de combate reglamentarias a un chaleco de batalla avanzado con paneles balísticos, sistema de distribución de carga y lo que Watkins denominó SAPI y ESBI en referencia a protección especial contra armamento pequeño y protección balística lateral mejorada. La Panda no se andaba con chiquitas con respecto a los equipos de seguridad.

En la siguiente casilla encontró una Glock 19. Era una pistola de nueve milímetros con cartucho de quince balas y ya tenía una en la recámara. También había una cartera con un carné de identidad del ejército llamado TAC, «tarjeta de acceso común».

Entre una cosa y otra, Levi acabó ataviado como un verdadero soldado del ejército de Estados Unidos.

Se volvió hacia el señor Watkins.

—Esa era la última casilla. ¿Ahora qué?

Watkins sonrió y con un gesto le indicó que lo siguiera.

Salieron por el mismo pasillo por el que habían entrado pero, en lugar de llevarlos al vestíbulo, los condujo a unas escaleras descendentes.

—Un momento. ¿Dónde está el vestíbulo? —preguntó Levi.

El señor Watkins le dedicó una mirada comprensiva y señaló las escaleras.

—Señor, el tren le espera.

—¿El tren?

Levi miró escaleras abajo. Sabía que de algún modo alguien estaba jugando con él. Estaba convencidísimo de que el vestíbulo estaba en ese mismo lugar. Era un pasillo recto, imposible perderse.

Oyó un clic en algún punto del edificio y se giró. Se encontró mirando una pared vacía revestida de paneles de madera.

—A ver, un momento. ¿Dónde está el pasillo? ¿Y dónde está Watkins?

El hombre de pelo blanco había desaparecido.

—¿Qué coño está pasando aquí?

A Levi se le agolpaban las ideas en la mente mientras se preguntaba cómo se la habían jugado. ¿Acaso los pasillos estaban montados en una especie de raíles con ruedas y se movían?

De repente, el lugar tomó un aspecto de casa encantada, lo cual no le resultó nada reconfortante.

Como no tenía otro sitio adonde ir, Levi bajó las escaleras. Un estilizado vagón le esperaba abajo con las puertas abiertas. Subió a bordo.

«El tren saldrá dentro de diez segundos. Sujétese a la barandilla para no salir proyectado hacia atrás. Por lo demás, disfrute del viaje» —anunció una voz incorpórea.

—Fascinante. —Levi tomó asiento y se agarró a uno de los postes.

—Cinco segundos. Cuatro. Tres. Dos. Uno.

Levi resbaló hacia atrás cuando el tren aceleró a una velocidad comparable a la de un coche de carreras. En cuestión de segundos, el viento ululaba a medida que el tren cruzaba la oscuridad a la velocidad del rayo.

El túnel debía de ser muy largo porque, a pesar de la velocidad, el tren viajó casi cuarenta minutos antes de empezar a desacelerar.

La voz incorpórea volvió a sonar.

«Llegaremos a la Base Conjunta Andrews en unos cinco minutos. Tenga la amabilidad de no desembarcar hasta que el tren esté totalmente detenido».

Levi sacudió la cabeza ante la profunda estupidez del mensaje. «Como si pensara tirarme».

Entonces cayó en la cuenta: ¿la Base Conjunta Andrews? Estaba en Maryland, a más de trescientos kilómetros de Nueva York. ¿Cómo demonios había llegado allí tan rápido? Hizo cálculos mentales y supuso que era posible, si la Panda tenía un tren de uso privado tan veloz como el tren bala de Japón.

Y era obvio que lo tenían.

Las puertas del tren se abrieron y Levi se apeó. Lo recibió una joven oficial del ejército.

—Señor Yoder, ¿me enseña su tac, por favor?

—¿Mi tac?

La mujer, menuda, levantó la vista del portapapeles.

—Su tarjeta de acceso común.

—Ah, claro. —Levi pescó la tarjeta inteligente laminada de uno de los aparentemente infinitos bolsillos de su nuevo traje.

La sargento Humphries insertó la tarjeta en un lector y un LED amarillo destelló varias veces hasta que por fin emitió una luz verde fija. Se la devolvió y señaló con el pulgar las escaleras situadas a su izquierda.

—Suba esas escaleras. El equipo de la misión ya se está reuniendo. Saldrán a las tres de la mañana.

—Sí, señora.

Levi sonrió mientras subía las escaleras al trote. Sin duda aquello no era lo que había imaginado que haría ese día al despertarse por la mañana.

Las escaleras conducían a la pista de un aeródromo y, en cuanto Levi pisó el asfalto, notó una vibración y vio cómo las escaleras eran sustituidas por la misma extensión de asfalto. Treinta segundos después de haber subido por un túnel oculto, no quedaba ni rastro de su existencia.

Levi parpadeó asombrado y volvió la vista hacia las pocas luces de la pista de aterrizaje. Cerca había un jet con luces blancas cuyo tren de aterrizaje penetraba la oscuridad.

—Yoder, ven aquí.

Levi siguió la voz hasta un grupo de unas veinte personas uniformadas reunidas al pie del jet. Mientras se acercaba, oyó a alguien que le resultó extrañamente familiar.

—Hola, Levi. ¿Qué tal las costillas?

Cuando vio quién hablaba, se quedó boquiabierto.

—¿Doctor Spears?

La mirada bizca y divertida del doctor Spears era inconfundible. Era él quien había tratado a Levi.

—El mismo. Me alegro de verte. Espero que estés preparado para esto.

—La verdad es que ni siquiera sé qué es «esto».

—No te preocupes, te pondremos al corriente de todo de camino. Nos quedan unas nueve horas de viaje antes de aterrizar en Buenos Aires. Además, creo que Brice todavía está recabando las últimas fotos vía satélite y organizando el transporte terrestre. Supongo que no atacaremos hasta mañana.

A Levi le llamó la atención la insignia que Spears llevaba en el hombro. A diferencia del lobo con un halo que llevaba él, en la insignia del doctor se veía un águila apresando una serpiente.

John se fijó en la mirada de Levi y se dio una palmada en la insignia.

—Sé lo que estás pensando, sí. Todos pertenecemos a esta misma unidad, que no existe realmente.

Levi escudriñó a los demás y, en efecto, todos llevaban la misma insignia. Él era el único que llevaba un lobo. Se preguntó qué significado tendría aquello.

—¡Anda! Hola, guapetón —dijo una sensual voz femenina—. Qué alegría verte por aquí.

Levi se volvió y se encontró con una cara que lo inquietaba sobremanera.

—Hola, Annie.

La asesina de piel oscura de la Panda se le acercó y le dio un abrazo.

—Qué bien te queda el uniforme. —Asintió en dirección al doctor Spears—. Hola, Johnny.

Spears entornó los ojos y dio a Levi una palmada en el hombro.

—Igual que con una araña, no dejes que se te meta en la cama —advirtió. Y acto seguido regresó junto al resto del equipo.

—No le hagas caso —dijo Annie—. Está dolido por la última vez que jugamos juntos. Me gusta jugar, no sé si me entiendes. —Sin vergüenza alguna, le pasó el brazo por la cintura y chocó su cadera con la de él—. Pero también soy seria cuando hace falta y no quiero cansarte antes de la misión. Tú y yo tenemos responsabilidades.

—Hablando de la misión, ¿sabes...?

—Escuchadme todos —bramó una voz masculina en la oscuridad de la noche—. Tenemos información actualizada de la central y permiso para despegar. Subid a bordo y tomad asiento. Hablaremos de los parámetros de la misión en el aire. La operación *Kristallnacht* está en marcha.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Eran las dos de la mañana en Argentina, a unos ciento veinte kilómetros al sur de la capital, Buenos Aires. El complejo de Gerhard estaba a unos ochocientos metros de donde se encontraba Levi. En la entrada había una caseta de vigilante y de ahí partían unos cien metros de un camino asfaltado que conducía a una mansión que contaba con alta este, oeste y norte. El complejo estaba rodeado de un muro de hormigón de casi cuatro metros de alto rematado con una concertina de púas afiladas como cuchillos.

No había luna y la oscuridad era casi absoluta en las praderas que rodeaban el complejo. Pero la agudeza visual de Levi era mucho mejor que la media y, con apenas la luz de las estrellas como guía, veía a casi una docena de hombres de la unidad de combate táctico de la Panda desplegar el equipo en silencio en una pequeña colina desde la que se divisaba su objetivo.

Levi notó crecer la tensión a su alrededor mientras el equipo se preparaba para asaltar el complejo. Se habían dividido las funciones y el otro pelotón no se veía por ningún sitio. La labor de este último era asegurar que hubiera suficiente distracción como para no llamar la atención del ejército durante el asalto.

Levi se ajustó el casco de Kevlar. Era bastante pesado debido a los distintos dispositivos de visión nocturna que incorporaba, lo cual en ese momento lo convertía en una carga más que en una ayuda, sobre todo teniendo en cuenta su agudeza visual natural. Ladeó la cabeza hacia la izquierda, hizo crujir el cuello y sintió cierto alivio.

—Pareces cómodo con tan poca luz —observó Annie, agachándose a su lado—. ¿Cómo te lo montas sin las gafas de visión nocturna?

Levi reprimió las ganas de reír al ver que ella sí que llevaba las gafas especiales. Con ellas parecía una especie de insecto.

—En cuanto los ojos se me acostumbran, tengo muy buena visión nocturna. Mejor que la mayoría. Además, tengo mucha experiencia rastreando de noche, así que pocas veces las necesito.

—Podrías probarlas, la verdad es que son de gran ayuda. —Levantó una lente—. Llevo una Hoplite, que me permite enfocar al infinito, y cuando bajo la lente puedo cambiar el enfoque para ver de cerca con claridad. Tú y yo tendremos que ser muy sigilosos estando codo con codo.

Levi se encogió de hombros y bajó las gafas del casco. De inmediato, el mundo se volvió mucho más brillante, pero rápidamente volvió a echarlas hacia arriba.

—No me gustan. Afectan a mi visión periférica. Y aquí fuera no las necesito, no con la luz de las estrellas y la de la ciudad que se refleja en las nubes.

Annie levantó la vista al cielo y sacudió la cabeza.

—Estás loco. Pero eso te hace supersexy. Y yo me planteo cada vez más qué tal eres bajo las

sábanas.

Levi se echó a reír.

—¿Siempre eres así?

—¿Así cómo?

—Tan descarada. No es especialmente agradable, ¿sabes?

Annie exhaló un suspiro.

—Es un defecto de personalidad, pero he aprendido a convivir con él. Aunque probablemente no me importaría follarte. ¿Sales con alguien?

—¿Y tú?

—Es difícil de saber. Hay un tío con el que no coqueteo porque lo cierto es que me importa lo que piensa.

—Me parece que no es el doctor Spears. No es precisamente tu fan número uno.

Ella hizo un gesto desdenoso con la mano.

—Le fastidia que para mí fuera un lío de una noche.

—A las mujeres no les gusta cuando los tíos hacen eso, así que ¿por qué iba a gustarle a un hombre cuando lo hace una mujer?

Annie sacudió la cabeza.

—Mira que eres ingenuo. A la mayoría de los hombres les encanta que no haya compromiso, sexo puro y duro.

—Pues está claro que a Spears no. Además, da por culo.

—¿Da por culo? No soy de las que les va eso. Vaya, ¿a ti te va?

Levi negó con la cabeza.

—Quizá deberías coquetear un poco con el tío que te gusta y no tanto con el resto de la población masculina. ¿Te has planteado emplear esa estrategia?

—Venga, cállate. Ya veo que eres demasiado estirado para divertirme contigo.

La protección auditiva de Levi emitió un crujido y oyó al capitán Roscoe, el líder del equipo, gruñir por los auriculares.

—Aseguraos de llevar las orejas protegidas en todo momento. El amplificador de sonido direccional de Brice va a anular su capacidad de oír lo que está por venir, y si no vais protegidos... en fin, no queremos que nadie del equipo acabe con los tímpanos reventados.

»El equipo Charlie empezará la distracción dentro de cinco minutos y el equipo Gamma está listo para desconectar el suministro de energía de todo el complejo además de bloquear todas las señales de entrada y de salida. Incluido nuestro canal de comunicación. Necesitamos que todos estéis en vuestros puestos apuntando a los objetivos y que quedemos en el punto de extracción a las 3.00.

—Sánchez, ¿me recibes?

—Recibido, señor.

—¿Spears?

—Recibido, señor. Estoy preparado.

—¿Brown?

—Estoy tan preparada como tu culo sexy. —El tono de Annie apuntaba a que quería sonar sensual, pero Levi imaginó que la mayoría de la gente con la que compartía frecuencia estaría entornando los ojos.

—¿Yoder?

—Recibido y preparado.

El capitán fue repasando el resto de los nombres antes de concluir:

—Acabo de recibir noticias del equipo Charlie. Nos quedan treinta segundos.

Levi vio a varios hombres apuntando con rifles de alta potencia provistos de silenciadores.

—¿Has memorizado los planos de la casa? —preguntó Annie.

—Sí.

—Entonces has visto el túnel subterráneo. Creo que los Gerhard intentarán huir por allí. La entrada se encuentra en el ala norte. Los dormitorios están en el ala este. ¿Cuál prefieres?

Levi observó la casa en forma de T.

—El ala este es la más cercana, despejémosla primero. En cualquier caso, el equipo Gamma tiene a gente apostada a la salida del túnel.

Annie asintió.

Roscoe inició la cuenta atrás.

—Cinco... cuatro... tres... dos... uno.

De repente, fue como si el amanecer hubiera llegado con horas de antelación, pero desde el noroeste. El equipo Charlie acababa de hacer volar por los aires un almacén de munición poco conocido al oeste de la capital. La distracción estaba en marcha. Aquello retendría la atención de las autoridades durante un rato.

—Firmes... arma preparada...

Levi se puso tenso. Varios miembros del equipo se cargaron unas escaleras al hombro. Las luces del complejo parpadearon y se apagaron. Entonces, los acontecimientos se produjeron de forma simultánea.

Media docena de disparos sonaron en la noche. Apoyaron tres escaleras en el muro del complejo y el equipo empezó a subir. Se oyeron más disparos y, dentro del complejo, una linterna iluminó una pequeña porción de terreno junto a la caseta de vigilancia.

Alguien dijo «idiota», se oyó otro disparo y la linterna cayó al suelo. Otro guarda aniquilado.

Levi subió corriendo por su escalera hasta lo alto del muro. Habían cortado la concertina con anterioridad. Se deslizó hasta el otro lado y aterrizó en el interior del complejo.

Dentro del recinto acababan de encenderse los faros de un vehículo blindado. Levi vio a Spears gritarle algo a uno de los hombres. En unos segundos, el médico tenía una rodilla en el suelo y un dispositivo grande apoyado en el hombro.

Annie gritó por encima de los disparos.

—Es uno de los nuevos M3E1. La última variante de un Carl Gustav. Me pregunto qué tipo de munición es...

En ese momento, una enorme columna de fuego salió de la parte posterior del tubo del arma, que envió un proyectil al vehículo blindado.

Levi se protegió los ojos cuando la pesada bala alcanzó el vehículo y lo reventó casi de inmediato con una explosión de un brillo cegador que dañó la caseta de vigilancia y prendió fuego a parte de la zona ajardinada.

—Magnífico. —Annie asintió para mostrar su satisfacción.

Levi hizo una señal hacia el complejo.

—Vamos.



Notó la vibración en el pecho antes de oír el sonido. La protección auditiva que llevaba amortiguaba el ruido de forma considerable, pero no del todo. Alguien había activado el

dispositivo de proyección direccional de audio y él notó y oyó el estallido rítmico que se desencadenó en el complejo. Era una canción antigua, cantada en voz tan baja y lenta que parecía un fragmento de un canto gregoriano. Sonó sombrío, casi siniestro, con cierto aire medieval.

*God rest ye merry, gentlemen
Let nothing you dismay
Remember Christ our Saviour
Was born on Christmas Day
To save us all from Satan's pow'r
When we were gone astray
Oh tidings of comfort and joy,
Comfort and joy
Oh tidings of comfort and joy.*

Mientras la canción se repetía, a Levi le sorprendió la inmensidad de la energía que se transmitía por el aire. El gigantesco dispositivo de sonido ni siquiera estaba enfocado en su dirección, pero hacía vibrar las piedras del terreno. No quería ni imaginarse lo fuerte que debía de sonar para aquellos a quien estaba dirigido.

Sonrió ante la ironía que suponía que se reprodujera una canción sobre Cristo para aquellos monstruos impíos. No merecían menos.



Lucy estaba sentada con Rivka Cohen a la mesa de la cocina, donde se habían puesto al día mientras disfrutaban de un té humeante. A Rivka se la veía agotada. Tenía siete hijos y ahora no tenía marido que la ayudara a pagar las facturas ni nada por el estilo.

—Rivka, por favor, dime cómo puedo ayudar.

—No se puede hacer nada más. Hemos presentado la última apelación a la administración de la Seguridad Social, aunque no espero gran cosa de ellos. Las dos sabemos que Mendel no se suicidó, pero eso no es lo que aparece en el informe oficial y, a no ser que cambie algo al respecto, creo que no tendremos más remedio que mudarnos. No podemos pagar a un abogado para que intervenga y se encargue de hacer justicia y, aunque pudiera, no podríamos hacer nada sin pruebas nuevas y concluyentes.

Lucy dirigió la vista a una pila de cajas de mudanza plegadas. La familia Cohen se preparaba, anticipándose a lo inevitable. Sin el pago mensual de la Seguridad Social que les correspondería, los ahorros no daban para más.

Rivka tomó la mano de Lucy por encima de la mesa.

—No pasa nada. Nos iremos a vivir con unos parientes y venderemos esta casa. Estaremos estrechos, pero *Hashem* proveerá. Levi y tú habéis hecho mucho por reconfortar mi maltrecho corazón. Por lo menos puedo irme a la cama en paz sabiendo que las mentiras acerca de mi marido son eso, mentiras. En realidad, es todo lo que esperaba.

La puerta de entrada se abrió y un montón de niños entraron en estampida en la cocina, abrazaron a Rivka y desaparecieron igual de rápido por distintos puntos de la casa.

—¡Recordad, primero las tareas! —les gritó Rivka.

Dos de las niñas mayores entraron en la cocina más calmadas.

—Mamá, ¿empezamos la *challah*?

Lucy se levantó.

—Tengo que marcharme.

—¿Seguro que no quieres quedarte a cenar? —sugirió Rivka.

Lucy sacudió la cabeza y se dieron un beso en la mejilla.

—Veré qué hacer sobre lo que hemos hablado hoy. Nunca se sabe qué milagros pueden producirse cuando te lo propones.

Rivka acompañó a Lucy afuera mientras las niñas empezaban a reunir los ingredientes para hacer la masa del pan típico del *sabbat*.

Lucy sintió una punzada de culpabilidad cuando su chófer se alejó de la acera. Se puso a repiquetear en el reposabrazos con las uñas. Contrariamente a toda lógica, se sentía culpable de la situación de los Cohen. Aquella mujer y su familia eran víctimas inocentes de unas circunstancias atroces, lo cual la preocupaba más de lo debido.

Al llegar a su apartamento, no hizo mucho caso de los saludos de las chicas. Fue directa a su dormitorio y se puso a caminar de un lado a otro. Estaba angustiada, no solo por la situación de los Cohen, sino por su propia estupidez al haberle expresado a Levi sus sentimientos.

Tardó poco en decidir que no podía hacer nada acerca de aquello. Él estaba en el extranjero haciendo lo que fuera que le hubiera encomendado la Panda. Pero lo de los Cohen... ahí sí que podía actuar.

La solución estaba al alcance de una llamada de teléfono, aunque tendría que pagar un precio por ello. El precio de la libertad que tanto le había costado conseguir. Antes de darle más vueltas, hizo la llamada que había jurado no volver a hacer.

—¿Sí? —Doug Mason respondió al teléfono.

—Soy yo.

—¡Lucy! —Sonó sorprendentemente alegre—. Qué contento estoy de que hayas llamado. Supongo que debería felicitarte.

—¿Felicitarme? ¿Por qué?

—Porque hayas dejado de tener un precio. ¿Lo has conseguido tú o nuestro ilustre señor Yoder?

—No, fui yo. —Lucy respiró hondo y se recordó que aquel tipo siempre tramaba algo—. Doug, he llamado por un motivo. Tengo que pedirte un favor.

—¿Ah sí? La última vez que hablamos dijiste que cortabas con nosotros y que ibas a ir por libre. ¿Por fin pides regresar, esta vez como miembro pleno?

—No, no es eso. No quiero que nadie me ordene qué hacer ni dónde.

—Entonces, ¿qué esperas de nosotros?

Cada vez más frustrada, vociferó:

—Espero que te comportes como una persona humana, joder. ¿Tenemos que estar siempre regateando? Levi y yo hemos estado trabajando para una mujer que necesita ayuda con unos trámites burocráticos.

—Te refieres a la viuda de Cohen.

—Sí. Yo fui quien convenció a Levi de que la ayudáramos. Y parece que está metido en algo de lo que tú te beneficias claramente. Lo mínimo que puedes hacer es ayudar a esa mujer corrigiendo el informe del forense. Por el amor de Dios, tiene siete hijos.

—¿Y por qué no la mantienes? Te lo puedes permitir.

A Lucy le hervía la sangre.

—A veces eres un capullo integral. Para esa gente se trata de mucho más que de dinero. Mientras el informe no se corrija, esa familia no tendrá la certeza absoluta que su marido o su padre no era un pedazo de mierda cobarde y adúltero. Sé que el tal Cohen seguía el rastro de todo tipo de basura nazi que probablemente ya hayas eliminado. Mendel Cohen era un buen hombre y sabes perfectamente que fue asesinado. No se merece que su familia lo recuerde de manera turbia. Sé que eres una víbora, con piel humana para acercarte a la gente, pero, por una vez en tu vida, ¿puedes hacer algo que no te gane un galón en la sala de juntas o lo que sea que frecuentéis los de la Panda?

Mason rio antes de responder.

—Echo de menos tu verborrea, princesa dragón.

—Pues yo no echo de menos nada de ti. ¿Puedes ayudar a los Cohen o no?

Se hizo el silencio al otro lado de la línea durante unos segundos antes de que Mason respondiera.

—A ver qué te parece mi propuesta. Tú prometes tener una línea de comunicación abierta y yo veré qué puedo hacer. ¿Quedamos así?

Lucy frunció el ceño.

—Supongo. ¿Intentarás arreglar lo de Cohen?

—Sí.

—Doug... —Lucy exhaló un suspiro de frustración.

—¿Qué?

—Nada. Que hagas lo que puedas.

Colgó y abrió el cajón de la mesita de noche. Sacó una moneda y miró la figura del anverso: un lobo con halo de ángel. Había una gran X que la invalidaba.

Su antigua identificación.

Lucy esbozó una ligera sonrisa.

—Bueno, tengo lo que quería y no he tenido que vender mi alma. Espero que funcione.

CAPÍTULO VEINTE

*God rest ye merry, gentlemen
Let nothing you dismay
Remember Christ our.*

Levi pulsó un botón del casco y el cántico ensordecedor se desvaneció casi por completo. Era una hazaña considerable teniendo en cuenta que seguía notando las vibraciones en el pecho. Uno de los agentes científicos del grupo lo había explicado en el avión: era algo relacionado con la cancelación del ruido de banda estrecha, ajustada con el generador sonoro. Independientemente de la técnica, era impresionante.

Ahora que nada silenciaba sus pensamientos, se concentró en la casa donde se encontraban. El interior estaba a la altura de los mejores hoteles del mundo, con mármol y oro por doquier, madera tallada y ese olor a cera con aroma de limón. Pero reinaba tal oscuridad que incluso Levi necesitó las gafas de visión nocturna. Tenía un ojo enfocado al infinito y el otro ajustado para ver de cerca. Hizo una panorámica con la carabina M4 por el pasillo de la primera planta, que terminaba en forma de T. Los infrarrojos del arma bañaron el entorno con una luz invisible que brillaba con fuerza en el visor.

Annie se colocó detrás de él y le indicó con gestos que ella iría por la izquierda. Levi avanzó lentamente hacia la derecha.

Mientras recorría el pasillo adyacente, se abrió una puerta y un hombre apareció con paso vacilante y una AK-47 colgada del hombro. Tenía una mueca de dolor en el rostro y se tapaba los oídos con las manos. Levi le pegó dos tiros, uno en el pecho y el otro en la mandíbula, que le hicieron girar sobre sí mismo y caer al suelo. Alrededor del cuerpo desplomado fue formándose un charco de sangre.

Levi siguió avanzando y se centró en su imagen mental de la distribución de la planta. Era el ala residencial. Los dormitorios flanqueaban ambos lados del pasillo, que desembocaba en la habitación principal.

Desde un lugar lejano se oyeron disparos de armas automáticas, seguidas de un fuerte golpetazo. ¿Una granada?

A su paso, Levi fue inspeccionando cada habitación de un vistazo. Cuando llegó a las puertas dobles ornamentadas del dormitorio principal, las abrió de golpe de un talonazo, y se agachó al oír disparos.

—¡Quítate! *Geh weg von mir!*

Un hombre mayor aterrorizado le ordenaba a gritos que se marchara en una mezcla de alemán y español. Llevaba unos pantalones de pijama lisos y una camiseta, pero el Rolex de oro

de la muñeca y un collar de oro trenzado le indicaron que probablemente fuera el hombre que buscaba.

Todo seguía oscuro como boca de lobo y el hombre observaba en todas direcciones con los ojos saliéndose de sus órbitas mientras los sonidos de guerra se acercaban. Levi sonrió al oír los gatillazos continuados de un revólver vacío.

—Señor Juan Gerhard, supongo —gritó al acercarse.

—¿Y tú quién eres? —respondió el hombre en inglés, con un acento muy marcado.

—Mendel Cohen —gruñó Levi cuando estuvo a apenas tres metros.

El hombre se quedó inmóvil unos instantes antes de soltar un bufido.

—Menuda broma. Pero el juego ha terminado. Ya he llamado a las autoridades. Llegarán enseguida.

Levi notó la ira bullir en su interior.

—No te lo crees ni tú. —Miró a la cama y vio un móvil encima. Sin dejar de apuntar al viejo con la M4, se inclinó hacia delante, cogió el teléfono y vio que no tenía cobertura. Le dedicó una sonrisa espeluznante a Gerhard, negó con la cabeza y tiró el teléfono al suelo—. Hemos bloqueado la señal de móvil y todas las líneas fijas están cortadas, *Herr* Gerhard.

—No sé quién eres, pero queda claro que perteneces al ejército de Estados Unidos. Tendrás que detenerme, voy desarmado. Dejó caer el revólver vacío y le tendió las manos—. Mis abogados me sacarán en menos de veinticuatro horas y te arrepentirás de haber...

Desde detrás de Levi estalló un disparo que le voló la cabeza a Juan Gerhard y la repartió por la cama. El viejo se desplomó, retorciéndose de forma espasmódica.

—¿Te ha disparado? —preguntó Annie, preocupada.

—No. —Levi observó al viejo millonario, ahora muerto al igual que sus víctimas.

—Pues entonces vamos. El resto de las habitaciones están despejadas.

Cuando se giraron y se encaminaron hacia el ala norte, Levi se puso a pensar en el hijo del billonario, Herman Gerhard. Habían liquidado a uno y ahora faltaba el otro.



Al entrar en el pasillo que conducía al túnel de huida, se oyeron disparos. Annie y Levi se tiraron al suelo, apuntaron y alcanzaron a uno de los guardas. Cada uno de ellos lo acribilló con tres disparos.

Volvieron a avanzar y Levi soltó un gruñido.

—Tengo que vengarme del hijo.

Annie asintió.

—Puedes quedártelo todo el tiempo que quieras, siempre y cuando no permitas que te suelte un monólogo. Así es como los buenos acaban recibiendo un disparo en los cómics. No lo permitas.

—Sí, señora.

La puerta de detrás del guarda abatido medía por lo menos dos metros y medio y estaba llena de grabados de figuras militares alemanas, incluido Hitler en lo alto, por encima de una esvástica. Estaba cerrada con llave.

Levi estaba a punto de disparar a la cerradura cuando Annie le puso una mano en el brazo.

—Espera.

Rebuscó en los bolsillos del guarda y encontró una gran llave ornamentada. La introdujo en

la cerradura, la giró y la puerta cedió.

Con la M4 por delante, Levi abrió la puerta de un empujón. Se encontraron en una sala sencilla llena de archivadores que olía a humedad, con cierto vestigio de colonia. Al fondo había una puerta abierta que daba a unas escaleras de bajada.

—Por ahí —susurró Annie.

Levi bajó las escaleras el primero. Desembocaban en un túnel excavado en la piedra. En muy pocos puntos, alguna raíz asomaba por una grieta de la roca.

Levi advirtió que ya no notaba las vibraciones en el pecho, por lo que dio un toquecito en el casco para desactivar el filtro de banda estrecha. Ahora apenas oía los cánticos de arriba. Por lo demás, el túnel estaba en silencio.

Respirando hondo, Levi siguió adelante. Annie era como una sombra tras él, en silencio absoluto.

La fragancia a colonia era cada vez más fuerte.

Llegaron a una bifurcación del túnel y el rastro de colonia dejó claro que alguien había ido por la izquierda, lo cual resultaba sorprendente. Según los planos, por allí se iba a una cámara de almacenaje, una vía muerta. La salida estaba a la derecha.

Con una seña, Levi indicó a Annie que esperara y, lentamente, se internó por el túnel de la izquierda.

Al llegar al recodo del túnel que conducía al almacén, despinzó la anilla de una lata de gas lacrimógeno que llevaba en el cinturón, tiró de la anilla y la arrojó al otro lado de la curva.

A modo de respuesta, una lluvia de disparos rebotó en la pared del túnel, y el aire se llenó de piedras y polvo.

Levi se echó boca abajo, preparado para disparar. El silbido de la lata resonó por el túnel, seguido de toses y del sonido de unas pisadas. Parte del humo retrocedió, pero Levi se encontraba a una distancia segura.

De repente, un hombre tambaleante y cegado dobló la esquina.

Levi le disparó directamente bajo la mandíbula y le voló la parte posterior de la cabeza.

Herman Gerhard, se acabó.



Levi se asomó por la compuerta del Black Hawk MH-60M que se cernía a quince metros por encima del Atlántico. Bajo el helicóptero colgaba una cuerda en cuyo extremo había dos cadáveres encadenados y manchados de sangre.

Oyó la voz del piloto a través del casco.

—Cuando estés listo.

Levi tiró de la palanca de lanzamiento y los cadáveres de los Gerhard se precipitaron al agua. Enseguida se hundieron bajo la superficie e iniciaron su descenso al fondo del océano, situado en ese punto a más de tres mil seiscientos metros.

—Levi. —Era la voz de Mason.

—Sí. Ya nos hemos deshecho del paquete.

El helicóptero ganó altura y se alejó de la costa a toda velocidad.

—Excelente. Ahora que los equipos se han marchado, es un poco complicado ir de un lado para otro, así que hay un plan B para tu salida. El piloto te llevará al *USS Stout*, que se encuentra a unos cien kilómetros de tu ubicación.

—¿Qué es el *USS Stout*? ¿Es lo que me llevará a casa?

—El *Stout* es el buque más cercano que he podido contactar para tu transporte. Es un destructor del tipo Arleigh Burke, así que estarás en buenas manos. En cuanto se acerquen a un país que esté menos cabreado con nosotros, el Black Hawk te llevará a un aeropuerto y enseguida estarás en casa. No te preocupes.

Levi se recostó en el asiento y se encogió de hombros. Habían liquidado a dos personas malvadas, y probablemente a unas cuantas más. Era positivo, pero se preguntó si aquello marcaría alguna diferencia. El mundo seguía siendo un lugar horrible.

—Por favor, dime que en ese sitio hemos obtenido información que vaya a servir para algo bueno.

Mason rio.

—Hemos sacado todo lo posible. Lo analizaremos en las próximas doce a veinticuatro horas. Lo que sí sabemos seguro es que le habéis cortado la cabeza a un grupo que lleva décadas financiando e infiltrándose en los medios. Ah, y da la casualidad de que, poco después de que os marcharais para proceder al «enterramiento», toda la instalación se incendió.

—Por casualidad, ¿eh? —Levi sonrió.

—Ah, y unas cuantas cosas más. El Grupo Gerhard ha dejado de existir. Algunos de nuestros peritos forenses han resuelto los enigmas de esa empresa y... digamos que ya no tienen liquidez. Dicho esto, como esta misión te ha costado cara en más de un sentido, hemos dispuesto que recibas un estipendio. Llamémoslo «compensación por daños y perjuicios». Se te ha depositado en una cuenta de la que podrás retirar el dinero. Además, por los gastos de alojamiento y protección de uno de los nuestros, he dispuesto el pago a tu casero, que supongo que no acepta cheques. Ya te informaré del acuerdo al que lleguemos.

—Mi casero... oh, vale. —Levi supuso que Mason se refería al don, pero en cierto modo le sorprendía que la Panda fuera a pagarle con dinero. Tenía sentido, pero no se lo esperaba.

—Levi, recuerda. Eran gente muy mala y ya no podrán seguir metiendo cizaña. Me aseguraré de que salga algo bueno de esta misión, pero no puedo prometer que sea el fin de este tipo de problemas. Lucharemos por buenas causas y debes saber que hoy has hecho una buena obra. Relájate, que yo ya me encargaré de que llegues a casa lo antes posible.

Levi recostó la cabeza y cerró los ojos. Justo antes de dejarse vencer por el sueño, se preguntó qué tal estaría Lucy.

CAPÍTULO VEINTIUNO

De camino a casa, Levi tuvo que parar en Harlem para cambiar su ropa de militar por la normal. En esta ocasión, no pasó nada raro en el club que no era un club no desapareció ningún británico, no desaparecieron pasillos y no vio ninguna escalera que condujera a trenes de alta velocidad. Levi se sintió aliviado. La Panda era un misterio envuelto en un enigma y no tenía energía mental para descifrarlo.

Lo cierto era que quería retomar su vida en el punto en que la había dejado antes del caso Cohen y de que la Panda monopolizara sus pensamientos.

Ahora estaba en el Gerard's brindando con Lucy. Ella tomaba un whisky con soda y él su agua de Seltz. Todo volvía a la normalidad.

Lucy dio un sorbo a su bebida y luego lo tomó de la mano.

—Te he echado de menos. Suena raro decirlo, dado que solo has estado fuera unos días, pero es la verdad.

De repente, al mirarla, se dio cuenta de lo que había cambiado en ella. Al comienzo, siempre le había parecido inescrutable. Tenía la expresión de una muñeca de porcelana. No notaba sus emociones, sus pensamientos, nada. Pero ahora, al mirar sus ojos castaño oscuro, lo vio todo. Vulnerabilidad. Satisfacción. Algo que antes no estaba. Y más, mucho más.

La puerta principal se abrió y entraron dos personas: Rivka Cohen y su tío Menachem. Por primera vez, ambos desplegaban una sonrisa.

—¿A qué viene tanta felicidad? —preguntó Levi.

Rivka abrazó a Lucy y Menachem agarró a Levi y le plantó un beso en cada mejilla.

—Este hombre hace milagros —declaró Menachem en voz bien alta para que todos lo oyeran.

Confundido, Levi les invitó a sentarse.

—Por favor, un poco menos de entusiasmo. ¿Qué me he perdido?

Rivka, radiante de alegría, sacó un sobre y se lo tendió. Levi extrajo el contenido.

Había dos documentos: un informe de la oficina del forense de Nueva York y otro de la Tesorería de la Seguridad Social.

Antes de que Levi tuviera tiempo de leerlos, Menachem intervino entusiasmado.

—Al parecer, alguien inició una investigación de la causa de la muerte, y se ha llegado a la conclusión de que fue un homicidio. Un hombre llamado Jerry Mixon tenía en su casa el mismo veneno que se empleó para matar a Mendel. Como es de imaginar, es un veneno poco común. Ahora la policía ha presentado cargos contra él, pero ha desaparecido.

Rivka asintió.

—Y cuando fuimos a dárselo a los de la Seguridad Social, ya habían recibido el informe y

estaban cambiando el veredicto.

—Como he dicho, ¡milagroso! —exclamó Menachem.

Levi abrió y cerró la boca. No tenía ni idea de cómo había pasado todo aquello. Miró a Lucy, que se limitó a sonreír y pellizcarle el muslo por debajo de la mesa.

Levi se volvió hacia los Cohen.

—Permitidme que os diga que, en parte, puede haber sido cuestión de suerte —ladeó la cabeza hacia Lucy—, o podéis darle las gracias a ella. Ha estado trabajando en distintos frentes. Probablemente sea ella quien haya obrado más milagros que yo.

Lucy le dio un ligero codazo y sacudió la cabeza.

—Qué modesto es. Ha sido cosa suya. —Alargó el brazo y le apretó la mano a Rivka—. Sea como sea, estoy supercontenta por vosotros.

Rivka y Menachem se levantaron.

—Esta noche es *sabbat* y, ahora que no vamos a mudarnos, tengo que preparar algunas cosas. ¿Os gustaría venir a cenar? Nos encantaría celebrarlo con vosotros.

Levi miró a Lucy y ella asintió.

—Allí estaremos antes del atardecer.

—Fantástico. —Rivka dio una palmada, emocionada—. Hasta luego.

Hacía tiempo que Levi no se sentía tan feliz como al ver a Rivka y Menachem saliendo del bar. Alzó su vaso hacia Lucy.

—Hemos hecho una buena obra.

Lucy se secó una lagrimilla, asintió y entrecrocó su vaso con el de él.

—Así es.

—Bueno, tengo que reunirme con el don antes de cenar. ¿Quieres que quedemos directamente en casa de los Cohen?

—¿Qué te parece si voy en un par de horas? Me vestiré en tu casa, si no te importa.

—Perfecto. —Miró el reloj situado por encima de la barra—. Tengo que marcharme.

Lucy apuró su bebida y los dos se levantaron.

El chófer de Lucy estaba esperando fuera y dejó a Levi en su casa antes de llevarla a ella a la suya. Y, al ver desaparecer el todoterreno calle abajo, Levi se dio cuenta de algo: él también la había echado de menos.



—Yo firmaré por el señor Bianchi —dijo Levi examinando el albarán de entrega que tendía el guarda armado. Vio que el paquete era para Vincenzo Bianchi, a cargo de Levi Yoder. Se inclinó para ver más allá del guarda. Un furgón blindado estaba aparcado delante del bloque de apartamentos de la familia de mafiosos Bianchi. Tony, que era el encargado de seguridad de la recepción esa tarde, contempló la escena con expresión confundida mientras Levi firmaba el albarán.

—Gracias, señor. —El guarda le dio a Levi el pesado maletín y una llave.

Al cabo de unos instantes, el vehículo blindado se alejó y Tony puso en marcha el escáner de rayos X. Levi colocó el maletín en la mesa bajo el panel de llamadas.

Tras un minuto de escaneo, Tony asintió y dijo:

—Ningún explosivo. Parecen un montón de papeles. Ni cables ni nada.

Levi dio un toquecito a un botón del panel de llamadas y oyó el sonido de un teléfono.

La voz de Don Bianchi resonó en el vestíbulo tras el segundo ring.
—¿Qué ocurre, Tony?
—Hola, soy Levi. Acaban de traerte un maletín en un vehículo blindado.
—¿Un maletín? ¿Tony lo ha...?
—El escáner ha dado negativo, Don Bianchi —dijo Tony con rotundidad.
—De acuerdo, Levi. Sube, que igualmente quería hablar contigo.
—Voy.



Levi salió del ascensor y recorrió un corto pasillo. Dos mafiosos se levantaron de un salto de sus sillas y abrieron unas puertas dobles que conducían al salón de Don Bianchi.

Al entrar, Levi sonrió ante la cálida opulencia que allí se desplegaba. Era muy distinto de la casa de Lucy. Tal vez Lucy fuera incluso más rica que el don, no lo sabía con certeza. Pero, en cierto modo, el gusto del don le resultaba más acogedor. Transmitía una calidez que parecía más llena de vida, mientras que el gusto de Lucy daba la sensación de estar en un museo.

Las dos chimeneas estaban encendidas y emitían un resplandor acogedor. El gran escritorio de Vinnie, la barra del mueble bar con fregadero incluido, las sillas, los paneles de madera tallada, los cuadros e incluso la réplica de la Venus de Milo. Todo aquello le hacía sentirse en casa.

No había nadie más.

Levi se acercó al par de sillones situados junto a la chimenea y dejó el maletín en la mesa que había entre los dos.

Respiró hondo y se preguntó qué quería Vinnie. Últimamente, el don se había dedicado a varios temas de los que Levi apenas tenía constancia. Una de las cuestiones eran las quejas de otra familia de mafiosos de Jersey, pero no sabía nada de otros problemas.

A Levi le resultaba extraño pensar en Vinnie como el cabecilla de una familia de mafiosos. Al fin y al cabo, lo conocía desde que eran jóvenes. En realidad, el padre de Vinnie había dado la cara por Levi y, que él supiera, era el único no italiano de *La Cosa Nostra*.

Levi tenía los ojos cerrados y la cabeza apoyada en el respaldo del sillón cuando Don Vincenzo Bianchi, el capo de la familia Bianchi y eterno amigo de Levi, entró en la sala. Se miraron a los ojos y la habitual sonrisa torcida de Vinnie evocó los recuerdos de la infancia de ambos en las calles de Little Italy.

Habían sido buenos tiempos.

—¡Levi! —Vinnie cruzó la estancia rápidamente y se abrazaron y se besaron en las mejillas.

Como de costumbre, el don se sirvió un amaretto sour.

—¿Te pongo un agua de Seltz?

—Claro, por qué no.

Levi se acercó al bar justo cuando Vinnie vaciaba un cartucho de CO₂ en una gran lata de metal y, en cuestión de minutos, los dos estaban alrededor del fuego, dando sorbos a sus bebidas.

—¿Dónde está Frankie? —Frankie, como jefe de seguridad que era, además de ser primo de Vinnie, casi siempre estaba por ahí.

—Quería que estuviéramos solos tú y yo. —Vinnie sonrió y señaló a Levi con su bebida. El dulce líquido ámbar se mecía en el vaso de cristal tallado—. ¿Tienes la llave de esa cosa?

—Oh, sí, lo olvidaba. —Levi pescó la llave en su bolsillo y se la tendió al don.

El don la contempló, la giró en su mano y luego la tiró a la chimenea.

—¿Qué? —Levi se incorporó y dirigió la mirada primero a la llave y luego a Vinnie—. ¿Por qué has hecho eso?

Vinnie hizo un gesto de desdén al oír la pregunta y señaló la llave.

Había ido a parar bajo la rejilla, donde el gas natural lanzaba llamas a través de las piedras volcánicas. La llave resplandecía, centelleaba incluso, como si estuviera a punto de moverse. Y ocurrió. La llave empezó a derretirse y se convirtió en lo que Levi supuso que era un charco de plomo fundido.

—La llave es un *fugazi*.

—¿Falsa? ¿La llave es falsa? —Levi frunció el ceño—. Pero es la única que tengo.

Vinnie se echó a reír, se inclinó hacia delante y le dio una palmada en la rodilla.

—Amigo, tengo que confesarte una cosa. Tenías razón hace un par de meses. Metí la pata y me pillaste. Por supuesto que en otras circunstancias no lo reconocería, pero me pillaste.

—Vinnie, no tengo ni idea de a qué te refieres.

El don señaló el maletín.

—Busca la bocallave.

Levi cogió el maletín y pasó la mano por donde habría debido estar la bocallave, o una cerradura con combinación. No había nada. Intentó abrir los pasadores, pero ni se movieron.

—No lo entiendo. ¿Cómo se supone que se abre esto?

Con una sonrisa de oreja a oreja, Vinnie habló:

—Harían falta un par de verdaderos ángeles con piel de lobo para abrirlo.

—No lo pi... —Levi se quedó inmóvil y miró a Vinnie con la sorpresa reflejada en el rostro. Recordó la última vez que había mencionado esa frase en presencia de Vinnie y reprodujo la escena en su interior.

—*¿Te acuerdas de cuando me dijiste que era un ángel con piel de lobo?*

El don se secó los ojos.

—*Supongo que sí. —Le dio una palmada en el pecho a Levi y rio—. Aunque te va como anillo al dedo, amigo—. Se volvió hacia Frankie y señaló el baúl—. Tendrás que hablar con los Rosenberg sobre...*

Levi se dio cuenta de que Vinnie había cambiado de tema enseguida, pero ahora...

Se quedó boquiabierto al verle sacar algo del bolsillo del chaleco y extender la mano. El don tenía una moneda entre los dedos.

—No me jodas... —Levi se inclinó hacia delante y sujetó la otra mitad de la moneda. Transcurridos unos segundos, una luz empezó a brillar desde el ojo de la pirámide.

Levi saltó del sillón y se pasó los dedos por el pelo sin dejar de observar a aquel hombre que conocía desde pequeño.

Vinnie señaló el asiento vacío.

—Siéntate, sé que te has quedado de piedra, pero hablemos.

Levi se sentó y susurró:

—¿Quién más lo sabe?

—Nadie. Tengo un contacto en la Panda. Ya no hago casi nada para ellos, solo alguna cosilla de vez en cuando. Hace dos días mi contacto me dijo que ahora estás con ellos.

—Un momento. —Los pensamientos se agolpaban en la mente de Levi—. Así, ¿por aquel

entonces ya sabías que yo trataba con la mafia japonesa?

Vinnie asintió.

—Sí, de hecho, me pareció que eras el hombre perfecto para ese tipo de cosas. Lo siento, pero supieron de ti gracias a mí.

Levi parpadeó recostado en el asiento. Estaba anonadado.

—¿Cuánto tiempo hace que estás con ellos?

—Pasó poco después de tu desaparición. Después de la muerte de tu Mary. Mi padre estaba enfermo y ellos querían un vínculo con las familias de la ciudad de Nueva York. —Vinnie apuró la copa y la dejó encima de la mesa—. Quizá no sepas que cuando papá murió las calles estaban que ardían. La Panda me ayudó a consolidar mi poder. No me malinterpretes, esa organización tiene sus propios planes, pero creo que tienen en mente el bien del país. Incluso del mundo. Está claro que no somos legales, al menos no en todos los sentidos, pero mantenemos la situación a raya—. Señaló el maletín—. Bueno, abrámoslo.

Levi observó el maletín y dijo:

—¿Cómo?

Vinnie se inclinó hacia delante y puso un dedo bajo el pasador del lado derecho del maletín.

—Bajo el pasador hay una especie de escáner. Hacen falta dos miembros para abrir uno de estos. Y si alguien intenta forzar la cerradura, se autodestruye como en esas películas de *Misión imposible*.

Levi se quedó mirando a Vinnie, intentando asimilar que el líder de la familia de criminales Bianchi fuera miembro de la Panda. Se inclinó hacia delante, puso el dedo bajo el otro pasador y, casi de inmediato, el maletín se abrió con un chasquido.

—Bueno, a ver qué tenemos aquí. —Vinnie abrió el maletín y asintió mientras iba sacando fajos de billetes de diez mil dólares. Cada uno iba marcado con las letras VB.

Levi frunció el ceño al ver una caja que tenía un sobre pegado.

—Pensaba que los rayos X solo mostraban papel. ¿Qué es eso?

—Conociendo a esta gente, esa cosa probablemente resulte invisible a los rayos X o algo así. —Vinnie cogió la caja y asintió agradecido—. El sobre lleva tu nombre.

Vinnie se lo tendió y Levi notó un escalofrío en cuanto separó el sobre de la caja. No era la primera vez que veía ese tipo de caja. Al abrir el sobre, le sorprendió ver que contenía una carta manuscrita.

Levi:

Seguro que te has llevado una buena sorpresa. Pero cuando nos conocimos ya te dije que te unías a un grupo muy selecto de personas. No damos invitaciones a la ligera, y la traición se paga con la expulsión del grupo.

Hemos depositado una cantidad considerable de dinero en tu cuenta por una misión bien completada. Gracias de nuevo. Sin embargo, debe quedar claro que en nuestra organización nos tomamos la seguridad muy en serio, por lo que tenemos a todo el mundo controlado. Somos muy exigentes y consideramos que los beneficios están a la altura de la dedicación de cada uno.

Como de costumbre, hemos estado vigilando. He revisado las imágenes de vídeo de la operación en la que participaste en el exterior de la iglesia de St. Michael's. Lucy y su equipo lo hicieron de maravilla. Supuse erróneamente que tú eras una parte importante de la operación. Me he replanteado la cancelación de la membresía de Lucy en la Panda.

Adjunta encontrarás una plantilla de identificación. Ella sabe cómo usarla y, si así lo desea, volverá a formar parte de mi unidad. Igual que tú.

*Ah, y puedes decirle algo de mi parte.
Dile que no le pido que venda su alma a la Panda. Entiendo que eso no es para ella. Solo
queremos alquilársela de vez en cuando.*

Mason

Levi sopesó la caja lacada en la mano y sonrió.

—¿Todo bien? —preguntó Vinnie.

Levi asintió.

—La cosa está mejorando. Tengo que hablar con Lucy sobre esta noche.



Levi estaba recién duchado y envuelto en un albornoz cuando sonó el timbre. Abrió la puerta y se encontró a Lucy en el pasillo con un periódico en una mano y una bolsa de ropa en la otra.

Lo miró de arriba abajo y sonrió.

—Tony me ha dejado subir. Espero no pillarte en mal momento.

—No, por supuesto que no. Oye, tengo algo para ti de parte de Mason.

—Eso puede esperar.

Lucy entró y dejó la bolsa de ropa en una de las sillas.

—Siéntate.

Levi sonrió y obedeció. Vio que el lado autoritario de Lucy había reaparecido.

Ella le lanzó el periódico.

—Mira el titular.

Levi lo leyó en voz alta:

—«Israel se defiende de un atentado terrorista palestino». Pensaba que nunca vería un titular así. —Leyó en diagonal la noticia, que describía cómo Hezbolá, apoyado por el régimen iraní, había organizado un atentado utilizando a niños palestinos.

Lucy se le sentó en el regazo, aplastando el periódico, y sonrió. Le rodeó el hombro con un brazo, le acarició la mandíbula y se le acercó más para darle un beso. Cuando sus labios se tocaron, Levi le puso sin querer la mano en la cintura, pero enseguida la apartó.

—Vuelve a tocarme —susurró ella.

A Levi le latía con fuerza el corazón al ponerle la mano detrás del hombro y recorrerle la espalda hasta llegar al coxis.

Se recostó en el asiento y expresó su asombro.

—No lo entiendo. Normalmente te pones de los nervios...

Lucy le selló los labios con un dedo y se le inundaron los ojos de lágrimas.

—Digamos que he admitido que llevaba una carga emocional que no sabía que tenía y, una vez desechada, he superado ciertas trabas. Además, ya te dije que hacer negocios juntos sería positivo para ambos.

Él le puso una mano en la pierna y le sorprendió que ella no diera un respingo.

—¿Y cuál es el siguiente paso en esta asociación?

Lucy se sonrojó y tiró del nudo del albornoz.

—Vamos a la habitación a hablar de ciertos temas.

—Pensaba que eso no entraba en tus planes —terció Levi con una sonrisa pícar. —Era

broma...

NOTA DEL AUTOR

Bueno, así acaba *Nunca más*, y deseo sinceramente que te haya gustado.

Como es el tercer libro de una serie, doy por supuesto que ya sabes quién soy y no te haré pasar por el mismo rollo otra vez.

Sin embargo, sí que quiero hablar un poco de mi contrato contigo, lector o lectora.

Escribo para entretener. Ese es mi principal objetivo, porque eso es lo que muchas personas esperan de una novela.

Sin duda es lo que yo siempre he querido. La historia por encima de todo, en todo momento.

Pero no me malinterpretes, existen un sinfín de motivos perfectamente válidos para leer y, de hecho, me encanta cuando alguien me dice que tiene que comprobar cosas para ver si son reales y le sorprende ver que sí lo son.

Intentar entretener a la gente es un motivo de orgullo para mí, al tiempo que intento mantenerme fiel a las posibilidades que nos brindan la ciencia y la tecnología. Además, si la novela está de algún modo inspirada en acontecimientos reales, intento ofrecer extractos verificables que permitan a los lectores disponer de más información sobre los hechos de los temas que trato en la historia.

Cuando mis historias contienen temas controvertidos o que tienen a la opinión pública dividida (por ejemplo, los OMG), nunca tomo partido como escritor. Dejo que los personajes hagan su papel y defiendan su opinión. Sin embargo, sí que me esfuerzo en presentar los hechos tal como son para que el lector extraiga sus propias conclusiones.

Por el momento, he tratado los incidentes de Flecha Rota (véase *Operación Mano Muerta*), el tráfico sexual infantil en *El infiltrado* y, en esta novela, el peligro que entrañan los medios de comunicación tendenciosos.

A ciertas personas, los temas elegidos les parecen eclécticos, inesperados, pero la mayor parte de las reacciones que he recibido hasta el momento han sido positivas. Así pues, gracias por ello. Publicar opiniones es, por supuesto, la forma más sencilla de hacerme saber a mí y a los demás lo que opinas de la novela o de cualquiera de mis obras. El boca a boca es de suma importancia para nosotros, los pobres autores.

Sin embargo, aunque disfruto escribiendo sobre acontecimientos, historia y ciencia en particular, mi objetivo principal es siempre el entretenimiento.

Como de costumbre, al final de este libro hay un apéndice donde trato ciertos detalles relacionados con la redacción de esta novela, cómo me documenté y, por supuesto, explico detalles científicos y tecnológicos sobre todo... porque no puedo evitarlo.

Espero que esta historia te haya gustado y deseo que continúes leyéndome en otras venideras.

Mike Rothman

20 de septiembre de 2019

Si has disfrutado con esta novela, aprovecho la oportunidad para presentarte otro de mis títulos que creo que te gustará. Es la cuarta entrega de la serie de Levi Yoder y se titula *La ciénaga*.

Con tu permiso, aquí tienes una breve descripción.

Como solucionador de una de las familias de la mafia de Nueva York, Levi preferiría mantener un perfil bajo. La cosa cambia cuando la Panda, una misteriosa organización, le pide ayuda. Varios líderes mundiales han recibido amenazas que se atribuyen a miembros del crimen organizado y a su relación con infiltrados en el gobierno de D. C. y Moscú.

Cuando lidia con criminales, Levi tiene las cosas muy claras. Sin embargo, cuando se ve inmerso en un mundo lleno de funcionarios sonrientes, esbirros políticos y engaños inimaginables, entiende por qué hay gente que considera que el gobierno es una ciénaga.

En *La ciénaga*, Levi se enfrenta a una misión prácticamente imposible: neutralizar una amenaza latente que, de cumplirse, podría desestabilizar buena parte de la sociedad occidental y provocar un auténtico cataclismo.

En una situación en que surgen amenazas a una velocidad apabullante en dos continentes a la vez, a Levi le resulta imposible estar en todas partes.

Quizá ya sea demasiado tarde para evitar lo que está a punto de suceder.

AVANCE – LA CIÉNAGA

Con el corazón acelerado, John aparcó la furgoneta en la plaza de parking más cercana a la línea de la tercera base del Simpson Field. Era muy temprano y el rocío hacía relucir la hierba. Veía con claridad el campo de entrenamiento de béisbol del Congreso y a los jugadores alineados.

Por el retrovisor, vio a un hombre aproximarse por el lado del conductor. Dio un golpecito en la ventanilla con los nudillos y le indicó que la bajara.

John echó un vistazo a la placa del cinturón y obedeció.

—¿Sí?

El policía se inclinó y recorrió rápidamente con la mirada el interior de la furgoneta Toyota de último modelo antes de centrarse en él.

—Señor, soy el agente Sánchez de la policía del Capitolio. Hoy entrenan unos congresistas. Si desea observar, por supuesto que está en su derecho, pero antes tendremos que registrarle a usted y el vehículo.

John tenía veinte años y parecía un chico blanco inocente de clase media-alta, pero no se fiaba de la policía. Intentó mantener la voz calmada mientras apagaba el motor y se desabrochaba el cinturón de seguridad.

—¿Hay algún problema? Solía venir aquí con mi hermano y nunca nos registraban. —Abrió las puertas y se bajó de la furgoneta mientras otro agente aparecía en la ventanilla del lado del pasajero. John miró al otro policía por encima del hombro—. La puerta está abierta. No tengo nada que ocultar.

Sánchez le indicó que levantara las manos.

—Después de que en 2017 dispararan a un congresista actualizaron las medidas de seguridad. Levanta los brazos a los lados.

Tras un cacheo rápido pero completo, Sánchez miró a su compañero, que levantó el pulgar en señal de aprobación y corrió la puerta de la furgoneta para cerrarla.

—Bueno, señor, todo correcto. Disfrute del entrenamiento.

John sonrió mientras dejaba atrás las gradas descubiertas y sacaba un recorte de periódico del *New York Times*. Fue mirando repetidas veces del artículo a los jugadores que estaban en el campo. Por lo menos uno de ellos, no, dos del artículo estaban en el terreno de juego. Un pelirrojo de unos cincuenta y pico años y el otro, un hombre con el párpado izquierdo caído. Probablemente hubiera más, pero tendría que acercarse para verlos mejor.

Y no pensaba arriesgarse ni por asomo.

Además, no necesitaba verlos desde más cerca. Aquellos individuos eran todos unos traidores al país por el que su padre había luchado y muerto en Afganistán. Aquellos congresistas se pegaban la gran vida gracias al dinero de los contribuyentes. Eran todos unos mentirosos y unos

tramposos.

Escudriñó los alrededores rápidamente y, tal como había imaginado, vio que la policía estaba reunida alrededor de la cabina de prensa y del banquillo. Por ahora quedaban fuera de su camino.

John se guardó el artículo en el bolsillo de cualquier manera y se acercó a unos frondosos árboles que quedaban ocultos desde el campo. Al pie de un roble, encontró lo que estaba buscando. Echó otra mirada a su alrededor y, con las manos, escarbó en la tierra hasta encontrar lo que había escondido allí hacía dos días.

Desenterró la caja de munición, abrió los cerrojos, levantó la tapa y sonrió.

La caja contenía un viejo revólver Smith & Wesson y una ametralladora Heckler & Koch MP5. Ambos habían pertenecido al padre de John.

Se guardó el revólver en la cinturilla y luego introdujo el cargador lleno en la MP5, echó hacia atrás la palanca de carga de la ametralladora como había visto hacer a su padre innumerables veces y preparó la primera ráfaga.

Al seleccionar la posición «auto», recordó los detalles del artículo del *New York Times* y se puso rojo de ira. El titular decía: «Un día los ciudadanos del mundo notarán los efectos del voto de hoy en Washington D. C.». El artículo pasaba a identificar a los traidores que habían cambiado de chaqueta para unirse a la oposición.

—Algunos ciudadanos notarán hoy esos efectos —masculló.

Se colgó la MP5 al hombro, la ocultó bajo el cortavientos y se encaminó al campo.

El partido había empezado. Se realizó un lanzamiento y el bateador del plato golpeó la pelota con fuerza. Los asistentes siguieron su trayectoria hasta el jardín.

Mientras el fuerte latido de su corazón ahogaba el resto de los sonidos del terreno de juego, John sacó la metralleta, apuntó a su primer objetivo y apretó el gatillo.



Levi Yoder esperaba la llegada de su contacto sentado en un banco de la zona norte de Lincoln Park. Era el mediodía de un día radiante en Washington D. C. y, aunque el riesgo de infección por COVID era prácticamente nulo al aire libre, la mayoría de la gente llevaba mascarilla. Era una época extraña en la que política y ciencia se confundían con frecuencia.

Levi no había sufrido ni siquiera de una leve tos desde que superara el cáncer hacía unos años, pero también llevaba mascarilla. No porque pensara pudiera servirle a él sino porque, de lo contrario, llamaría la atención, y eso era lo último que quería.

Como miembro iniciado de la mafia italiana sin raíces en aquel país europeo, hacía tiempo que Levi había optado por una vida de oscuridad y sombras. Pero hoy no estaba trabajando para la familia Bianchi. De hecho, de haber sabido Don Marino lo que estaba haciendo... en fin, lo habría acribillado a preguntas incómodas.

El móvil le vibró y activó el receptor Bluetooth que llevaba en la oreja.

—¿Qué pasa?

—Levi, soy Brice. Te llamo para informarte de que los monitores de disparos del FBI acaban de activar una alerta en tu zona.

Levi apretó los labios de forma que se convirtieron en una línea fina.

—No he visto nada fuera de lo común.

—Han disparado al otro lado del río, a unos tres kilómetros de donde estás ahora. Según los ordenadores, eran disparos de arma automática. Aún no tengo ningún escáner de tráfico policial,

pero la policía del Capitolio va a perder la cabeza por esto. No te extrañe que todos los lugares públicos que rodean el D. C. se cierren en los próximos quince minutos.

—¿Cambia eso mis planes?

—No, se mantienen. Solo quería que supieras que hay movida cerca y que quizá veas un aumento de actividad en la zona.

—Oído.

Levi colgó y se recostó en el banco del parque con todos los sentidos aguzados.

Brice era el jefe de tecnología de una organización llamada «la Panda», una parte del gobierno de la que nadie hablaba jamás. La Panda era también su segundo «trabajo», por así decir. No es que lo tuvieran en nómina, pero de vez en cuando necesitaban que se encargara de ciertas cosas que exigían sus recursos y habilidades extraordinarias.

Precisamente, era uno de esos días.

Miró su reloj y frunció el ceño. Pasaban dos minutos de la hora señalada y eso decía mucho de la persona a la que la Panda había enviado a reunirse con él.

En la sociedad a la que Levi pertenecía, nunca se llegaba tarde a una cita sin tener un motivo de mucho peso. Y llegar tarde a una cita con un superior equivalía a una bofetada. Algunos habían recibido una paliza por menos.

Sin embargo, no tenía una cita con un capo de la mafia, ni tampoco con un conocido de ninguna empresa. Era una especie de títere y, al igual que la mayoría de los funcionarios federales, debía de pensar que era el centro del mundo.

El teléfono volvió a vibrar.

—¿Sí? —respondió.

—Estoy caminando hacia la estatua de Mary Bethune con los dos niños. —A Levi, aquella voz nasal le recordó a Paul Lynde, la voz de la rata Templeton de los dibujos animados *La telaraña de Carlota*, y quizá a una estrella aún más rutilante de algún programa de juegos de los años setenta.

—Llegas tarde.

—Lo sé, lo siento. Es que...

—Estoy sentado en el banco situado más al norte.

Levi colgó y escudriñó el parque en busca de su contacto. A lo lejos se oían sirenas.

Al cabo de un minuto vio a un hombre delgado con traje oscuro andando a paso ligero en su dirección. Tenía unos cuarenta años y el traje le quedaba bien; estaba hecho a medida y probablemente tuviera un precio muy superior al que podría pagar un típico funcionario del gobierno.

Se miraron a los ojos y, al aproximarse, el contacto asintió.

Se sentó en el otro extremo del banco, se volvió hacia Levi y preguntó con una sonrisa:

—¿Cuál es su forma preferida de ocultar un cadáver?

—Poco hecho, bañado en mantequilla al ajo y maridado con un buen Chianti. —Levi fulminó al hombre con la mirada—. ¿Se puede saber qué coño de pregunta es esa?

El hombre se encogió de hombros, echó la mandíbula hacia delante y bajó la mirada ante el mafioso.

—Intentaba romper el hielo. Sé quién es, señor Yoder. También estoy al corriente de sus vínculos con Nueva York y el resto de las familias de la costa Este. Ha hecho de I. C. en otras ocasiones y me alegra que esté dispuesto a ayudarnos una vez más.

Levi tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no estrangular al sujeto que tenía sentado al lado. El único cuerpo de seguridad para el que había trabajado en D. C. era el FBI y nunca

había hecho de confidente.

—No sé qué se cree que sabe sobre mí, pero si insinúa que alguna vez he sido informante confidencial para usted o para otros, se equivoca de pleno, señor...

—Smith. Puede llamarme agente Smith.

—De acuerdo, Smitty. ¿Qué quieres?

El agente frunció el ceño.

—Supongo que le habrán dicho para qué he venido. ¿Lo tiene?

Levi exhaló un suspiro y sacudió la cabeza.

—No sé qué tipo de formación os dan en la academia del FBI, pero la cosa no funciona así. Eres tú quien pide un favor. —Se inclinó hacia delante y dijo con un gruñido—: ¿Qué coño quieres de mí?

Smith abrió ligeramente los ojos aunque, por lo demás, mantuvo la compostura.

—Me han dicho que tiene unas fotos para mí.

—Muy bien, Smitty. —Levi le dedicó una mirada fría—. Ahora dime qué tipo de fotos crees que tengo. ¿Quieres esas en las que sales en pelotas con la hija de tu vecino?

—¿Cómo? —El agente sacudió la cabeza y soltó un bufido desdeñoso—. Ni siquiera conozco a mis vecinos y mucho menos sé si tienen hijos. Me dijeron que tienes unas fotos comprometedoras de la esposa de un congresista.

—¿Y a santo de qué ibas a quererlas?

El agente bajó tanto la voz que quedó reducida a un susurro.

—Puedo recurrir a la fuerza del FBI si hace falta. No tengo por qué explicar los motivos.

—Sandeces. Me importa un comino quién te creas que eres, no tienes autoridad para una mierda.

Levi no estaba nada intimidado por aquella amenaza vacía. Le costaba imaginar por qué la Panda había optado por darle a aquel imbécil pomposo poder para algo. Pero, al fin y al cabo, tenía que confiar en su información sobre el asunto.

Sacó un sobre del bolsillo interior de la americana y se lo tendió.

—Aquí tienes, agente Smitty. ¿Esto es lo que querías?

El agente echó un vistazo al interior del sobre y sacó unas cuantas polaroids. Mientras las repasaba, una sonrisa asomó a su rostro. A Levi no le entraba en la cabeza qué gracia podía tener para un agente del FBI ver a una mujer esnifando polvo blanco.

Smitty guardó las fotos y se levantó del banco.

—Gracias, señor Yoder. Ha hecho un gran servicio al país. —Se dio la vuelta y regresó por donde había venido.

A Levi le vibró el teléfono y dio un toquecito al auricular que llevaba. Era Brice.

—Os he observado desde una de las cámaras de seguridad del parque. ¿Has terminado?

—El pavo ha tenido suerte de que no le haya disparado a la rodilla, pero sí, tiene las fotos. ¿Había algo más antes de regresar a Nueva York?

—Sí, Mason quiere verte. Ahora. Si puedes ir a Georgetown, me reuniré contigo en un bar llamado Rooster and Bull. Acabo de enviarte la dirección.

Levi se levantó sacudiendo la cabeza y se encaminó al coche de alquiler.

—Nunca habría pensado que eras de los que frecuentan bares, Brice. Estaré allí en veinte minutos. ¿De qué va la cosa?

—Si te soy sincero, no tengo ni idea. Lo único que me han dicho es que Mason quiere verte hoy. Los caminos de los jefes, al igual que los de Dios, son inescrutables.

—Bueno, independientemente de lo que Mason haya planeado, esta noche vuelvo a Nueva

York. Tengo una cita que no pienso perderme. Díselo.

—Oído, Levi. Se lo diré.



Había policía por todas partes a lo largo de la ruta que iba de Lincoln Park por el National Mall y más allá de Foggy Bottom camino del viejo Georgetown, donde Levi había quedado con Brice y Mason. El tiroteo del que Brice le había hablado aún no había alcanzado las ondas de radio, pero Levi notó la tensión en el ambiente mientras recorría el corazón de la capital del país. Había por lo menos el doble de coches de policía de lo normal, y en Georgetown vio a un par de polis haciendo la ronda en cada manzana. Quedaba claro que algo había alborotado el cotarro.

Levi aparcó en un hueco al a un lado de la carretera, bajó del vehículo e introdujo monedas en el parquímetro. Mientras lo hacía, se fijó en un viejo con ropa raída y sucia que lo miraba desde el otro lado de la calle.

—¿Puedes darme algo de comer?

Levi negó con la cabeza y caminó hacia el sur por la calle 31 hasta que vio lo que buscaba: un rótulo descolorido en el que aparecían un gallo a la izquierda y una cabeza de toro con largos cuernos a la derecha. Abrió la puerta situada bajo el rótulo y le asaltó un olor a cerveza pasada y cera para madera.

El local era como cualquier otro antro. Luz tenue, unas cuantas mesas y reservados, un hombre entrecano detrás del mostrador secando un vaso. Obviamente era una hora de poca afluencia, puesto que en el local solo había un hombre rollizo en la barra. El hombre al que Levi venía a ver.

Brice se levantó y le tendió la mano, sujetando el borde de una moneda entre el pulgar y el índice. Era una moneda de desafío. Tales monedas eran habituales en el ejército y solían significar que la persona que las llevaba era miembro de un grupo o campaña determinados. Esta era un poco distinta. Tenía el mismo propósito, pero la mera posesión de tal moneda no era lo único que se exigía para identificarse como miembro de la Panda.

Levi sujetó la moneda por el otro lado. Al principio no sucedió nada pero, tras uno o dos segundos, la moneda empezó a calentarse. En ella aparecía una pirámide, semejante a la del reverso del billete de un dólar, y cuando el ojo de la pirámide empezó a brillar, lo cual significaba que las dos personas que sujetaban la moneda habían superado una identificación biométrica, Brice se la guardó en el bolsillo e hizo una seña hacia el taburete vacío que había a su lado.

—Mason llegará en cualquier momento. —Hizo un gesto hacia el barman—. Tráele a mi amigo... —Miró a Levi—. Si no me falla la memoria, eres abstemio, ¿no?

Levi levantó la vista hacia el camarero canoso.

—Un agua de Seltz, por favor.

El barman colocó un vaso de agua con gas en la barra y, mientras Levi sacaba la cartera, el viejo le indicó que no hacía falta.

—Las bebidas están pagadas. Aquí tu dinero no sirve.

Mason apareció enseguida, por una puerta trasera.

—¡Levi! —exclamó al acercársele con la mano extendida. Se estrecharon la mano con fuerza y el hombre bajito esbozó una sonrisa pícar—. ¡Hace tiempo que espero este día!

—¿Ah sí? —Levi frunció el ceño—. Brice te ha dicho que no tengo mucho tiempo, ¿verdad?

Tengo que coger un tren.

Brice asintió.

—Le dije que tenías cosas importantes que hacer.

El director dedicó a Levi una sonrisa torcida.

—Seguro que tienes tiempo de que te haga una visita guiada a nuestro cuartel general.

Levi exhaló un suspiro.

—Lo siento, solo me da para una reunión corta. Ya sabes el tráfico que hay.

—Entonces supongo que el hecho de que no tengamos que conducir es una buena noticia —repuso Mason con una sonrisa—. Estás en nuestro vestíbulo. —Se apartó de la barra y, con un gesto, le indicó que lo siguiera—. Bueno, date prisa. Dices que no tienes mucho tiempo, ¿no?

El director condujo a los dos hombres por una puerta situada al fondo del local y por un pasillo desnudo que desembocaba en dos puertas de aseos. Mason empujó la del aseo para hombres e invitó a Levi a entrar el primero.

Levi se paró en seco.

—No lo entiendo.

Brice adelantó a Levi con expresión divertida.

—Ahora verás.

Levi entró en el baño mientras Mason sostenía la puerta abierta.

Había dos urinarios en una pared y tres compartimentos cerrados, con un cartel de «No funciona» pegado con celo en la puerta del más alejado. Pasados los lavamanos, había un hombre de pelo cano sentado en un taburete que llevaba un pantalón de vestir color canela y una camisa de cuadros abotonada. Asintió hacia Brice y luego miró a Levi a través de sus gafas estilo John Lennon, como si lo calibrara para una pelea.

—¿Este es el nuevo? —preguntó.

Brice se encogió de hombros mientras Mason entraba y cerraba la puerta tras él.

—¿Qué es esto? —preguntó Levi—. ¿Por qué estamos en los lavabos con un viejo que me mira con cara de asco?

—¿A quién llamas viejo? —dijo el hombre de pelo cano, cruzándose de brazos.

—No te recomiendo que cabrees a Harold —aconsejó Brice—. A lo mejor se equivoca.

—Se equivoca ¿con qué? —preguntó Levi.

—Se equivoca de toalla. Solo ha pasado una o dos veces —explicó Brice. Aceptó la toalla que Harold le tendía y luego fue al compartimento fuera de servicio—. Por lo menos eso es lo que he oído —añadió cuando la puerta se cerró detrás de él.

Desde el interior del compartimento se oyó un fuerte clac metálico, seguido de un largo sonido de presión de agua.

—Esos rumores nunca se confirmaron —dijo Harold en voz alta para que se le oyera por encima de la cadena del váter. Le tendió a Levi otra toalla.

Mason le indicó que la cogiera, y eso hizo. Pesaba más de lo esperado pero, por lo demás, era suave y esponjosa y... bueno, una toalla.

Mason empujó la puerta del compartimento fuera de servicio. Brice no estaba dentro. Estaba vacío.

—¿¿Qué coño...?! —exclamó Levi—. Miró su toalla. ¿Era algún tipo de entrada rara?

—Coloca la toalla en la palanca y descarga —indicó Mason—. Pero asegúrate de que la toalla esté en contacto con la palanca cuando la presiones.

Levi entró en el compartimento y cerró la puerta. Inspeccionó el inodoro, miró detrás del depósito y alrededor de la parte inferior de la taza. Parecía un váter normal y corriente. Palpó la

toalla entre las manos, la recorrió con los dedos para ver si encontraba algo extraño.

—Pon la toalla en la palanca de descarga —dijo Mason desde fuera.

Levi obedeció.

—¿Y tiro de la cadena de forma normal?

—Eso es.

—Es un poco lento, ¿no? —comentó Harold.

Levi sacudió la cabeza y presionó la palanca para tirar de la cadena.

Espero que te haya gustado el avance de *La ciénaga*.

APÉNDICE

Esta novela aborda la lacra del racismo, centrándose especialmente en el antisemitismo. Por supuesto, si hablamos de antisemitismo basta con fijarse en el título del libro para darse cuenta de que he empleado una expresión que tiene sus raíces en la pesadilla que muchas personas experimentaron durante el reino del terror instaurado por Hitler: el Holocausto.

Probablemente debería ponerlos en antecedentes sobre esta cuestión, ya que mi familia tiene un vínculo estrecho con aquella época. Quizá muchos de vosotros no sepáis que soy el primer miembro de mi familia nacido en América. Prácticamente me crié con mi abuelo húngaro, que huyó de la ocupación nazi. Buena parte de esa generación de mi familia murió en campos de concentración. De la familia de mi abuelo, solo sobrevivieron él, su hermana y su madre.

Normalmente reservo el apéndice para tratar y profundizar en los aspectos científicos y tecnológicos que aparecen en la novela, y así lo haré, pero también quiero hablar de por qué escribí este libro en concreto.

Resulta que me educaron para sentir aprecio por lo que me proporcionó mi país de nacimiento. Mi abuelo, que inmigró a Estados Unidos desde Israel en la década de 1950, era un gran defensor de comprar únicamente productos americanos, ya se tratara de coches, materiales de construcción o material escolar para el joven M. A. Rothman. Sentía un profundo agradecimiento por el país que consideraba su hogar.

Mi padre se alistó en las Fuerzas Aéreas durante la época de Vietnam y posteriormente sirvió en el ejército durante décadas.

No hay duda de que me ha educado una familia que aprecia este país, pero también me han educado en el respeto de la historia. Sé de dónde vengo y sé por lo que pasó la generación de mi abuelo. Tanto su hermana como su madre sobrevivieron a Bergen-Belsen, un infame campo de concentración nazi.

Nunca más surgió de lo que me parece un problema de nuestra sociedad que tiene que ver con los medios de comunicación. Por desgracia, no es un problema que se circunscriba a Estados Unidos, sino que se da en todo el mundo. A diferencia de hace un siglo, cuando las noticias de otras partes del mundo tardaban semanas o meses en difundirse, ahora tenemos acceso a noticias las veinticuatro horas del día y muchas más personas siguen los acontecimientos al minuto.

Eso sería fantástico si no fuera tan fácil manipular a la audiencia ofreciéndole una visión del mundo que puede reflejar la realidad, o no.

Ahí es donde entra en juego el sesgo de los medios de comunicación.

Antes de presentar ejemplos, quiero dejar algo bien claro. Es inevitable que cuando hablamos de la parcialidad de los medios revelemos el papel que le corresponde a la política. Nunca escribo expresamente con un sesgo político en mente, sino que intento presentar las cosas de

forma objetiva y dejar que el lector saque sus propias conclusiones.

Cuando hablamos del sesgo de los medios, creo que existen principalmente dos tipos:

1. El sesgo que induce a error a propósito por medio de titulares y entradillas en un artículo.
2. El sesgo que omite información clave que resulta relevante para el artículo y hace que el lector llegue a una conclusión que, probablemente, sea distinta de la que habría llegado si se le hubiera informado de todos los hechos. Eso es lo que yo denomino «pecado por omisión».

Un ejemplo del primer caso sería un estudio promovido por el Consejo de las Instituciones Religiosas de Tierra Santa y obra de los profesores Sami Adwan de la Universidad de Belén y Daniel Bar-Tal de la Universidad de Tel-Aviv, supervisado por Bruce Wexler, de Yale. El estudio intentó valorar científicamente cómo los israelíes y los palestinos educan a sus hijos con respecto al otro bando en el conflicto.

Independientemente de que se esté de acuerdo o en desacuerdo con los resultados del estudio, una cosa es clave: ¿cómo presentaron los resultados los medios? Ofreceré dos ejemplos:

1. La Associated Press publicó este titular: «Estudio de los libros de texto culpa a israelíes y palestinos».
2. Mientras que, para el *New York Times*: «Estudio académico contradice la afirmación de los israelíes según la cual los libros de texto palestinos enseñan a odiar».

En este último titular se aprecia con claridad una inclinación política mayor hacia una conclusión que se centra únicamente en la falsedad de la afirmación israelí.

Nuevamente, sin entrar a discutir la validez del estudio —porque, creedme, tengo opiniones claras al respecto—, el titular transmite al lector una mala impresión de Israel. Y es difícil que los lectores vayan más allá del titular o de la entradilla.

Con respecto al segundo tipo de sesgo mediático, el «pecado por omisión», sigue siendo una lacra en nuestra sociedad.

Imaginad que un periódico importante publica que un personaje del ámbito público, en una fiesta en sus años de universidad, le enseñó los genitales a una mujer para hacerle una broma.

Os parecería ofensivo, ¿verdad? Sin duda, esa sería la intención del artículo.

Pero ¿y si os dijera que en el momento de la redacción del artículo los autores sabían que la supuesta víctima no recordaba absolutamente nada del incidente?

La opinión de los lectores quizá cambiaría, ¿no?

Bueno, algo parecido sucedió con el *New York Times* el 14 de septiembre de 2019. ⁱ

De nuevo, el sesgo mediático consiste en representar la verdad de manera que el relato se ajuste a una audiencia determinada o a una motivación determinada. En el caso anterior, había un libro, escrito por los autores del artículo en cuestión, en el que reconocían que la víctima no recordaba el incidente. Hasta después de que otro reportero sacara esa información a la luz, y tras la subsiguiente protesta, el *New York Times* no añadió una pequeña revisión aclarando el hecho.

Me resultaría muy fácil escribir un libro entero arremetiendo contra los medios y enumerando sus muchos fallos, pero no me dedico a eso. Y tampoco creo que sea lo que tú, lector, quieres leer. Sencillamente actúo como una persona que señala las incongruencias de

ciertos relatos y, quizá, que no todo lo que se publica cuenta la verdad.

Mi consejo es que no bebamos de una sola fuente de noticias. Ya que disponer de distintas versiones de los hechos es una forma de combatir el pecado por omisión.

Ahora, pasemos al aspecto educativo y más raro, que probablemente sea el motivo por el que muchos de vosotros estáis leyendo este apéndice.

Aunque esta obra es un *thriller* al uso, como siempre, incluyo varios aspectos tecnológicos, algunos de los cuales podrían existir en el mundo actual y otros que son meras adaptaciones de tecnología existente. Es decir, cosas que podrían fabricarse si alguien lo decidiera. A diferencia de en apéndices anteriores, esta vez he incluido unos cuantos datos históricos y estadísticos, que considero especialmente relevantes para los temas que se abordan en la novela.

Como es obvio, mi objetivo aquí no es dar un cursillo acelerado de ciencia a nivel universitario, sino ofrecer información o palabras claves suficientes para que dispongas de los datos necesarios para investigar más si así lo deseas.

Rutas de ratas

En la novela hago referencia a las rutas de ratas porque existieron. Y, teniendo en cuenta el momento, es fácil comprender que se organizaran. Basta con pensar en cómo estaba Europa alrededor de 1945.

La Segunda Guerra Mundial tuvo consecuencias devastadoras tanto para los ciudadanos de los países europeos como para los gobiernos. Las fuerzas aliadas y la Unión Soviética pugnaban por asumir posiciones de control, acumulando recursos entre los que se incluían científicos y cualquier persona que resultara útil para el propio bando; y, por supuesto, había que llevar a los culpables a juicio.

A lo largo de la década de 1940 se celebraron varios juicios en Núremberg con el objetivo de juzgar a las personas que habían cometido crímenes de guerra, miembros de alto rango del partido nazi y, por supuesto, las *Schutzstaffel*, más conocidas como las SS.

En total, solo fueron juzgadas por crímenes de guerra unos centenares de personas, a pesar de que las SS, el ala paramilitar del partido nazi, tenía más de 250 000 miembros.

Es fácil entender que, en la confusión de la posguerra, hubo muchos culpables que buscaron refugio fuera de Europa.

Y así nacieron las rutas de ratas.

Básicamente, las rutas de ratas eran vías de escape desde Alemania y otros países que habían sido ocupados, y conducían a santuarios en América Latina. Los destinos preferidos de los prófugos alemanes eran, sobre todo, Argentina, Chile, Colombia, Brasil y Centroamérica.

Las rutas de ratas recibían el apoyo de una autoridad que tenía raíces tanto en América como en Europa, y que no era otra que la Iglesia católica.

Quienes huían de Alemania tenían dos rutas principales:

1. Primero a España y de ahí a Argentina.
2. Primero a Italia y luego a Sudamérica.

Las rutas de ratas eran el «tren subterráneo» para los nazis huidos. Y algunos personajes infames consiguieron escapar. Menciono a uno en la novela: Josef Mengele, que recibió el sobrenombre

de «Ángel de la muerte» en Auschwitz . Vivió tan tranquilo hasta su muerte por causas naturales en Brasil. Otro ejemplo fue Adolf Eichmann. Se sabe que ese hombre fue uno de los mayores organizadores de la «solución definitiva para la cuestión judía», que desembocó en el Holocausto.

A diferencia de Mengele, unos agentes del Mosad encontraron a Eichmann en 1960 y lo sacaron de Argentina para juzgarlo en Israel.

Antisemitismo

Hoy en día no pensamos demasiado en el antisemitismo en Estados Unidos. No aparece en los medios y, tal como sabemos, si no aparece en los medios, no forma parte de la concienciación social.

¿Existe un problema de antisemitismo en Estados Unidos? ¿En el mundo? La novela apunta a que quizá lo haya. Pero ¿es así?

Bueno, para responder, voy a recurrir al FBI. El FBI publica estadísticas anuales sobre Informes Periódicos sobre Delitos (UCR en sus siglas en inglés).

Según la página web de los informes periódicos sobre delitos del FBI ⁱⁱ: «El objetivo principal del programa de UCR es generar información fiable para su uso en la administración, operación y gestión de los cuerpos de seguridad; no obstante, con los años, los datos se han convertido en uno de los indicadores sociales de referencia del país. El programa ha sido el punto de partida de los directores de los cuerpos de seguridad, los estudiantes de justicia criminal, investigadores, miembros de los medios de comunicación y el público en general que desean disponer de información sobre delitos en el país».

Dicho esto, los medios de comunicación quieren hacernos creer que los delitos de odio están relacionados con la raza. Movimientos como Black Lives Matter, entre otros, están muy presentes en los medios de comunicación actuales. Y en este caso las estadísticas confirman que casi la mayoría de los delitos motivados por la raza se producen contra personas de ascendencia africana.

Por ejemplo, en 2017, en Estados Unidos, el 48,6 % de los delitos por cuestión de raza resultaron ser contra personas negras o debido al sesgo contra los afroamericanos. ⁱⁱⁱ

Pero, si se les preguntara qué grupo es víctima de la mayor parte de los delitos de odio por motivos religiosos en Estados Unidos, la mayoría de las personas probablemente pensarán que, como sociedad, tenemos el problema de la islamofobia. Sin duda, esa ha sido la opinión prevalente desde el 11-S.

¿Te sorprendería saber que no es cierto ni por asomo?

Veamos los últimos resultados de la UCR a los que he tenido acceso desde 1996: ^{iv}

- El 79,2 % fueron víctimas de delitos motivados por el sesgo antijudío.
- El 1,9 % de las víctimas, por el sesgo antimusulmán.
- El 2,5 % fueron víctimas del sesgo anticatólico.

Estas cifras me dejaron perplejo. El hecho de que los judíos tuvieran veinte veces más posibilidades de ser víctimas de un delito de odio en comparación con practicantes de otras religiones resultaba perturbador. Curiosamente, los musulmanes tenían menos probabilidades de ser víctimas de un delito de odio que los católicos. Pero, como fanático de los números, tuve que investigar un poco más para ver si identificaba alguna tendencia.

Según las estadísticas del FBI correspondientes al año 2000 ^v, antes del 11-S, los resultados fueron los siguientes:

- El 75,3 % fueron víctimas de delitos motivados por el sesgo antijudío.
- El 1,9 % de las víctimas, por el sesgo antimusulmán.
- El 3,8 % fueron víctimas del sesgo anticatólico.

No hay gran diferencia con respecto a cuatro años antes. ¿Y qué pasó en 2001? ^{vi}

- El 57,1 % fueron víctimas de delitos motivados por el sesgo antijudío.
- El 26,3 % de las víctimas, por el sesgo antimusulmán.
- El 2,1 % fueron víctimas del sesgo anticatólico.

Bueno, supongo que no es de extrañar. Hubo un efecto rebote. Sin embargo, a nivel estadístico, los judíos siguieron siendo la mayoría de los hombres del saco en Estados Unidos, multiplicados por dos con respecto a los musulmanes, y veintiocho veces más en comparación con los católicos.

Y bien, ¿qué pasó al cabo de un año? La situación se calmó un poco, ¿no? Lo cierto es que sí. ^{vii}

- El 65,3 % fueron víctimas de delitos motivados por el sesgo antijudío.
- El 10,8 % de las víctimas, por el sesgo antimusulmán.
- El 3,6 % fueron víctimas del sesgo anticatólico.

Los judíos tenían seis veces más posibilidades de ser víctimas de un delito de odio en comparación con la siguiente religión, y resulta que esa tendencia no cambió demasiado hasta las últimas estadísticas de las que disponemos, para 2017, en las que los judíos tienen el triple de posibilidades de ser víctimas de un delito de odio. ^{viii}

- El 58,1 % fueron víctimas de delitos motivados por el sesgo antijudío.
- El 18,6 % de las víctimas, por el sesgo antimusulmán.
- El 4,3 % fueron víctimas del sesgo anticatólico.

Reconozcámoslo, siempre habrá delitos de odio. Si los medios de comunicación estuvieran atentos, se haría más hincapié en el antisemitismo prevalente en Estados Unidos, porque eso es lo que reflejan las estadísticas.

Sinceramente, como judío que soy, no me gusta ir de víctima. Soy un gran defensor de seguir adelante a pesar de las circunstancias y no buscar excusas. Es algo que mi abuelo me enseñó y que he interiorizado.

Sea como sea, creo que los números son fascinantes. Si son una denuncia a los medios o no... corresponde al lector decidirlo.

Bueno, pasemos ahora a los asuntos científicos, que son más guays, lo juro.

Fluido espesante por cizallamiento / chaleco antibalas con líquido

En la novela aparece el siguiente pasaje:

Tu querido señor Wu se puso muy pesado diciendo que no tocara el forro por nada del mundo. A ver si lo adivino, ¿es algún tipo de material dilatante? ¿El nuevo chaleco antibalas con líquido con el que el ejército ha estado experimentando?

Bien, ¿es eso real o no?

Es real. Al menos desde un punto de vista experimental, está en fase de investigación en muchas empresas y en el ejército. El concepto se basa en algo llamado «fluidos no newtonianos».

¿Qué es eso?, te preguntarás.

Newton postuló que los líquidos tienen una resistencia específica a la deformación independientemente de la tensión.

Sin embargo, Isaac Newton no estaba al corriente de algunos experimentos que ahora damos por supuestos. Por ejemplo, si mezclas algo tan sencillo como almidón de maíz con agua, se crea una suspensión que muestra las propiedades de un fluido no newtoniano.

Es decir, si introduces el dedo lentamente en una mezcla de almidón de maíz y agua, se hundirá lentamente, como si lo introdujeras en un tarro de crema de cacahuete. Sí, hay cierta resistencia, aunque no mucha.

Lo interesante de esa suspensión es que, si intentas introducir el dedo rápidamente, lo cual no aconsejo, es probable que se rompa. El dedo, no la suspensión.

Esa es la base de los fluidos espesantes por cizallamiento. Cuando las fuerzas de cizallamiento se aplican con rapidez, como cuando se empuja un dedo por un fluido de esos o, incluso mejor, una bala, el fluido exhibe una viscosidad mucho mayor en ese momento.

Así pues, en principio, sería posible que una capa de una sustancia líquida de ese tipo se endureciera por completo en caso de aplicársele una fuerza repentina.

Esa es la base de la que parte la confección del forro del traje de Levi. La combinación de capas de Kevlar empapadas en polietilenglicol y nanopartículas de sílice es la base de la investigación tanto comercial como militar para los chalecos antibalas líquidos.

Yo diría que en un futuro no muy distante veremos ejemplos comercialmente viables de este tipo de chaleco antibalas. Hasta entonces, supongo que Esther Rosen tiene el monopolio del mercado.

Transceptores auditivos en canal

Uno de mis lectores beta me puso en conocimiento de este pequeño dispositivo. Para las personas con problemas de audición, los audífonos han evolucionado muchísimo desde los aparatosos conos que nuestros tatarabuelos usaban a veces para oír mejor.

Hoy en día, los dispositivos auditivos de última generación apenas se ven. Suelen hacerse a medida del canal auditivo del usuario, pero lo que introduje que me resulta interesante desde un punto de vista científico era el concepto de que un audífono funcionara también como micrófono.

Piénsalo: en la actualidad disponemos de muchos cascos Bluetooth que apenas cuelgan del oído y que captan también las voces de manera eficaz. Y pensé, ¿cómo funcionaría uno de esos dispositivos?

La idea es bastante sencilla. Un audífono no difiere de un micrófono. Recibe ondas de sonido por el aire, las amplifica y las emite directamente al canal auditivo.

Teóricamente, lo mismo podría hacerse a la inversa. Además de detectar las ondas sonoras

que van por el aire, el audífono podría detectar las vibraciones de cuando una persona habla, convertirlas en una señal digital y transmitir las a un receptor externo.

La base científica que entraña el sistema se comprende bien. Las dificultades no radican en nada de lo que he explicado más arriba, sino que se basan en la miniaturización de los componentes electrónicos necesarios para que funcionen bien como transmisores de radiofrecuencia. Existen ejemplos no comerciales de que esto ya es viable, por lo que apuesto que, en un futuro próximo, veremos que este tipo de transceptores se emplean de distintas maneras. Es cuestión de tiempo.

Cancelación sonora

Y, hablando de sonido, vamos a ver la tecnología empleada en el asalto al complejo de Gerhard.

La escena en cuestión sería esta:

God rest ye merry, gentlemen

Let nothing you dismay

Remember Christ our.

Levi pulsó un botón del casco y el cántico ensordecedor se desvaneció casi por completo.

La idea de que el sonido viaja por ondas se comprende a la perfección. E incluso mucha gente ha experimentado la idea de que el sonido rebota en las cosas o que se puede dirigir, sobre todo cuando se percibe un eco.

Pero ¿cómo funciona la reducción, o cancelación, de las ondas sonoras?

La explicación científica más sencilla sería decir que lo único que hay que hacer para cancelar un sonido es emitir una onda sonora que esté 180 grados fuera de fase respecto al sonido que se quiere eliminar.

Para dejarlo más claro, emplearé la analogía de una cuerda de saltar. Cuando se serpentea una cuerda, produce ondas que tienen picos y valles. Cualquiera de esos picos o valles es, en realidad, un sonido.

Así pues, la tecnología de cancelación de sonido consiste en tener un micrófono cerca del oído que detecte un sonido entrante un instante antes de que el oído lo reciba. Un chip en los cascos sería capaz de analizar esos picos y valles y emitir un sonido que fuera el opuesto absoluto al de la onda que el oído está a punto de recibir.

¿Qué quiero decir?

Bien, el sonido no deseado tiene un pico de X, seguido de un valle de Y. Hay muchos más picos y valles, pero para el ejemplo solo consideraré uno de cada.

Los cascos emitirían un sonido con una -X en línea con la X y luego una -Y en línea con la Y. Es como oír dos sonidos a la vez. Los cascos pisan de forma activa el sonido entrante, de manera que cuando el oído recibe la onda sonora, el resultado es básicamente cero y cero. Ningún sonido. La X y la -X se cancelan entre sí, al igual que la Y y la -Y.

Con la tecnología de cancelación sonora actual, los chips que analizan y emiten estos sonidos pueden sintonizarse para que únicamente filtren ciertos sonidos no deseados. Ya sean conversaciones molestas de la persona que tenemos sentada al lado en el avión o el ominoso sonido de *God Rest Ye Gentle Merry Men*.

Acoplamiento inductivo resonante (energía inalámbrica)

En esta novela, Denny presenta a Levi el concepto de acoplamiento inductivo resonante, también llamado «energía inalámbrica», cuando le entrega un cinturón recargable para llevar alrededor del pecho. La idea es la de una especie de batería que no necesita cable para alimentar la lógica de detección que los lectores de Levi se han acostumbrado a que lleve.

Quizá parezca pura fantasía, pero es una tecnología muy real introducida por Nicola Tesla por primera vez en 1894.

De hecho, Tesla demostró cómo alimentar de forma inalámbrica una lámpara fluorescente en su laboratorio de la ciudad de Nueva York, y acabó patentando esa tecnología con el número 593 138 bajo el nombre de «transformador eléctrico», que hoy en día es el principio empleado para recargar los dispositivos electrónicos.

Yo mismo tengo un teléfono que consume energía de forma inalámbrica, y mi cepillo de dientes se recarga alegremente en bases que tienen bobinas de inducción en su interior.

Baste decir que es un terreno bien conocido desde un punto de vista tecnológico. Pero si quieres una descripción más sesuda, allá va:

Normalmente, los sistemas de transferencia de energía inalámbricos emplean bobinas para transmitir la energía. No hace falta que sean voluminosas, pero están presentes. En el caso de la faja alrededor del pecho de Levi, funciona como gran bobina resonante. Las bobinas (tanto las primarias como las secundarias) están diseñadas y alimentadas de manera que funcionan en sus frecuencias resonantes para alcanzar la máxima transferencia de energía. En un sistema de energía inductiva, la distancia y el alineamiento de dos bobinas desempeñan un papel crucial para que la transferencia de energía se realice de forma eficaz. Con una corriente primaria constante, la energía saliente es proporcional al cuadrado de la inductancia mutua entre dos bobinas. Es decir, a medida que aumenta la distancia entre dos bobinas, el poder de salida disminuye de forma significativa.

Por consiguiente, en el caso de la fuente de alimentación de Levi, tiene todo el sentido del mundo que la faja alrededor del pecho esté directamente asociada con la americana del traje, y las distancias entre la bobina receptora del forro de la americana y el cinturón sea bastante fija. Así, Denny puede optimizar la transferencia de energía y aprovechar la técnica que Nicola Tesla inventó hace más de cien años.

De manera que, en este caso, Denny realmente no inventó nada. Él, junto con un sastre talentoso, consiguió encontrar un sistema eficaz para alimentar de forma constante el secreto mejor guardado del traje.

Dado que he evitado a propósito dar grandes explicaciones sobre cómo funciona el traje dentro de la novela, es decir, detectar las personas que miran a Levi, vale la pena repetirlo.

El traje de Levi

Introduje la idea del útil traje de Levi en *Operación Mano Muerta*, aunque en aquel caso se trataba de una gorra. Vamos a dedicar un momento a explicar los aspectos científicos que respaldan su funcionamiento.

Para quienes necesiten un recordatorio, el traje dispone de un dispositivo táctil que da un toquecito al Levi a través del cinturón que lleva alrededor del pecho. El toquecito se produce en el punto en cuya dirección el traje detecta que alguien tiene la vista fija en Levi. Es decir, te pones la americana y, cuando caminas entre la multitud, notas si alguien te está observando y desde qué dirección. Suena un poco a ciencia ficción, pero la tecnología necesaria para crear tal cosa está a nuestro alcance. No cabe la menor duda de que algunos pensarán que sería engorroso o tendrán alguna otra queja, pero es posible fabricarlo.

De hecho, para explicarlo recurriré a un fragmento de *Operación Mano Muerta*, donde creo que aporté una explicación accesible para los no entendidos. [Nota: en *Operación Mano Muerta* incluí esta prestación en una gorra. La misma tecnología se aplica al traje].

Denny desconectó la gorra del cinturón y mostró a Levi el circuito electrónico que, como una película fina, rodeaba el forro de la gorra.

—¿Has visto que, de noche, cuando una luz alumbra los ojos de un animal, se refleja un resplandor inquietante?

Levi asintió.

—Bueno, los humanos no tenemos esa capacidad reflectante, o al menos no hasta tal punto. Para que nuestra retina refleje la luz, necesitamos algo más brillante. Ya has visto qué pasa con el flash de una cámara.

—¿Te refieres al efecto de ojos rojos?

—Exacto. —Denny señaló una serie de protuberancias diminutas en forma de tubo que apenas sobresalían del forro de la gorra de malla—. Lo que tengo aquí es un poco de locos, porque, si pudieras ver la luz, tu cabeza parecería una linterna de 360 grados de tan brillante que es.

—¿Qué quieres decir?

Denny apretó los labios.

—Normalmente solo vemos la luz a ciertas longitudes de onda. Te lo explicaré de forma sencilla. Supongo que a todos nos suena de la escuela lo de VIBGYOR, los colores del arcoíris, que empiezan por el violeta y acaban en el rojo. Se corresponden con la luz de una longitud de onda de entre 700 y 350 nanómetros. A mayor longitud de onda, más cerca del rojo, a menor, más cerca del violeta. Eso es lo que puede detectar el ojo humano. Pero esa no es toda la luz existente. Por ejemplo, esta gorra envía haces de luz en todas direcciones a unos 1550 nanómetros. Dentro del espectro profundo de infrarrojos. Cada uno de los láseres diminutos de ahí dentro absorbe una gran cantidad de energía y, aunque tú no la notes, el láser apunta arriba y abajo unas veinte veces por segundo.

»O sea que, básicamente, lo que llevas es una gorra que proyecta en todas direcciones una luz que nadie ve. Es lo bastante fuerte como para alcanzar objetos y rebotar. Y ahí es donde entran en escena mis filtros electrónicos. Yo filtro considerablemente lo que vuelve e intento avisarte solo si he detectado una señal que rebota y que parece seguirte.

—¿Funciona desde lejos?

—Debería funcionar hasta unos cien metros. A más distancia ya es más complicado, porque los reflejos se desdibujan.

Levi se quitó el cinturón y Denny dejó los dos objetos en el maletín.

—A ver si lo he entendido bien —dijo Levi—. Si llevo eso, emito una luz que nadie ve en todas direcciones. Y si alguien me mira, esa luz rebotará y la gorra tiene unos sensores que me avisarán.

Por tanto, aunque no se comercialice un producto que haga lo que hace el traje, no me extrañaría lo más mínimo que existiera algo similar para quienes tienen ciertas necesidades clandestinas.

NOTAS

APÉNDICE

i <https://www.nytimes.com/2019/09/14/sunday-review/Brett-kavanaugh-deborah-ramirez-yale.html>

ii <https://www.fbi.gov/services/cjis/ucr/>

iii <https://ucr.fbi.gov/hate-crime/2017/topic-pages/victims>

iv <https://ucr.fbi.gov/hate-crime/1996>

v <https://ucr.fbi.gov/hate-crime/2000>

vi <https://ucr.fbi.gov/hate-crime/2001>

vii <https://ucr.fbi.gov/hate-crime/2002>

viii <https://ucr.fbi.gov/hate-crime/2017/topic-pages/victims>

EL AUTOR

Soy hijo de militar, políglota y el primer miembro de mi familia nacido en Estados Unidos. Todo ello tuvo una gran influencia en mi juventud, porque me inculcó el amor por la lectura y una curiosidad insaciable por el mundo y lo que contiene. De adulto, mi pasión por los viajes y la aventura me ha llevado a visitar muchos lugares impresionantes que, a veces, aparecen en las historias que escribo.

Espero que esta novela te haya resultado entretenida.

-Mike Rothman

Mi blog está en: www.michaelarothman.com

Facebook: www.facebook.com/MichaelARothman

Twitter: @MichaelARothman

